SI ES BUENO PARA TI ES BUENO PARA MÍ

Serie Los Marstone
Libro 1



JAYNE DAVIS

Si es bueno para ti es bueno para mí

Jayne Davis

Contenido

Página del título
Copyright
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Nota Final
Sobre la Autora

Copyright

Copyright © 2019 por Jayne Davis
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Edición de contenido: Antonia Maguire
Corrección de estilo y revisión: Sue Davison
Diseño de portada: SpiffingCovers & P Johnson

Agradecimientos

Gracias a mis compañeros de crítica en Scribophile por sus comentarios y sugerencias, especialmente a Alex, Daphne, David, Lynden y Violetta.

Gracias también a mis lectores Beta Dane, Helen, Marcia, Tina, and Trudy.

Capítulo 1

Martes 17 de junio de 1777

William Charlemagne Stanlake, Vizconde de Wingrave, dio los últimos toques a su pañuelo mientras se encontraba frente al espejo de su pequeña habitación. Levantarse de la cama antes del amanecer era toda una novedad; normalmente solo veía el amanecer en el camino de vuelta de un club o un antro de juego. Se perfilaba un glorioso día de verano, debía apreciarlo, incluso si resultaba ser el último.

—¡Mi lord! —dijo el criado, entrando con los ojos bien abiertos y la boca abierta. Su peluca torcida y el pañuelo mal anudado indicaban que se había vestido con prisa.

—¿Qué sucede, Ferris?

—¡Dijo que el duelo era mañana!

Los ojos de Will se entrecerraron, surgiendo las sospechas que había tenido durante un tiempo.

—¿Y qué importancia tiene? Como puedes ver, soy perfectamente capaz de vestirme yo mismo.

—Pero yo le dije... —El criado cerró la boca de golpe.

—¿Le dijiste a mi padre que era mañana? —preguntó Will, con tono glacial.

Ferris palideció, desviando la mirada.

—No tiene importancia. Como también estás al servicio de mi padre, no te molestará que no tenga dinero para pagarte este trimestre —dijo Will, señalando el montón de facturas de los artesanos sobre el baúl, encima del cual descansaba la lista de pagarés que había escrito la noche anterior, durante su errónea y borracha juerga de apuestas. El dinero que le debía su padre estaba por llegar; si sobrevivía, lo usaría para apostar en algunos juegos de cartas, pero esta vez sobrio. Con su habitual mezcla de habilidad y suerte, pronto tendría suficiente para saldar sus deudas y pagar la mayoría de las facturas. Así había complementado su magro estipendio durante varios años.

—Pero mi lord, yo...

—Podemos discutir esto más tarde, si Elberton no me mata antes. Entrégame mi chaleco.

El criado levantó el chaleco azul oscuro, cuyos botones de plata brillaban incluso con la luz indirecta. Will lo tomó, pero Ferris no lo soltó.

—Mi lord, los botones brillantes y... quiero decir, se dice que hacen más fácil apuntar...

La voz de Ferris se apagó ante la mirada fulminante de Will, quien silenciosamente tomó el chaleco y lo puso.

—Abrigo.

El criado entregó la prenda sin protestar.

Will pasó la mano por su cabello corto.

—Peluca.

—Muy elegante —dijo una nueva voz—. Buenos días, Wingrave.

Harry Tregarth, amigo de Will desde sus días escolares, estaba en la puerta. Su rostro estaba serio a pesar del saludo alegre. Él también estaba vestido con elegancia, pero sin ostentación.

—Tregarth, entra —dijo Will mientras enderezaba la peluca—. Estoy listo para desayunar algo. —Se volvió hacia el criado—. Lárgate, Ferris. No quiero ver más tu intrigante cara hoy.

—Sí, mi lord —respondió Ferris, haciendo una profunda reverencia antes de salir rápidamente de la habitación. Will oyó el ruido de sus pisadas apresuradas en las escaleras.

Tregarth levantó una ceja.

—Va a avisarle a mi padre que el duelo es esta mañana, no mañana —explicó Will.

—Ah. Sabías que iba a ir con el chisme. ¿Marstone intentará detenerlo?

—Indudablemente. Después de todo, si su heredero es demasiado valioso para unirse al ejército o incluso irse de gran tour, arriesgar la vida y la honra en un duelo no es mejor.

—Afortunadamente está en Hertfordshire, entonces.

—Es probable que Ferris haya ido a Marstone House a buscar algunos sirvientes robustos para que vengan a detenerme—Will cogió su sombrero—. ¿Desayuno?

Tregarth lo siguió escaleras abajo y salió a la calle.

—No pareces preocupado por la posibilidad de que te detengan.

—Ferris cree que vamos a Hyde Park —Will sonrió—. Espero que disfrute de la mañana allí.

—¡Ja!

Caminaron entre carritos de entrega y vendedores ambulantes que ofrecían sus mercancías, antes de detenerse frente a una casa de chop. No encajarían entre los empleados de oficina y comerciantes que tomaban su desayuno temprano, pero la comida era comida.

—¿Esto está bien? —preguntó Will.

Sentados en una mesa pequeña, Will pidió una comida ligera de jamón, huevos y café, sorprendido de descubrir que tenía apetito.

—Intenté presentar tu disculpa nuevamente, a través de su segundo —dijo Tregarth, mientras cortaba su carne—. Jaston dijo que le habían indicado no aceptarla.

Will se encogió de hombros.

—Lo esperaba, pero gracias por intentarlo.

—He estado preguntando —continuó Tregarth entre bocado y bocado—. No eres el primero que ella convence de que su marido la descuida y no le importa lo que haga.

—Es una buena actriz, eso hay que concedérselo—Will recordó nuevamente los grandes ojos azules de Hetty, nadando en lágrimas, sus labios temblando. Estaba enojado consigo mismo por haber creído sus mentiras. Había aprendido la lección con Sally, hace diez años, y se había abstenido bastante mientras estuvo en Oxford. Incluso en la ciudad, se había asegurado de solo coquetear con viudas o mujeres casadas cuyos maridos fueran complacientes.

Recordó también la expresión del lord Elberton, cuando entró y vio a su joven esposa, medio vestida, en los brazos de Will. Su sorpresa y enojo fueron evidentes, pero también, pensó Will, su dolor. Hetty comenzó a llorar, sollozando que Will había irrumpido en la casa, momento en el cual Will tomó su abrigo y peluca desechados y se fue.

Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica. Podría haber sido peor; Elberton podría haber demorado diez minutos más.

—Jaston ha encontrado un doctor —dijo Tregarth—. Nos encontrará cerca de la Grey Coat School.

Will asintió, con la boca llena de jamón.

—Ha organizado un carruaje también, con un conductor que conoce el camino a Dover —Tregarth dejó los cubiertos y miró a Will con rostro serio—. Will, él pretende matarte. Rechazó la primera sangre, aunque no insistió en el *à l'outrance.*

No pelear hasta la muerte importaba poco cuando una herida de bala podía matarte lentamente. Estaría muerto igual.

—La verdad es que sí lo engañé —dijo Will—. El hecho de que pensara que no le importaría no cambia eso. —Apartó su plato.

Tregarth negó con la cabeza.

—En realidad, me sorprende que hayas llegado tan lejos sin haber tenido un duelo con alguien.

—He tenido muchas discusiones, pero los únicos dos que llegaron al punto de desafío fueron… —La mirada de Will se fijó en la pared del fondo de la chop house mientras sus palabras se secaban—. ¡Maldita sea! —Golpeó el puño sobre la mesa, haciendo que los platos y cubiertos saltaran—. Apostaría a que mi padre los sobornó. ¡Tengo veinticinco años y *aún* me trata como si…!

—¡Wingrave!

Recordando dónde estaba, Will respiró profundamente.

—¿Estás diciendo que tu padre pagó a la gente para que se disculpara? —preguntó Tregarth.

—No para disculparse, no. Pero Lathom aceptó resolver el asunto disparando a un blanco. Me batí a duelo con Benhurst, pero los segundos negociaron las espadas y la primera sangre solamente. Posiblemente no haya pagado tampoco, pero un conde puede ejercer presión o prometer patrocinio. —Se levantó abruptamente, arrojando suficiente dinero sobre la mesa para pagar cinco de esas comidas—. Vamos, vayámonos.

Fuera, caminó rápidamente por la calle, Tregarth casi trotando para alcanzarlo.

—Ya podría envolverme en lana y asfixiarme —murmuró Will.

—No antes de que tengas un heredero propio —dijo Tregarth, entre respiraciones—. Por eso lo estás haciendo, ¿no?

—Aparentemente. Era así incluso antes de que Alfred muriera. No quiso comprarme una comisión, ni financiar un Gran Tour. Me dijo que no debía correr riesgos hasta que Alfred hubiera tenido un par de herederos. Aunque nunca entendí por qué le preocupaba tanto. Incluso si me mato, está el tío Jack para heredar, con tres hijos propios.

Una niebla que se levantaba del Támesis añadió un escalofrío al aire cuando se acercaban al punto de encuentro en Tothill Fields, aunque Will podía ver el cielo azul arriba.

El doctor los esperaba cerca de la escuela y los siguió hasta los campos. Lord Elberton ya caminaba de un lado a otro, su peluca gris y su abrigo daban la impresión de un fantasma. Cerca, había una mesa pequeña, incongruente en este entorno, con otro hombre junto a ella.

Will se detuvo a veinte pasos de distancia, mientras Tregarth y el doctor fueron a consultar con el segundo de Elberton. Con las manos en los bolsillos, resistiendo el impulso de caminar como Elberton, Will observaba mientras los dos segundos examinaban las pistolas. Incluso Tregarth entrecerró los ojos y miró por los cañones.

Se preguntaba qué diría el tío Jack, el coronel Jack Stanlake, si estuviera aquí ahora. Algo corto y directo sobre mantener los pantalones abrochados, sin duda, pero las reprimendas de su tío nunca lo hacían sentirse tan mal como los gritos de su padre. ¿Habrían sido las cosas diferentes si el tío Jack no hubiera partido a la India cuando Will tenía solo nueve años?

Los segundos midieron la distancia requerida, clavando espadas en el suelo para marcar cada punto, y regresaron a la mesa. Los labios de Will se torcieron ante la ironía: la obsesión de su padre con la sucesión había llevado a esto. Si se hubiera salido con la suya, probablemente aún habría enfrentado la muerte, pero morir en el campo de batalla sirviendo a su país sin duda sería un final más honorable que un duelo por una esposa infiel.

Pero el pasado no podía deshacerse, y el futuro estaba fuera de su control.

Tregarth lo llamó, y él y Lord Elberton se acercaron a la pequeña mesa. Los labios de Elberton estaban apretados en una línea fina y lo miraba con furia, señalando a Will para que eligiera un arma.

Will tomó la más cercana, asegurándose de que hubiera suficiente pólvora en el pan.

—Tomarán sus posiciones, caballeros, y se girarán para enfrentarse —dijo Jaston—. Al caer mi pañuelo, dispararán. Si el asunto no se resuelve en ese momento, permanecerán en su posición mientras recolectamos las pistolas y las recargamos.

Jaston miró a Will, esperando su acuerdo antes de dirigir su mirada hacia su propio principal. Elberton asintió y se dirigió hacia su marca.

Will tomó su lugar, respirando profundamente el aire húmedo. Su corazón se aceleró, pero aparte de eso, se sintió sorprendentemente tranquilo. El clic del martillo al colocarse en posición al amartillar la pistola fue fuerte en el silencio. Girándose de lado, presentó su lado derecho a Elberton, manteniendo un ojo en el pañuelo de Jaston. Cuando este cayó al suelo, levantó su brazo y disparó bien por encima de la cabeza de su oponente, el disparo resonó en sus oídos.

No sintió nada; al mirar hacia abajo, no vio sangre. Solo había escuchado un disparo, por lo que Elberton debió haber disparado exactamente al mismo tiempo, por muy improbable que eso pareciera.

El grito de rabia de Elberton le dio la verdadera explicación: la pistola de su oponente había fallado.

Una sensación de ligereza se extendió por él, dándose cuenta de lo tenso que había estado. El destino fue benevolente, pensó, levantando el rostro hacia la calidez del sol.

Tregarth lo llamó de vuelta a la pequeña mesa mientras Elberton se acercaba a su propio segundo, con ira en cada línea de su cuerpo.

—¿Jaston, qué demonios hiciste...?

—Ambas pistolas estaban correctamente cargadas, Lord Elberton —dijo Jaston, sin reaccionar ante lo que era, en efecto, una acusación de mala conducta.

Elberton le estiró la pistola al segundo.

—Cárgala de nuevo. Ahora.

Will se apartó a un lado, intercambiando una mirada rápida con Tregarth.

—Lord Wingrave disparó al aire, Lord Elberton. Eso normalmente es el fin del asunto. —Jaston no aceptó la pistola ofrecida—. Exigir otro disparo va en contra del protocolo.

—Maldita sea, debido a tu incompetencia, ¡no he tenido mi *primer* disparo! —Elberton empujó su rostro hacia adelante. Jaston dio un paso atrás.

—Sin embargo, señor, eso perjudicará su reputación...

—Maldita sea mi reputación, señor, exijo satisfacción. —Se giró y fulminó con la mirada a Will—. ¿Tengo que golpearlo, señor, para que se enfrente...?

—Tome su disparo, Lord Elberton —dijo Will. Se giró para volver a su punto, pero la voz de Jaston lo detuvo.

—Esto será un segundo *intercambio* de disparos, Lord Elberton. Insisto. No voy a dañar mi honor aceptando un proceder tan impropio como el que sugiere.

Will se dio la vuelta y entregó su pistola a Tregarth para que la recargara.

Tregarth mantuvo su voz baja.

—Wingrave, no puedes disparar al aire otra vez. Hazle saber que dispararás correctamente esta vez, si no, él tendrá demasiada confianza. Te *matará* si puede.

—No —dijo Will, lo suficientemente alto como para que Elberton lo escuchara—. Haré lo mismo que en el primer intercambio. Lord Elberton hizo un desafío válido, y no fue culpa suya que la pistola fallara. Sea lo que digan las reglas, considero que sería un acto de cobardía aprovecharme de un disparo fallido. Una opinión estúpida, posiblemente, pero una que tengo la intención de mantener.

—Wingrave, tu...

—¡Tregarth, *no* invoques a mi padre!

Su amigo suspiró, pero regresó a la mesa a cargar las pistolas. Esta vez Elberton eligió; Tregarth le trajo la pistola restante a Will, y Will caminó de regreso hacia la espada clavada en el suelo.

Capítulo 2

Connie llamó a la puerta entreabierta y entró en el despacho de su padre. Más allá de las ventanas, lo que antaño había sido el jardín de rosas de su madre no era más que una extensión de hierba, con la línea de hayas que marcaba el límite lateral de los jardines. Gotas de rocío brillaban al sol de la mañana; el día volvería a ser cálido.

Un retrato de la primera señora Charters y sus dos hijas colgaba sobre la chimenea, con una placa de bronce en el marco que daba tanta importancia al título de barón de su padre como a su propio nombre. No había rastro de la madre de Connie en la habitación.

Bartholomew Charters estaba sentado en su escritorio, con hojas de papel cubiertas de flores prensadas esparcidas sobre la superficie. Estaba a mitad de una carta, sin duda dirigida a alguno de sus conocidos aristocráticos. Connie siempre había pensado que cultivaba nuevas variedades de boca de dragón solo porque le daba una excusa para cartearse con condes y duques aficionados a la botánica.

—¿Querías verme, papá? —Se alisó el delantal sobre la falda. Ser convocada a su despacho significaba, invariablemente, que había encontrado algún fallo en su gestión.

Charters alzó la vista, con los habituales surcos formándose entre sus cejas y junto a su boca, siempre inclinada hacia abajo.

—¿Por qué no hay rapé en mi tarro?

Porque solo me permites entrar aquí una vez a la semana para limpiar el polvo y revisar tu provisión.

Una disculpa, aunque no la sintiera, podía evitar que la discusión se agravara.

—Lo siento, papá, no sabía...

—No me interesan las excusas. Debería ser una tarea sencilla asegurarse de que mi tarro de rapé no esté vacío. Si ni siquiera puedes...

—Haré un pedido, papá.

—¡Lo quiero hoy!

—El señor Fancott quizás pueda darte algo, papá —intervino Connie antes de que su padre se enfureciera demasiado—. Podrías escribirle una nota y enviarla con Fanny o Charlie.

—Ve tú misma. —Sus labios se estrecharon—. Y deja claro que ha sido culpa tuya.

Le hizo un gesto de despedida.

Connie ocultó una sonrisa al salir de la habitación. Tal como esperaba, había elegido la opción que implicaba menos esfuerzo para él y, al mismo tiempo, evitaba pedir un favor en persona a alguien tan insignificante como el vicario. Arriba, en su habitación, se quitó el delantal y se puso el sombrero. Cogió su libro de sermones, comprobando rápidamente que era el ejemplar correcto antes de volver a atar la cinta que mantenía la cubierta cerrada.

En la cocina, el olor a tocino frito, pan caliente y café impregnaba el aire mientras la señora Hepple preparaba el desayuno.

—Tengo que ir a la vicaría —dijo Connie—. ¿Necesitas algo del pueblo?

La señora Hepple levantó la vista de la mantequilla que moldeaba en rizos.

—¿Va a saltarse el desayuno?

—Quiere que vaya ahora.

La cocinera puso los ojos en blanco y miró al techo.

Connie cogió un panecillo del plato.

—Me lo comeré por el camino. La señora Fancott me dará algo.

—No se me ocurre nada urgente, señorita. Si hace falta, puedo mandar a la muchacha más tarde.

Dejando a la cocinera con sus quehaceres, Connie salió por la despensa hacia el jardín bañado por el sol. Su casa estaba a medio kilómetro del pueblo, al final de un estrecho camino flanqueado por árboles, con el barro seco formando surcos traicioneros que podían torcerle el tobillo con facilidad. Cruzó la vereda y tomó su ruta habitual a través de los campos.

La calle principal de Nether Minster estaba casi desierta; las pocas tiendas tenían las puertas abiertas de par en par y solo el

martilleo del herrero rompía el sopor matutino. Connie compadeció al pobre hombre, obligado a trabajar junto al fuego con aquel calor.

En la vicaría, Martha Fancott cortaba flores en el jardín delantero y se enderezó al verla cruzar la verja.

—Hola, Connie. No te esperaba hoy. —Se recogió un rizo gris bajo la cofia.

—Papá se ha quedado sin rapé.

—Ah. Y todo es culpa tuya, supongo.

Negó con la cabeza y esbozó una sonrisa al ver el libro bajo el brazo de Connie.

—Entra, seguro que Joseph puede prescindir de un poco. ¿Has desayunado?

—Todavía no.

Diez minutos después, ambas mujeres estaban sentadas a la sombra de un manzano, con una mesa ante ellas cubierta de panecillos, mantequilla, mermelada y una tetera humeante.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Martha, sirviendo el té.

Connie se encogió de hombros.

—Papá sigue tan irascible como siempre.

Cogió su libro de sermones, deshizo la cinta y lo abrió. Extrajo de un hueco en sus páginas una pequeña novela y la dejó sobre la mesa.

—¿Te ha gustado? —preguntó Martha.

—Mucho, sí —sonrió Connie—, aunque más porque papá la desaprobaría que por sus propios méritos. Sigo prefiriendo los libros del señor Fancott, me hacen pensar más.

Historia, geografía, idiomas... Todo le resultaba interesante, pero también era conocimiento que podría necesitar si alguna vez tenía que ganarse la vida como institutriz.

Martha asintió.

—Es una pena que la mayoría sean demasiado grandes para ocultarlos en tus sermones.

—He recibido cartas de las chicas —continuó—. Si tu padre te permite ayudarme con las flores de la iglesia esta semana, podré contarte todas las novedades y aprovecharás para ponerte al día con la lectura.

—Parece una forma aceptable de pasar el tiempo para una hija piadosa.

Sonrió Connie mientras se levantaban y ayudaba a recoger los platos en la cocina.

—Gracias por el desayuno. ¿Puedo llevarme algunas flores?

—Coge las que quieras. —Martha hizo un gesto hacia el macizo en plena floración.

Connie reunió un pequeño ramo de acianos y aguileñas y se dirigió al cementerio.

La tumba de su madre estaba junto a la de la primera señora Charters y su hijo nacido muerto. La lápida era más pequeña, pero al menos *estaba* al lado de la otra tumba familiar. Connie se preguntó si eso aún le escocía a su padre, aunque sospechaba que había olvidado a ambas esposas.

Reemplazó las flores marchitas de la semana pasada y se sentó en la hierba, extendiendo la falda para cubrirse las piernas. A su padre le daría un ataque si la viera así, pero nunca le había visto prestar la menor atención a esta parte del cementerio. Hacía mucho que Connie había dejado de hablar en voz alta con su madre allí, pero aún disfrutaba sentarse un rato en paz, en un lugar donde su padre no la encontraría.

Pasó los dedos por las letras grabadas en la lápida.

Henrietta Charters
1733-1759

Eso era todo, pero algo como *Amada esposa* habría sido una mentira descarada, según lo que Martha le había contado.

Una vida tan corta.

—¿Simplemente te rendiste? —preguntó a la lápida—. Lo que hiciste fue un pecado, pero el señor Fancott dice que el Cielo te perdonaría, aunque tu esposo no lo hiciera.

No recordaba mucho de mamá, solo el aroma de las rosas y la seguridad de tener a alguien que la cuidara y la amara. Martha había asumido en parte ese papel, pero tenía sus propios hijos de los que ocuparse.

¿Algún día tendría hijos propios? Lo esperaba, pero en ese momento había pocas posibilidades. Sus dos medias hermanas estaban casadas con parientes cercanos de familias con título, pero no creía que fueran particularmente felices en sus matrimonios. A ella no le interesaban el rango ni la riqueza en un esposo. Los Fancott eran felices juntos, se amaban y se respetaban, y ayudaban a quienes los rodeaban. Ese era el tipo de matrimonio que ella quería.

Si los deseos fueran caballos, los mendigos cabalgarían.

Suspiró y se puso de pie. Su padre estaría impaciente por su rapé, y casi lo había olvidado.

Capítulo 3

La niebla se había disipado y el sol calentaba el costado del rostro de Will. Una suave brisa del oeste traía el aroma del heno temprano y el canto de los pájaros.

Volvía a estar de lado, con la pistola amartillada, el brazo derecho listo para levantarla y disparar. Su honor le exigía hacer esto, pero no había necesidad de ponérselo demasiado fácil a su oponente. El pañuelo ondeó, y volvió a disparar por encima de su adversario. Como antes, no sintió nada y solo escuchó su propio disparo, pero esta vez había una explicación distinta.

Lord Elberton permanecía en posición, con la pistola en alto; Will podía ver el pequeño círculo negro del cañón apuntándole directamente. Tragó saliva mientras su oponente entornaba los ojos, alineando la mira.

Si voy a morir, que sea rápido.

La idea de agonizar durante una semana o más mientras una herida infectada lo consumía era más aterradora que la muerte misma. Con ese pensamiento, se volvió hacia Lord Elberton de frente, ofreciéndole un blanco más amplio. Estaba tenso, pero solo sentía arrepentimiento: todo lo que tenía para mostrar de sus veinticinco años en este mundo era una lista de amantes y un hijo bastardo.

—Dispare, Lord Elberton —ordenó Jaston.

Elberton quedó inmóvil, luego bajó el brazo lentamente y empezó a caminar hacia Will, con la pistola apuntando al suelo. Se detuvo a un par de pasos de distancia, con la boca curvada en una mueca. Sus segundos se apresuraron a cruzar el terreno y se detuvieron detrás de él.

—Dijo que mi esposa se le acercó —su tono era seco.

—Sí, señor.

—Creí que mentía para salvar el pellejo.

—No, señor.

—¿No fue el primero?

Lo mejor sería ser sincero.

—No lo sé, señor —respondió Will—, pero dudo haberlo sido.

Los ojos de Elberton se encontraron con los suyos, y Will tuvo que reprimir el impulso de apartar la mirada. Vio cómo Elberton bajaba la cabeza hasta mirar al suelo, los hombros caídos. Apuntó la pistola a un lado y apretó el gatillo. Luego alzó la vista y se pasó una mano por la cara.

—Me alegro de que haya fallado la primera vez, Wingrave —dijo —. Parece que nuestra mayor falta, la suya y la mía, fue creer en lo que decía mi esposa.

Le entregó la pistola a su segundo y se alejó hacia el carruaje que esperaba, su derrota evidente en la pesadez de sus pasos.

Los dos segundos intercambiaron una mirada, alzando las cejas, y luego se giraron para observarlo marcharse.

—Será mejor que vayas tras él, Jaston —dijo Tregarth—. Yo me encargaré de recoger esto y llevaré las pistolas cuando las haya limpiado.

—Es altamente irregular —murmuró Jaston, entregándole la pistola antes de salir tras Elberton.

—Y sin esperanza de que no se convierta en tema de chismes —añadió Tregarth, señalando con la mano a los grupos de espectadores que se habían reunido a una distancia prudente.

Will se encogió de hombros. Ferris le contaría a su padre todos los detalles que conocía y, para cuando su ayuda de cámara terminara de hacer averiguaciones en la zona y de escuchar los chismes de los criados, probablemente sabría tanto como él mismo.

—Vamos, te ayudaré a limpiarlas —le dijo a Tregarth—. Luego podemos tomar un segundo desayuno. Quizás ir a Angelo’s.

—De acuerdo.

Bien, una sesión de práctica con espadas le ayudaría a disipar la tensión que aún sentía en el cuerpo.

Will dobló por Pall Mall en dirección a su club, caminando con paso enérgico en un intento por aliviar su mal humor. Había regresado de su sesión de esgrima para encontrar una carta de su padre convocándolo de inmediato a Marstone Park, con Ferris ya

empacando. Will le ordenó secamente que deshiciera el equipaje y se marchó en cuanto se puso una camisa limpia.

Una vez dentro del club, fue abordado por un grupo de conocidos, hombres a los que normalmente solo veía al otro lado de una mesa de juego.

—¿Estás ileso, eh, Wingrave?

—Perro afortunado. ¿Valió la pena el riesgo?

—¿Lo heriste?

Will avanzó varios pasos más allá de ellos antes de detenerse y girarse. Tendría que decir algo, o no le dejarían en paz.

—Mi disculpa fue aceptada, caballeros.

—¡Demonios, Wingrave, la última vez que vi a Elberton, quería matarte! Tienes la suerte del diablo.

¡No tienes idea!

—Así es. ¿Me disculpan?

Will se dirigió a la pequeña biblioteca, con la esperanza de evitar más interrogatorios. El grupo habitual aún discutía el discurso de Meredith en la Cámara de los Comunes el mes anterior. Reducir la cantidad de delitos por los cuales un hombre podía ser ahorcado era importante, sin duda, pero no veía sentido en repasar los detalles una y otra vez. Cogió un montón de periódicos y se acomodó en un sillón de orejas en un rincón, pidiendo un brandy cuando pasó un camarero. Ya era hora de ponerse al día con los acontecimientos de la última semana.

La guerra en las colonias… Los despachos desde América solo informaban de pequeños enfrentamientos sin conclusión. Ya era verano y se había logrado tan poco este año, ¿qué estaban haciendo? Dos cabecillas de una banda de contrabandistas juzgados y absueltos por falta de pruebas. Anuncios de esponsales, matrimonios, defunciones. Un nuevo diario sobre las campañas en América del Norte en la década de 1750… Podría valer la pena leerlo, considerando que el tío Jack había luchado allí. Precios del maíz, listas de bancarrotas…

Arrojó el periódico a un lado. Había salido ileso del día, contra todo pronóstico, y no estaba de humor para asuntos tan mundanos. Habría alguien en la sala de juego dispuesto a una partida, aunque,

consciente del montón de facturas y pagarés que se acumulaban en sus habitaciones, jugaría sobrio y a apuestas bajas. Ya había corrido suficientes riesgos por un día.

Miércoles 18 de junio

Will se recostó contra el acolchado lateral del carruaje, mirando con expresión sombría por la ventana opuesta mientras cruzaban los terrenos de Marstone Park. En otras circunstancias, habría disfrutado del paisaje de suaves colinas, con ciervos pastando bajo grupos de árboles dispuestos con esmero y el sol de la tarde reflejándose en el lago ornamental.

El carruaje se detuvo ante la fachada con columnas del edificio, balanceándose levemente mientras sus escoltas descendían del techo. Will abrió la puerta antes de que uno de ellos pudiera hacerlo por él y bajó. Benning esperaba en lo alto de los escalones, con su habitual expresión adusta.

—Su señoría lo recibirá en el salón azul, mi lord —anunció el mayordomo.

—Muy bien, Benning.

Will estuvo tentado de encontrar alguna excusa para retrasar la inminente conversación, pero decidió no hacerlo. Solo empeoraría la situación.

A pesar del alto techo y el clima despejado, las paredes de un azul oscuro daban al salón un aire lúgubre. Un pequeño fuego ardía en la chimenea, haciendo que la habitación estuviera sofocante para su gusto. El conde estaba sentado en una silla cerca del fuego, con su bastón apoyado en el brazo y un pie vendado descansando sobre un escabel. No levantó la vista del libro que estaba leyendo cuando anunciaron a Will.

Los mismos juegos de siempre.

Will cruzó la habitación hasta la bandeja con decantadores y copas y se sirvió un generoso vaso de oporto. Saboreando el licor dulce, alzó la vista hacia el retrato de su hermano mayor. Desde que alcanzó la edad escolar, Alfred había desarrollado la misma veneración que su padre por la estirpe familiar y el prestigio, sin mencionar su sentido de superioridad como hijo primogénito. La única imagen de Will en la habitación estaba en el retrato familiar

sobre la chimenea, pintado hacía más de diez años, poco antes de la muerte de su madre.

Pasó a observar los retratos de los anteriores condes, bebiendo su oporto mientras contemplaba sus rostros inmóviles, hasta que tomó un libro de una mesa auxiliar. Lo hojeó y frunció el ceño al notar que era un libro de sermones. Alguna de sus hermanas debió de ser convocada recientemente para leer en voz alta y ser interrogada sobre su obediencia a sus preceptos. No es que su padre leyera esas cosas.

—De acuerdo, ¿qué tienes que decir en su defensa? —La voz del conde fue cortante.

Will reprimió una sonrisa; era mezquino, sin duda, pero había ganado la primera escaramuza menor con su padre.

—¿Sobre qué? —Se dejó caer en una silla frente a su padre, recostándose de lado con una pierna colgando sobre el brazo del sillón; no iba a quedarse de pie frente al conde como un niño pequeño esperando ser castigado.

El ceño de Marstone se frunció aún más.

—Tu idiotez de ayer. No solo batirse en duelo, sino además permitir que ese cornudo disparara una segunda vez después de un fallo.

—Parece estar bien informado, señor. ¿Tengo que agradecerle a Ferris por eso? —Por supuesto que sí, pero no esperaba que su padre admitiera que lo espiaba.

—Eso es irrelevante. El punto es que tu estilo de vida disoluta casi te cuesta la vida ayer. He tenido suficiente de que ignores mi autoridad como cabeza de esta familia. Has…

Will dejó de escuchar en cuanto el tono de su padre subió. El rostro del conde, enrojecido incluso en los mejores momentos, comenzó a adquirir un tono más oscuro e insano. ¿Le daría una apoplejía?

—… si tu hermano siguiera vivo…

En lugar de estrellar su carruaje contra un árbol estando ebrio.

—… casado y con hijos a estas alturas…

Si tan solo lo hubiera hecho, quizás me dejarías en paz.

—… concertado varios matrimonios ventajosos para ti…

Elegidos por su linaje, no por su personalidad ni su belleza.

—… logrado alienar a tres familias lo suficiente como para que retiraran sus acuerdos…

Coquetear con la madre suele funcionar, o fingir una admiración inadecuada por el hijo de la casa.

—… ignorado mis deseos por demasiado tiempo. Esta vez harás lo que se te ordene.

Will volvió a prestar atención. En lugar de la ira que esperaba ver, su padre sonreía… no, se burlaba. Eso no auguraba nada bueno.

—Permanecerás aquí, en el Park, hasta que haya arreglado tu futuro.

Will respiró hondo, esforzándose por mantener su expresión neutra mientras su diversión anterior se desvanecía.

—¿No tendré voz en esto? —preguntó, complacido por lo tranquilo que sonaba su tono. No le daría a su padre la satisfacción de ver su irritación.

—Has tenido tres años desde la muerte de Alfred, y varios más antes de eso. Si hubieras querido elegir a tu propia esposa, podrías haberlo hecho, en lugar de seducir a mujeres casadas.

—No seducir, padre. Te aseguro que todas estaban perfectamente dispuestas.

—¡No me interrumpas, muchacho! —El conde golpeó el brazo de su silla con la mano. —Te quedarás aquí. He enviado un mensaje a Londres para cancelar el contrato de tu alojamiento.

—No tenías derecho a hacer eso —protestó Will, incorporándose con la ira creciendo en su interior.

—La renta se pagaba con tu asignación, que yo te proporciono. —El conde le apuntó con un dedo. —Eso me da el derecho. Si intentas ir a Londres, te traerán de vuelta tal como esta mañana. ¡Ahora, sal de mi vista!

—Con mucho gusto.

Will dejó su copa sobre la mesa con un chasquido y se puso de pie, sin siquiera mirar al viejo mientras salía de la habitación.

Ejercicio, decidió. Eso quizá lo calmaría lo suficiente para poder pensar.

Capítulo 4

Ataviado con su ropa de montar, Will se dirigió a las caballerizas. Había ordenado que ensillaran un caballo y se sintió complacido al ver que era Mercury, uno de los mejores cazadores de su padre y su montura favorita. Lo que no esperaba ver eran otros tres caballos ensillados y esperando, cada uno sujeto por un mozo de cuadra. Will tomó las riendas de Mercury y montó; los hombres que sostenían los otros tres caballos hicieron lo mismo.

Will les dirigió una mirada fulminante; había querido cabalgar solo.

—No necesito escolta.

—Tenemos órdenes, mi lord.

El que habló parecía rondar los cuarenta, con mechones grises en el cabello y el cuerpo empezando a engordar. Sus ojos se encontraron brevemente con los de Will antes de apartar la mirada. Los otros dos miraban con fijeza a sus caballos.

—¿Cuáles son exactamente esas órdenes? —preguntó Will con los labios tensos. Mientras se cambiaba, había considerado la posibilidad de cabalgar hasta Londres e invitarse a quedarse con Tregarth. Su padre —maldito fuera— parecía haber previsto ese plan.

—¿Y bien? Morris, ¿verdad?

—Sí, mi lord. No debe alejarse más de cinco millas.

Morris se removió en la silla.

—¿Sabes que algún día trabajarás para mí, Morris? —Will mantuvo la voz tranquila.

—Sí, mi lord. Pero no quiero perder mi empleo ahora.

Will lo miró fijamente un instante y, para su crédito, Morris sostuvo la mirada. No era culpa suya.

¡Maldito sea mi padre!

—Si te doy mi palabra de que no sobrepasaré ese límite, ¿montarán a cierta distancia de mí? —Su padre jamás intentaría negociar con un sirviente de esa forma, pero él no era su padre.

Los hombres intercambiaron miradas.

—Las órdenes fueron no perderlo de vista —dijo uno de los otros. Will rebuscó en su memoria los nombres de los hombres. Noakes había hablado; el más joven era Archer, que no parecía tener más de diecinueve o veinte años.

—Puedo ver a bastante distancia —añadió Archer.

—Muy bien. Si por alguna razón llegaran a… extraviarme, terminaré en la posada de Over Minster.

Esperó sus asentimientos y luego giró su caballo, partiendo al galope. Los cascos resonaron contra el empedrado del patio cuando los mozos de cuadra salieron tras él. Sus monturas eran capaces de seguirle el ritmo, pero ¿lo serían los hombres? Ejercitar los caballos del conde no implicaba necesariamente saltar setos.

Giró hacia el sur, en dirección al bosque, aumentando la velocidad poco a poco. Saltó un seto y lanzó el caballo al galope por el campo del otro lado. Cuando espoleó a Mercury hacia los árboles, vio a los tres hombres entrando en el campo por una verja en la esquina más alejada. No le costó mucho perderlos en el bosque, y redujo la marcha de Mercury hasta el paso. Over Minster estaba a apenas una milla.

El Royal Oak se alzaba al borde de la plaza del pueblo, un edificio de entramado de madera que se inclinaba con los años, con un Carlos II pintado con ojos astutos en el letrero. Will dejó su caballo en manos de un mozo de cuadra y entró en la frescura sombría de la taberna. Un par de hombres jugaban a los dados en un rincón; levantaron la vista brevemente cuando entró antes de volver a su juego.

—¿Qué le sirvo, señor? —Goodwin, el tabernero, era tan flaco como Will recordaba, su cabeza ahora casi completamente calva—. Mi lord, debería decir —se corrigió, moviendo los pies con incomodidad.

—Una jarra de cerveza, por favor. —Will echó un vistazo a los dos jugadores—. La tomaré afuera.

Goodwin hizo una leve reverencia y fue a servirle la bebida. Will salió de nuevo a la luz del sol y se sentó en un banco junto a la puerta, recostándose contra la pared. Su cerveza llegó y sacó su

reloj para comprobar la hora, preguntándose cuánto tardarían los tres mozos de cuadra en darse por vencidos y venir a ver si había cumplido su palabra. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

La expresión derrotada de Elberton volvió a su mente. El hombre habría descubierto las infidelidades de su esposa tarde o temprano, pero eso no mitigaba el pesar de Will por haberle causado sufrimiento.

Era momento de un cambio en su vida, pero prefería que fuera por decisión propia.

Barajó opciones. Podría intentar tomar un caballo sin ser visto y cabalgar a Londres, pero depender de su amigo no le resultaba atractivo. Ganarse la vida con el juego era arriesgado y requería dinero que no tenía, y alistarse como soldado raso probablemente le valdría una azotaina por insubordinación en cuestión de una semana. Hiciera lo que hiciera, su padre era perfectamente capaz de encontrarlo y traerlo de vuelta a la fuerza. Un proceso indigno, por decir lo menos.

Si tan solo el tío Jack estuviera en el país, podría contrarrestar lo que su padre estuviera tramando. Sus tías no serían de ayuda; sus maridos deseaban el favor de Marstone y lo devolverían de inmediato, como a un niño díscolo. Tendría que esperar y ver qué decretaba su padre.

Un matrimonio, lo más probable. Su estilo de vida de los últimos años había sido un intento de evitar el aburrimiento más que una expresión de su verdadero carácter. ¿Qué haría si su padre elegía para él a alguien como la infiel Hetty? O peor aún, alguna ratoncita incapaz de mirarlo a los ojos… había conocido algunas en los pocos bailes de sociedad a los que había asistido. Ninguna perspectiva le resultaba atractiva.

Había pasado casi media hora, y dos jarras de cerveza, cuando oyó caballos en el camino. Los tres mozos de cuadra se detuvieron frente a la posada.

—¡¿Ven?! ¡Les dije que estaría aquí! —exclamó Archer—. Podríamos haber venido directamente, como dije, en lugar de vagar por el bosque como idiotas.

Los tres desmontaron. Will arqueó una ceja cuando Morris se acercó a él con el ceño fruncido.

—Me dio su palabra, mi lord.

—Y la he cumplido.

—Pero usted… —Morris se interrumpió cuando Archer le dio un codazo en las costillas.

—Su señoría solo prometió no alejarse más de cinco millas —dijo Archer—. Y aquí está, tal como dijo. Ni siquiera estamos a cuatro millas del Park.

Morris seguía con el ceño fruncido.

—Oh, muy bien —dijo Will—. Morris, te doy mi palabra de que no volveré a escabullirme si aceptas mantenerme solo a la vista.

Morris asintió, apaciguado.

—Vayan a buscarse algo de comer y beber —añadió Will.

Aquí se estaba en paz. Se quedaría un poco más y luego regresaría. Era hora de ver a sus hermanas.

De vuelta en el Park, se cambió la ropa de montar antes de subir las escaleras hasta el aula en el último piso. Las niñas estaban sentadas alrededor de una gran mesa en el centro de la habitación, con libros y papeles esparcidos sobre la superficie. Con ellas estaba una institutriz nueva, mucho más joven que la que Will recordaba.

Theresa y Lizzie, a sus quince años, ya eran demasiado mayores para mostrar entusiasmo, pero Bella saltó de su asiento y corrió hacia él. Will la sujetó bajo los brazos y la levantó lo suficiente para que pudiera abrazarlo antes de volver a ponerla en el suelo, con sus rizos rebotando. Ya habían quedado atrás los días en que podía girarla en el aire.

—¡Me alegra que hayas venido a vernos, Will! —Bella le tomó la mano y lo arrastró hacia la mesa. Su labio inferior se adelantó un poco cuando él no logró ocultar del todo su gesto de incomodidad—. No viniste por nosotras, ¿verdad?

—Papá me mandó llamar —admitió él.

Dirigió la mirada a la institutriz.

—Mis disculpas, señorita…

—Ella es la señorita Glover, Will —intervino Bella, mientras la institutriz inclinaba la cabeza.

—Le pido disculpas por interrumpir la lección, señorita Glover.

—No tiene importancia, mi lord —respondió ella, comenzando a recoger los libros y papeles—. En cualquier caso, el té llegará en breve.

Will tomó asiento a la mesa.

—¿Vendrá el señor Tregarth, Will? —preguntó Theresa con un leve temblor en la voz.

Will negó con la cabeza.

—Betsy dijo que peleaste un duelo —dijo Lizzie, con los ojos muy abiertos.

—Sí, me temo que sí. Pero nadie salió herido —añadió al ver cómo el labio inferior de Bella volvía a adelantarse. Una punzada de culpa lo invadió: solo había considerado el efecto que su muerte podría haber tenido en su padre, sin pensar en sus hermanas.

—Basta de esos asuntos —dijo, esperando que su tono animado no sonara demasiado forzado—. Cuéntenme qué les ha enseñado la señorita Glover.

Se encontró con la mirada de la institutriz mientras Bella comenzaba a parlotear sobre la reina Isabel y la Armada Invencible. La señorita Glover frunció los labios por un instante antes de volver a concentrarse en ordenar sus papeles.

La idea de que los duelos fueran asuntos de “honor” empezó a parecerle completamente absurda.

Capítulo 5

Viernes 20 de junio

El padre de Connie levantó la vista de la carta que estaba leyendo y la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies y de vuelta, con el ceño aún más fruncido de lo habitual. Su estudio era más fresco que la lavandería, lo cual Connie agradeció.

—¿Por qué demonios vas vestida así, muchacha?

—Es día de lavado, papá. Todos deben ayudar si queremos terminar a tiempo —*como sabrías si te interesaras por tu propia casa* —. Si tuviéramos una o dos criadas más, podríamos...

—Debes administrar mejor el hogar, como te he explicado en numerosas ocasiones.

Connie se mordió el labio para contener la respuesta mordaz que anhelaba darle. Hacía demasiado calor como para discutir con él ese día.

—¿Qué querías decirme? La colada no se hará sola.

—Eso ahora no importa —la interrumpió su padre, agitando una mano—. Hoy tengo un visitante que querrá ser presentado contigo.

Una sonrisa satisfecha se extendió por su rostro, su mirada perdiéndose en la distancia.

Debe de ser alguien con título.

—Ve enseguida a ponerte un vestido decente y arréglate el cabello como corresponde a una dama —volvió a escanear su ropa con desdén—. Se supone que eres la nieta de un vizconde, intenta parecerlo por una vez en tu vida.

—¿Quién es el visitante, papá?

—Haz lo que se te dice, niña, no me cuestiones.

Se mantuvo firme.

—Solo preguntaba por si la señora Hepple necesita preparar refrigerios.

Charters abrió la boca, pero ella continuó hablando.

—No sería adecuado, papá, servir el mejor brandy a alguien que no lo merece.

—Hmmm. Saca una botella nueva del mejor brandy y otra de oporto.

Definitivamente alguien con título.

—Y vuelve cuando te hayas cambiado para asegurarme de que te has vestido de forma apropiada.

El visitante debía de ser alguien realmente importante, pensó Connie mientras subía a su habitación. Observó las prendas colgadas en los percheros de su armario y sacó su mejor vestido. Era de lana fina, de un verde oscuro, llevado sobre una falda interior de muselina estampada. Tenía justo el vuelo necesario para un pequeño almohadón trasero; si su padre quería una hija a la moda, debería haberle dado una asignación para ropa mucho más generosa.

Los ojos de su padre se entrecerraron cuando entró en el estudio.

—Servirá, supongo.

Connie no esperó a que la despidiera.

Cuando volvió a la cocina, la señora Hepple y Fanny levantaron la vista, y la boca de Fanny se abrió de sorpresa.

—Espera un visitante —explicó Connie.

—Será su señoría —dijo la señora Hepple con un asentimiento decidido—. Oh, tú no estabas cuando vino ese lacayo ayer.

—¿Lacayo?

—Uno de los de lord Marstone.

—Oí decir que su señoría estuvo en un duelo —comentó Fanny, sin apartar la vista del cuello de camisa que estaba restregando.

—No él, su hijo —corrigió la señora Hepple—. Por una mujer, según escuché.

Connie dudó entre su deber de frenar los chismes y su deseo de escuchar más. Se conformó con oír mientras ordenaba el resto de la ropa blanca.

—¿Ganó? —preguntó Fanny—. Dicen que es un tirador excelente. Sería una lástima que un joven apuesto se matara en un duelo.

—¿Y tú cómo sabes que es apuesto? —preguntó la señora Hepple—. ¿Cuándo has tenido ocasión de verlo?

—Debe de serlo —respondió Fanny—. Si no, ¿cómo iba a conseguir que tantas mujeres se acostaran con él?

—Basta de chismes —cortó Connie con firmeza, desviando la conversación antes de que tomara un rumbo aún más impropio.

La señora Hepple murmuró algo sobre muchachas jóvenes que creen saberlo todo cuando no saben nada, y luego preguntó, en voz más alta, si Connie pensaba recoger algo de lavanda para la ropa.

—No conviene quedarse en esta cocina sofocante con tu mejor vestido.

El sonido de los cascos sobre el barro endurecido del sendero se oyó con claridad hasta el jardín trasero. Connie dejó su cesta y se apresuró a rodear la casa. Reconoció el blasón de los Marstone en el carruaje que se detuvo en el camino. El caballero rechoncho que emergió vestía un abrigo de terciopelo beige, adornado con elaborados alamares dorados, y llevaba encajes espumosos en el cuello y las muñecas. Debía de ser el conde en persona. Un lacayo le entregó un bastón y él avanzó renqueando por el sendero que llevaba a la entrada.

Marstone Park estaba a solo unas millas de Nether Minster. Como Charters se complacía en contar a quien quisiera escucharlo, había asistido a Eton con el primo del actual conde. Sin embargo, dado que ese primo jamás había hecho una visita, Connie pensaba que la supuesta amistad existía más en la imaginación de su padre que en la realidad. Hasta donde recordaba, era la primera vez que el conde en persona se dignaba a visitarlos.

¿Por qué querría verla? ¿Necesitaba una institutriz para sus hijas?

La señora Hepple la llamó desde la puerta trasera.

—Te quiere en el estudio —dijo, antes de volver a frotar la ropa con la muñeca en el agua jabonosa.

Connie llamó a la puerta del estudio antes de empujarla para abrir. El conde no se levantó al verla entrar, pero hizo una torpe inclinación de cintura, con una mano señalando el pie vendado que tenía estirado frente a él. Al recostarse de nuevo, su abultado vientre hizo que los botones de su chaleco se tensaran. Su mirada la recorrió de arriba abajo, como la de su padre antes, aunque al menos no sintió que el conde estuviera mirando a través de su ropa.

—Mi señor —dijo Charters—. Esta es mi hija, Constance.

Connie hizo una reverencia con la debida cortesía.

—Buen día, mi señor.

—Señorita Charters.

Aunque no había sido invitada a sentarse, Connie ocupó una silla cercana y colocó las manos en su regazo. Si su padre quería que pareciera la nieta de un vizconde, no iba a quedarse de pie como una niña a punto de recitar su lección.

—¿Dónde recibió su educación, señorita Charters? —preguntó el conde.

—El vicario local y su esposa me instruyeron junto a sus propias hijas, mi señor.

Su expresión permaneció neutra.

—¿Usted administra esta casa?

—Sí, mi señor.

—No es más que un pequeño establecimiento, ¿verdad?

—Lo suficientemente grande, mi señor —intervino su padre—. Le pido disculpas por la ausencia del lacayo...

—No importa, Charters —dijo el conde—. Señorita Charters, ¿cómo cree que se las arreglaría para administrar un personal mucho mayor?

¿Estaba siendo entrevistada para el puesto de ama de llaves? Seguro que no, no después de la insistencia de su padre en el rango de su propio padre.

—Buscaría el consejo de quienes tuvieran más experiencia, mi señor, pero imagino que los principios básicos son los mismos.

—El hogar está bien administrado, lord...

—¿Sabe leer, señorita Charters? —La pregunta del conde cortó en seco la afirmación de su padre.

Era la primera vez que escuchaba algún reconocimiento de su padre hacia su labor. Sin duda, quería algo del conde, pero ¿qué?

—Mi hija no llena su cabeza con tonterías de novelas —dijo su padre antes de que ella pudiera responder—. Ha sido bien instruida para conocer su lugar en el orden natural de las cosas.

—Entonces, ¿lee las Escrituras, señorita Charters?

Connie lanzó una mirada de reojo a su padre. Si sospechaba que leía algo más que los libros que él le proporcionaba, su rostro no lo delataba.

—Sí, mi señor. Me agrada mucho mi ejemplar de los Sermones a las jóvenes de Fordyce. Contiene preceptos admirables.

Admirables desde el punto de vista de su padre, no del suyo propio. Su copia solía ocultar lecturas mucho más interesantes.

El conde asintió, estrechando los ojos.

—Dígame, señorita Charters, ¿qué dice la Biblia sobre la obediencia?

La mirada de Connie se deslizó entre los dos hombres frente a ella. ¿Era el conde tan hipócrita como su padre, exigiéndole el estudio de las Escrituras mientras apenas ponía un pie en la iglesia? A Charters le encantaba oírla recitar los versículos sobre la obediencia y la castidad.

—San Pablo dijo que los hijos deben obedecer a sus padres en todo —respondió ella.

—¿Y sobre la obediencia en el matrimonio?

Connie volvió a mirar a su padre. ¿Adónde conducía todo esto? ¿Estaban arreglando un matrimonio para ella? Un conde no se interesaría en casar a ninguno de sus allegados con la supuesta hija del segundo hijo de un vizconde. Aun así, su pecho se oprimió ante la idea de que esos dos hombres estuvieran decidiendo su futuro sin tomar en cuenta sus propios deseos.

—¿Señorita Charters? —El conde sonaba impaciente.

Respiró hondo.

—Cada hombre debe gobernar en su propia casa, mi señor.

Ese, sin duda, era un precepto que su padre apreciaba.

El conde sonrió, un gesto que curvó sus labios, pero no alcanzó sus ojos. Volvió su mirada al retrato sobre la chimenea.

—¿Cuál de esos niños es usted, señorita Charters?

—Fue pintado antes de que yo naciera, mi señor.

Una vez más, su padre se adelantó a responder.

—Hmm. Solo tres niños.

—Mi esposa enfermó poco después de que Constance naciera, de lo contrario, estoy seguro de que habríamos tenido muchos más.

Su padre hablaba como si hubiera tenido una sola esposa. Su mirada la taladró, sus labios se comprimieron. Connie bajó la vista. No era asunto suyo si su padre elegía engañar al conde.

—¿Tiene más preguntas para mi hija, mi señor? Si no, estoy seguro de que tiene deberes que atender.

—Creo que podemos continuar esta conversación a solas.

Lord Marstone recorrió la figura de Connie con los ojos una vez más.

—Gracias, señorita Charters. Espero con interés conocerla mejor.

Hizo una leve reverencia antes de salir de la habitación. Al cerrar la puerta, sintió la tentación de quedarse a escuchar, pero las consecuencias de ser descubierta no valían la pena por cualquier información que pudiera obtener.

Media hora después, oyó voces en el vestíbulo. Entreabriendo la puerta de la cocina, vio a su padre estrechando la mano de lord Marstone. Cuando el conde se marchó, su padre se dirigió a su estudio. Connie dio un paso atrás y solo subió a cambiarse cuando la puerta del estudio se cerró tras él.

Su padre parecía complacido. Eso no era una buena señal.

Capítulo 6

El campo alrededor de Marstone Park era agradable, con bonitos pueblos enclavados entre campos, bosques y arroyos. Will había pasado la mayor parte de los últimos dos días cabalgando, seguido a una distancia discreta por los tres mozos de cuadra. Pero se descubrió anhelando los paisajes costeros más salvajes de Ashton Tracey, el viento en su rostro en lo alto de los acantilados y el sol resplandeciendo sobre el mar.

No era solo el paisaje diferente lo que le hacía desear estar allí, sino los recuerdos felices. Había pasado la mayor parte de sus veranos de infancia en Ashton Tracey con su madre y sus hermanos, mientras su padre se quedaba en la ciudad o en Marstone Park. Incluso después de la muerte de su madre, su padre enviaba a las niñas allí en verano con su institutriz, y él y Alfred se unían a ellas durante las vacaciones escolares.

Hacia el final de la segunda tarde, Benning lo encontró para anunciarle que su padre deseaba verlo.

La biblioteca era una imponente sala cuadrada, iluminada de manera insuficiente por un par de ventanas en un lado. Estanterías de madera oscura cubrían las paredes, llenas de libros encuadernados en cuero y volúmenes de informes y revistas. Will nunca había visto a su padre leer nada más allá de los procedimientos parlamentarios y los periódicos, y sospechaba que mantenía el resto de la biblioteca abastecida solo porque era lo que se esperaba de un conde. El efecto resultaba impresionante para cualquiera que asumiera que su padre había absorbido el conocimiento de todos esos libros.

Marstone estaba sentado en su escritorio, bajo un enorme retrato del segundo conde.

—Siéntate —ordenó, haciendo un gesto hacia una silla baja.

Will se sentó en el brazo del sillón, sabiendo por experiencia que, si se sentaba correctamente, acabaría mirando hacia arriba a su

padre.

—He arreglado un matrimonio para ti —declaró el conde.

¿Ya? Sabía que esto llegaría, pero ¿tan pronto? ¿Cómo lo había organizado tan rápido?

—Es nieta del vizconde Charters por parte de su padre. Su madre era hija de un barón. No es tan alta en rango como me gustaría, pero quiero que tengas un heredero pronto, y has conseguido ganarte una reputación que dificulta encontrar un buen partido entre familias de mayor linaje.

—Estoy seguro de que podría enmendar mi reputación, padre, si…

El conde golpeó el escritorio con la palma de la mano.

—Sabes que es tu deber casarte y engendrar un heredero, y sin embargo, no has hecho más que apostar y revolcarte con mujeres en Londres desde la muerte de tu hermano. No esperaré más.

Eso no era justo: nunca había tenido que pagar por una amante.

—Es hora de que aprendas a administrar una propiedad, para que puedas…

—Me interesé cuando Alfred murió.

—¡Por unos pocos meses!

Will apretó la mandíbula. Lo había intentado, pero el administrador de su padre estaba tan aferrado a sus métodos que no podía explicar por qué se hacían las cosas de cierta manera. Cualquier sugerencia que Will hacía era recibida con una mirada vacía y una negativa a cambiar nada. De nada servía decirle eso a su padre: el conde no era dado a las discusiones en el mejor de los casos, y mucho menos cuando estaba de este humor.

—Necesito que desaparezcas, Wingrave, para que tu reputación no perjudique las posibilidades de Theresa y Elizabeth de hacer buenos matrimonios.

Will se irguió.

—Solo tienen quince años —protestó.

—Tomará tres o cuatro años para que la gente olvide tus… ah… hazañas.

¿Hazañas? No había hecho nada peor que la mayoría de los jóvenes en la ciudad. ¿Qué le había estado contando Ferris

exactamente?

—¿Cuándo voy a conocer a esta… joya? —Todavía cabía la posibilidad, aunque remota, de que su padre hubiera elegido a una mujer con la que pudiera llevarse bien. Aunque, dado que ni siquiera se había molestado en mencionar su nombre, parecía poco probable que supiera algo de ella más allá de su linaje.

—El lunes, dentro de tres días. Te casarás en la iglesia de Eversham.

—¿Qué? —Will se puso de pie de un salto—. ¿No pensarás seriamente que me casaré con una mujer a la que ni siquiera he visto?

El conde se recostó en su silla con la misma sonrisa sin humor que Will había visto dos días antes. Un frío nudo de fatalidad se asentó en su estómago.

—Harás lo que se te ordene.

El conde se inclinó hacia un lado y abrió un cajón, sacando de él un montón de papeles.

Will reconoció el de arriba como la lista de pagarés que había hecho dos noches antes del duelo. Si Ferris se los había llevado, el resto debían de ser las facturas de los comerciantes a los que debía dinero.

—¿Cómo piensas pagar esto si no te restituyo la asignación?

Will no se molestó en responder.

—Podrían enviarte a la prisión de deudores si no pagas —el conde golpeó con un dedo las facturas.

—No dañarías la reputación de la familia de esa manera —declaró Will con confianza.

—Cierto.

Su padre seguía mostrando esa sonrisa autosuficiente. La sensación de fatalidad se intensificó.

—Pagaré todas tus deudas pendientes —dijo el conde.

Will no creyó que las gracias fueran apropiadas.

—Y si me desobedeces, te cortaré la asignación y venderé Ashton Tracey para reembolsar a las propiedades de Marstone el dinero gastado.

La sonrisa del conde ahora era triunfante. Will lo miró, intentando asimilar lo que había dicho.

—Es parte de la propiedad, no puedes venderla —protestó.

—No. Vino como parte de la dote de tu madre. No es una posesión tradicional de los Marstone, ni está incluida en el mayorazgo.

—¡Pero vale mucho más de lo que suman mis deudas!

El conde no respondió, sino que empujó las facturas a través del escritorio. Will frunció el ceño: había muchos más papeles de los que recordaba deber. Volteó el primero, luego el siguiente, arrojándolos a un lado. Los primeros eran cuentas que sabía que tenía que pagar, pero el resto no le resultaban familiares. La mayoría llevaban escrito "pagado por la propiedad de Marstone" con la caligrafía apretada del administrador.

—No reconozco estas deudas —protestó.

El conde extendió la mano y recogió algunas de las hojas dispersas.

—Abrigo azul con adornos plateados —leyó en voz alta—. Chaleco y pantalones a juego.

Will cerró los ojos; eso sonaba notablemente como el traje que había usado en el duelo.

—…cajas de oporto, cuatro de burdeos…

Ferris debió haber tomado algunas de sus facturas, y él nunca lo notó. Estar bajo el yugo de su padre de esta manera parecía un precio duro a pagar por no llevar un registro detallado de sus gastos. Se frotó la cara, dándose cuenta de que su padre había empujado las facturas a un lado.

—Has incurrido en algunos de estos gastos al desafiar mi autoridad y tomar tus propios alojamientos en Londres, en lugar de quedarte en Marstone House.

Donde cada miembro del personal estaría informando sobre mis actividades a ti.

—Te casarás con esta mujer el lunes. Vivirás aquí o en Ashton Tracey hasta que tengas dos herederos sanos.

Podría ser peor, pensó. Podría haber sido obligado a vivir aquí, bajo la mirada de Marstone.

—No irás a prostituirte, ni tendrás relaciones con nadie que no sea tu esposa.

—Tú no eras tan ejemplar —protestó Will, herido de que su padre asumiera tan fácilmente que no obedecería sus votos matrimoniales. Suprimió el pensamiento de que su fidelidad podría depender de lo que fuera su futura esposa.

—Yo ya había engendrado a los dos antes de tomar una amante —respondió el conde—. No corrí el riesgo de contraer la enfermedad francesa ni de morir en un duelo por alguna ramera antes de tener a mis herederos. —Sus ojos recorrieron a Will de arriba abajo, y la mueca en sus labios dejaba claro lo que pensaba de su heredero restante.

—No es justo para… ¿cómo se llama ella? —La mujer era claramente solo una mula de cría para su padre.

—Señorita Charters.

—No es justo para la señorita Charters casarse en tales circunstancias. A menos, claro, que ella acepte a cualquiera que esté en línea para heredar un condado.

—No le corresponde objetar; obedecerá a su padre. Ella sabe cuáles son sus deberes con el hombre y con la religión.

Ay, eso suena casi tan malo como estar atado a alguien como Hetty.

—Deberías estar agradecido de que haya elegido una esposa tan obediente.

Obediencia, está obsesionado con ella.

Will se puso de pie y caminó hacia la ventana, consciente de la mirada triunfante de su padre en su espalda. Preferiría ver irse Marstone Park antes que vender el lugar que albergaba sus recuerdos más felices, pero Ashton Tracey no era más que una casa y algo de tierra. Aunque había sido modesto, le sería muy difícil gestionarlo sin la asignación de su padre. Si aceptaba este arreglo, al menos podría vivir alejado de su padre con una propiedad que gestionar por sí mismo.

Pero ¿qué haría el conde para mantener su control sobre él una vez casado? Claro, Ashton Tracey seguiría estando sobre su cabeza.

Esa propiedad no sería suya hasta que el viejo muriera, y si esa se iba, también se iría su independencia.

—Entonces pondrás Ashton Tracey a mi nombre, si es que voy a vivir allí —dijo, sabiendo cuál sería la respuesta.

—¿Por qué haría eso? —El conde levantó las cejas.

¿Equidad?

—Entonces rechazo los arreglos que has hecho.

Will apenas había dado unos pasos hacia la puerta cuando el conde habló.

—¿Qué harás sin dinero?

—Me alistaré como marinero en un barco de las Indias Orientales. —Will se giró para enfrentarse a él—. El tío Jack se asegurará de que me vaya bien si llego a la India.

El conde golpeó su escritorio.

—¡No permitiré que uno de mis hijos sirva como simple marinero!

—¡Entonces sabes lo que debes hacer!

Esta vez su padre no lo llamó de nuevo al salir de la habitación.

Capítulo 7

A última hora de la tarde, Connie fue convocada una vez más al despacho, donde el sol poniente proyectaba una luz rosada a través de las ventanas. Su padre estaba sentado detrás del escritorio, con una pequeña pila de papeles frente a él y una rara expresión de satisfacción en el rostro.

—Siéntate, Constance. Tengo buenas noticias para ti.

Eso sonaba ominoso.

—Estás a punto de mejorar tu posición en el mundo. Lord Marstone vino hoy para acordar los términos de tu matrimonio.

Connie lo miró fijamente.

—¿Matrimonio? —*¿Con ese viejo gordo con gota en el pie?*

No.

—Sí, sí. ¡Matrimonio! —Su sonrisa complacida se desvaneció—. Deberías estar agradeciéndome. Eso es a lo que todas las jóvenes deben aspirar: casarse bien.

Las náuseas le subieron a la garganta.

—Papá, él es lo bastante mayor para ser… —Se mordió el labio para contener sus palabras y la creciente sensación de pánico. Sí, era lo bastante mayor para ser su padre, pero Charters no vería eso como un impedimento.

—¡Ja! No, niña. El matrimonio es con su hijo. Voy a tener una vizcondesa por hija, una condesa algún día.

¿El hijo que pelea duelos por mujeres de mala reputación? Cerró los ojos un instante. Eso podría ser peor.

—Pero, papá, ni siquiera lo he visto nunca.

—¿Y qué importa eso? Todo está arreglado, ingrata.

Tocó los papeles sobre su escritorio.

—El contrato está firmado y atestiguado, es irrevocable. Te casarás en Eversham el lunes, a las once…

¿Tres días?

Su padre siguió hablando, con tono triunfal, pero ella ya no lo escuchaba. ¿Ni siquiera conocería a su futuro esposo antes de la

ceremonia? ¿Era realmente irrevocable? ¿Y si le decía a su padre… no, al conde… alguna mentira sobre un amante, que ya no era…?

—¡Constance!

Se sobresaltó cuando su padre golpeó el escritorio con la palma de la mano. Su sonrisa había desaparecido por completo, una vena hinchada en su sien.

—Un poco de gratitud no estaría de más —escupió—. Es un mejor matrimonio del que jamás podrías haber esperado. Prepara tus cosas y asegúrate de no avergonzarme el lunes. ¡Ahora, fuera de mi vista!

Con los ojos ardiendo por las lágrimas, Connie se puso de pie y salió de la habitación. En el pasillo se detuvo, apretando las manos en puños hasta que sus uñas se clavaron en las palmas. Estar sola en su habitación no era lo que necesitaba. En su lugar, giró sobre sus talones y salió de la casa, atravesó la verja y cruzó los campos.

La caminata enérgica ayudó a calmar su mente un poco, y su pánico se asentó cómo un peso sordo en su pecho para cuando llegó a la vicaría y rodeó la casa hasta el jardín trasero. El vicario y su esposa estaban sentados a la mesa bajo el manzano, con copas de vino frente a ellos. El contraste entre aquella imagen de felicidad doméstica y lo que ella podía esperar de su matrimonio arreglado le hizo un nudo en la garganta. Inspiró hondo.

Martha debió notar algo en su rostro o en su porte, porque se puso de pie y se acercó, extendiendo las manos. Connie corrió los últimos dos pasos hacia ella y se dejó abrazar un momento.

—¿Tienes tiempo para hablar conmigo? Por favor.

Respiró hondo cuando su voz amenazó con quebrarse.

—Por supuesto, querida.

Martha la guió de regreso a la mesa, y Connie tomó el asiento que el vicario acababa de dejar.

—Joseph, ¿puedes traer un poco de té, por favor?

El señor Fancott se dirigió a la casa.

Martha le dio una palmadita en la mano.

—Dime, ¿qué ha hecho tu padre esta vez?

—Voy a casarme.

Connie le contó sobre la visita del conde y la conversación que acababa de tener con su padre. Su explicación sonó desordenada incluso para ella misma, pero Martha asintió mientras hablaba.

Antes de que pudiera responder, el vicario regresó al jardín con una bandeja de té y un par de chales sobre un brazo.

—Está refrescando un poco.

Dejó la bandeja sobre la mesa y entregó los chales a Martha y Connie.

—Disfruten el té.

Connie lo observó marcharse, sin sentir aún la necesidad del chal, pero agradecida por el gesto.

—¿Qué puedo hacer, Martha? No quiero casarme con alguien a quien nunca he visto, un libertino.

Su voz se elevó al hablar, y tuvo que hacer una pausa para tomar aire entrecortadamente.

—No sé qué hará mi padre si me niego… me obligará de alguna manera, amenazará con echarme. Él… es como si yo fuera una *cosa*, algo que le pertenece y que puede hacer lo que quiera conmigo.

Martha no contradijo su suposición. Connie no lo esperaba, Martha conocía a su padre tan bien como ella.

—No puedo escapar, ¿verdad, Martha?

No tenía parientes que la acogieran, ni estudios ni referencias para ser institutriz, incluso si lograra encontrar trabajo. No tenía dinero propio.

—¡No voy a ser feliz casada con un hombre así!

Un libertino, como se decía que era el hijo del conde, no podía tener mucho respeto por las mujeres, y un hombre que recurría al duelo… bueno, ella había visto en el pueblo las consecuencias de los maridos propensos a la violencia.

—Bebe un poco de té —dijo Martha, sirviendo dos tazas y empujando una hacia ella.

Connie obedeció. El líquido caliente fue bien recibido, a pesar de la cálida noche. La tranquilizó un poco, aunque había esperado más compasión por parte de Martha.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Connie cuando su amiga no respondió.

—Haz lo mejor que…

Martha se interrumpió cuando Connie se puso de pie de golpe, derramando su té en la hierba.

—No, escúchame, Connie.

La sujetó con la mirada hasta que la joven volvió a sentarse.

—Primero, Connie, créeme cuando te digo que, si el compromiso hubiera sido con el propio conde, como asumiste al principio, haríamos todo lo posible por impedirlo. Pero sabemos algo sobre Lord Wingrave, y sé que Fancott cree que, en el fondo, es un buen hombre.

—¿Cómo lo conoces?

—No puedo decírtelo. Si él quiere contártelo, será entre ustedes dos.

—Pero solo me quiere para… para engendrar hijos, como si estuviera comprando una yegua.

—Esa es la opinión del conde —dijo Martha con tono sereno—. Puede que no sea la de tu futuro esposo. Y, conociendo al conde como lo conozco, es probable que Wingrave esté siendo obligado a esto tanto como tú. No, no sé cómo —añadió antes de que Connie pudiera interrumpirla—, pero créeme, si existe una manera de imponer su voluntad, el conde la encontrará.

—¿Pero un matrimonio que ninguno de los dos desea? ¿Cómo terminará eso?

—Tendrás tu propia familia, querida, y más control sobre tu vida del que tienes ahora.

Martha se inclinó y le dio otra palmadita en la mano.

—Los hombres pueden ser adiestrados, ¿sabes? Siempre que no se den cuenta de que lo estás haciendo. No es tan distinto a criar niños: debes establecer límites y empezar como deseas continuar.

La mandíbula de Connie se aflojó ante este giro inesperado de la conversación.

—Ven a verme mañana, querida, o quédate después de la misa el domingo, y podremos hablar más.

—Mi padre…

—Si protesta, dile que necesitas que te explique tus deberes conyugales.

Connie no quería pensar en eso ahora. Encontraría alguna excusa o simplemente no se molestaría en pedir permiso para salir de casa. Difícilmente podría encerrarla en su habitación durante días cuando estaba a punto de casarse.

—Gracias, Martha.

No entendía por qué Martha creía que el matrimonio resultaría bien, pero mientras caminaba de regreso a casa a través de los campos al anochecer, decidió que tenía que confiar en la sabiduría de su amiga.

No había nada más que *pudiera* hacer.

Capítulo 8

Sábado 21 de junio

El día después de la conversación con su padre, Will cabalgó hasta Nether Minster. La doncella de la vicaría le dijo que Fancott estaba en la iglesia, por lo que Will entró en la penumbra fresca y tomó asiento en uno de los bancos traseros para esperar. Aquella iglesia era tan sencilla y práctica como el vicario y su esposa, sin las placas conmemorativas de generaciones pasadas de los Marstone que abarrotaban las paredes de la pequeña iglesia en Eversham. Will siempre había considerado aquellas placas, junto con los vitrales pagados por los condes anteriores, como intentos de sus ancestros de sobornar su entrada al cielo.

Sacó un pañuelo y se secó la frente. Se quitó la peluca, la colocó sobre el banco a su lado y pasó las manos por su cabello. Poco a poco, la paz y el frescor del lugar se fueron filtrando en él, dejándolo más tranquilo de lo que había estado desde que salió de Londres tres días atrás.

—¿Wingrave?

Fancott parecía tan acalorado como él había estado antes, con un fino velo de sudor visible en su rostro incluso en la penumbra.

—Señor Fancott.

Will se puso de pie mientras hablaba, y se estrecharon la mano.

—¿Tiene un momento?

—Por supuesto, muchacho. ¿Quizá un vaso de cerveza? Hay un rincón con sombra en el jardín que podría ser lo bastante fresco.

—Así que ese es mi futuro —concluyó Will, inclinándose hacia adelante con los codos sobre las rodillas—. No entiendo por qué no vuelve a casarse él mismo, si tanto le preocupa que el tío Jack sea el siguiente en la línea de sucesión después de mí. Han pasado diez años desde que murió mi madre, tres desde Alfred… ha tenido tiempo más que suficiente para engendrar otro heredero.

—¿Se lo has preguntado?

—Lo hice una vez, cuando intentó arreglar mi primer matrimonio.

Nunca había visto a su padre tan furioso; casi echaba espuma por la boca mientras gritaba sobre hijos desagradecidos, el deber de obediencia y otras cosas que Will no se molestó en escuchar.

—También me lo he preguntado —dijo Fancott—, después de enterarme de algunos de sus intentos de casarte. Una posibilidad es el accidente de carruaje, poco después de la muerte de tu madre.

Will se enderezó.

—No sabía de eso.

—Debías de estar en la escuela. No lo *sé* con certeza —Fancott levantó un dedo para enfatizar—, pero es posible que haya sufrido una lesión que le impida tener más hijos. Según cuentan, estuvo postrado en cama durante un tiempo considerable.

—Tampoco he oído que tenga una amante desde entonces —dijo Will lentamente, tratando de recordar. Aunque eso no probaba nada: no sabía en qué ocupaba su tiempo su padre. Luego sacudió la cabeza—. Pero eso ya no importa. ¿Qué voy a hacer con esta mujer con la que se supone que debo casarme?

—Hmm.

Fancott se recostó en su silla, la luz moteada que se filtraba entre las ramas dificultaba leer su expresión. Las líneas junto a sus ojos parecían sugerir diversión, pero seguramente el vicario no se burlaría de su situación.

—¿Dijiste que la señorita Charters es nieta de un vizconde y de un barón?

—Sí, según mi padre.

—¿Su linaje es importante para ti?

—No realmente —respondió Will. Dentro de ciertos límites, claro; no le convenía casarse con una mujer sin educación. Por otro lado, las jóvenes que le habían coqueteado con sus abanicos y pestañas eran de buena cuna, y todas parecían más interesadas en su herencia que en él. Y Lady Henrietta Elberton, traidora a su esposo, también tenía una ilustre ascendencia. Si ellas eran ejemplos de mujeres de buen linaje, entonces la sangre azul no era garantía de una buena esposa.

—¿Qué quieres en una esposa?

Fancott levantó una mano antes de que Will pudiera responder.

—Una esposa puede ser tanto amiga como amante, si eliges bien.

—¿Y cómo podría elegir ahora que mi padre…?

—Sospecho que muchas mujeres podrían ser la adecuada, pero solo si entras en el matrimonio decidido a hacerlo funcionar. ¿Nunca has reflexionado sobre ello?

Will se frotó la cara, luego tomó la jarra de cerveza de la mesa y bebió un trago.

—Quisiera casarme con alguien que sea una madre tan buena como lo fue la mía. Ella amaba a todos sus hijos.

No los había dejado al cuidado de niñeras y amas de cría, revisándolos una vez al día como hacían la mayoría de las damas de la nobleza.

—Una buena madre, entonces. ¿Sumisa? ¿Obediente?

Ahí estaban de nuevo esas líneas junto a sus ojos, y esta vez incluso una leve contracción en los labios. Will dejó la jarra sobre la mesa con suficiente firmeza como para que la cerveza salpicara.

—Me alegra que lo encuentre gracioso, señor.

Se puso de pie.

—Yo no.

—Siéntate, Will, por favor.

A regañadientes, volvió a tomar asiento.

—¿Nunca has conocido a una mujer con la que pudieras imaginar pasar tu vida?

—No.

Pero, incluso al pronunciar la palabra, la imagen de Lady Anne apareció en su mente. No la había amado, pero nunca se habría aburrido con ella.

Fancott lo observaba con una ceja arqueada.

—Hubo una —admitió Will—. Una viuda. Quiso seguir siéndolo.

En verdad, él había sido demasiado joven para ella, demasiado inexperto, demasiado ignorante. Fue ella quien puso fin a su relación, no él, aunque lo hizo con amabilidad.

—Era un poco intelectual.

—Entonces, ¿un poco de inteligencia en tu esposa te resultaría aceptable?

Will recordó las risitas insulsas de Hetty.

—Incluso un requisito, si pudiera elegir.

Pero ¿para qué hablar de esto…?

Will volvió a frotarse el rostro. No tenía sentido, realmente, pero *había* pedido el consejo de Fancott.

—Will, no puedo decirte qué hacer, pero sí darte algunas cosas en las que pensar.

Fancott hizo una pausa, con una ceja en alto, hasta que Will asintió.

—Primero, sé… sé algo sobre la señorita Charters, y creo que ustedes podrán llevarse bien.

—¿Cómo…?

—No, no voy a decirte más sobre ese asunto. Pero recuerda que puede que no seas el único que está siendo coaccionado aquí. Necesitan hablar entre ustedes y recordar que lo que es bueno para ti es bueno para mí.

Sus padres no habían hablado entre ellos, así que probablemente era un buen consejo.

—¿Deseas conocerla antes del matrimonio? Asiste a la iglesia aquí.

¿Lo deseaba?

—¿Para qué? No cambiará nada.

Fancott lo miró con reproche en los ojos.

—Podría ayudarles a ambos a adaptarse a su nueva situación.

El vicario tenía razón.

—Muy bien —dijo Will—. Pero no en público, creo.

—Veré si puede estar aquí mañana por la tarde. Te enviaré una nota si es así. Hablando de otro asunto, recibí una carta de Sally hace un mes aproximadamente.

—¿Está bien, espero?

—Sí. Ahora tienen seis hijos y la posada de Vane prospera.

—Eso es bueno. Alex también está bien. Trato de verlo de vez en cuando... cuando estoy en Devonshire. Los Westbrook fueron una buena elección.

Fancott sonrió mientras buscaba en su bolsillo y sacaba un reloj. Abrió la tapa y luego la cerró con un chasquido.

—Me temo que tengo una visita que hacer.

Will se levantó junto con él y volvieron a estrecharse la mano.

—Gracias por su consejo.

Fancott no soltó su mano de inmediato.

—Will, resientes las acciones de tu padre —con justa razón—, pero no lo descargues en tu esposa.

Era justo.

—Probablemente tengas la intención de vengarte de tu padre.

Fancott esperó a que Will asintiera con reticencia.

—Considera lo que dice Marco Aurelio sobre el daño y la venganza. Lo has leído, supongo.

—Hace tiempo, me temo.

—"La mejor venganza es no parecerse en nada a quien cometió la injuria." Piénsalo, Will.

—Lo haré. Gracias.

—Confío en ti, Will. Puedes hacer de este matrimonio un éxito, como puedes hacerlo con tu vida, una vez que decidas qué quieres hacer con ella.

Will se quedó mirando a Fancott mientras este se alejaba a grandes zancadas por el césped. Aquello había sonado notablemente a elogio. Y, por injustificado que fuera, le dejó un cálido resplandor en el pecho.

Capítulo 9

Lunes 23 de junio

Connie se miró el cabello en el espejo, luego guardó el peine y unas horquillas de repuesto en su pequeño baúl y cerró la tapa. Echó un último vistazo a la habitación, asegurándose de no haber dejado nada atrás, y ajustó las correas.

Dolland llamó a la puerta entreabierta.

—La señora Hepple dice que el desayuno está listo para usted, señorita.

Echó un vistazo al baúl.

—¿Quiere que lo baje?

—Por favor, Dolland. Puedes dejarlo junto a la puerta principal. El carruaje del conde debería llegar por nosotros en media hora.

—Sí, señorita.

Connie se detuvo en el umbral. Su habitación era pequeña, con paredes blancas encaladas, pero había sido suya toda su vida. Ahora le resultaba extrañamente inhóspita, con cuadrados sucios en las paredes marcando el lugar donde habían colgado las acuarelas de su madre, el jarrón vacío de flores y la mesilla sin sus libros.

Esas acuarelas, una caja de costura con incrustaciones y un baúl con vestidos pasados de moda eran todo lo que le quedaba de su madre, además de los recuerdos. Era casi como si mamá hubiera dejado de existir como persona cuando se casó. Todas sus posesiones le habían pertenecido a su esposo, y él había vendido la mayoría tras su muerte.

Se volvió y bajó las escaleras con paso firme, los hombros cuadrados. Era un nuevo comienzo, con mucho más futuro que una vida como ama de llaves no remunerada de su padre. Martha no había tenido tiempo de decir mucho el día anterior: el padre de Connie solo le había permitido quedarse un cuarto de hora después de la iglesia y había dejado a Dolland a cargo de escoltarla de regreso.

No había nadie en la cocina, pero la señora Hepple le había dejado un panecillo dulce y una taza de té. Connie agradeció no encontrarse con un plato lleno de comida, pero aun así no estaba segura de poder ingerir nada con el peso de los nervios en el estómago.

Un murmullo de voces y una risita le advirtieron que iba a tener compañía, así que adoptó una expresión más animada. La señora Hepple entró por la puerta trasera con un pequeño frasco y una cinta rosa, seguida de Fanny, que llevaba un puñado de rosas.

—Tengo un regalo para ti —dijo la señora Hepple, entregándole el frasco.

Connie quitó el tapón y olió con cautela. En lugar del penetrante aroma de amoníaco que esperaba, el líquido desprendía un intenso olor a rosas, mucho más fuerte que el dulce perfume de las flores reales que Fanny extendía sobre la mesa. A pesar de su aprensión, sonrió.

—Sabes que papá no permite rosas en la casa.

—Sí, pero a tu madre le encantaban.

La señora Hepple se sentó a la mesa y empezó a formar un pequeño ramo, rompiendo las espinas y atando los tallos con la cinta.

—Se lo daré a uno de los lacayos del carruaje para que el señor Charters no lo note hasta que sea demasiado tarde.

El carruaje del conde de Marstone llegó puntualmente a las diez. Su padre salió al sendero, vestido con su mejor casaca y chaleco bordados, con el ceño fruncido mientras esperaba junto a la portezuela del carruaje a que alguien se la abriera. Finalmente, uno de los hombres que cargaban su equipaje rodeó el carruaje y abrió la puerta.

—Lo siento, señor, tenía que terminar de subir el equipaje.

Desplegó el estribo y se apartó.

Charters resopló y se subió al carruaje con dificultad.

—¡Vamos, niña!

Connie lo ignoró. El señor y la señora Fancott se acercaban por el campo, y fue a saludarlos. El señor Fancott llevaba una pequeña

valija, pesada por la forma en que la sostenía, y se la entregó al mozo para que la cargara. Con el rabillo del ojo, Connie vio a Fanny entregarle el ramillete de rosas al mozo con un susurro y una risita.

—Sé feliz, querida —dijo Martha, dándole un rápido abrazo.

—¡Constance! —la llamó Charters desde el carruaje.

Connie lo ignoró, devolviendo la sonrisa a Martha. Estaba escapando de un déspota desagradable; solo podía esperar que su futuro esposo no fuera demasiado parecido a su padre.

—Escríbeme, Connie. Y recuerda lo que te dije ayer —añadió Martha antes de hacerse a un lado para que el vicario pudiera estrecharle la mano.

—Todo irá bien, Connie —dijo él—. Que el Señor te acompañe.

Connie parpadeó para contener las lágrimas. Aquellos dos, y la señora Hepple de pie junto a la puerta de la casa, eran sus amigos. La señora Hepple la miró y le hizo un gesto como si se aplicara perfume en el cuello. Connie recordó el frasquito de esencia de rosas en su bolsillo. Se apresuró a aplicarse una buena cantidad en las muñecas y detrás de las orejas antes de respirar hondo y subir al carruaje.

—¿Qué te ha entretenido, niña? Tendrás que mostrar más obediencia que esta con tu esposo.

El discurso de Charters se interrumpió cuando el carruaje se puso en marcha.

—No me avergüences, niña, una vez que… ¿Qué es ese olor? ¿Qué has…?

Su voz se desvaneció en los oídos de Connie mientras ella se asomaba a la ventana para despedirse de los Fancott y el pequeño grupo de sirvientes.

—¡Presta atención cuando te hablo! Su señoría esperará que tú…

Connie apoyó la cabeza contra la pared acolchada del carruaje, cerrando los ojos mientras la voz de Charters se elevaba con fastidio. Se preguntó si él comprendía que casarla significaba que ya no tendría poder sobre ella.

***

Will esperaba al frente de la iglesia, sin intención de sentarse con el conde y sus hermanas en el banco familiar. Llevaba el mismo traje

azul que había usado en el duelo, hacía menos de una semana. Era bastante apropiado, en cierto modo. Aquella mañana había estado preparado para que su vida cambiara, de estar vivo a estar muerto, pero no esperaba pasar de la soltería a la trampa del matrimonio en cuestión de días.

El crujir de cascos y ruedas sobre la grava llegó a través de la puerta abierta. Will se giró para ver por primera vez a la mujer con la que iba a casarse, sintiéndose más nervioso que antes del duelo. No había recibido ninguna nota de Fancott el día anterior, y ahora era demasiado tarde para cambiar de opinión.

La luz que entraba a raudales por la puerta sur se atenuó un instante antes de que dos figuras aparecieran. Una era un hombre delgado, con una peluca que había pasado de moda hacía años y un ceño tan tormentoso como cualquiera que su propio padre lograra esbozar.

La señorita Charters era alta, apenas medio a cabeza más baja que el hombre a su lado, y vestía un sencillo vestido verde que se abría sobre una falda interior estampada. Un gorro bajo un sombrero bergère plano ocultaba su cabello, con solo unos pocos mechones oscuros y sin empolvar escapándose. Su cabeza inclinada y el ala del sombrero ocultaban la mayor parte de su rostro, pero lo poco que Will podía ver le parecía bastante atractivo, a pesar de la firmeza de su boca. Aun así, se recordó que bien podía ser una arpía o una tímida ratona; sin embargo, sintió un atisbo de optimismo creciendo en su interior.

Ese sentimiento desapareció en cuanto ella se acercó y un abrumador aroma a rosas llenó sus fosas nasales. A Will le gustaban las rosas, pues le recordaban el amor de su madre por los jardines. Pero el perfume que llevaba su futura esposa era tan intenso que casi le dio arcadas.

Inspiró profundamente… por la boca. Ya no había escapatoria.

El vicario carraspeó.

—Amados hermanos, nos hemos reunido aquí en la presencia del Señor…

Will dejó que las palabras pasaran sobre él, echando un vistazo de vez en cuando a la cabeza inclinada a su lado. Hizo sus

respuestas en los momentos indicados, su nueva esposa pronunció sus votos con voz baja pero clara, y finalmente, el pesado anillo de bodas de los Marstone estaba en su dedo, el enorme rubí destellando con la luz.

Firmaron el registro en la sacristía, y él le ofreció su brazo a la nueva Lady Wingrave para escoltarla hasta la puerta, entrecerrando los ojos cuando emergieron bajo el sol. Una ligera brisa ayudó a disipar el aroma a rosas.

—El ama de llaves ha dispuesto una comida fría —dijo—. Luego partiremos hacia Devonshire.

Su mano era ligera sobre su brazo, pero sintió un súbito movimiento al hablar. Ella alzó la vista y él captó un fugaz vistazo de unos amplios ojos castaños antes de que volviera a bajar la cabeza. Estaba sorprendida… ¿Nadie le había dicho dónde vivirían? Quizás Fancott tenía razón y ella no estaba más dispuesta a este matrimonio de lo que él lo estaba.

El conde, sudando visiblemente bajo su peluca empolvada, cojeó hasta el carruaje abierto que los esperaba. Charters lo siguió, inclinándose levemente hacia Will pero apenas mirando a su hija.

—Milady —dijo Will, conduciéndola hasta el carruaje y ayudándola a subir. Su mano se aferró con firmeza a la suya.

Consideró la idea de regresar a pie hasta el parque, pero no podía abandonar a su esposa a la reprimenda de su padre tan pronto.

En lugar de sentarse frente a la expresión satisfecha de su progenitor, pasó el breve trayecto señalándole a Lady Wingrave diversos puntos de la finca mientras el carruaje avanzaba por el muro perimetral y cruzaba las puertas. Ella miraba donde él indicaba, pero no decía nada, limitándose a asentir de vez en cuando. Tenía una tez clara, con cejas oscuras arqueándose sobre sus ojos. Sus manos, entrelazadas en su regazo, no eran las suaves y pálidas de una dama ociosa, sino que mostraban un leve bronceado, como si pasara tiempo al aire libre, y sus uñas estaban cortas y recortadas de manera práctica.

En contraste con el silencio de su hija, Charters parloteaba efusivamente sobre el diseño elegante y las amplias vistas. Por la

ligera mueca del conde, la adulación de Charters no le estaba sirviendo de mucho.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa, Will ayudó a Lady Wingrave a bajar.

—Si me disculpa, milady, debo verificar los arreglos finales para el viaje.

Ella asintió, pero siguió sin hablar. El ceño del conde se oscureció, y Will sintió un leve remordimiento por dejar a su esposa en compañía de los dos hombres mayores. No sería por mucho tiempo, se recordó a sí mismo.

En el patio de las caballerizas, Archer lo esperaba con Mercury, y sus baúles habían sido cargados en el techo del segundo mejor carruaje. Will había empacado sus cosas la noche anterior, incluyendo la caja de joyas de su madre, no quería que su padre vendiera los últimos objetos personales que le quedaban en un arrebato de ira. También había despedido a Ferris de sus servicios. Sin duda, varias personas en Ashton Tracey informarían de sus movimientos a su padre, pero al menos podría encontrar un ayuda de cámara con algo de discreción.

No parecía haber mucho más en la parte superior del carruaje.

—Archer, ¿dónde está el equipaje de Lady Wingrave?

Archer señaló con la cabeza hacia arriba.

—Allí arriba, mi lord, solo había dos baúles pequeños y un maletín.

¿Solo dos baúles? ¿Por qué no había traído todas sus cosas?

Dejó de lado ese pequeño enigma y se volvió de nuevo hacia Archer y Mercury. Mantener el ritmo del carruaje durante tres días, con caballos cambiados con frecuencia, agotaría a los animales, así que había dispuesto que el mozo lo llevara a un paso más lento. Aunque Will habría preferido montar a Mercury él mismo, habría sido una descortesía con su nueva esposa, al menos por hoy.

—Cuídalo bien, Archer —dijo Will—. ¿Conoces el camino a The Crown en Marlow?

—Sí, mi lord.

Will regresó a la casa mientras Mercury salía al trote del patio. Se despediría rápidamente de sus hermanas antes de partir. Un

matrimonio no deseado en la familia era suficiente; evitar que su padre las obligara a casarse con hombres a los que no querían sería más fácil ahora que él tenía esposa.

Capítulo 10

Connie siguió con la mirada a Lord Wingrave mientras él se alejaba rodeando el frente del edificio, sintiéndose de repente sola. Se volvió y alzó la vista hacia la piedra pálida, resplandeciente bajo el sol. Una amplia escalinata conducía hasta la puerta principal. Medias columnas adornaban la fachada y dos filas de enormes ventanales estaban coronadas por una balaustrada de piedra.

¿Ella sería la dueña de todo esto algún día? No parecía real.

Giro el gran anillo en su mano izquierda. Le quedaba algo suelto, y apretó los dedos de inmediato, temerosa de perderlo. El anillo le parecía un símbolo de posesión, de un contrato comercial, no algo que marcara la unión de dos personas para la "sociedad mutua, ayuda y consuelo" que mencionaba la ceremonia nupcial.

Tomando una profunda bocanada de aire, siguió a su padre y a su suegro por los dos tramos de escaleras y entró en la casa. Habría tiempo de sobra, demasiado, para esos pensamientos más adelante.

—Disculpe, milady.

Connie dio un par de pasos más por el vestíbulo de baldosas blancas y negras antes de darse cuenta de que la estaban llamando a ella. La mujer que había hablado vestía un sencillo vestido negro y un gorro liso; el manojo de llaves que colgaba de su cintura dejaba claro que era el ama de llaves.

—Querrá refrescarse antes del viaje, milady —dijo la mujer, con una ligera reverencia—. Puedo llevarla a una habitación donde pueda hacerlo.

Se puso en marcha escaleras arriba sin esperar respuesta, y Connie la siguió. *Quería* quitarse de encima el penetrante aroma a rosas, pero la irritó que la mujer diera por sentado que la seguiría sin más.

Las escaleras giraban en dos esquinas antes de desembocar en un rellano con galería. El ama de llaves avanzó por un pasillo y abrió la puerta de un dormitorio pequeño. Sobre una cómoda, había una jarra de agua y un cuenco, junto con algunas toallas.

—¿Preparo algo de comida para el viaje, señora…?

—Williamson, mi señora. Me aseguraré de que le preparen una cesta. Enviaré a una doncella para que la asista.

—No, gracias, no necesito ayuda. Pero avísenme, por favor, cuando mi… cuando lord Wingrave esté listo para partir.

La señora Williamson hizo una reverencia y salió, cerrando la puerta tras de sí.

¿Una doncella? Suponía que todas las damas tenían una doncella personal. ¿Esperaría su esposo que ella hubiera traído una?

Encogiéndose de hombros, dejó el ramillete de rosas sobre el arcón y vertió agua en la jofaina. Se quitó el chal y usó una toalla húmeda para lavarse el rostro y el cuello; la humedad resultaba refrescantemente fría contra su piel. Estar encerrada en un carruaje durante varios días iba a ser sofocante.

Con su nuevo esposo.

Si bien le aliviaba no tener que vivir en aquella enorme casa bajo la mirada del conde, Devonshire también estaba lejos de sus únicos amigos. ¿Cómo sería lord Wingrave como marido?

Alto, había notado eso, de anchos hombros y no gordo como su padre. Aunque su expresión no había sido acogedora, le había ofrecido el brazo, y su conversación durante el breve trayecto en carruaje podía haber estado destinada a tranquilizarla. Al menos, había sido cortés, y quizá mostraba cierta consideración por sus sentimientos. Y no parecía mirarla a través de la ropa, como hacía el conde. Las cosas podían haber sido mucho peores.

Pero seguía siendo un extraño, y la idea de tener intimidad, posiblemente esa misma noche, la hizo estremecer. ¿Podría pedir que lo retrasara?

Se dio un último repaso en el cuello con la toalla húmeda y se colocó de nuevo el chal en el vestido. Tendría mucho tiempo para pensar en ello en el carruaje. Tomando el ramo de rosas, salió al pasillo.

Un hombre de rostro adusto la esperaba al pie de la escalera y le hizo una leve reverencia cuando ella descendió los últimos peldaños.

—Su señoría y el señor Charters están en el salón delantero, mi señora. Si tiene la amabilidad de seguirme…

Se giró y avanzó hacia una puerta a un lado del vestíbulo.

Connie se quedó inmóvil. El mayordomo no había mencionado a lord Wingrave, y no tenía ningún deseo de ver a su padre ni al conde de nuevo. Recordando la advertencia de Martha de no dejarse intimidar por los criados, se dirigió a la entrada principal. Al acercarse, un lacayo vestido con una lujosa librea hizo una reverencia y abrió la puerta para ella, desviando la mirada de reojo mientras unos pasos apresurados resonaban a su espalda.

—¡Mi señora! —era el mayordomo, con el semblante aún más severo.

—Esperaré afuera —declaró—. Lléveme, por favor, a una parte del jardín con sombra.

Alzó una ceja cuando él no se movió de inmediato y, finalmente, el hombre inclinó la cabeza con una leve reverencia.

—Mis disculpas, mi señora. Me indicaron que la condujera al salón, pero si prefiere esperar en otro lugar, hay asientos a la sombra en el *parterre*. Trent, acompaña a su señoría.

El lacayo volvió a inclinarse, y Connie lo siguió escaleras abajo por un sendero de grava. El asiento que le indicó estaba en un nicho tallado en el seto, afortunadamente estaba fresco. El *parterre* tenía un diseño en cruz, con macizos de flores bordeados por setos de boj meticulosamente recortados, y una estatua de una musa griega en cada sección. Las flores aún no habían brotado, y el oscuro y ordenado trazado de los setos daba al jardín un aire lúgubre y austero, a pesar del sol. Prefería mucho más el jardín de la vicaría, con la hierba siempre demasiado crecida y las rosas trepando desordenadamente por todas partes.

Debía de hacer falta un ejército de jardineros para mantener esos setos tan prolijos y la grava tan bien rastrillada. Quizás la intención era demostrar la riqueza del conde.

Aun así, era un sitio agradable para sentarse, sin nadie diciéndole qué hacer.

***

Will encontró a su padre sentado a la mesa en el comedor, con un plato ante él en el que solo quedaban migas. Charters, con una

copa de oporto en la mano, inspeccionaba el reloj de bronce dorado sobre la repisa de la chimenea.

—¿Dónde está lady Wingrave?

Charters se volvió.

—¿No ha regresado? —hizo una reverencia al conde—. Sin duda, no tardará en venir a presentar sus debidos respetos, mi lord.

Will tuvo que contener un gesto de desdén mientras Charters continuaba:

—Espero con ansias visitar a mi hija aquí, mi…

—Vivirá en Devonshire —lo interrumpió Marstone con tono aburrido.

Will reprimió una sonrisa al ver la consternación en el rostro de Charters. Su padre parecía tan poco impresionado con aquel hombre como él mismo. Pero no quería perder más tiempo con ellos. Cuanto antes se marchara de allí, mejor.

—Si me disculpan… —dijo, y salió de la habitación antes de que pudieran responderle.

El mayordomo estaba en el vestíbulo, aguardando la siguiente orden de Marstone.

—Benning, ¿sabe dónde está lady Wingrave?

—Creo que espera afuera, mi lord.

Así que había rechazado reunirse con sus padres. Al menos, tenía algo de carácter.

La grava crujió cuando el carruaje se detuvo ante la casa. Noakes iba sentado junto al cochero, y una mujer vestida de sirvienta ocupaba el asiento tras ellos.

—¿Quién es la mujer?

—Milsom, mi lord —respondió Benning—. La doncella de lady Wingrave. ¿Quiere que informe a su señoría que el carruaje está listo?

—Por favor.

—Trent, ve a buscar a lady Wingrave. Mi lord, avisaré a su señoría de que está a punto de partir.

Will bajó los escalones y se quedó contemplando el parque mientras esperaba. Los ciervos que normalmente rondaban los

terrenos descansaban, con sensata prudencia, bajo la sombra de los robles.

Su nueva esposa apareció primero, lanzándole una mirada vacilante cuando él avanzó para ayudarla a subir al carruaje. Aún no había señales de su padre ni del suyo propio, aunque Benning había reaparecido.

—Benning, informe al señor Charters de que su…

—No, por favor. No se moleste por mí.

Su rostro, alzando la vista hacia él, mostraba un leve fruncimiento entre las cejas.

—Lo siento, mi lord.

Bajó la mirada.

—Usted querrá despedirse de su propio padre.

—No más que usted del suyo, mi lady.

Llevaba un paquete de cartas para el abogado en Exeter. Eso era todo lo que quería de su padre, ya que las escrituras de Ashton Tracey no le serían entregadas.

Ella tomó su mano extendida con vacilación, aunque no se apoyó en ella al subir al carruaje. Él la siguió y tomó el asiento mirando hacia atrás, aliviado al notar que el olor de su perfume se había disipado. En el suelo, una cesta indicaba que alguien había tenido el buen sentido de preparar algo de comida para el viaje. Trent cerró la puerta y se apartó mientras el carruaje comenzaba a moverse.

Will miró por la ventana mientras el familiar parque daba paso a los caminos rurales, sintiendo nuevamente esa sensación de irrealidad. La semana pasada era soltero y libre, o tan libre como su padre se lo permitía. Ahora estaba encadenado a… ¿a qué?

Su esposa se sentaba erguida, con la espalda rígida, y la cabeza vuelta hacia la ventana. Sus manos, apretadas en su regazo, le hicieron preguntarse si realmente estaba viendo el paisaje. Se giró un poco, pero apartó la mirada en cuanto sus ojos se encontraron.

Sintiendo la necesidad de hacer algo, bajó la ventanilla y luego se deslizó en el asiento para abrir la del otro lado.

—Confío en que no tenga objeción, mi lady.

—No, gracias. El aire será bienvenido.

Esta vez logró sostenerle la mirada, aunque su expresión seguía siendo ansiosa.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos, mi lord?

—A Devonshire, como le dije.

¿No había prestado atención antes?

—Sí, mi lord, recuerdo que lo mencionó. Pero Devonshire es un condado grande, ¿no es así?

Connie observó el rostro de Lord Wingrave mientras describía la casa y las tierras de Ashton Tracey, prestando más atención a su expresión que a sus palabras. Antes le había parecido severo, pero su impaciencia había dado paso a algo que casi parecía entusiasmo, y su rostro se iluminaba con una sonrisa y con las líneas que se formaban en las comisuras de sus ojos. Ojos azules, notó, y un rostro cuadrado con una barbilla firme.

Aunque le aliviaba ver que su humor parecía mejorar, también le inquietaba confirmar que su destino estaba tan lejos.

—Entonces, estaremos varios días en el camino —dijo cuando él terminó de hablar.

—Sí. Esta noche pararemos en Marlow y, si todo va bien, mañana en Salisbury.

Salisbury… ¿tendría la oportunidad de ver la catedral? El señor Fancott le había hablado de su admiración por ella. Pero la idea del viaje apartó ese pensamiento. Salisbury estaba lejos de Exeter. Pasaría dos días más encerrada en un carruaje con un hombre al que apenas conocía.

Aflojó su chal, deseando poder quitárselo para sentirse un poco más fresca, pero eso no sería apropiado. Nunca había viajado más de unos pocos kilómetros en carruaje; con este calor, el trayecto se haría interminable, incluso sin sus preocupaciones sobre el futuro.

Un movimiento repentino la hizo alzar la vista. Lord Wingrave se quitó la peluca y la dejó sobre el asiento a su lado, luego se despojó del abrigo. ¿Qué estaba haciendo? Su padre solía quitarse la peluca, e incluso el abrigo en un día como este, pero nunca en público. Su estómago se encogió al darse cuenta de que esto no era público. Ahora pertenecía a este hombre, le gustara o no.

Y le gustara o no a él.

Se veía más accesible sin la peluca y el abrigo, menos parecido a su padre y más joven de lo que había parecido al principio. Su padre se afeitaba la cabeza; Lord Wingrave no, pero llevaba el cabello castaño cortado bastante corto.

Apartó la mirada cuando él desabotonó su chaleco. ¿También pensaba quitárselo? ¿Aquí, en el carruaje? ¿Acaso tenía intención de consumar…?

—Le ruego me disculpe, mi lady, pero aquí dentro hace un calor insoportable.

No ahora, entonces. El nudo en su estómago se aflojó, pero solo un poco. Aún quedaba el resto de la noche.

Tomó aire profundamente. Tenía que abordar el tema en algún momento, bien podía ser ahora.

—Mi lord, ¿podríamos tener habitaciones separadas en la posada esta noche?

Sus manos se detuvieron en el último botón del chaleco y alzó una ceja.

—Me han dicho que no ronco, mi lady.

Connie sintió que le ardían las mejillas.

—Quiero decir… —tragó saliva—. ¿Sería posible… eh… retrasar nuestras… nuestras relaciones matrimoniales por un tiempo, mi lord?

Clavó la vista en sus manos y solo volvió a mirarlo cuando él respondió.

—¿Y si exijo mis derechos matrimoniales, mi lady?

Afortunadamente, no parecía enojado.

—Podría obligarme, de eso no hay duda.

No le costaría nada someterla.

—Acaba de hacer un voto de obediencia hacia mí.

Ni su tono ni su expresión delataban lo que pensaba.

—Y usted hizo un voto de amor y protección, mi lord. ¿Es protección obligar a una mujer a tener intimidad con un extraño? Ninguna mujer decente desearía eso.

Volvió a tragar saliva, impresionada de haber dicho todo eso sin tartamudear. Él alzó una ceja de nuevo, pero no mostró más que una leve sorpresa.

—Los matrimonios concertados pueden ser comunes entre la gente de su rango, mi lord, pero, aun así, ¿no suelen conocerse antes de encontrarse en la iglesia?

No cuando los han obligado a casarse.

Will la observó mientras un músculo se tensaba en su mandíbula y bajaba la mirada otra vez. Tenía razón.

—¿Cuánto tiempo desea, mi lady? ¿Una semana? ¿Un mes, tal vez?

—Un mes debería ser suficiente —respondió ella con un leve asentimiento—. Gracias, mi lord.

Dicho esto, desató la cinta de su sombrero y lo dejó sobre el asiento junto a su ramillete. Apoyó la cabeza contra los cojines y cerró los ojos.

Will se dio cuenta de que estaba boquiabierto y cerró la boca de golpe. Su respuesta no había sido una oferta. La diversión se deslizó en su interior. Ella lo había vencido… temporalmente, al menos. Podía explicarle que no lo había dicho en serio, pero decidió que no lo haría. La ratoncita tenía algo de carácter y, lo que era más importante, no había recurrido a lágrimas ni súplicas para salirse con la suya. Obligarla antes de que estuviera preparada no era la manera de comenzar su vida juntos.

No podía estar realmente dormida, nadie podía dormir en esa posición sin que la boca se le abriera, pero fingir sueño había sido una forma eficaz de dar por terminada la conversación antes de que él pudiera retractarse.

Su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en una mueca de diversión. Su padre estaría furioso si supiera lo que Will acababa de aceptar.

¿Qué había sido de su vida antes de aquel día? Al principio había supuesto que ella había aceptado el matrimonio por su título y su futura riqueza. Puede que aún fuese así, pero, por lo que había visto, su padre se preocupaba tan poco por ella como el suyo por él. ¿Podía realmente culparla por aceptar el enlace, fuera cual fuese su razón?

A pesar de las ventanillas abiertas, el aire en el carruaje era pesado. Apoyó la cabeza contra el acolchado lateral, cerró los ojos e intentó dormir.

Capítulo 11

Will abrió la cesta de comida después de que se detuvieran para cambiar los caballos. Había una selección de carnes frías y quesos, panecillos frescos y pasteles. Lady Wingrave aceptó unas rebanadas de pollo frío y un panecillo, pero apenas picoteó la comida. Nerviosa, supuso él, mientras se dedicaba a hacer una buena comida.

—Gracias, mi lord —dijo ella al fin, entregándole el plato vacío. Se limpió los dedos con un pañuelo y lo observó por un momento. Will creyó que iba a hablar, pero en su lugar volvió la mirada hacia la ventanilla.

Guardó la comida y se recostó contra los almohadones. Debería entablar conversación, pero ¿sobre qué? No solía faltarle el discurso, pero esta no era una situación normal.

—¿Ha viajado con frecuencia, mi lady?

Ella volvió la cabeza hacia él.

—No, mi lord. Nunca he estado a más de unos pocos kilómetros de casa.

Así se acababa ese tema. No parecía dispuesta a iniciar una conversación por sí misma. Halagar la apariencia de una dama solía ser su manera de romper el hielo, pero ella podría tomarlo como una señal de que había cambiado de opinión respecto a esperar un mes. Lo había prometido, y cumpliría su palabra.

Resignado, se dedicó a observar el paisaje que pasaba por la ventanilla. Mejor una esposa callada que una parlanchina, pensó, volviendo su atención a los asuntos que debía atender cuando llegaran a Ashton Tracey.

***

Connie descendió del carruaje con alivio cuando finalmente se detuvieron en Marlow, agradecida de escapar del incómodo silencio.

Una mujer baja y regordeta bajó del coche, exigiendo a Noakes que tuviera cuidado con su equipaje antes de volverse hacia Connie.

—Soy Milsom, mi lady. Mi lord me ha contratado como su doncella personal.

—Solo necesito esas… —Connie se encontró hablando a la espalda de la mujer, que ya se había girado para dar más órdenes sobre el equipaje, con su aguda voz sobresaliendo por encima del ruido del patio.

Lord Wingrave había desaparecido en el interior del edificio, así que se quedó esperando, sintiéndose más sola que nunca en medio de la multitud. Martha le había advertido que su nuevo rango exigiría una doncella personal, pero había esperado poder elegir a alguien con quien pudiera llevarse bien.

Mira el lado bueno, se dijo con severidad. El personal puede cambiarse. "Sea firme desde el principio", le había aconsejado Martha. "Habrá sirvientes que detecten su falta de experiencia y se aprovechen".

Enderezando los hombros, cruzó el patio y entró en la posada. Nadie le prestó atención, lo cual era de esperar, supuso, pues su vestimenta no era lo suficientemente ornamentada o lujosa como para denotar algo más que una mujer respetable.

—Ah, ahí está.

Lord Wingrave emergió de una puerta en el pasillo y luego giró la cabeza para llamar a alguien detrás de él. Apareció una mujer tan rechoncha como Milsom, pero esta lucía una sonrisa.

—Si me sigue, mi lady, la llevaré a su habitación y mandaré subir sus baúles. Querrá cambiarse antes de la cena. Por aquí.

Subió las escaleras con andar pesado. La habitación a la que condujo a Connie era pequeña pero limpia; la cama parecía cómoda y un gran jarro de agua con toallas limpias descansaba sobre un lavabo. Una mesa se encontraba bajo la ventana, abierta para dejar entrar la brisa suave que llegaba desde los campos detrás de la posada.

—Su doncella puede pedir cualquier otra cosa que necesite cuando suba, mi lady.

Salió de la habitación justo cuando los pesados pasos y las órdenes secas en el pasillo anunciaban la llegada de Milsom. Dos hombres la siguieron, cargando el equipaje de Connie. Ella se retiró hacia la ventana y se sentó en la pequeña mesa. Los dos baúles

ocuparon gran parte del espacio en el suelo, y Noakes depositó el portavalijas del señor Fancott sobre la cama.

—Un momento —dijo Connie antes de que los hombres pudieran retirarse—. Solo necesito ese baúl y el portavalijas. Pueden guardar el otro en otro sitio.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y luego la dirigieron hacia ella, con la boca apretada en una mueca de disgusto.

—Si se hubiera dignado a escuchar, Milsom, habría oído cuando se lo dije en el patio. Ocúpese de ello.

Las comisuras de la boca de Milsom se torcieron aún más hacia abajo, pero el mozo de la posada puso los ojos en blanco y se encogió de hombros. Al menos, los hombres sabían a quién culpar por su esfuerzo desperdiciado.

Cuando se llevaron el baúl, Connie se acercó al aguamanil y vertió un poco de agua en un cuenco. Milsom abrió el baúl y sacó el viejo vestido de muselina de Connie.

—Milsom, puede dejarme. No necesito su ayuda.

—Pero, mi señora, debe cambiarse para la cena. Debe de haber algo mejor que estos vestidos. Si no hubiera enviado aquel otro baúl…

—Cenaré aquí.

Sería una oportunidad para revisar lo que los Fancott le habían dado, además de evitar más silencios tensos.

—Mi señora, su señoría…

—Milsom, he dicho que los dejes y que me deje a mí.

Connie intentó mantener la calma en su voz.

—Haré que suban el té en diez minutos, la cena en una hora, y usted se encargará de que me traigan el desayuno una hora antes de nuestra partida por la mañana.

Milsom la miró fijamente.

—¿Ha quedado claro?

Connie sostuvo su mirada hasta que Milsom apartó la vista.

—Muy bien, mi señora.

Cerró la tapa del baúl, hizo una pequeña reverencia y salió de la habitación con la espalda rígida, mostrando su disgusto.

Connie suspiró. Si antes no lo era, la doncella se había convertido en su enemiga en este momento.

Se acercó a la puerta, comprobó el cerrojo y lo echó con alivio. Se quitó el vestido verde y la enagua y se lavó. Su segundo mejor vestido serviría por el momento, y se lo puso rápidamente.

Llamaron a la puerta, y se apresuró a descorrer el cerrojo. Para su alivio, era la amable mujer de la posada con una bandeja de té.

—Aquí tiene, mi señora. Esa doncella suya dijo que cenaría aquí, ¿es cierto?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No, en absoluto, mi señora. Quería saber si prefiere una comida caliente o si le gustaría algo de carne fría con ensalada y un poco de gelatina con crema.

—La comida fría, por favor, señora…

—Señora Farthing, mi señora.

—Gracias, señora Farthing. Puede retirar las cosas del té cuando traiga la cena.

Eso le daría un poco de tiempo sin interrupciones.

Vertió una taza de té y se sentó en la cama junto a la valija. Al abrir la tapa, sacó una bolsa de tela. Dentro había un pequeño aro de bordado, una selección de sedas de colores, cuadrados de tela y agujas.

Respiró hondo, sintiendo lágrimas arder en sus ojos.

Había aprendido a bordar con las hijas de Martha, en el salón durante el invierno y bajo el manzano cuando el clima lo permitía, disfrutando de cómo los patrones de flores y hojas tomaban forma bajo sus dedos.

Cuando su padre le confió la administración de la casa, ya no tuvo tiempo para dedicarse al bordado.

Debajo de la bolsa había libros. Los levantó para leer los títulos en los lomos. Varios eran novelas, mientras que los demás eran ensayos y otros libros de Mr. Fancott que ella había mostrado interés en leer.

Todavía tenía amigos, aunque no estuvieran allí.

***

Will se sacudió una mota de polvo de la chaqueta y bajó a cenar con su esposa.

El salón privado que había reservado estaba vacío, así que se dirigió a la taberna y pidió una pinta de cerveza, lamentando no haber hecho arreglos más claros para la cena.

Las mujeres parecían tardar más en cambiarse de ropa que los hombres, así que pasó media hora intercambiando comentarios tediosos con otros clientes sobre el calor antes de volver al salón.

Seguía vacío.

—¿Listo para cenar, mi señor? —preguntó la señora Farthing desde el umbral.

—Esperaré a Lady Wingrave.

—Mi señora cenará en su habitación, mi señor.

Maldita sea.

No hacía falta que se hubiera cambiado para cenar en un aislamiento espléndido. ¿Cómo iba a conocerla si ni siquiera cenaban juntos?

Por otro lado, al menos su comida no se arruinaría con las tensiones de la conversación educada. Habían pasado horas juntos en el carruaje hoy, sin apenas hablar.

Tenía un mes; no había prisa.

—…queda algo de pastel de caza o el asado de ternera…

Había perdido el hilo de la lista de platos que le ofrecía la señora Farthing.

—Pastel de caza —dijo, aferrándose a las primeras palabras que había registrado—. Y una botella de borgoña, si la tienen.

—Le enviaré a Farthing para que se ocupe del vino, mi señor.

Una buena botella de vino y, quizá, una partida de cartas en la taberna harían la velada más llevadera.

Quizá.

Capítulo 12

Martes 24 de junio

Will gruñó cuando los golpes en la puerta continuaron, con su cabeza palpitando al ritmo de los golpes. La botella de vino lo había relajado lo suficiente como para disfrutar de una partida de cartas en la taberna, y había pedido otra botella. ¿O fueron dos?

Estúpido.

—Adelante —dijo.

Tenía un vago recuerdo de haberle dicho a Noakes que lo despertara a las siete para salir temprano. *¡Qué idea más estúpida!*

—Buenos días, mi señor.

—¿Archer?

—Sí, mi señor. Noakes me envió.

—Maldito cobarde —murmuró Will, incorporándose.

Un resoplido ahogado de Archer parecía indicar que estaba de acuerdo.

—¿A qué hora llegaste anoche?

Will recordaba haber visto a Noakes y al cochero bebiendo en la taberna, pero no a Archer.

—Bastante tarde, mi señor. Me fui directo a la cama. Mercury está bien. Creo que me tomará un par de días más que a usted llegar sin forzarlo demasiado.

Will no había pensado mucho en el personal que necesitaría en Ashton Tracey, pero recordaba que Archer era el más despierto de los tres mozos que lo habían estado siguiendo durante días. Podría valer la pena conservarlo.

—Haz que me envíen café —ordenó—. Y dile a Noakes que lleve a Mercury. Tú irás en el carruaje.

—Sí, mi señor.

Cuando Archer se hubo ido, Will revisó sus bolsillos y extendió las monedas sobre la cama. Se sintió aliviado al ver que tenía un poco más de dinero del que había tenido cuando comenzó. Habían jugado con apuestas pequeñas y, sorprendentemente, había disfrutado la

partida tanto como las de apuestas más altas a las que estaba acostumbrado en Londres.

Ese tendría que ser el último juego por un tiempo. Solo tenía el dinero que su padre le había dado para administrar Ashton Tracey, y no pensaba arriesgarse a perderlo.

***

Acostumbrada a madrugar, Connie ya estaba despierta y vestida cuando Milsom llamó a la puerta con una bandeja de desayuno.

—Déjela en la mesa —dijo Connie, ignorando la mirada de la doncella recorriendo el viejo vestido de muselina que se había puesto. La perspectiva de estar más fresca había prevalecido sobre la de verse bien arreglada.

Se sirvió café de la jarra y partió un trozo de uno de los panecillos dulces. A diferencia del día de su boda, esa mañana tenía apetito. Había pasado la primera parte de la noche preguntándose si Lord Wingrave iría a su habitación, a pesar de lo que había dicho en el carruaje, pero había dormido bien cuando le quedó claro que no lo haría.

Milsom se entretuvo cepillando el vestido verde y doblándolo dentro del baúl. Cuando cerró la tapa, Connie la despidió. Empacaría los libros ella misma.

Media hora después, estaba en el patio de la posada, disfrutando del aire aún fresco. Lord Wingrave fue el último en aparecer, entrecerrando los ojos contra la luz de la mañana. ¿Se habría excedido la noche anterior?

Martha y su esposo creían que todo estaría bien, se recordó a sí misma. Una noche de copas no hacía a un hombre un borracho.

No estaba segura de si debía alegrarse o lamentar cuando el mozo cerró la portezuela tras ella. Con suerte, viajar en la parte superior del carruaje le daría a Lord Wingrave una muestra del mal humor de Milsom y lo haría más propenso a permitir que la reemplazaran.

Había elegido un libro de la selección que le habían dado los Fancott. Al abrir el primer volumen de *Tristram Shandy*, encontró una nota escrita de puño y letra de Mr. Fancott, en la que decía que,

si le gustaba, podría conseguir la colección completa sin dificultad, pues en Exeter había una buena librería.

Connie se detuvo, dejando que la idea se asentara. Si su esposo le daba una asignación, como Martha creía que haría, podría comprar libros siempre que quisiera.

Solo mucho después se preguntó cómo sabía Mr. Fancott que ella viviría cerca de Exeter.

***

Will subió al techo del carruaje, el esfuerzo haciéndole palpitar la cabeza. La doncella de Lady Wingrave, con su expresión agria, ya estaba sentada en el banco detrás del cochero y tuvo la desfachatez de mirarlo por encima del hombro.

—Siéntese con el cochero —ordenó, y se acomodó en su lugar, inclinando el sombrero hacia adelante para bloquear el sol.

Archer se sentó a su lado, pero se giró para mirar hacia atrás. Siguiendo su mirada, Will vio que observaba a Noakes salir del patio montando a Mercury.

—¿No te agrada viajar en el carruaje? —preguntó Will, sospechando la respuesta.

—Hago lo que usted ordene, mi señor —dijo Archer, mirando ahora al frente.

Como imaginaba: había ofendido al mozo. *Maldición*. Mejor aclarar esto ahora, antes de que su resentimiento creciera.

—Noakes volverá a Marstone Park con el carruaje —dijo en voz baja—. Esperaba que no te importara quedarte en Devonshire.

Archer giró la cabeza, sus ojos agrandándose.

—¿No quieres? —preguntó Will—. ¿Tienes alguna muchacha en Hertfordshire?

—No, mi señor. Quiero decir… ninguna muchacha.

—Solo dilo, Archer —insistió Will, cuando el mozo dudó.

—¿Me está preguntando lo que quiero?

—No te preocupes, no haré de esto una costumbre.

Se sintió complacido al ver que eso provocaba una breve sonrisa.

—Yo seré quien pague al personal en Ashton Tracey, no mi padre. Quiero gente que trabaje para *mí*, no para él. Eso significa personas

que quieran estar allí, no que hayan sido obligadas a mudarse a Devonshire en contra de su voluntad.

Si no le doliera tanto la cabeza, habría encontrado divertidas las expresiones cambiantes en el rostro de Archer. La sonrisa inicial fue reemplazada por un ceño fruncido mientras asimilaba las implicancias, seguido de una mirada fija en la distancia.

—Tienes cerebro, Archer. Es un desperdicio que sigas como mozo de cuadra. Pero tendrías que ser leal a mí. Piénsalo.

Will cerró los ojos, deseando que el banco tuviera un respaldo más alto para poder dormitar sin arriesgarse a caer del carruaje.

—¿Mi señor?

—¿Qué? —Abrió un ojo y vio a Archer sosteniendo una botella de piedra.

—La señora Farthing nos dio un cordial de flor de saúco. Podría ayudar con su cabeza.

Will tomó la botella y sacó el corcho. El líquido olía dulce, pero eso podía ser algo bueno.

—Gracias, Archer. ¿Eso es un "sí"?

—Eso creo.

El carruaje avanzó a buen ritmo por los caminos resecos por el sol, y la cabeza de Will ya estaba despejada cuando se detuvieron para tomar un refrigerio. Cuando reanudaran el viaje, viajaría dentro; ya había tenido suficiente de que el polvo le llenara los ojos y la boca.

Su esposa descendió del carruaje antes de que pudiera ofrecerle el brazo. El vestido que llevaba ese día era aún menos elegante que el verde que había usado el día anterior, el estampado de la muselina estaba desvaído. Sabía que la dote no había sido la prioridad de su padre al elegir a la próxima condesa de Marstone, pero le sorprendía que ella pareciera tener tan poca ropa en buen estado.

¿Cuántas personas había contactado su padre? Seguramente no muchas; solo había tenido un par de días, a menos que llevara tiempo planeándolo. ¿Había tenido que buscar a alguien desesperado por dinero para que aceptaran?

Connie pidió una habitación privada en la posada y luego se reunió con lord Wingrave en un salón donde el posadero había dispuesto un refrigerio frío de carne de res en rodajas, un pastel relleno y un syllabub de limón. Tomó algo de los platos que él le ofreció con una palabra de agradecimiento, pero comió poco. Hacía demasiado calor.

Lord Wingrave también comió con moderación, el ceño fruncido, no podía decir si por pensamientos o por fastidio. Su padre, en las escasas ocasiones en que comía con ella y sus invitados, no deseaba oír nada de lo que tuviera que decir. Lord Wingrave, por lo que había visto hasta ahora, se parecía poco a su padre, pero no quería arriesgarse a irritarlo cuando aún les quedaba día y medio de viaje juntos.

Cuando estuvieron listos para partir, él la siguió hasta el carruaje. Connie se quedó mirando por la ventana un rato, fascinada por el paisaje cambiante. De vez en cuando, echaba un vistazo a su rostro y podía ver que estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Qué pueblo es este? —preguntó, cuando disminuyeron la marcha para pasar por un mercado en una amplia calle flanqueada por altos edificios.

—Andover.

Esperaba algo más de información, pero estaba claro que lord Wingrave aún no tenía ganas de hablar. Con un suspiro inaudible, tomó *Tristram Shandy* de nuevo y encontró su lugar. Mejor fingir que no deseaba conversar en absoluto que ser ignorada. Por lo que, durante el resto del trayecto, dividió su atención entre la ventana y su libro.

***

Llegaron a Salisbury a última hora de la tarde. Connie alcanzó a ver la aguja de la catedral en una curva del camino, pero en cuanto el carruaje siguió avanzando por las calles, la perdió de vista.

—¿Dijo que nos detendríamos aquí? —preguntó, intentando ocultar la decepción en su voz.

Lord Wingrave giró la cabeza.

—El *Rose and Crown* está justo al otro lado del río. —Mientras hablaba, el carruaje comenzó a aminorar la marcha.

—Confío en que cenará conmigo esta noche, señora —dijo lord Wingrave al ayudarla a bajar del carruaje.

—Si así lo desea, mi señor.

—¿Cómo vamos a conocernos si siempre cena en su habitación, mi lady? —No sonrió, pero tampoco fruncía el ceño.

Tuviste toda la tarde para hablar conmigo en el carruaje.

—Disculpe, mi lady. —El nuevo mozo interrumpió antes de que Connie pudiera responder.

Lord Wingrave asintió y entró en la posada.

—Me llamo Archer, mi lady. Me preguntaba qué baúl necesitará esta noche.

Las cejas de Connie se arquearon y sonrió.

—¿Milsom no te ha dicho? La valija pequeña y ese de allí, por favor. —Señaló el baúl donde guardaba su ropa. Archer subió al techo del carruaje.

La doncella la esperaba en la puerta.

—Milsom, averigua a qué hora piensa cenar mi señor.

La mujer frunció los labios.

—Muy bien, mi lady.

En su habitación, Connie se lavó la cara y las manos, y se arregló el cabello. Saldrían por la mañana y, a pesar del cansancio provocado por el calor, quería ver la catedral.

—No lo ha dicho, mi lady. —Milsom entró en la habitación detrás de ella—. Sacaré su vestido. Querrá…

—Milsom, llama antes de entrar a una habitación.

Connie terminó de sujetarse el cabello y se giró para ver cómo la expresión de Milsom pasaba de una mueca de fastidio a una de mera resignación.

—Solo sacudiré su vestido verde, mi lady, y luego podrá…

—Tengo intención de ir a la catedral a pie, así que necesito que me acompañes. El vestido puede esperar.

Los labios de Milsom se apretaron.

—No es propio que ande por la ciudad sola, mi lady.

—Lo sé. Por eso vendrás conmigo.

—No puedo caminar mucho, señorita. Quiero decir… mi lady. Me duelen los pies. —Se volvió hacia el baúl y comenzó a sacar el

vestido verde, como si el asunto estuviera zanjado.

Connie suspiró. Sabía que debía corregir la actitud de Milsom, pero quizá no volverían a pasar por allí y no quería perder tiempo discutiendo.

Abajo, preguntó al posadero si alguien podía acompañarla a la catedral. Él se rascó la cabeza y luego su rostro se iluminó.

—Creo que a nuestra Jen no le importaría un descanso. Así le daré un respiro a su.... Se aclaró la garganta—. La llamaré, mi lady.

Jen resultó ser una muchacha robusta con un evidente parecido con el posadero. También era de pocas palabras.

—¿El camino más rápido o por el río, mi lady?

Connie eligió el camino junto al río y Jen partió a paso ligero. No estaba lejos la orilla, y Connie se detuvo un instante para admirar la vista de la catedral a través de los prados ribereños, con sus muros de piedra resplandeciendo cálidamente bajo la luz del atardecer. Se apresuró para alcanzar a Jen mientras cruzaban un puente peatonal. Vista desde tan cerca, la aguja parecía tocar el cielo. Con sus altos ventanales y su intrincada ornamentación en piedra, el edificio era muy distinto de la pequeña iglesia parroquial de Nether Minster.

—Me gustaría entrar a verla, Jen.

—Por aquí, mi señora.

Jen se detuvo junto al pórtico.

—La esperaré aquí, mi señora —sonrió, iluminando su rostro—. Es un placer descansar un poco en la frescura, en lugar de estar trabajando en la cocina.

El interior era un contraste de rincones oscuros y manchas de luz brillante donde el sol se filtraba a través de las vidrieras. Connie aún contemplaba con asombro los altos pilares y la bóveda cuando un carraspeo la interrumpió.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

El hombre vestía la túnica negra de un sacristán, que le abultaba un poco sobre una leve barriga. Mientras hablaba, se acomodó la peluca.

—Le agradezco, pero solo he venido a admirar el edificio. Nunca había visto algo tan magnífico como esto.

El sacristán pareció enderezarse con orgullo.

—Puedo contarle un poco de su historia, si lo desea, señorita.

Connie reconoció el brillo entusiasta en sus ojos y vaciló un momento. Pero el señor Fancott siempre decía que el conocimiento solo acrecienta el asombro, por lo que aceptó con gratitud.

—La catedral se completó en el siglo XIII, después de que la tierra sobre la que se alza…

El sacristán avanzó por la nave mientras hablaba. Connie perdió partes de la historia al distraerse con tallas o tumbas que llamaban su atención, pero el hombre no parecía necesitar más que un murmullo ocasional de aprecio para continuar.

Capítulo 13

Will dejó la jarra vacía sobre la mesa. La cerveza lo había reanimado un poco; ahora necesitaba algo de ejercicio para aliviar la rigidez en sus miembros tras un día entero en el camino. Tal vez su esposa deseara acompañarlo.

Su comentario sobre conocerla mejor había sido un poco injusto. Ella le había preguntado acerca de los lugares por los que pasaban, pero él sabía poco más que los nombres de algunas de las ciudades principales. Luego ella había comenzado a leer, y le había parecido descortés interrumpirla. Rio, no quería una esposa parlanchina y risueña, así que no debía quejarse.

Estaba a punto de buscar al posadero para preguntarle si había un sendero junto al río cuando notó a la doncella de su esposa, con su rostro de ciruela seca, sentada en una mesa conversando con el cochero.

—¿Por qué no está atendiendo a Lady Wingrave?

La doncella se levantó apresuradamente.

—Mi señora dijo que no necesitaba mi asistencia, mi lord.

—Muy bien. Vaya a preguntarle si desea acompañarme en un breve paseo antes de la cena.

La doncella frunció los labios y salió de la taberna. ¿Qué impulsaba a su esposa a mantener a una persona así a su servicio?

Cuando regresó, Milsom tenía una expresión más preocupada que malhumorada.

—Creí que estaba en su salón privado, mi lord, pero no está allí ni en su habitación.

—¡Pues no se quede ahí parada, mujer, averigüe adónde ha ido!

—Mi señora… —Milsom se detuvo y aclaró la garganta—. Mi señora mencionó su deseo de ver la catedral, mi lord. Le recordé que no era decoroso que caminara sola.

Will arqueó las cejas. Esperaba que su esposa no estuviera vagando sola por Salisbury, pero quizá valiera la pena ir a la catedral a comprobarlo.

Varias personas estaban sentadas o arrodilladas en la nave, pero ninguna era Lady Wingrave. Un murmullo de voces provenía de una nave lateral; reconoció su voz y, luego, la respuesta de un hombre.

¿Una cita?

Sacudió la cabeza. Era imposible; hasta ayer ella no sabía que vendrían a Salisbury. Si no tenía cuidado, acabaría pareciéndose a su padre, asumiendo siempre lo peor de todos.

Aproximándose en silencio, rodeó un pilar y vio a su esposa de pie junto a la tumba de un caballero de piedra, escuchando con atención mientras un hombre, que debía de ser el sacristán, le señalaba los detalles de la armadura y la espada.

Carraspeó.

—¡Oh! —Ella giró bruscamente hacia él, llevándose una mano a la boca—. Lo siento, mi lord, olvidé dejarle un recado.

—¿Vino aquí sola? —Trató de mantener cualquier atisbo de censura fuera de su voz; si había que reprenderla, sería en privado.

—No, una de las mujeres de la posada vino conmigo. Debería estar esperándome en el pórtico. —Bajó la vista—. ¿Desea que regrese? —Su tono era resignado.

—No, si desea continuar su recorrido —respondió él. Allí hacía fresco, y todavía les quedaba toda la velada por delante.

Su sonrisa fue vacilante, como si no pudiera creer del todo que no la estuviera llamando de vuelta.

—Continúe, señor —dijo Will al sacristán.

—Eh… sí, mi lord. Decía que tenemos una tumba aún más antigua, con una armadura de malla…

El sacristán avanzó por la nave enumerando nombres, fechas y batallas. Will captó fragmentos de la historia mientras caminaban, pero le interesaba más la forma en que su esposa escuchaba y respondía a la avalancha de detalles. Evidentemente, tenía cierto conocimiento sobre la época de la que hablaba el sacristán.

Antes de que Will pudiera aburrirse, Lady Wingrave agradeció al sacristán por su tiempo y prometió que intentaría volver para aprender más sobre la catedral.

—Mi lord, ¿tiene algunas monedas? —Su voz era lo bastante baja como para que el sacristán no la oyera.

Will se palpó el bolsillo.

—Algunas, sí.

—¿Podría poner algo en la caja de limosnas por mí? Debo hacer algo en agradecimiento por el tiempo que este caballero ha dedicado a mi educación.

—Si lo desea, mi lady.

Will sospechaba que el sacristán preferiría quedarse con el dinero, pero el hombre asintió con aprobación cuando las monedas tintinearon en la caja cerca de la puerta. ¿Otro juicio equivocado?

Una joven robusta se puso en pie cuando salieron al pórtico.

—¿Acompañó usted a Lady Wingrave hasta aquí?

—Sí, mi lord.

Will le entregó una moneda.

—Yo escoltaré a Lady Wingrave de regreso a la posada.

La joven sonrió, hizo una breve reverencia y se alejó. Su esposa permaneció junto a la puerta, con las manos entrelazadas delante de ella.

—Lamento no haber dejado un mensaje, mi lord, no habría querido causarle molestias…

—De todos modos, quería salir a caminar, así que no tiene importancia. ¿Regresamos para la cena?

Ella tomó el brazo que él le ofrecía, apoyando la mano con ligereza sobre su manga. Cruzaron la explanada en dirección al río sin hablar, y ella soltó su brazo antes de llegar al puente, deteniéndose para mirar atrás.

Era una escena hermosa, tenía que admitirlo. El sol bajo proyectaba largas sombras y realzaba los colores cálidos de la catedral. Aspiró el aire, que se enfriaba con la llegada del crepúsculo, y miró el rostro de su esposa. Sonreía, pero le pareció que había algo melancólico en su expresión, como si contemplara la escena con la certeza de que nunca volvería a verla.

—¿Por qué no la acompañaba su doncella? —preguntó cuando ella finalmente se volvió de nuevo hacia el río.

—Dijo que le dolían los pies. Era más fácil pedirle a alguien de la posada que me acompañara. Jen conocía el camino.

Y no frunce el ceño, añadió Will para sí.

—¿Por qué emplea a una mujer así?

Ella inclinó la cabeza.

—Pensé que usted la había contratado. Eso me dijo.

O la doncella mentía, o lo hacía su esposa. Apostaría a que era la doncella… a menos que se tratara de un malentendido.

—¿Puede recordar exactamente qué le dijo?

Ella reflexionó por un momento.

—Dijo: "Mi lord me empleó como su doncella personal".

—Debe de haberse referido a mi padre.

Milsom sería otra espía dentro de su casa.

—¿Sabía él que usted dejaría a su propia doncella en casa?

—Nunca he tenido una doncella personal, mi lord.

Tomó de nuevo su brazo y continuaron por el sendero junto al río.

¿Sin doncella? ¿Qué dama bien criada se las arreglaba sin una?

—Estoy seguro de que podemos encontrar a alguien mejor —dijo, y fue recompensado con una sonrisa que el ala de su sombrero apenas lograba ocultar.

Para su alivio, la conversación durante la cena transcurrió sin dificultad. Sabía algo sobre Salisbury y mencionó que, en sus viajes de infancia hacia o desde Ashton Tracey, solían detenerse a menudo en Stonehenge.

—Oh, ¿podríamos ver eso también? —Su rostro se ensombreció casi de inmediato—. Supongo que no tendremos tiempo. Mañana nos espera un viaje largo, ¿verdad?

—Me temo que sí; debemos partir muy temprano. ¿Le interesan las antigüedades?

—Me interesa cualquier cosa, mi lord. Nunca he estado a más de tres o cuatro millas de Nether Minster en toda mi vida. Es un lugar bastante bonito, pero hay tantas cosas fascinantes que ver en otras partes del país…

—¿Nunca ha tenido una temporada en la capital?

—No. ¿Cómo es Stonehenge?

Cualquier otra mujer de su círculo ya habría preguntado cuándo se mudarían a Londres, no por un montón de piedras antiguas. Su nueva esposa era, sin duda, un enigma.

***

Esa noche, Connie despidió a Milsom en cuanto la doncella le llevó el agua para lavarse, prefiriendo arreglarse sola, como siempre lo había hecho. Se quedó de pie frente al espejo del tocador, peinándose el cabello, mientras repasaba en su mente los acontecimientos de la velada.

Lord Wingrave no se había molestado por su visita a la catedral y, además, había demostrado un conocimiento sorprendente sobre Stonehenge. Incluso había tenido la impresión de que él suponía que lo visitarían juntos en algún momento.

Había más en él que la imagen de mujeriego y duelista que los rumores habían pintado. Desde Stonehenge, había pasado a hablar del círculo de piedras de Avebury y de un antiguo fuerte en la colina de Old Sarum, mostrando un nivel de erudición que ella no esperaba. Su conversación se había mantenido en un tono bastante impersonal, pero le complacía que él hubiera estado dispuesto a tratar esos temas; su padre le habría dicho que se limitara a los asuntos propios de una mujer.

Tal vez su aceptación de sus intereses no se extendiera a otros ámbitos, pero al menos existía la posibilidad de que Martha terminara teniendo razón.

Capítulo 14

Miércoles 25 de junio

Will observó cómo Archer cargaba su equipaje. ¿Debería viajar en el techo por la mañana o unirse a Lady Wingrave dentro del carruaje? Optó por el interior. Había disfrutado la conversación de la noche anterior con su esposa, de su rostro iluminado mientras hacía preguntas.

El camino de aquella mañana los llevó a través de colinas de creta ondulantes. Lady Wingrave miraba con atención por la ventana.

—¿Dijo que había fuertes aquí?

—Antiguos, con solo montículos y fosos circulares como vestigios —respondió—. Nada parecido al que hay cerca de Salisbury.

—Aun así, pensar en la gente que vivió allí hace tanto tiempo… —Su rostro adoptó una expresión soñadora—. ¿Cree que podría ver uno alguna vez?

—No hoy, me temo; el viaje es demasiado largo.

Su expresión entusiasta se desvaneció un poco, pero asintió.

—Por supuesto.

—Pero podríamos visitarlos en otro momento. Quizás más adelante este año, cuando ya se haya asentado.

Su sonrisa fue la más amplia que él había visto hasta ahora, y sintió un cálido orgullo por haber logrado complacerla.

—Gracias, eso sería maravilloso.

Se movió en el asiento, rodando los hombros.

—¿Está incómoda, mi lady?

—No, estoy perfectamente… —Su voz se apagó al notar su ceja arqueada—. Bueno, sí. No estoy acostumbrada a estar sentada tanto tiempo. En casa me ocupaba de la administración, y siempre había mucho por hacer.

—¿Tenía muchos sirvientes?

—No. Era un hogar pequeño. ¿Hay muchos en Ashton Tracey?

Connie esperó su respuesta con cierta aprensión. Aunque él había descrito la casa como pequeña al inicio del viaje, tal vez solo la comparaba con Marstone Park. Algo que tuviera la mitad de ese tamaño seguiría pareciendo inmenso.

—No muchos —dijo—. No voy allí con frecuencia, y mi padre nunca, pero hay un personal reducido con salario de reserva. Un mayordomo, ama de llaves, cocinera, un lacayo y algunas doncellas.

No sonaba tan mal.

—Los jardines y terrenos tienen muchos senderos para pasear —continuó él.

¿Paseos? Oh, estaba refiriéndose a su incomodidad otra vez.

—¿Dijo que estaba cerca del mar? —Nunca había visto el mar.

—Sí, está a una milla aproximadamente de los acantilados. Mamá solía llevarnos allí de picnic cuando éramos pequeños. Mi hermano y yo solíamos vigilar en busca de contrabandistas. —Una sonrisa irónica curvó un lado de su boca—. A plena luz del día, por supuesto. No es de extrañar que nunca viéramos ninguno.

—¿Contrabandistas? —Connie negó con la cabeza—. No debería sorprenderme. Supongo que el contrabando es común en gran parte de la costa.

—Y no es más que un negocio —dijo Lord Wingrave—. No la aventura romántica con la que sueñan los jóvenes.

Un negocio criminal, lo llamaba el señor Fancott. Le había mostrado historias de intimidación e incluso asesinato de oficiales y delatores. La banda de Hawkhurst había sido eliminada hacía más de treinta años, pero su brutalidad seguía siendo infame.

Le preocupaba un poco que Lord Wingrave no pareciera considerar el contrabando con la misma gravedad. No era algo que sintiera que pudiera discutir con él en ese momento, por lo que en su lugar le preguntó sobre Exeter y la zona de Ashton Tracey.

Tras detenerse para tomar un refrigerio, Lord Wingrave sacó unos periódicos.

—Me he retrasado con las noticias —dijo, señalándolos—. ¿Le importa si leo?

—En absoluto —respondió Connie.

Cuando abrió *Tristram Shandy*, el silencio no le pareció tan incómodo como el día anterior.

***

Connie abandonó su lectura cuando las sombras comenzaron a alargarse. Cuando Lord Wingrave desvió su atención al paisaje, supuso que debían de estar cerca.

—Hemos hecho buen tiempo —dijo mientras pasaban junto a una hilera de cabañas, con una iglesia baja más allá—. Este es Ashton St. Andrew. Ashton Tracey está solo un par de millas más adelante, en lo alto del valle que desciende hasta Ashmouth.

—Hay un cierto patrón en los nombres de los lugares —murmuró Connie.

—En efecto —respondió él, sonriendo—. El río Ash fluye por el valle.

El terreno aquí era más accidentado que en su hogar; los caminos eran estrechos y los setos, sobre taludes empinados, casi rozaban los costados del carruaje. Más accidentado que Hertfordshire, se corrigió Connie a sí misma mientras miraba por la ventana. Su hogar ahora estaba aquí.

Finalmente, tomaron un desvío hacia una zona boscosa. Unos minutos después, emergieron a un terreno abierto, y la casa apareció a la vista, situada en una ligera elevación. Cuando Lord Wingrave la había descrito dos días atrás, ella estaba demasiado nerviosa por la inminente consumación de su matrimonio como para prestarle la debida atención. Ahora, al verla, comprendía parte de su entusiasmo.

La casa en Ashton Tracey estaba construida de ladrillo rojo, con las esquinas resaltadas por sillares de una piedra pálida. Una terraza baja se extendía a lo largo del edificio, con unos escalones que conducían a ella desde el camino de grava. Los jardines formales bajo la terraza eran masas de sombras a esa hora tardía. Era pequeña en comparación con Marstone Park, con solo nueve ventanas en la planta superior. Sus labios se curvaron ligeramente.

—¿Le gusta?

—Parece encantadora. No es demasiado grande.

¿Lo tomaría como una crítica?

Él sostuvo su mirada por un instante y luego sonrió.

—Siempre me ha gustado mucho más que Marstone Park.

Dos sirvientes los esperaban en lo alto de los escalones cuando el carruaje se detuvo. El hombre era alto y delgado, vestido con pulcritud con un abrigo marrón y calzones, una peluca gris encajada sobre su cabeza huesuda. La mujer era algo más baja, pero igual de enjuta, con un vestido oscuro adornado con un pañuelo de encaje blanco y una cofia.

—Mayordomo y ama de llaves —explicó Will mientras subían los escalones—. Mi señora, él es Warren, y ella, la señora Strickland.

—Bienvenida a Ashton Tracey, mi señora —dijo Warren con una voz inesperadamente profunda para su esbelta figura. Su sonrisa, aunque leve, parecía una auténtica muestra de hospitalidad, y algunas de sus muchas arrugas tal vez fueran marcas de risa.

—Mi señora —la señora Strickland hizo una reverencia, con la vista fugazmente dirigida a algo detrás de Connie antes de volver a mirarla—. ¿Desea ver la casa primero o cenar? La señora Curnow puede tener la cena lista en media hora.

Will captó la mirada de reojo de la ama de llaves y miró a su alrededor. Milsom estaba junto al carruaje, dando órdenes a Archer, desde allí podía ver el ceño fruncido del hombre. Luego notó la leve caída de los hombros de su esposa cuando la señora Strickland habló. Si nunca había estado a más de unas pocas millas de casa, debía de estar agotada tras tres días de viaje por caminos llenos de baches. Extendió la mano y le tocó el codo con suavidad.

—Es tarde y parece cansada. Tendrá tiempo de sobra para ver la casa mañana, y puede cenar en su habitación si lo prefiere.

—Gracias, estoy fatigada. ¿Podría… atenderme alguien que no sea Milsom?

—La señora Strickland se encargará —prometió. Y él se encargaría de que Milsom estuviera en el carruaje de regreso a Marstone Park en unos días.

—¿Desea cenar algo?

—Un poco de té y pan tostado sería maravilloso, si es posible —sus ojos se encontraron con los de él, y sonrió—. Gracias por su

consideración, mi lord.

—Es un placer, mi lady.

Curiosamente, lo era. Hasta ahora, las sonrisas agradecidas de las jóvenes solían venir acompañadas de regalos; nunca le habían dado las gracias de forma tan dulce por un simple pan tostado.

Ordenó una comida ligera para él en la biblioteca y dispuso el refrigerio de Lady Wingrave. Luego salió a caminar por el exterior de la casa, contemplando los jardines y el parque a la luz menguante.

Sentía cariño por el lugar debido a sus recuerdos: jugar al escondite en los jardines cuando él y Alfred eran lo bastante pequeños para ocultarse tras los setos bajos; más tarde, perseguir a Lizzie y Theresa por ellos. Para cuando Bella empezó a dar sus primeros pasos, él ya se consideraba demasiado mayor, con quince años, para jugar con sus hermanos menores y pasó los veranos intentando convencer a los hombres de Ashmouth de que lo llevaran en una de sus travesías de contrabando. Naturalmente, todos negaron saber de tales actividades. Y bien que hicieron. Si su padre hubiera descubierto que siquiera lo intentó, esa habría sido su última visita aquí.

Llegó a los establos, donde Archer cepillaba los caballos junto a Stubbs, el viejo mozo que había trabajado en Ashton Tracey desde la infancia de Will. Archer ponía mucho más empeño que Stubbs, quien parecía tan holgazán como lo recordaba y probablemente igual de poco curioso: la mayoría de los hombres estarían interrogando a Archer sobre la nueva Lady Wingrave. Se hizo una nota mental para poner a Archer a cargo de los establos.

Por lo que ella había contado, la vida de su esposa hasta ahora había sido bastante restringida; debería esforzarse en llevarla a recorrer los alrededores, aunque aún no contaran con los recursos para recibir a la nobleza local. Necesitaría algún tipo de carruaje para desplazarse si no montaba, o para que ambos lo usaran juntos. En un rincón de los establos permanecía el viejo *chaise* descubierto de un solo caballo. Will se acercó a inspeccionarlo. Necesitaba limpieza, pero parecía estar en buen estado. Conseguiría un caballo para el *chaise* y otro para ella, si montaba.

Entró por la parte trasera de la casa, oyendo el entrechocar de ollas en la cocina. Mientras atravesaba el vestíbulo camino de la biblioteca, trató de ver el lugar con ojos ajenos. Debían de haber pasado treinta años desde que se hiciera algo más que limpiar o realizar reparaciones básicas, y se notaba. La alfombra de la biblioteca estaba gastada, las cortinas descoloridas, y el cuero de las sillas y del escritorio mostraba signos de agrietarse con la edad. A él no le importaba; estaba acostumbrado, y todo le resultaba reconfortantemente familiar.

Pero ¿qué pensaría Lady Wingrave? Parecía aprobar el tamaño modesto de Ashton Tracey. Se dio cuenta de que quería que le gustara el lugar, no solo porque iba a vivir allí, sino porque a *él* le gustaba.

Capítulo 15

Jueves 26 de junio

Connie despertó a su hora habitual y se desperezó con placer. La luz del sol entraba en la habitación en destellos a medida que las cortinas ondeaban con la brisa que entraba por las ventanas abiertas. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía que levantarse si no lo deseaba. Pero habría más mañanas como aquella, y en ese momento sentía curiosidad por su nuevo hogar.

La noche anterior apenas había reparado en una habitación espaciosa, amueblada con una pequeña mesa y silla, y un sillón junto a la chimenea. A la luz de la lámpara, los paneles de madera en las paredes le habían dado un aire sombrío al cuarto.

Ahora, sentada en la cama, inspeccionó su entorno con más detenimiento. Era una habitación en la esquina de la casa, con ventanas en dos paredes. Las colgaduras de la cama y el cobertor de seda damasco estaban bordados con guirnaldas de hiedra sobre un fondo crema, el mismo tono que se usaba en las sillas y en el asiento de la ventana. Aunque las telas estaban descoloridas y los sillones mostraban cierto desgaste, todo estaba impecable y el suelo de madera, junto con el revestimiento de la pared, resplandecía con un brillo cálido tras mucho pulido. Quizá podría cambiar las telas en algún momento, pero en realidad le gustaban como estaban. La estancia parecía vivida, mucho más acogedora que la fría grandeza de Marstone Park.

La puerta se abrió con suavidad, y la misma doncella que le había llevado la comida la noche anterior entró sigilosamente, con mechones de cabello negro escapando de debajo de su cofia. Era angulosa, con las muñecas huesudas asomando por las mangas. A Connie le resultó difícil calcular su edad. ¿Quince años, quizá?

—Oh, mi lady —jadeó la muchacha al ver que Connie ya estaba sentada en la cama—. No pensé que estuviera despierta. Vengo a recoger los orinales.

—¿Cómo te llamas?

—Sukey Trasker, mi lady. —La chica hizo una reverencia torpe.

—Sukey, ¿quién más está despierto?

—La señora Curnow está haciendo el pan, mi lady. Y Mary y Katie.

Otras doncellas, supuso Connie. Su estómago gruñó ante la idea de pan recién horneado.

—Cuando termines con los orinales, vuelve y muéstrame el camino a la cocina.

Los ojos de la muchacha se abrieron como platos.

—¿Quiere ir a la coci…? —Se cubrió la boca con una mano—. Quiero decir, sí, mi lady. ¿Despierto a la señora Strickland?

—No, no hace falta.

Quería conocer al personal, y sería más fácil sin la presencia de la ama de llaves. Sukey hizo otra reverencia y salió silenciosamente de la habitación.

Una vez vestida, Connie exploró el dormitorio. La puerta que había usado Sukey daba al rellano principal. Otra puerta en la misma pared conducía a una pequeña estancia que debía de ser su vestidor. ¡Una habitación entera para su ropa, cuando solo tenía suficiente para llenar un pequeño baúl! De acuerdo, dos, si lograba modificar los vestidos viejos de su madre. Alisó la tela de su vestido, consciente del estampado desvaído y del contraste con el pesado y ornamentado anillo de boda de Marstone. Esa ropa era suficiente siendo la señorita Charters; pero probablemente, para ser lady Wingrave se requería un vestuario mejor.

De vuelta en el dormitorio, estaba a punto de abrir una tercera puerta cuando se le ocurrió que debía de ser la que comunicaba con la habitación de lord Wingrave. Había un ojo de cerradura, pero ninguna llave.

No importaba, se dijo. Lord Wingrave cumpliría su palabra.

Connie siguió a Sukey hasta el rellano. Desde allí se veía el vestíbulo de entrada, que se abría hasta el segundo piso. Una escalera de roble descendía por dos lados hasta llegar a la planta baja, cerca de la puerta principal. Le agradó ver que la barandilla

estaba bien pulida y que las baldosas en blanco y negro del suelo relucían limpias.

Las cocinas, situadas en la parte trasera de la casa, estaban iluminadas por ventanas altas en las paredes. La señora Curnow miró a Connie y se secó las manos con un paño. Era regordeta, como la mayoría de las cocineras, con un rostro rojo y alegre como una manzana madura y el cabello gris recogido en un moño apretado.

Martha le había advertido a Connie que no podía tratar con familiaridad al personal de una casa grande como lo había hecho en su hogar, pero eso no significaba que no pudiera conocerlos.

—No se preocupe, señora Curnow, no tengo intención de interrumpir su trabajo con frecuencia. —Connie acercó una silla y se sentó a la mesa de la cocina, lejos del polvo de harina donde la cocinera llenaba los moldes de pan con la masa—. Por favor, continúe.

La cocinera vaciló un momento antes de colocar el último molde a un lado y limpiarse de nuevo las manos.

—Todavía queda algo del pan de ayer, mi lady.

Mientras hablaba, tomó una bandeja con bolas de masa fermentada y cruzó la cocina hasta la estufa. La puerta del horno chirrió al abrirse.

—Estos estarán listos en media hora, justo a tiempo para el desayuno de lord Wingrave.

—Esperaré, gracias. Pero una taza de té me vendría de maravilla.

Sukey, que seguía en la puerta, se apresuró a coger una tetera y desapareció por otra entrada. Connie escuchó el sonido de una bomba de agua.

—Buena chica, esa —comentó la señora Curnow—. No lleva mucho aquí. Su padre se perdió en el mar.

—¿Tomará té conmigo, señora Curnow? Cuénteme sobre las cocinas. ¿Los jardines dan suficientes verduras?

Para cuando el aroma del pan caliente llenó la cocina, Connie ya se había hecho una idea del funcionamiento de la casa. Parecía estar bien administrada dentro de las limitaciones de su reducido personal, aunque varios sirvientes aprovechaban la ausencia de

residentes permanentes para holgazanear. Era de esperar, pero ahora que este era su hogar, debía hacer algo al respecto.

—Señora Curnow, ¿cuáles son…? —La voz de la señora Strickland llegó desde la puerta de la cocina, a espaldas de Connie—. Oh, mi lady.

Connie giró la cabeza y vio a Milsom de pie tras el ama de llaves.

—Señora Strickland —dijo, poniéndose de pie—. Quizá pueda mostrarme el camino al comedor. Y, después del desayuno, el resto de la casa.

Tendría que averiguar los planes de lord Wingrave para el día antes de hacer arreglos definitivos.

El comedor formal se abría al vestíbulo principal, y sus paredes de un verde oscuro le daban un aire lúgubre, incluso después de que la señora Strickland descorriera las cortinas. A Connie no le agradaban los cuadros de piezas de caza muertas en las paredes; preferiría mucho más contemplar paisajes mientras comía. Una larga mesa de madera pulida debía de tener capacidad para al menos veinte personas. Las exigencias de su nuevo papel le hicieron un nudo en el estómago; ¿sería capaz de recibir a tantas personas de su nueva posición sin cometer un desliz?

Solo había un sitio dispuesto, en el extremo más alejado de la mesa. Connie se volvió hacia la señora Strickland.

—¿Lord Wingrave no tomará el desayuno?

—Lady Marstone solía desayunar en la cama, mi lady —respondió la señora Strickland—. Enviaré a Barton para que prepare otro servicio.

Inclinó la cabeza y salió de la estancia. Pocos minutos después, un lacayo llegó con humeantes teteras de té y café, además del menaje y los platos adicionales.

—Ah, ¡justo a tiempo!

Connie se sobresaltó al oír la voz de lord Wingrave a su espalda.

Will se sorprendió, y complació, al ver que su esposa ya estaba levantada. Las damas con las que había tratado en tiempos recientes rara vez hacían acto de presencia antes del mediodía, si es que lo

hacían. Pero él tampoco solía madrugar; ese era solo uno de los muchos cambios en esta nueva vida.

—Confío en que haya descansado bien, mi lady.

Ella parecía en mejor estado que la noche anterior.

—Sí, gracias, mi lord.

Esbozó una sonrisa vacilante.

Él retiró una silla para ella y despidió al lacayo en cuanto les hubo servido.

—Cuando estoy aquí, suelo desayunar alrededor de las diez —explicó Will—. Pero esta mañana lo haré más temprano, pues debo ir a Exeter.

Ella asintió.

—Dijo que quizá tendría que hacerlo.

—Es posible que no regrese hasta mañana —añadió él—. Puede que las personas a las que debo ver no estén disponibles hoy. ¿Hay algo que desee que le traiga mientras esté allí?

Pareció sorprendida por la oferta y luego negó con la cabeza.

—Hoy recorreré la casa, mi lord. Puede que haya cosas que hagan falta, pero por ahora no lo sé.

—No hay problema, habrá otras oportunidades. La señora Strickland puede informarle de todo lo que necesite saber sobre la casa.

Frunció el ceño, y él recordó su comentario sobre que la casa no era demasiado grande. ¿Le preocupaba encargarse de ella?

—La propiedad ha estado bien administrada bajo la dirección de la señora Strickland. No hay prisa en que asuma esa responsabilidad.

—Gracias. —Ella tomó aire—. Es solo que ha habido muchos cambios en la última semana. Puede resultar un poco abrumador.

—Estoy seguro de que sabrá manejarlo.

Había demostrado inteligencia e interés; pronto aprendería lo necesario.

Aquello pareció tranquilizarla, pues sonrió y tomó otro panecillo.

Terminaron el desayuno en un silencio cómodo, y cuando Barton llegó para avisar que el carruaje estaba listo, ella lo acompañó hasta la puerta principal.

Connie se quedó observando cómo el carruaje descendía por el camino, hasta desaparecer donde la grava se curvaba hacia la franja de bosque que bordeaba la carretera. De pronto, se sintió sola, a pesar de que en la casa había al menos media docena de personas. Probablemente eran los nervios de quedarse a cargo… aunque en realidad no lo estaba. Warren y la señora Strickland administraban el lugar entre ambos.

Se irguió. Solo era una casa y sus sirvientes. Más grande de lo que estaba acostumbrada, sí, pero como le había dicho al conde de Marstone, los principios eran los mismos. Se volvió y pidió a Warren que enviara a la señora Strickland.

—Me gustaría recorrer la casa, si es tan amable —dijo cuando la ama de llaves apareció.

—Por supuesto, mi lady. Si quiere seguirme…

La señora Strickland abrió una puerta cerca de la base de la escalera y se hizo a un lado para dejarle pasar.

El salón era tan grande como el comedor. Sofás dispuestos en un rectángulo formal rodeaban una chimenea, y varios grupos de sillas y pequeñas mesas llenaban el resto del espacio. Las paredes, por encima del revestimiento de madera, eran de un rojo oscuro que se fundía con las pesadas cortinas. La habitación se sentía fresca, algo agradable en ese clima caluroso. Connie se giró para preguntar a la ama de llaves qué tan cálido era el salón en invierno, pero la señora Strickland ya la esperaba junto a la puerta, lista para continuar.

La siguiente estancia era la biblioteca. Connie aspiró el aroma de encuadernaciones de cuero y cera para muebles. Disfrutaría hojeando los libros con calma, siempre que lord Wingrave no considerara la habitación como su dominio exclusivo, como lo hacía su padre.

De regreso en el pasillo, la señora Strickland pasó junto a una puerta.

—Esa es la sala de billar, milady. Lord Wingrave rara vez la usa —dijo, señalando las dos puertas siguientes—. Mi despacho, milady, y una oficina de la finca, aunque hace años que no reside un administrador.

Ya en el vestíbulo principal, la señora Strickland abrió la última puerta. Este salón era mucho más pequeño que el anterior. La luz que se filtraba a través de las cortinas revelaba muebles cubiertos con fundas de lino; Connie distinguió la silueta de una mesa redonda con seis sillas, y varios sillones dispuestos alrededor de la chimenea. Al cruzar hasta las ventanas, descorrió una cortina para revelar la vista del camino de entrada. La luz del sol iluminaba paredes de un verde pálido por encima del revestimiento de madera, y una alfombra con un delicado patrón de flores amarillas y hojas verdes. Había otra puerta junto a una de las ventanas.

—Ese es el salón privado de lady Marstone —dijo la ama de llaves cuando Connie se acercó a ella.

La habitación más allá de la puerta era mucho más pequeña, pero al estar en la esquina de la casa tenía ventanas en dos paredes, orientadas al sur y al oeste. Sería un lugar espléndido para bordar, con abundante luz durante el día y las tardes de verano. Los pocos muebles también estaban cubiertos con fundas de lino.

Connie no estaba segura de qué esperaba de la ama de llaves, quizá algún detalle más sobre el uso que se había dado a las habitaciones, o sobre reparaciones o renovaciones necesarias. No había anticipado aquel silencio absoluto durante la inspección de cada estancia. Cualquier ama de llaves estaría precavida ante la llegada de una nueva señora, pero Connie no había mencionado reemplazarla. Suspiró; la vida sería mucho más agradable si la señora Strickland fuera más parecida a la señora Curnow.

Ya había comenzado el recorrido, así que bien podía terminarlo.

—¿Los dormitorios? —sugirió.

Había varios dormitorios para invitados, de distintos tamaños, todos con los muebles cubiertos. El polvo se levantaba al cruzar las alfombras, y las habitaciones tenían un tenue olor a cerrado, como si la señora Strickland no se hubiera molestado en ventilarlas con regularidad.

No entraron en dos de los dormitorios: el suyo y el de lord Wingrave. Se sonrojó al darse cuenta de que la ama de llaves supondría que ya los había visto a ambos.

—¿Es todo, milady? —preguntó la señora Strickland desde el rellano, con las manos cruzadas con modestia frente a ella.

—Sí, gracias.

El ama de llaves inclinó la cabeza y bajó las escaleras.

No era así, había varias puertas que no habían abierto, y la casa tenía otro piso. Seguramente serían los aposentos del servicio, y también quería verlos, pero no necesitaba la presencia desaprobadora de la señora Strickland.

Suspiró y se dirigió a investigar el último piso.

Capítulo 16

De camino a Exeter, Will se entretuvo leyendo los documentos que su padre le había entregado. Llevaba una carta de presentación para Snell y Cowper, los representantes legales de su padre para la finca de Ashton Tracey. Pero si solo se trataba de una carta de presentación, ¿por qué debía ir sellada?

También llevaba un giro bancario del banco de su padre. Le había dicho al conde que Ashton Tracey no le servía de nada sin el dinero necesario para administrarla, por lo que bien podía marcharse a la India o morir en el intento. No creía que su padre hubiera tomado en serio la amenaza, pero tampoco había intentado comprobar si hablaba en serio. El giro era el primer pago de una asignación que se entregaría trimestralmente.

Su padre daba por hecho que usaría a Snell y Cowper, pero Will tenía sus propios contactos en Exeter que podrían ayudarlo a encontrar otro bufete. Hacía diez años que su padre no mostraba suficiente interés en sus asuntos como para saber eso.

Dejó el coche y el cochero en una posada, y caminó el resto del trayecto hasta el almacén de Pendrick junto al río. Como no tenía cita, tuvo que esperar a que el señor Pendrick estuviera libre, pero fue agradable pasar una hora en un banco observando cómo llegaban y partían los barcos, y cómo se cargaban y descargaban mercancías. Le llamó la atención el hecho de que, en su vida anterior, a esa hora apenas estaría levantándose, pero descubrió que no le molestaba el cambio.

—¿En qué puedo ayudarlo, milord? —Pendrick rodeó el escritorio para estrecharle la mano. Su rostro curtido tenía más arrugas que antes, pero por lo demás se le veía bien—. Westbrook estará fuera varios días, y no sabía que mi hermana lo esperaba.

—No he venido a ver al niño —dijo Will. Le habría gustado hacerlo, pero era mejor para Alex no verlo con demasiada frecuencia —. Solo quería pedirle un pequeño favor.

Pendrick le indicó una silla.

—¿Cómo puedo ayudarlo entonces?

Will describió brevemente su situación.

—Pensaba explicarle a Westbrook que me quedaré en la zona de forma más permanente después de verlo a usted, pero ya que no está…

—Se lo haré saber, milord. ¿Es todo?

—No. Quería preguntarle si podría recomendarme un agente legal que actuara en mi nombre. Snell se ocupa normalmente de los asuntos de Ashton Tracey, pero sería el representante de mi padre, no el mío.

—¿No Westbrook? Su despacho está bastante ocupado, pero creo que le haría ese favor.

—Mejor que no, ¿no cree?

—Hmm, sí. —Pendrick se rascó la cabeza bajo la peluca, mirando a lo lejos—. Samuel Kellet representa a uno de los fabricantes con los que trabajo, y lo he encontrado digno de confianza y eficiente. —Volvió a mirar a Will—. Le escribiré una nota de presentación, si quiere esperar unos minutos.

—Gracias —dijo Will. Pendrick sacó una hoja de papel de un cajón del escritorio.

La oficina del abogado estaba en Fore Street, en el extremo más cercano a la catedral. Kellet, como era de esperarse, también estaba ocupado cuando Will llegó, y parecía que lo estaría el resto del día. No obstante, el escribiente le dio una cita para primera hora del día siguiente, y también le recomendó una caballeriza donde podría comprar un caballo para la calesa. Al salir de la oficina de Kellet, Will se dirigió a la caballeriza recomendada para inspeccionar los animales.

Compró una yegua, un ejemplar mediocre, pero lo mejor que tenían disponible, y acordó recogerla a la mañana siguiente. Después de reservar una habitación en una posada, salió a recorrer las tiendas. No necesitaba nada por el momento, pero sería útil saber qué podía conseguir en Exeter y qué tendría que pedir que le enviaran desde Londres.

Y a lady Wingrave le interesaría oír sobre la catedral.

***

Después de inspeccionar el último piso, Connie se sintió tentada por el sol. Tocó la campana y pidió a Warren que enviara a alguien a acompañarla hasta la oficina del jardinero.

Yatton estaba escardando una hilera de zanahorias, pero dejó el trabajo al verla acercarse. Era un hombre de mediana edad, con el rostro curtido y surcado de líneas, y una complexión delgada. También era parco en palabras como la señora Strickland, pero en contraste agradable con la ama de llaves, sus silencios durante el recorrido por el huerto no parecían hostiles. Respondía con cortesía a todas las preguntas de Connie, e incluso ofrecía información sin que se la pidiera.

El jardín estaba rodeado por un muro de ladrillo, que ofrecía resguardo y soporte para los árboles frutales entrenzados contra él. Solo una parte del terreno estaba cultivada; el resto estaba cubierto de césped.

—Siempre ha estado así desde que trabajo aquí, milady —explicó Yatton—. Lady Marstone, que en paz descanse, venía en verano por uno o dos meses, pero no había motivo para plantar todo el terreno. Lo que tenemos cultivado alimenta al personal.

—¿Cuántos ayudantes necesitaría para limpiar y plantar el resto?

Yatton se rascó la cabeza.

—Depende de lo que quiera cultivar, milady. Algunas cosas requieren más trabajo que otras. Solo estoy yo, y un muchacho del pueblo de vez en cuando, cuando hay fruta que recoger o es tiempo de siembra.

—Lo está manejando muy bien, Yatton. —Connie se alegró al ver que le devolvía una sonrisa, y lo dejó continuar con su labor. Tendría que hablar con lord Wingrave sobre sus planes antes de considerar cambios allí.

Se dirigió de nuevo a su habitación, deteniéndose en la cocina para pedir que le enviaran una bebida y un plato frío. Había hablado y pensado lo suficiente por el momento, y quería disfrutar del lujo de poder sentarse tranquilamente por un rato.

Cuando Sukey trajo la comida, iba seguida por la señora Strickland. Sukey colocó la bandeja sobre una mesa, lanzando una

mirada cautelosa a la ama de llaves antes de retirarse.

—¿Señora Strickland?

—¿Podría hablar con usted un momento, milady?

Connie reprimió un suspiro, reconociendo el preámbulo habitual de una queja.

—Por supuesto. —Se sentó a la mesa al hablar, aunque con poca esperanza de que la señora Strickland captara la indirecta de ser breve.

—La señora Curnow me rinde cuentas, milady.

—Naturalmente.

—Usted... —La señora Strickland se mordió el labio y respiró hondo—. Sería de ayuda, mi lady, que las preguntas sobre el manejo de la casa me fueran dirigidas a mí.

Connie inclinó la cabeza. Ya tenía la información que quería y no le apetecía discutir el asunto en ese momento.

—Mientras está usted aquí, señora Strickland, por favor disponga que me traigan una taza de té a la cama a las siete. Desayunaré con lord Wingrave a las diez, cuando esté en casa.

—Muy bien, mi lady.

—Perfecto. También deseo que se abran el salón pequeño y la habitación contigua. Usaré ese salón para comer y la otra habitación como mi sala privada.

—Lord Wingrave nunca usa esas habitaciones, mi lady —dijo la señora Strickland con gesto obstinado.

—Sí, recuerdo que lo mencionó antes —Connie hizo un esfuerzo por no dejar que su irritación se notara en la voz.

—No hay suficiente personal para mantener abiertas todas las habitaciones.

—Podemos ocuparnos de conseguir más —Debería consultarlo con lord Wingrave, pero siempre podían volver a cubrir con fundas el comedor principal mientras tanto—. Gracias, señora Strickland.

Le indicó con un leve gesto que podía retirarse y se volvió hacia el plato de panecillos y carne fría que la señora Curnow le había enviado, con la esperanza de evitar más comentarios de la ama de llaves.

Hubo una pausa antes del último "mi lady" de la señora Strickland, y luego la mujer salió de la habitación.

Connie soltó el aire en un suspiro y se recostó en la silla. No habría tolerado semejantes modales de parte de una sirvienta en su casa, pero allí su padre siempre la había dejado al mando del servicio, con tal de que no lo molestara. Esperaba que fuera igual en Ashton Tracey, aunque aún no estaba segura.

Otro asunto más que hablar con lord Wingrave.

***

Will disfrutaba de una pinta de cerveza en la taberna del Queen's Head. Era un lugar pequeño, no lejos del puerto, frecuentado en su mayoría por comerciantes y mercaderes. Justo el tipo de hombres que su padre despreciaría. Se recostó en la silla, observando las conversaciones en las mesas cercanas. Algunos grupos claramente estaban pasando una velada animada, pidiendo más cerveza y comida, mientras que otros parecían discutir asuntos serios, negocios tal vez.

Cosas útiles, cosas que su padre consideraba indignas de él. Se preguntó cómo estaría Lady Wingrave en Ashton Tracey, y por un momento deseó haberle pedido que lo acompañara. Le habría gustado ver la ciudad. Y a él le habría encantado mostrársela.

Will levantó la vista cuando uno de los camareros se detuvo junto a su mesa.

—¿Querrá algo de cena, señor?

—Todavía no, gracias —La velada sería larga sin nadie con quien hablar; no había prisa por comer.

El camarero vaciló, luego carraspeó.

—Es que hay más gente queriendo cenar, señor, pero no tenemos sitio.

Tres hombres estaban de pie junto a la barra, mirando hacia él con esperanza. Will suspiró y se dispuso a levantarse, pero cambió de idea.

—Pueden sentarse aquí, si así lo desean.

El camarero alzó las cejas, pero fue a hablar con los hombres. Los tres se miraron entre sí y luego se acercaron a la mesa de Will.

—Muy amable de su parte, señor —dijo uno—. ¿Le gustaría compartir la cena con nosotros? Soy Potterton.

—Stanlake —respondió Will, dando por impulso su apellido familiar en lugar del título—. Gracias, con gusto.

Pidieron su comida, y los hombres reanudaron una conversación sobre el clima en alta mar y los efectos de los naufragios en los precios de las mercancías. Pronto incluyeron a Will en la charla, preguntándole a qué se dedicaba en la región.

—Acabo de adquirir una pequeña propiedad —respondió, aunque admitió no saber mucho de agricultura por el momento. Eso dio pie a una conversación sobre el precio de la carne y la lana, los injustos impuestos sobre las importaciones de vino, té y tabaco, las exportaciones de lana y los efectos del contrabando en los beneficios de los comerciantes honestos. Will habló poco y escuchó mucho, haciendo alguna que otra pregunta, y se sorprendió de cuánto tiempo había pasado cuando los hombres por fin se despidieron.

Pidió una última pinta y se quedó con ella en la taberna, ya casi vacía, sintiéndose vagamente envidioso de aquellos tres hombres y sus vidas ocupadas. Había sido una velada más interesante que cualquiera de las que pasaba apostando.

Capítulo 17

Viernes 27 de junio

Connie estaba sentada en el banco de la ventana de su dormitorio, con el té de la mañana en una mano. La ventana daba al sur, hacia donde debía de estar el mar, más allá del pequeño tramo de parque y el bosque. Había visto cuadros, por supuesto, pero resultaba difícil imaginar que no hubiera nada más que agua extendiéndose hasta Francia. Quizás más tarde ese mismo día podría ir a verlo, después de inspeccionar las cocinas y el resto del nivel inferior.

Los ruidos procedentes del vestidor le recordaron que Milsom no estaba lejos, haciendo qué, no tenía idea. Connie dejó la taza sobre el platillo. Cuanto antes terminara su recorrido por la casa, antes podría salir a caminar.

Encontró a la señora Curnow en una de las habitaciones más pequeñas junto a la cocina, cuyas paredes estaban forradas con estanterías en su mayoría vacías sobre una hilera de armarios. Unos pocos tarros de conservas ocupaban uno de los estantes, y algunos ramos de hierbas colgaban del techo. Connie sonrió al ver a la cocinera atando tallos floridos de lavanda en pequeños manojos. La señora Curnow dejó a un lado los tallos que tenía en las manos.

—Debe de ser el cuarto de preparados —dijo Connie.

—Sí, mi lady —respondió la señora Curnow, echando una mirada a las estanterías vacías—. Hay algunas vendas y cosas por el estilo en los armarios, pero no parecía tener sentido mantenerlo bien surtido cuando aquí sólo vivía el servicio de forma permanente. Lord Wingrave nunca venía por más de unos días.

Connie tomó un ramo de lavanda y comenzó a atarlo.

—Mi lady, no debería…

—Lo sé. Pero me gustaría que me mostrara las cocinas y las bodegas, sin que eso la retrase en su trabajo. Ayer eché un vistazo a los jardines. No creo que podamos reabastecer este cuarto desde allí.

La señora Curnow negó con la cabeza.

—No, mi señora. Pero no vendría mal tener más de nuestras propias hierbas y cosas así. Ese Yatton se pasa la mitad del tiempo soñando despierto y fumando en su pipa.

Connie terminó de atar la lavanda.

—Veré qué puedo hacer.

Mientras recorrían las habitaciones del servicio, Connie se enteró de que nunca había habido un señor Curnow. La señora Curnow llevaba trabajando allí treinta años, desde que la finca había pasado a ser propiedad de Lord Marstone, mientras que la señora Strickland había llegado poco antes de la muerte de Lady Marstone, hacía ya diez años.

—¿Sabe cuántos sirvientes tendría normalmente una casa de este tamaño?

—La señora Strickland podría responderle mejor que yo, mi señora.

—Podría preguntárselo, pero no quiero que me diga que debería dejar todos esos asuntos en sus manos. —Eso hizo reír a la cocinera, y Connie se preguntó si quizá había encontrado a su primera aliada. —No tiene importancia, señora Curnow. Debería instalarme antes de pensar en hacer cambios. Ahora, por favor, muéstreme las bodegas.

La señora Curnow encendió un farol y abrió una puerta. Para sorpresa de Connie, no había escaleras, solo un largo pasillo con cuartos de almacenaje.

—No son realmente bodegas, mi señora. Aquí estamos bajo la terraza delantera. El terreno fuera está más bajo en la parte trasera de la casa, donde están las cocinas, por lo que esas habitaciones tienen ventanas.

La mayoría de las habitaciones que inspeccionaron estaban vacías; una tenía una pared llena de estanterías, donde unas pocas docenas de botellas de vino parecían perdidas en medio del entorno desnudo. La puerta al final del pasillo estaba cerrada con llave.

—No tengo esa llave, mi señora —dijo la señora Curnow—. Si no necesita nada más, tengo que ponerme con la repostería.

Qué extraño. La bodega del vino no estaba cerrada; ¿qué podría haber en esa otra habitación? Pero la señora Curnow ya se había

marchado, preguntaría en otro momento.

Después del desayuno, Connie pasó una hora hablando con Yatton sobre los planes para el jardín antes de ir en busca de Warren.

—¿La bodega, mi señora? Yo solo me encargo de la parte donde se guardan el vino y el brandy. Tendría que preguntarle a la señora Strickland sobre las demás habitaciones.

El mayordomo sostuvo su mirada con firmeza, con tanta firmeza que Connie tuvo la impresión de que sabía más de lo que decía. Tal vez no fuera justo, una doncella desagradable y una ama de llaves poco colaboradora no deberían bastar para hacerla sospechar de todo el personal.

La señora Strickland debería haber estado ocupada abriendo el salón, pero no había nadie allí y los muebles seguían cubiertos. Molesta, Connie se dirigió al cordón de la campanilla y lo tiró, luego abrió las cortinas.

—Mande llamar a la señora Strickland —ordenó cuando Barton respondió a la llamada.

Unos minutos después, Connie oyó que la puerta se abría de nuevo, pero no se volvió.

—¿Mi señora?

Connie se giró. La señora Strickland estaba junto a la puerta abierta, con las manos entrelazadas.

—¿Acaso no entendió, señora Strickland, cuando le pedí que abriera esta habitación?

—Pero, mi señora, las doncellas...

—Si las doncellas no pueden mantener todas las habitaciones limpias, pondremos de nuevo algunas bajo fundas de protección.

—Lord Wingrave...

—Lord Wingrave deja la gestión de la casa en mis manos, señora Strickland. ¿Ha quedado claro?

El ama de llaves frunció los labios.

—Sí, mi señora.

—Encárguese entonces. Y entrégueme también las llaves de las bodegas.

—¿Las... las bodegas, mi señora? —La señora Strickland tragó saliva visiblemente—. ¿Por qué querría verlas? De todos modos, no se usan, y algunas de las llaves están perdidas. —Apartó la mirada al hablar.

Se usarían en cuanto hubiera más comida que almacenar. Connie abrió la boca para explicarlo, luego la cerró. No necesitaba justificarse ante el ama de llaves. Tampoco creía que las llaves estuvieran perdidas, pero discutir con ella sería inútil.

—Muy bien. Siempre podemos echar abajo la puerta si es necesario.

—¿Echar...? —La señora Strickland la miró un momento, luego inclinó la cabeza.

¿Por qué creía el ama de llaves que podía ignorar sus órdenes? Ningún otro miembro del personal había resultado tan poco cooperador. Si a la señora Strickland le preocupaba conservar su empleo, su comportamiento no ayudaba.

Connie se frotó la frente. Tomaría una taza de té, se pondría su vestido viejo, y pediría a uno de los mozos que le mostrara el camino hacia el acantilado que había mencionado Lord Wingrave.

***

Will contempló con satisfacción los terrenos del parque cuando el carruaje emergió de entre los árboles. Kellet, el abogado recomendado por Pendrick, había estado encantado de aceptar a un nuevo cliente, y abriría una cuenta bancaria para Will donde ingresaría el pagaré del conde. Con eso resuelto, Will podría empezar a administrar la finca como correspondía. Le pediría a Warren que enviara un mensaje al administrador.

Un movimiento captó su atención. Una mujer con un vestido blanco caminaba por el parque al sur de la casa, acompañada por dos hombres. ¿Su esposa? Se dirigían hacia el sendero que cruzaba el bosque.

Warren salió a recibirlo cuando el carruaje se detuvo frente a los escalones.

—Noakes ha llegado con su caballo, mi lord, y ya lo está instalando en las caballerizas.

Eso era bueno; el carruaje podría llevar a Noakes de vuelta mañana. Y también a la doncella de Lady Wingrave, si su esposa podía arreglárselas sin ella.

—¿Era Lady Wingrave a quien vi caminando hacia el bosque?

—Eso creo, mi lord. Expresó su deseo de ver el mar. Su hombre, Archer, la acompañó, y Stubbs fue a mostrarles el camino.

—¿Hacia Lion Rocks?

—Sí, mi lord.

—Los alcanzaré. —No debería haber peligro estando con Archer, pero a Will le vendría bien algo de ejercicio. La tarde era soleada, aunque en el oeste se acumulaban nubes oscuras. —Pídale a la señora Curnow que prepare algo de comida y bebida, ¿quiere? —Estas ropas eran demasiado pesadas para caminar con ese clima, y demasiado elegantes para sentarse en el suelo.

En su habitación, se quitó la peluca además del abrigo y se puso unos calzones más viejos. De vuelta abajo, la señora Curnow tenía ya preparada una pequeña mochila, que él se colgó al hombro. Al salir de la casa, saltó ágilmente desde lo alto de la zanja ornamental y emprendió un paso rápido a través del parque.

Lion Rocks no era más que un grupo de peñascos en un punto elevado al borde del acantilado. Cuando eran niños, él y Alfred habían encontrado en su silueta la forma de un león, y el nombre se había quedado. A su madre le encantaba aquel lugar.

El día era bochornoso, y pronto empezó a sentir demasiado calor. Disminuyó la marcha, desabrochándose el chaleco y echándoselo al hombro, y agradeció la sombra fresca al adentrarse en el bosque. Los árboles crecían más densamente de lo que recordaba, y el sendero serpenteante estaba cubierto de ramas caídas. Oyó murmullos de voces adelante; una rama seca crujió bajo su pie, y la conversación cesó al instante. Siguió adelante y, al doblar una curva, vio a Archer colocarse frente a lady Wingrave; la postura tensa del mozo se relajó solo al ver quién se acercaba.

—Deseaba ver el mar, milord —dijo lady Wingrave, levantando el mentón.

—Por supuesto, mi señora. ¿Puedo acompañarla?

Ella asintió sin hablar, relajando la postura.

—Pueden volver —dijo Will a Archer y Stubbs. Luego se volvió hacia su esposa cuando los hombres se marcharon—. ¿Seguimos?

Ella alzó los ojos hacia los suyos y luego sonrió, siguiéndolo en silencio hasta que salieron por fin del bosque. El terreno cubierto de hierba se elevaba delante de ellos, ocultando el mar, y Will tomó el sendero que conducía directamente a las rocas. Llegó primero, y se detuvo a contemplar la extensión de azul centelleante antes de mirar a su esposa. Su amplia sonrisa al contemplar el mar le recordó a Bella cuando la sorprendía con un regalo.

—¡Es maravilloso!

Le dirigió entonces aquella sonrisa a él, y por un instante se le cortó la respiración. Le había parecido un rostro razonablemente atractivo antes, pero aquella sonrisa, y la forma en que le brillaban los ojos de placer…

Con esfuerzo, apartó la mirada y abrió la mochila, sacando dos botellas de piedra y un paquete envuelto en tela.

—Siéntese —le indicó, extendiendo su chaleco sobre una de las rocas. Destapó una de las botellas y olió: limonada. Se la entregó a su esposa y desenvolvió la tela para revelar trozos de bizcocho de semillas y pastel de jengibre. La señora Curnow se había acordado de dos de sus favoritos.

La segunda botella contenía cerveza. Se sentó en la hierba, apoyando la espalda en una roca. Al sentarse junto a ella, lo invadió una inesperada sensación de paz. El sabor del pastel de jengibre en su boca y el calor del sol en el rostro lo transportaron a su infancia, jugando allí con su madre y sus hermanos. Y ahora estaba otra vez allí, en compañía de una mujer hermosa, su esposa. No se parecía en nada a las mujeres que había conocido en Londres, y eso solo podía ser algo bueno. ¿Sería posible la felicidad otra vez, en ese lugar, con ella?

La miró de nuevo. Sostenía el bizcocho que había aceptado sin probarlo, con una mano, y con la otra se protegía los ojos del sol mientras contemplaba el mar, aún con la sonrisa en el rostro. ¡Tanto placer con solo ver el mar!

¿Por qué accedí a darle un mes?

Desvió la vista hacia el mar, intentando pensar en asuntos más prosaicos. Hacia el oeste, los barcos de pesca se dirigían a Ashmouth, y la desembocadura del río quedaba oculta tras una curva del acantilado. Más allá de los barcos, se cernían nubes oscuras.

—Debemos volver, mi señora —dijo, señalando hacia el oeste. El gris brumoso de la lluvia sobre el mar y las sombras oscuras de las nubes en el agua dejaban claro cuán rápido se acercaba la tormenta.

—¿Realmente? —Dio un mordisco al bizcocho.

—Si no salimos ahora, nos empaparemos.

—¿Y refrescarse sería tan malo? —Su sonrisa tenía ahora un aire travieso.

Él rio.

—No, pero podría haber relámpagos. Este es un lugar muy expuesto.

Ella terminó el trozo de pastel y se sacudió los dedos mientras él guardaba las botellas de nuevo en la mochila.

—Muy bien —dijo. Con una última y nostálgica mirada al mar, caminó con él hacia el bosque.

—Puede venir aquí siempre que lo desee, mi señora.

Le regaló otra vez aquella sonrisa, y se apresuró a internarse entre los árboles. Él la siguió, observando el vaivén de sus caderas al andar, consciente del aire cada vez más húmedo y del primer tamborileo de gotas en las hojas sobre ellos. Cuando llegaron al borde del bosque, ya tenían mojados el pelo y los hombros, y la casa aparecía medio oculta tras cortinas de lluvia intensa.

—Carrera —dijo ella, alzándose las faldas y echando a correr por el césped.

Él se quedó paralizado un momento, y luego corrió tras ella, riendo. La alcanzó fácilmente, frenada como iba por las faldas. Tomándole una mano, tiró de ella hasta que llegaron al borde del jardín.

Había apuntado directamente hacia la casa, como solía hacer, olvidando que ella no podría trepar el muro de la zanja ornamental a

la que llamaban ha-ha. Corrió adelante, se apoyó de espaldas contra los ladrillos e hizo un estribo con las manos. ¿Lo usará?

Y lo hizo, sin apenas vacilar, apoyando un zapato embarrado en sus manos unidas, una mano en su hombro, y la rodilla aterrizando en lo alto del muro cuando él la impulsó hacia arriba. Se puso de pie de un salto y lo esperó allí, con el cabello pegado al rostro por la lluvia y la falda a las piernas.

¿Por qué las mujeres llevan tantas condenadas capas?

Su sonrisa se desvaneció cuando él no dijo nada, y Will volvió a centrarse en lo práctico. Le ofreció el brazo y caminaron juntos por el jardín hacia la puerta principal como si no estuviera lloviendo a cántaros.

—¿Tomará algo conmigo, mi señora? Aún falta mucho para la cena.

—Connie —dijo ella, con una sonrisa tímida al mirarlo a los ojos —. ¿Podría llamarme Connie, milord? Es a lo que estoy acostumbrada entre… mis amigos.

—Muy bien. ¿Beberá té conmigo, Connie? ¿En una hora?

—Media hora bastará para mí, milord. A menos que usted necesite más tiempo.

Warren abrió la puerta cuando se acercaron y entraron al resguardo del vestíbulo.

—Entonces, dentro de media hora.

Ella sonrió y subió las escaleras. Él apartó la mirada de su figura que se alejaba y fue a pedirle a la señora Curnow más pastel.

Capítulo 18

Connie se sentó frente al espejo mientras Milsom le peinaba el cabello mojado. La mirada de la doncella se desvió hacia el montón de ropa húmeda visible desde la puerta del vestidor, y tiró del pelo de Connie con particular brusquedad. Haciendo una mueca, Connie alzó la mano y tomó el peine.

—Lo haré yo misma, Milsom. No la necesitaré más hoy.

—Necesita que le arreglen el cabello como es debi...

—He dicho que eso es todo. Puede encargarse de esa ropa mojada y luego retirarse.

—Mi señora. —La doncella soltó el peine y entró al vestidor, haciendo más ruido del necesario al pisar el suelo.

Connie giró sobre el taburete mientras continuaba desenredándose el cabello, recordándose que Lord Wingrave había dicho que podían encontrar a alguien mejor. Al echar un vistazo al reloj de la repisa, se apresuró a recogerse el pelo en un moño. Había dicho que media hora era más que suficiente; si no se daba prisa, llegaría tarde.

A pesar de eso, sus manos se detuvieron cuando se puso el vestido verde, recordando la figura de Lord Wingrave tendido sobre la hierba en el acantilado.

Se obligó a concentrarse y abrochó la parte delantera del vestido.

Él había parecido feliz comiendo pastel y bebiendo cerveza en el acantilado. ¿Era por eso por lo que lo había retado a una carrera de regreso? Eso era algo que solía hacer con los niños Fancott cuando eran más pequeños, no algo propio de una futura condesa. Pero a él no le había molestado; había risas en sus ojos azules cuando se miraron bajo la lluvia. Había visto cómo su camisa mojada se pegaba al pecho, revelando contornos y sombras intrigantes antes de apartar la mirada. Como el dibujo de un dios griego en uno de los libros del señor Fancott.

Se le encendió el rostro. ¿Cómo se vería sin ropa? Nunca se lo había preguntado sobre un hombre antes, pero seguramente no era

impropio pensar así de su esposo.

Esa mirada en sus ojos después de ayudarla a subir la pared del ha-ha... ¿estaría pensando lo mismo sobre ella?

Se puso de pie de golpe y revisó su aspecto en el espejo. Estaba lo bastante presentable, y con suerte el rubor habría desaparecido antes de llegar al salón.

Connie se detuvo en el umbral del salón: no solo no estaba servida la merienda, sino que los muebles seguían cubiertos con sábanas. Connie se frotó la frente. Le había dicho a la señora Strickland que quitara las fundas, ¿verdad?

Sí, se lo había dicho. Por eso había venido aquí. La merienda debía estar servida en el salón principal.

Ese cuarto lucía aún más deprimente ahora. Aunque la lluvia había amainado, densas nubes aún ocultaban el cielo hacia el oeste. El único punto luminoso era la bandeja con sándwiches y pequeños pasteles sobre una mesa junto a la ventana.

Tomó asiento justo cuando Barton entraba con la bandeja del té, seguido por Lord Wingrave. Seco y completamente vestido con su abrigo y chaleco formales, su expresión había vuelto a ser seria, y parecía muy diferente del hombre mojado y risueño que la había impulsado hacia arriba por la pared. Connie bajó la vista.

—Gracias, Barton —dijo él—. Nosotros nos serviremos.

—Muy bien, mi señor. —El lacayo cerró la puerta tras de sí.

—Nunca me he sentido cómodo con los sirvientes escuchando mis conversaciones —dijo Lord Wingrave—. Sin mencionar la formalidad de todo esto.

Los labios de Connie se curvaron levemente. Eso sonaba más al hombre amable de antes.

—¿Le causa gracia, Connie?

Le resultó extraño oír su nombre en labios de él.

—No, mi señor, pero estaba pensando lo mismo.

—Will. Me llamo Will.

—William Charlemagne Stanlake; lo recuerdo. —Y fue aún más extraño decir su nombre en voz alta.

Will hizo una mueca.

—Mi padre tenía —tiene— una visión bastante inflada de la importancia de nuestra familia. Yo era el segundo hijo, mi difunto hermano se llamaba Alfred. También tengo tres hermanas.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Alguna se llama Elizabeth?

—Así es.

Tenía ingenio, esta esposa suya.

—También está Isabella…

Ella pensó un momento.

—¿La reina de Castilla?

—Sí. Y Theresa.

Quería ver qué haría con eso.

—María Teresa —exclamó, tras apenas un instante de reflexión—. Hay varias entre las que elegir.

—Theresa debe su nombre a la más poderosa de todas, imagino.

Le pasó el plato de sándwiches, tomó uno para él, y entonces notó que ella lo observaba con esa expresión cautelosa en los ojos.

—Mi señor, ¿usted…?

—Will.

—Eh… Will, ¿comparte usted la veneración de su padre por los títulos?

—No. Eso no quiere decir que renunciaría al condado, pero el rango por sí solo vale poco. Algunos de los mejores hombres que conozco no tienen títulos, ni ninguna conexión con la aristocracia, que yo sepa.

Eso pareció tranquilizarla; él no estaba seguro de por qué. Comieron en un silencio agradable durante un rato, aunque ella parecía hacer poco más que picotear su comida.

—¿Cómo pasó el tiempo mientras yo no estaba? —le preguntó.

Ella dejó su sándwich a medio comer.

—Ayer recorrí la casa con la señora Strickland —dijo—. Luego los jardines, y esta mañana la señora Curnow me mostró el nivel de la cocina.

—Y luego quiso ver el mar.

—Sí, pero…

—Si tiene una pregunta, Connie, por favor, solo hazla.

—Mi señor… Will… le pedí a la señora Strickland que abriera el saloncito del otro lado del vestíbulo. Sería más alegre que el comedor. Esos cuadros… —hizo un pequeño gesto de desagrado.

—Tiene razón —dijo él. Le gustaba comer caza, pero no era fan de ver cuadros de aves muertas mientras lo hacía—. Estoy seguro de que mi madre solía usar ese salón, y la sala pequeña al lado era su espacio privado.

—¿Entonces no le importaría si cerramos el comedor de nuevo, al menos por un tiempo? La señora Strickland dijo que no hay suficientes doncellas para tener todas las habitaciones abiertas como corresponde.

—En absoluto. Puede hacer los arreglos que desee, Connie. Enviaré a llamar al mayordomo para que venga el lunes, y después de eso tendré una mejor idea de cuántos nuevos sirvientes podemos permitirnos.

Sus sonrisas anteriores no habían regresado.

—¿Hay algo más que le preocupe?

Ella respiró hondo.

—Pedí a la señora Strickland que abriera el otro salón ayer por la tarde, y otra vez esta mañana cuando vi que no lo había hecho.

—¿Y estamos tomando el té aquí porque todavía no lo ha hecho?

Connie asintió.

—¿Quiere que hable con la señora Strickland? —preguntó él.

—Creo que… que la pregunta de por qué no se ha hecho debe venir de mí, o me será muy difícil tratar con ella en el futuro —bajó la mirada, jugueteando con su taza de té, y luego lo miró—. ¿Podría usted estar presente para apoyarme, si lo necesito?

—Por supuesto, si así lo desea.

Debía de ser difícil hacerse cargo de una casa de este tamaño si antes solo había administrado una mucho más pequeña.

—Gracias.

Parecía un poco más animada. Bien.

—Hay una cosa más. Hay una puerta cerrada con llave en el sótano, y la señora Strickland afirma que la llave se ha perdido.

—¿Y estoy escuchando un "pero" a continuación?

Ella sonrió.

—Así es. No creo que esté diciendo la verdad. Se mostró… preocupada cuando dije que podríamos derribar la puerta si fuera necesario.

Strickland otra vez.

—¿Lo resolvemos ahora mismo? —preguntó él.

Si la señora Strickland iba a causarle este tipo de preocupaciones a Connie, tendría que ser reemplazada. Él nunca había tenido problemas con ella, pero llevaba años sin estar mucho por allí.

—Por favor, si no le importa.

Llamó a Barton y le pidió que hiciera llamar a la señora Strickland.

—¿Tuvo un viaje exitoso a Exeter? —preguntó Connie, una vez que el lacayo se hubo ido.

—Sí. Principalmente se trataba de asuntos financieros, pero también eché un vistazo a la catedral.

—Oh —su rostro se iluminó—. ¿Es tan bella como la de Salisbury? ¿Podría verla?

Will rio, complacido por su interés.

—Por supuesto. Tiene una torre, no una aguja alta, pero el interior es igual de impresionante —sonrió con ironía—. Me temo que me excusé del recorrido guiado.

Describió lo que recordaba, aunque no lamentó cuando Barton finalmente regresó. Connie hacía demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta.

—No la encontré, mi señor.

—¿La buscó?

—Sí, mi señor. Incluso pedí ayuda a Sukey y Mary. No está en la casa.

—Cuando regrese, dígale que debe presentarse ante mí después de la cena.

—Sí, mi señor —Barton hizo una reverencia y se marchó.

—Quizá salió a dar un paseo —dijo Connie, aunque su voz sonaba escéptica.

—Se lo preguntaremos cuando regrese.

Will echó un vistazo a la mesa, quedaba poca comida, aunque probablemente él había comido la mayoría.

—¿Desea más té?

—Gracias, pero no.

—Entonces, si no le importa, la veré en la cena. Quiero revisar las cuentas.

—Muy bien —ella miró la mesa, y luego a él—. Disfruté tomar el té con usted —se sonrojó al decirlo y salió rápidamente de la habitación.

Él también lo había disfrutado, pero el deber lo llamaba. En la biblioteca sacó uno de los libros de cuentas de un cajón. Su mano se detuvo al abrirlo, recordando una parte de la conversación anterior.

El sótano.

En ese momento se había concentrado en la preocupación de Connie por la ama de llaves, pero ¿por qué mentiría la mujer sobre una puerta cerrada?

Una pregunta para más tarde se dijo firmemente, y se concentró en las columnas de cifras.

* * *

Barton estaba de pie junto a la puerta del comedor cuando Connie bajó las escaleras para cenar. No vestía su habitual chaqueta azul y calzones grises, sino el mismo uniforme ornamentado que ella había visto en los lacayos de Marstone Park.

Él hizo una reverencia y la condujo hasta un asiento en un extremo de la larga mesa. Connie no vio ningún otro servicio hasta que se inclinó hacia un lado para mirar más allá del enorme centro de mesa que adornaba el centro. El lugar de su esposo, el lugar de Will estaba preparado en el extremo opuesto.

¿Tanta formalidad?

La voz de Will detrás de ella hizo que Connie se sobresaltara y se volviera.

—Barton, ¿por qué demonios ha dispuesto los puestos así?

—La señora Strickland dijo que…

—Pues cámbielo, hombre.

Will tomó asiento junto a Connie mientras Barton recogía platos, cubiertos y copas y los reorganizaba, luego trajo fuentes y decantadores desde el aparador.

—Barton, el uniforme… ¿también fue idea de la señora Strickland?

Una mueca rápida cruzó el rostro de Barton.

—Sí, mi señor.

—Bueno, a menos que le divierta vestirse así, no se moleste en el futuro. Le avisaré si quiero que se engalane de ese modo. Si ya ha traído todos los platos, puede retirarse.

Barton se permitió una leve sonrisa.

—Gracias, mi señor.

—¿Puedo servirte algo, Connie? —preguntó Will cuando el lacayo se hubo ido.

Connie contempló la variedad de platos frente a ella. Una tarta de caza se alzaba junto a un salmón adornado, un capón asado estaba rodeado por cinco platos de verduras, y había varias opciones de gelatinas, tartas y frutas.

—Parece demasiado para dos personas.

—Sospecho que la señora Curnow se alegró de cocinar para alguien más que el servicio —dijo Will—. Le aseguro que normalmente no necesito tal despliegue.

Connie sintió que se le encendía el rostro.

—No era una crítica, mi señor… Will.

—Lo sé. Pruebe la tarta. La señora Curnow hace una masa excelente —añadió él, sirviéndole una porción de tarta y una variedad de verduras en su plato, y luego en el suyo.

La señora Curnow, en efecto, *hacía* una masa excelente. Connie tomó pequeñas porciones de los demás platos también, pensando que al menos la cocinera era una de las empleadas por las que no tendría que preocuparse.

Will le ofreció más vino cuando terminaron sus platos.

—Mañana tengo la intención de recorrer la finca. ¿Le gustaría acompañarme?

Sí, le gustaría si podía, al fin y al cabo, ese iba a ser su hogar.

—Me temo que no sé montar.

—No importa. Actualmente no hay ningún caballo adecuado para una dama aquí, en cualquier caso. Hay un coche descubierto; traje una yegua para él desde Exeter.

Alzó su copa, contemplando el vino mientras giraba el tallo entre los dedos.

—En adelante, solo estará el coche, si necesita ir a Exeter o a otro lugar. El carruaje volverá a Marstone Park mañana.

—Oh —eso le pareció extraño.

—Milsom irá en él, a menos que la necesite hasta que encontremos una sustituta adecuada.

Fanny le había ayudado con el cabello en casa, en ocasiones, pero probablemente Sukey podría hacerlo allí.

—No la necesito, no —exhaló un suspiro—. Eso hará las cosas un poco más agradables.

—Ciertamente —dijo él, echando un vistazo a su plato—. ¿Nos retiramos? Encuentro la biblioteca más cómoda que el salón. Podemos ver a la señora Strickland allí.

No se movió hasta que ella asintió, entonces se levantó y le retiró la silla. En verdad había estado teniendo en cuenta su opinión, una experiencia novedosa.

La luz de las lámparas en la biblioteca se reflejaba suavemente en los lomos de los libros. Connie se acomodó en un sillón, dejando su copa sobre la mesa a su lado. Will se sirvió un poco de oporto de una licorera y tomó una silla cercana.

La puerta estaba abierta. La señora Strickland llamó y entró en la sala, su mirada pasó de Will a Connie y de regreso.

—¿Deseaba hablar conmigo, mi señor?

Will se volvió, copa en mano.

—No. Quien desea hablar con usted es Lady Wingrave.

—¿Mi señora? —la ama de llaves se volvió hacia ella, con las cejas alzadas en lo que podría pasar por una expresión de educada curiosidad. Los labios fruncidos desmentían esa impresión, aunque Connie estaba segura de que Will no podía ver su rostro desde donde estaba.

—Varias cosas, señora Strickland. Sabe que el carruaje regresará mañana a Marstone Park —esperó hasta que la ama de llaves asintió con la cabeza—. Milsom se irá con él. Asegúrese de que esté lista.

La señora Strickland apretó los labios y Connie la vio tomar una profunda inspiración.

—Mi señora, ¿quién será su doncella si Milsom se va?

—Estoy segura de que usted podrá encontrar a alguien, señora Strickland. Mientras tanto, Sukey podrá encargarse de lo necesario.

—Es una doncella de segunda, no sabrá cómo cuidar bien de su ropa cuando esta llegue.

Connie mantuvo la expresión serena.

—Usted *sabe* de esas cosas, supongo.

—Por supuesto.

—Entonces puede instruirla según sea necesario.

Los labios de la ama de llaves se tensaron aún más, y Connie sintió una punzada de culpa por someter a Sukey a la enseñanza de la señora Strickland. Pero ser doncella personal sería un mejor puesto para Sukey si aprendía con rapidez.

—También deseo que se abran y limpien los dos salones que vi esta mañana. Le di instrucciones explícitas de hacerlo ayer por la tarde y nuevamente esta mañana, pero no ha hecho nada.

—Mis disculpas, señorita. Tenía otras…

—¿*Qué* ha dicho? —La voz de Will era baja, pero firme.

El rostro de la ama de llaves palideció.

—Mi señora, quise decir.

—Sí, eso debió decir. Y es Lady Wingrave quien dirige esta casa, no usted.

—Con el debido respeto, mi señor, pero ella no sabe...

—Señora Strickland, ¿cómo es que cree saber *algo* sobre la experiencia de Lady Wingrave en la administración de una casa?

Era un buen punto; Connie no creía haber sido demasiado tímida ni con Milsom ni con la señora Strickland, pero ambas habían intentado imponerle su voluntad. Incluso una joven instruida en las normas de las grandes casas podía sentirse intimidada apenas unos días después de casarse.

La señora Strickland no respondió.

—Hay otro asunto —continuó Will—. Parece que ha extraviado la llave de una de las habitaciones del sótano.

—Lamentablemente, sí, señor. Haré que la busquen de inmediato —respondió la mujer con una voz que sonaba serena.

—Le sugiero que la busque con mucho cuidado, señora Strickland. Quiero inspeccionar los sótanos, todos ellos, mañana, y si tenemos que derribar la puerta, el costo de repararla saldrá de su sueldo.

—Sí, mi señor. ¿Desea algo más, mi señor?

Will miró a Connie, con una ceja alzada.

—No. Puede retirarse —dijo ella.

Will fue hasta la puerta, la cerró tras la ama de llaves y luego se volvió hacia Connie.

—Gracias por... por apoyarme, Will —dijo ella antes de que él pudiera hablar.

—Connie, lamento que haya tenido que enfrentarse a su... insolencia e insubordinación. Esa conducta no es normal.

—No es culpa suya. Supongo que nunca tuvo que decirle mucho cuando venía de visita.

—La verdad es que no.

—No parecía tan preocupada por los sótanos como antes.

Las cejas de Will se alzaron.

—Extraño. Bueno, mañana veremos a qué se debe tanto alboroto.

No dijo nada más, pero Connie sintió que no podía seguir hablando del tema. Como él había dicho, mañana sabrían más. Ya había tenido que intervenir en sus tratos con el servicio, y eso no era un buen comienzo para su vida allí.

—Si no le importa, me retiraré a mi habitación ahora.

Connie colgó su vestido en el vestidor, agradecida de que Milsom no la estuviera esperando. Mientras se cepillaba el cabello, sus pensamientos volvieron a centrarse en esa mezcla de contrastes que era su marido: un mujeriego que había prometido no llevarla al lecho durante un mes, un hombre conocedor de monumentos paganos que podía correr bajo la lluvia, un hombre de mundo que disfrutaba comiendo pastel de jengibre en los acantilados.

Sabía algunas cosas sobre él. Consultaba su opinión, aunque probablemente con ciertos límites. La había respaldado frente a la desagradable Milsom y a la señora Strickland, y sin dar a entender que ella debería haberlas enfrentado sola.

¿Debería haberse quedado en la biblioteca? Aunque aún se sintiera demasiado tímida para preguntarle por su infancia, podrían haber hablado de libros. Había usado como excusa que no se conocían para obtener aquella promesa de un mes; era justo que ambos hicieran el esfuerzo de conocerse. Eso requeriría voluntad de ambas partes.

Mañana, pensó, dejando el cepillo y metiéndose en la cama.

Capítulo 19

Solo en la biblioteca, Will se sirvió otra copa de oporto y cruzó hasta las ventanas. Las nubes de antes se habían disipado en parte, dejando vetas anaranjadas al noroeste. Observó cómo el cielo se oscurecía, y la primera estrella brillante aparecía sobre los árboles.

Connie. La imagen de ella corriendo bajo la lluvia volvió a su mente, su risa, sus ojos centelleantes. ¿Cuánto tiempo hacía que no se divertía así, de forma tan simple? Tal vez no tan simple, pensó, tratando de ignorar el calor que le subía al recordar cómo las faldas mojadas se le pegaban a las piernas.

Aún dudaba de sí misma, lo cual no era sorprendente para alguien arrojada tan bruscamente a una nueva vida. Pero había manejado bien a la señora Strickland, con firmeza y sensatez.

El comportamiento de la ama de llaves había sido bastante extraño. ¿Cuál habitación estaba cerrada con llave... había dicho Connie? Los recuerdos de la infancia se agolparon en su mente mientras fruncía el ceño frente a su reflejo en la ventana. Aquel último verano, antes de que su madre enfermara, él y Alfred estaban obsesionados con los cuentos de los sirvientes sobre escondites para sacerdotes y pasadizos secretos en la casa. Incluso habían llegado a medir todas las habitaciones de los sótanos. A menos que sus cálculos hubieran estado equivocados, los sótanos se extendían más allá del muro norte de la casa. No habían encontrado un pasaje hacia el exterior, pero eso no significaba que no existiera.

La conexión se encendió en su mente, obvia en cuanto lo pensó. Él y Alfred eran ávidos oyentes de historias sobre trenes de mulas que viajaban a la luz de la luna, cargando brandy, té y sedas desde la playa de Ashmouth, mercancías que luego se escondían en graneros y cobertizos hasta poder ser llevadas a su destino final. ¿Qué mejor lugar para guardar productos de contrabando que los sótanos de una mansión desocupada, a solo un par de millas del pueblo?

La señora Strickland había estado ausente esa tarde, y ahora parecía mucho menos preocupada por su amenaza de derribar la puerta que antes. Había una explicación evidente.

La única manera de comprobar si su suposición era correcta era observar, aunque eso significara escabullirse en la oscuridad, como habían querido hacer de niños. ¿Estaba dramatizando demasiado y dándole rienda suelta a sus fantasías infantiles? Tal vez, pero ya no podía desechar sus sospechas una vez sembradas.

Se quedó un rato en la ventana, dándole vueltas a sus planes, hasta que el cielo se oscureció por completo y las estrellas se hicieron visibles. Warren estaba cerrando la puerta principal cuando él cruzó el vestíbulo. Arriba, Will revisó las prendas de su vestidor, sacando sus calzones negros. Sus chaquetas de montar eran oscuras, sin adornos ni bordados, y eligió una que se abotonaba hasta el cuello para ayudar a ocultar su camisa blanca. Un pañuelo oscuro ocultó su cuello.

Si sus sospechas eran correctas, alguien podría ir a comprobar si aún estaba en su habitación. Dejando la ropa que se había quitado colgada sobre el respaldo de una silla, revisó los baúles y armarios de la habitación hasta encontrar unas mantas de repuesto. Enrolló dos de ellas y las colocó bajo las cobijas. Al dar un paso atrás, pensó que se asemejaba lo suficiente a una figura dormida como para engañar a cualquiera que no se acercara demasiado.

Will metió una pistola cargada en cada bolsillo del abrigo y, como precaución adicional, añadió un cuchillo envainado. Tomando sus botas, levantó el pestillo de la puerta que daba al pasillo y la abrió apenas un poco.

No oyó nada, así que salió, cerrando la puerta en silencio tras de sí. Tras una breve pausa, se deslizó por el pasillo hasta una habitación de invitados en el extremo opuesto de la casa, que tenía ventanas orientadas al norte. Una de las contraventanas estaba abierta, y la tenue luz de las estrellas proyectaba sombras fantasmales sobre los muebles cubiertos de loneta. Cruzó la habitación con cuidado de no hacer ruido y abrió un poco más la contraventana.

Nada se movía afuera. Incluso si había alguien allí, tal vez no podría distinguir mucho desde ese ángulo; al mirar hacia abajo, los hombres serían solo siluetas oscuras contra el suelo igualmente oscuro. Regresó a la puerta y se ubicó justo dentro de la habitación, desde donde podía ver la entrada a la escalera de los sirvientes y la parte superior de la escalera principal.

Si se equivocaba respecto a lo que sucedería esa noche, iba a pasar un rato incómodo esperando, por no hablar de sentirse un perfecto idiota.

Pasaron un par de horas antes de que alguien cruzara su campo de visión, una figura oscura apenas visible en el pasillo sin luz. Ni siquiera podía distinguir si era un hombre o una mujer.

Abriendo un poco más la puerta, apenas vio una delgada franja de luz, alguien estaba abriendo la puerta de su habitación. La figura dio un paso dentro, pero no avanzó más, luego se retiró y se dirigió hacia la puerta de Connie, saliendo de su vista. Will recogió sus botas y cruzó rápidamente el rellano y bajó las escaleras, sus pies descalzos no hacían ruido. Se metió en el pequeño salón para ponerse las botas, invadido por una súbita duda. ¿Debería haberse asegurado primero de que la persona no tenía intenciones de hacerle daño a Connie? Incluso mientras dudaba, oyó pasos silenciosos en la escalera y distinguió la figura sombría que se dirigía hacia las cocinas.

Una puerta desde ese salón daba al comedor, en el extremo sur de la casa, el extremo opuesto a donde sospechaba que se habían ampliado los sótanos. Ese sería el mejor lugar por donde salir.

Levantó el marco de una ventana con el chirrido más leve, trepó por el alféizar y cayó en el macizo de flores de abajo. Algo espinoso le arañó las manos y soltó un insulto por lo bajo.

La media luna colgaba baja en el cielo al este, proporcionando apenas la luz suficiente para ver. Tras debatir qué camino tomar alrededor de la casa, optó por la parte trasera, a través del huerto hacia los establos, había más hierba que amortiguaba sus pasos, menos grava crujiente. Se movió despacio, pegado a las sombras, hasta que pudo ver más allá del extremo norte del edificio.

Apoyándose en un árbol, se resignó a volver a esperar. Si permanecía inmóvil y en silencio, nadie lo notaría.

***

Connie contemplaba el dosel sobre su cama, iluminado por la luz de la luna que entraba por las ventanas abiertas. La lluvia de antes había limpiado el aire, pero se había despertado sintiéndose incómodamente acalorada. Sedienta también, con la boca seca. Tal vez por esas dos copas de vino en la cena. Le gustaba el sabor, pero casi nunca bebía vino.

El vaso de agua junto a su cama estaba casi vacío. Lo rellenó con la jarra del lavabo y caminó hasta la ventana. Una brisa suave que entraba por el marco abierto la ayudaba a refrescarse, y se sentó en el banco de la ventana mientras bebía a sorbos.

Esta ventana daba al huerto al este, y las copas de los árboles no eran más que siluetas negras bajo la luz pálida. Las caballerizas y la cochera estaban más allá, cerca del extremo norte de la casa. Se quedó sentada un rato, comparando soñadoramente esa vista con el pequeño trozo de jardín trasero que era todo lo que podía ver desde su antiguo dormitorio en Nether Minster. Mientras observaba, fue tomando conciencia, poco a poco, de que algo, o alguien, se movía más allá de la sombra compacta del bloque de las caballerizas.

Dejó el vaso a un lado y asomó la cabeza por la ventana. Varias personas, cada una guiando un caballo, eran visibles solo al pasar por un claro de luz lunar. ¿Ladrones, quizá? Fuera lo que fuese lo que estaban haciendo, Will necesitaba saberlo.

Se acercó a la puerta de conexión, pero se detuvo con la mano en el pestillo. ¿Podría él malinterpretar su entrada en su dormitorio? Ese pensamiento ya no le resultaba tan aterrador como antes, pero no se sentía lista todavía.

Tenía que decírselo. Se puso una bata sobre la camisola y levantó el pestillo con cautela.

—¿Will?

No hubo respuesta. Él había dejado las cortinas abiertas, y la luz de la luna revelaba su ropa desechada sobre el respaldo de una silla, y un bulto bajo las cobijas.

Tragó saliva. No quería alzar la voz, por miedo a alertar a alguien más, así que tendría que tocarle el hombro. Pero cuando apoyó la mano, solo encontró algo blando. Al destapar las cobijas, reveló mantas dobladas.

¿Estaba *Will* involucrado en lo que fuese que ocurría afuera? ¿O había previsto que sucedería algo esta noche? Las mantas no podían haber sido para engañarla a ella, así que debía sospechar que algunos de los sirvientes estaban implicados. Si ese era el caso, no sería prudente que ella saliera de su habitación.

Le vinieron a la mente los comentarios de Will sobre los contrabandistas. Los sótanos, claro. Eso explicaría el nerviosismo de la señora Strickland cuando le preguntaron por la llave. Algo estaba escondido allí, y lo estaban retirando ahora que habían amenazado con derribar la puerta.

No había nada que pudiera hacer ahora, salvo esperar a que Will regresara. Volvió a la ventana de su propio cuarto y miró hacia fuera de nuevo. No se veía movimiento más allá de las caballerizas. Se abrazó a sí misma, sintiéndose muy sola. La idea de que personas, desconocidos, rondaran la casa era aterradora, pero al menos estaban afuera, y en el extremo opuesto del edificio.

Finalmente, sus párpados comenzaron a cerrarse a pesar de su intención de mantenerse despierta. Se dijo con firmeza que, si iban a hacerle daño, ya lo habrían hecho, y volvió a la cama. Fuera lo que fuese, parecía que Will lo tenía bajo control.

***

Finalmente, Will oyó el tintinear de los arneses y voces bajas provenientes del norte. No tenía intención de enfrentarse a ellos, ni siquiera de intentar identificarlos, eso sería demasiado peligroso. Solo quería comprobar si sus sospechas eran correctas.

¿Qué tan grande es la operación?

Avanzó con cautela, dirigiéndose a un árbol que lo ocultaría mientras intentaba obtener una mejor vista. El que estaba más adelante, con un buen tronco grueso.

El tronco cambió de forma, y parte de la sombra se convirtió en alguien más, que también observaba, igual que él.

Will se quedó inmóvil. Si se trataba de uno de los contrabandistas, quizás podría sacarle algo de información sin ponerse en peligro. Y si no lo era, quería saber quién era.

Sacó una pistola del bolsillo. No la amartilló, lo último que deseaba era llamar la atención disparando. El otro observador estaba absorto en lo que sucedía cerca de la casa, y Will se acercó a menos de medio metro antes de que comenzara a girarse. Demasiado tarde: Will le clavó el cañón de la pistola en la nuca y, con la mano izquierda, le tapó la boca.

—Ni un sonido —susurró—. ¿Entiende?

Sintió que la cabeza del hombre se movía ¿asintiendo? Retiró la mano unos centímetros del rostro.

—¿Mi señor?

—¿Archer?

La tensión abandonó su cuerpo y guardó la pistola.

—Me encerraron, mi señor —las palabras de Archer eran tan suaves que Will apenas las oyó—. Salí por una ventana para averiguar qué está pasando.

Los cuartos del personal, sobre las caballerizas, estaban mucho más cerca del suelo que las ventanas del dormitorio de Will.

Permanecieron juntos en silencio. Unos pocos sonidos y cambios en las sombras al norte de la casa indicaban que algo estaba ocurriendo, pero no podían ver detalles sin acercarse lo suficiente como para ser vistos.

—Es hora de volver —murmuró Will—. Lo mejor es que nadie sepa que los hemos visto. Hablaré con usted mañana.

Archer se alejó con apenas un leve crujido, y Will comenzó a abrirse camino de regreso alrededor de la casa.

Capítulo 20

Sábado 28 de junio

Connie se despertó cuando Sukey le llevó el té de la mañana. Se incorporó para beberlo, sorprendida de no haber oído a Will regresar durante la noche. Ahora sí estaba allí, podía oír movimientos y un murmullo de voces.

Hubo un golpe en la puerta de conexión. Dejó la taza a un lado y se subió la sábana hasta los hombros antes de decirle que entre.

Will apareció, vestido por completo, lo cual fue un alivio para ella.

—Buenos días. ¿Confío en que ha dormido bien?

—Yo... eh, sí, bastante bien, gracias. Pero quería decirle...

—Excelente. He venido a preguntarle si le gustaría salir pronto para nuestro recorrido por la finca. Hará más fresco por la mañana. La señora Curnow puede preparar algo para un desayuno tipo picnic.

Molesta por la forma en que la interrumpió, Connie lo miró fijamente durante un momento. Del cuarto contiguo llegaba el sonido de cajones abriéndose y cerrándose; Will inclinó la cabeza hacia la puerta abierta, y luego la negó con un gesto.

Ah, no quiere que Warren escuche.

—Muy bien —dijo Connie—. ¿En media hora?

—Gracias.

La dejó terminar su té.

Will la estaba esperando cuando Connie salió de la casa; el carruaje ligero ya estaba listo en la entrada, con Archer sujetando la brida del caballo. Ella aceptó su ayuda para subir al vehículo con una pequeña sonrisa. Will tomó las riendas, y Archer saltó al asiento estrecho de atrás cuando partieron.

Giraron a la derecha al final del camino, por una carretera que bordeaba el valle en dirección a Ashton St Andrew. La carretera ascendía suavemente, flanqueada por bosques, y no pasó mucho tiempo antes de que Connie divisara la torre de la iglesia rodeada de tejados. Redujeron la marcha, y Will se desvió del camino hacia un pequeño grupo de árboles.

Debió de notar su sorpresa.

—Quería hablar en privado —dijo—. Archer, traiga la manta, ¿quiere? Esto también le concierne a usted.

Ató el caballo con holgura a un árbol y caminó unos metros hasta una zona de terreno plano. Archer extendió la manta sobre un tronco caído para que Connie se sentara, y él se acomodó en la hierba cercana.

—Los he traído aquí porque no sé en quién más puedo confiar dentro de la casa —comenzó Will.

Connie escuchó con atención mientras él describía cómo había salido sigilosamente de la casa la noche anterior.

—Archer, ¿alguien le dijo algo esta mañana? —continuó Will, antes de que Connie pudiera contarle lo que había visto.

—No, mi señor. Fingí que había dormido profundamente.

—La señora Strickland no pudo ser localizada ayer por la tarde —le recordó Connie—. ¿Cree que estaba haciendo arreglos?

—Esa fue mi suposición, sí. Aunque puede que no sea la única. Archer, ¿no ha oído hablar de nada parecido?

—No, mi señor.

—Muy bien. Esté atento, ¿sí? A cualquier chisme o conversación, en Ashton Tracey o en los pueblos. Le daré algo de dinero para bebidas. Imagino que la mayoría del personal sabe lo que ocurre, aunque no estén directamente implicados. También podría intentar localizar la salida de los sótanos más allá del extremo norte de la casa, pero no se ponga en peligro.

Connie sentía como si todo fuera irreal. Fuera lo que fuese que hubiese esperado del matrimonio, desde luego no era esto.

—Hay otro asunto —continuó Will, lanzándole una mirada a Connie. Ella asintió para mostrar que lo escuchaba—. Es casi seguro que al menos una persona está enviando informes regulares a mi padre, no solo sobre asuntos domésticos, sino también sobre mis acciones.

¿Espiándolo? En realidad, no debería sorprenderse, dado lo que había oído sobre la relación de Will con su padre. Archer solo gruñó, como si aquello no fuera nada nuevo para él.

—Sospecho que se trata de la señora Strickland. Probablemente por eso actúa como si tuviera más autoridad de la que le corresponde. Lo que no sé es si es la única. Milsom, lo más probable, aunque ahora ya va camino de Marstone Park con el carruaje. Intente averiguar si hay alguien más, Archer.

—Sí, mi señor —respondió el mozo, incorporándose un poco.

—Ahora, Archer, quiero hablar con Lady Wingrave en privado, sin riesgo de que alguien nos oiga. ¿Se le ocurre alguna excusa para ir al pueblo?

El rostro de Archer se frunció en un gesto pensativo.

—¿Hay un herrero allí?

—Ciertamente solía haberlo.

—Perfecto. Creo que sería bueno revisar las herraduras de esta yegua nueva —dijo—. Y ver si el hombre es lo bastante bueno para herrar a Mercury.

—Buena idea. Llévese el carruaje. Nosotros subiremos a pie cuando terminemos, déjenos la cesta antes de irse. —Will le entregó unas monedas—. También hay una posada. Un buen lugar para empezar a escuchar.

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Archer mientras se ponía de pie.

—Como usted diga, mi señor.

—Will, vi algo anoche.

Connie habló antes de que Will pudiera decidir por dónde empezar sus explicaciones.

—¿Qué? ¿Dónde estaba? —¿Acaso se había puesto en peligro?

Se relajó cuando ella le explicó lo que había visto y por qué había decidido quedarse en su habitación.

—Hizo lo correcto —confirmó él.

—Will, ¿por qué su padre tiene gente que lo espía?

—Y a usted también—casi con certeza por eso contrató a Milsom.

—¿A mí? —su voz fue casi un chillido—. ¿Por qué debería...? Es decir, ¿por qué siente la necesidad de espiarnos a cualquiera de los dos?

—Para asegurarse de que el próximo heredero sea verdaderamente de su sangre.

Habló sin pensar, dándose cuenta demasiado tarde de lo que sus palabras podían implicar.

La boca de ella se abrió, los ojos muy abiertos.

—Si eso es lo que piensa de mí, ¿por qué obligarme a casarme con usted? ¿Es eso lo que *usted* piensa?

—Connie, *yo* no la estoy acusando de nada —dijo él, extendiendo una mano hacia ella, aunque la dejó caer sin llegar a tocarla—. Mi padre necesita tener el control de *todo*. No confía en mí. No confía en nadie, y me vigilan tanto como a usted. Probablemente más.

Ella respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Incluso escribió a sus abogados en Exeter, dándoles instrucciones para que le enviaran copias de las cuentas de Ashton Tracey y detalles sobre cualquier actividad mía que conocieran —esa carta había terminado en el fuego de la cocina cuando la señora Curnow no miraba.

Mantuvo los ojos fijos en su rostro hasta que ella se relajó y consiguió esbozar una sonrisa débil.

—Creo que será mejor que me lo explique —dijo ella—. Claramente, usted no deseaba este matrimonio más que yo. ¿Por qué aceptó?

Fancott tenía razón, entonces. No era el único al que obligaban.

Se puso de pie, caminando de un lado a otro en el claro mientras relataba su historia. Volvió a sentir el resentimiento por la inexplicable decisión de su padre de excluir al tío Jack de la sucesión, y la frustración de no poder hacer nada útil con su vida.

—Así he pasado los últimos años en Londres —concluyó—. Con la mayoría del personal espiándome. Mi padre organizó varios compromisos, únicamente con el fin de que tuviera un heredero, pero logré evitarlos.

Dejó de caminar, girándose hacia ella, y se sorprendió al ver sus ojos entrecerrados. ¿Estaba enojada... con Marstone?

—¿Le resulta insoportable que restrinjan sus actividades? —Su voz era tranquila, pero no así su expresión.

—Bueno, sí —dijo él—. ¿A quién no?

—A la mitad de la humanidad, aparentemente. Yo, como la mayoría de las mujeres, debo pertenecer a un hombre. A un padre o a un esposo, da lo mismo; somos *propiedad*. Se espera que seamos obedientes y aceptemos esta situación sin queja, como si fuera el orden natural de las cosas.

—Connie…

—Mi padre es tan malo como el suyo —continuó ella, como si no lo hubiera escuchado—. Solo que con menos dinero y menos estatus. *Usted* podía vivir como quisiera en Londres, batirse en duelo por… por…

Mujeres fáciles, completó mentalmente él, sintiéndose aturdido. Ella no había alzado la voz, pero la forma en que hablaba no dejaba lugar a dudas: estaba furiosa. Y con él, no con su padre, como había esperado.

—A mí me obligaron a este matrimonio bajo amenaza de ser expulsada sin un céntimo, y las únicas personas que habrían podido ayudarme habrían perdido su sustento de haberlo hecho —bajó la mirada un momento, respirando hondo antes de continuar—. ¿Habría terminado usted en la *indigencia* si su padre lo hubiera echado? El Cielo nos libre de que tuviera que trabajar para vivir. Sin referencias, ¿qué podía haber hecho yo?

Sostuvo su mirada, el rostro ahora encendido.

—Nada —admitió él. La vergüenza lo invadió al darse cuenta de que no había dicho más que la verdad—. Connie, lo siento. Tiene toda la razón; yo tenía muchas más opciones que usted.

Sus ojos se agrandaron. ¿Ningún hombre le había admitido jamás que estaba equivocado?

—Déjeme terminar mi historia, Connie. No acepté esto por no querer trabajar para ganarme la vida. Aunque, naturalmente, me *resistía* a los únicos empleos a los que habría podido acceder de inmediato.

—Continúe.

Le explicó sus deudas y la amenaza de vender Ashton Tracey.

—*Era* hora de sentar cabeza —reconoció—. Muchas de mis... eh, fechorías en Londres eran... bueno, tenía que llenar el tiempo de algún modo. Aquí, puedo aprender a administrar una propiedad

como es debido, sin que el terco administrador de mi padre vete cada idea.

Will esperó una reacción, sorprendido de lo mucho que le importaba que ella aceptara su explicación. Su mirada bajó de los árboles al mantel, y finalmente subió para encontrarse con la suya. Mucha de la tensión había desaparecido de su rostro.

—Así que su padre sigue intentando controlarlo, haciendo que el personal informe sobre usted.

Él asintió.

—¿Por qué no reemplaza a la señora Strickland por alguien en quien confíe?

—Lo haré, en algún momento, pero si me deshago de ella ahora, él sobornará a otro, o me amenazará con vender la propiedad si no contrato a alguien que él elija.

Pareció aceptar eso, aunque su mirada volvió a perderse en la distancia.

—¿Connie?

—Estaba pensando. ¿Qué opina de engañar a su padre? A fin de cuentas, lo que es bueno para usted, es bueno para mí.

—¿Él ha engañado…? ¿Qué dijo?

—Lo que es bueno para usted es bueno para mí —repitió—. ¿No es así?

Ella había mencionado a "Martha" un par de veces… la esposa de Fancott se llamaba Martha.

—Connie, ¿dónde vivía usted antes de que nos casáramos?

—En Nether Minster. Está a solo unos kilómetros de…

—Sé dónde está —Fancott había dicho que conocía "de oídas" a la señorita Charters… ¡já!—. ¡Viejo diablo!

—¿Quién?

—Fancott. Me ayudó con… con un problema que tuve hace unos años, así que cuando mi padre me habló de este matrimonio, volví a acudir a él. Me aconsejó que no me resistiera, y que todo saldría bien.

Los ojos de Connie se abrieron con sorpresa.

—Martha fue...es...una madre para mí —dijo—. Ella también me dijo que todo saldría bien. Pero yo nunca quise ser condesa ni tener

riquezas. Solo quería una familia de verdad, con…

Sacudió la cabeza.

—Eso todavía puede suceder —dijo él, suavizando la voz.

—Hay algo más —su tono era vacilante.

—Dígamelo —¿Un amante anterior? ¿Era por eso por lo que no quería…?

¡Deja de pensar como tu padre!

—¿Connie?

—Cuando dijo que no le importaba el rango, ¿lo decía realmente?

¿El rango?

—Para mí, tiene poca importancia.

Ella lo miró directamente al rostro y respiró hondo.

—Mi padre le mintió al suyo. Dio a entender que yo era hija de su primera esposa, que era hija de un barón.

—¿No lo es? —No pudo evitar sentir cierta diversión al imaginar a su padre siendo engañado, pero se cuidó de no mostrarlo. No pensaba tomarse a la ligera lo que ella le estaba confesando.

—Mi madre fue su segunda esposa. Su padre se dedicaba al comercio, y Charters se casó con ella por la dote —apartó la mirada —. Yo era muy pequeña para preguntar cuando ella aún vivía, pero Martha me dijo que estaba enamorada de otro hombre cuando la obligaron a casarse con Charters.

—Connie, eso...

—Eso no es todo. Charters tampoco es mi padre, así que no soy nieta de un vizconde. Martha cree que el antiguo pretendiente de mi madre vino a verla después de que llevara un año casada. Charters sabía que yo no era suya. El señor Fancott lo convenció de aceptarme como hija suya, haciéndole ver que, si no lo hacía, sería objeto de burlas como un cornudo y se ganaría la enemistad de los parientes de mi madre.

Había recuperado el control, su voz era firme, pero él podía ver la tensión en su cuello y en sus puños cerrados.

—Así que ahora lo sabe. No soy nada. Una bastarda.

—No es una bastarda —dijo Will, soltando lo primero que se le ocurrió para intentar consolarla—. Ni a ojos de la ley, ni a los míos.

Cielos, Connie... el hecho de que no tenga la sangre de Charters es más bien algo bueno, si él se parece en algo a mi padre.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Realmente?

—Créame, lo que importa es quién es *usted*.

—Usted no me conoce muy bien.

—No —respondió él—. Pero estoy comenzando a hacerlo.

Capítulo 21

Caminaron lentamente por la carretera, ninguno de los dos con deseos de apresurarse bajo el calor del sol. Habían tomado un desayuno tardío con el pan y jamón que les había dejado la señora Curnow, sentados en un silencio lleno de compañerismo.

Connie se sentía ligera, como flotando… incluso feliz. Hasta que le contó a Will la verdad sobre su origen, no se había dado cuenta de cuánto la había agobiado ese secreto. ¿Realmente pensaba él que era algo bueno? Había sonado sincero.

Se mordió el labio para contener una sonrisa al recordar cómo lo había reprendido. Había dicho cada palabra con convicción, pero ahora que se había calmado, podía ver lo humillante que debía de haber sido para un hombre acostumbrado a tomar sus propias decisiones verse obligado a actuar de aquel modo. Reconfortaba, además, saber que el único resentimiento que él sentía respecto a ese matrimonio forzado parecía dirigido a su padre, no a ella.

Ashton St Andrew no era más que un pequeño grupo de casas alrededor de una pradera, empequeñecido por la iglesia. Connie divisó el carruaje bajo la sombra de un enorme roble, con la yegua pastando cerca. Archer no estaba a la vista.

—¿Desea esperar en el carruaje mientras echo a Archer de la posada? —Will señaló un pequeño edificio destartalado, medio oculto por el roble—. Me temo que no es un lugar muy adecuado para una dama.

—Muy bien. Al menos estará fresco.

Will tardó solo unos minutos.

—Tenemos una cita para que la señora Strickland nos muestre las bodegas —dijo, justo cuando Archer hacía retroceder a la yegua entre los ejes—. Luego, si lo desea, podemos recorrer las tierras, como le prometí anoche.

***

A su regreso a Ashton Tracey, Connie se dirigió al salón. Finalmente habían retirado las fundas de polvo, y la habitación se

veía luminosa y alegre con las cortinas abiertas. Los muebles habían sido empujados hacia las paredes, dejando al descubierto las tablas del suelo donde antes había una alfombra.

Bien: parecía que la señora Strickland estaba haciendo un trabajo adecuado, enviando la alfombra a sacudir. Connie pasó un dedo por las mesas y la repisa de la chimenea. Todo había sido desempolvado, aunque la madera aún necesitaba un buen pulido para brillar de verdad.

Escuchó la voz de Warren en el vestíbulo.

—…me dio una llave esta mañana, milord. ¿Desea ver las bodegas ahora?

—Sí —respondió Will, girando para encontrar la mirada de Connie, que se había detenido en el umbral del salón—. ¿Quiere acompañarme, milady?

¿Por qué no? Siguió a los dos hombres hasta el nivel de la cocina, donde Warren recogió un par de faroles.

—No parecía tener mucho sentido limpiar estas estancias, milord, mientras no hubiera nadie residiendo aquí —dijo el mayordomo, mostrando a Will las habitaciones más pequeñas que Connie ya había visto el día anterior—. Se pueden limpiar ahora, si desea reabastecer las bodegas.

—Primero necesito encontrar un proveedor, Warren. Los precios de los comerciantes en Exeter eran bastante elevados.

—Veré qué puedo hacer por esta zona, milord.

—Gracias. Adelante, si es tan amable.

Connie reflexionó sobre aquel intercambio mientras los hombres inspeccionaban más almacenes. ¿Acaso Will acababa de pedirle a Warren que encontrara una fuente de mercancía de contrabando… mientras estaban buscando rastros de contrabandistas?

Finalmente llegaron a la puerta al final del pasillo. Connie entró tras los dos hombres, asomándose alrededor de Will con curiosidad, pero no había nada que ver: solo paredes y un suelo de losas de piedra.

Un suelo muy limpio.

—Iba a decir que… —Connie cerró la boca; quizá Will no quería que hablara delante de Warren.

—Gracias, Warren. Puede regresar arriba —dijo Will. Cuando el sonido de los pasos del mayordomo se hubo desvanecido, volvió a hablar, en voz baja—. ¿Qué iba a decir?

—Que está mucho más limpio que las otras habitaciones de esta planta.

—Hmm. O bien se usa con frecuencia, o lo limpiaron cuando se llevaron la mercancía —comentó, mientras caminaba hacia el fondo del cuarto, levantando el farol.

La pared del fondo estaba oculta por otro conjunto de estanterías vacías para vino. Will bajó el farol con un suspiro.

¿Esos son marcas de arañazos?

—Will, apunte la luz al suelo —dijo Connie.

Él movió el farol, como ella pidió.

—Ah, alguien ha movido estas estanterías. ¿Quiere sostener esto? —Will le entregó el farol, y luego arrastró una de las estanterías alejándola de la pared. Connie sostuvo la luz más arriba, distinguiendo unas líneas en el muro.

—¿Una puerta? ¿Es por ahí que sacaron las cosas? —preguntó en un susurro, aunque Warren ya se había ido.

—Debe de ser. Déjeme volver a colocar las estanterías.

—Entonces, ¿nadie podría entrar desde fuera a menos que alguien en la casa moviera las estanterías? —preguntó Connie mientras él empujaba el mueble de vuelta a su lugar.

—Es posible. Pero también es posible que esta estantería haya sido colocada aquí precisamente para impedir que descubramos la puerta.

—¿Warren lo sabe?

—No lo sé; debemos asumir que sí. Pero él no sabe que nosotros lo sabemos, así que mostraremos decepción por no haber encontrado nada interesante en la habitación cerrada.

—¿Y por fuera? —Connie intentó imaginar el terreno al otro lado de los muros, pero aún no conocía bien el lugar.

—Puede que haya una trampilla, cubierta de tierra o plantas.

—Entonces, algunos de los jardineros deben de saberlo también.

—No necesariamente, aunque debemos suponer que sí. Podría ser simplemente que han preferido no ver nada. Pero de nuevo, lo

mejor es que ninguno sospeche que hemos descubierto algo.

Connie llevaba años engañando rutinariamente a Charters con pequeñas cosas, pero él había sido el único. Mantener el control de quién sabía qué aquí podía volverse muy complicado.

Cuando salieron de las bodegas, se sentaron en la terraza y Barton les llevó una bandeja con refrigerios.

—Aún no hemos hecho nuestro recorrido por la finca, Connie —dijo Will—. ¿Todavía desea acompañarme?

Hacía calor, pero no quería desaprovechar la oportunidad de conocer mejor su nuevo hogar… y a su nuevo esposo.

—Me encantaría, sí. Gracias.

—Excelente. No tengo intención de ir lejos, solo dar una vuelta por algunas de las granjas arrendadas, para familiarizarme un poco más con la zona.

¿No pasaba tiempo aquí cuando era niño?

—Conozco el camino a las aldeas más cercanas —prosiguió—. Pero cuando era muchacho, me interesaba más explorar los bosques y los acantilados. —Ella sonrió ligeramente, y él se detuvo, la taza a medio camino de su boca—. Déjeme adivinar —dijo, con una sonrisa que le curvaba las comisuras de los labios—. Estaba a punto de preguntarme por qué no conozco las granjas. ¿Me equivoco?

Connie negó con la cabeza, devolviéndole la sonrisa.

Ya en el carruaje, Connie tomó el mapa que Will le entregó. Era más un boceto que un mapa propiamente cartografiado, pero logró identificar Ashton Tracey y las dos aldeas cercanas.

—¿Adónde vamos?

Will se inclinó hacia ella, señalando un par de granjas cercanas, su brazo cálido rozándole el suyo.

—Subiremos otra vez por Ashton St Andrew, luego pasaremos por Low Hill Farm y Quarry Farm. —Su dedo trazó un camino entre el laberinto de senderos—. No importa exactamente.

Will dejó que la yegua avanzara a paso tranquilo. Los caminos estaban vacíos, y podía dedicar gran parte de su atención al paisaje… y a la mujer que tenía a su lado. Aunque había salido con

la intención de volver a familiarizarse con el terreno, se sorprendía al descubrir que le interesaban más las reacciones de ella que el propio campo: su sonrisa de asombro cuando un ratonero descendió en picado y voló por el sendero delante de ellos, el giro repentino de su cabeza cuando un mirlo salió alborotado de un seto.

—¿Le gusta observar aves? —preguntó, cuando ella se giró en el asiento para seguir con la vista a un cernícalo que planeaba en el aire.

—Solía dejar comida para los pájaros del jardín —respondió ella —. Pero no tenía mucho tiempo para observarlos una vez que empecé a ocuparme de la casa para papá. Nunca había visto gaviotas hasta que vine aquí.

—Hay mucho más que gaviotas por ver —dijo él—. Espere a ver una bandada de alcatraces lanzándose al mar.

—¿Alcatraces?

—Estoy seguro de que hay un libro en la biblioteca con ilustraciones de aves. Lo buscaré cuando lleguemos a casa.

—Gracias. ¿Y me llevará otra vez a los acantilados para verlos?

—Con mucho gusto.

De niño, había observado aves junto a su hermano; estaba seguro de que volvería a disfrutarlo con ella.

—¿Los Fancott la animaban a estudiar la naturaleza?

—Sí, a Martha le encantaban los pájaros. Incluso entrenó a algunos para que comieran de su mano.

Mientras hablaba de las lecciones compartidas con los hijos de los Fancott, su cariño por el vicario y su esposa se hacía evidente. Parecía que partes de su infancia habían sido felices, a pesar de su padre. Él respondió con anécdotas de sus propias aventuras de niño, y casi acabó perdiéndose en el laberinto de caminos por falta de atención. Al final, tuvo que consultar el mapa para encontrar el camino más corto a casa y evitar llegar tarde a la cena y molestar a la señora Curnow.

***

Connie se examinó el rostro en el espejo mientras Sukey recogía su cabello. Su tez normalmente tenía algo de color por caminar

hasta el pueblo con cualquier clima, sus recientes salidas al sol estaban acentuando ese tono.

Las damas refinadas se suponía que debían tener la piel blanca; quizás debería pedirle a Will que le comprara un parasol. Sonrió al imaginarse tratando de controlar un parasol en un acantilado con brisa.

—Está preciosa, mi lady —dijo Sukey, sujetando unos rizos finales—. ¿Lo he hecho bien?

Connie giró la cabeza de un lado al otro; el moño no era tan pulcro como lo habría dejado Fanny, pero estaba muy bien para ser el primer intento de la muchacha.

—Muy bien, gracias, Sukey.

Su mirada se detuvo en la hilera de libros sobre el arcón. Antes de casarse, se había preguntado si Will limitaría sus lecturas como su padre había intentado hacer, pero ahora estaba segura de que no sería así.

—Sukey, por favor, lleva esos libros a la biblioteca. Déjalos sobre una de las mesas.

—Sí, mi lady.

Connie ajustó la posición de unas cuantas horquillas. Sukey parecía lista e inteligente, pronto aprendería.

Abajo, la cena había sido servida en el pequeño salón, ahora completamente limpio, desempolvado y abrillantado. La luz del sol poniente se reflejaba en las copas de vino y la cubertería, y alguien había colocado un cuenco con flores en el centro de la mesa. Connie respiró el aroma de cera de abejas y guisantes de olor.

Oyó a Barton indicando a Will hacia ese salón, y se volvió cuando su esposo entró en la habitación. Él miró alrededor, con una sonrisa que se extendía por su rostro mientras se acercaba a la mesa para sostenerle la silla.

—Esto es mucho mejor que el salón formal —dijo él.

Esperaron mientras Barton servía la comida, y luego Will despidió al lacayo.

—Tengo intención de abrir el pequeño salón de al lado —dijo Connie, una vez que se sirvieron—. ¿Está bien?

—No necesita pedirme permiso, Connie.

Él ya lo había dicho el día anterior, pero ella aún no se acostumbraba al grado de libertad que tenía allí.

—Gracias. Encontré un escritorio en uno de los dormitorios de invitados. Pensé que podría trasladarlo aquí, o al cuarto de al lado.

—Tome papel y tinta de la biblioteca —sugirió Will—. Puedo traer más la próxima vez que esté en Exeter.

Eso le recordó una idea que había tenido mientras se vestía.

—Will, ¿cómo se envían las cartas desde aquí?

—Alguien las lleva... a la posada en lo alto de la colina es la oficina local, creo. ¿A quién quiere escribirle… no será a su padre?

—No, a Martha. Pero no era por eso por lo que preguntaba. Estaba pensando en la señora Strickland. Cualquier cosa que escriba a su padre sería llevada por… supongo que por un mozo.

—Ciertamente. Podría hacer que Archer se encargue de ello… ¿es eso lo que pensaba? Él podría recuperar las cartas antes de que sean enviadas.

—Sí, pero como dijo antes, si dejan de llegarle cartas, su padre pondrá a alguien más a hacerlo. Si podemos interceptarlas, al menos podríamos ver qué dicen.

—Aun así, seguiría informando sobre nuestras acciones —replicó Will.

—Si copia las cartas, podrías omitir lo que no quiera que él sepa. La primera vez podría explicar que la señora Strickland se ha torcido la muñeca y que está escribiendo por dictado. Podría ser… la señora Curnow, tal vez. ¿O Warren?

—¡Lady Wingrave, tiene usted una mente retorcida! —Le brindó con una sonrisa.

Connie sintió un rubor de placer ante el cumplido.

—Pero creo que será mejor que escriba usted —continuó Will—. Mi padre podría reconocer mi letra.

—¿Cree que él le escribe?

—Puede que lo haga su secretario. Eso no debería ser un problema, Archer también puede encargarse del correo. No podremos mantenerlo por siempre, pero es un buen plan por ahora.

Sonrió.

—Mi padre me dijo que usted conocía sus deberes con su esposo, y que sería una esposa obediente.

¿¿Obediente?? ¿Eso era lo que él quería?

—No era una crítica, Connie. Solo pensaba que esa descripción parece incompatible con su astuta, y totalmente admirable, capacidad para idear semejantes planes. Más mentiras de su padre al mío, supongo.

Ella soltó un suspiro.

—Oh, no, mi padre lo creía de verdad. Solo me permitía leer la Biblia y libros de sermones —sonrió—. Tengo algo que mostrarle después de la cena.

Cuando se retiraron a la biblioteca, Will vio una pila de libros desconocidos en un extremo de su escritorio.

—Esos son mis libros —comenzó Connie—, y algunos que me prestó el señor Fancott. Podría interesarle uno de los sermones; el libro negro con la cinta alrededor.

Will tomó el libro que ella había señalado. ¿Por qué pensaba que a él le interesaban los sermones?

—Ábralo —indicó Connie.

Al soltar la cinta, intentó abrir el libro por el medio, pero las páginas parecían pegadas. Empezando por el principio, descubrió que, tras las primeras decenas de páginas, el resto estaba encolado y tenía un gran agujero rectangular recortado en su interior.

—El señor y la señora Fancott solían prestarme sus libros —explicó ella—. Si el que estaba leyendo era lo bastante pequeño para caber allí, podía llevarlo a casa sin que mi padre lo descubriera.

Sus labios se curvaron, y luego su sonrisa se transformó en una carcajada, su padre realmente no tenía idea de a quién había elegido para ser la próxima condesa de Marstone.

—El señor Fancott me dio los otros libros la mañana que partí hacia… hacia Marstone Park.

—Cuando ya era demasiado tarde para que su padre se enterara. —Nunca había considerado al señor Fancott como alguien astuto, aunque a diferencia de su propio padre, Fancott lo hacía por el bien de otra persona.

—Sí. ¿Puedo… puedo comprar algunos libros yo misma? Me gustaría leer estos, pero no sería correcto privar al señor Fancott de sus volúmenes por demasiado tiempo.

Ella no debería tener que pedir algo así. Por supuesto, se reprendió Will, no había dicho nada sobre dinero personal ni una asignación para ropa. Lo solucionaría pronto, el lunes, después de hablar con el administrador.

—Por supuesto que puede.

Ella sonrió. A él le gustaba hacerla sonreír.

Captó cómo su mirada se dirigía hacia su pila de libros.

—Si desea leer, por favor, hágalo.

—Gracias.

Reconoció el libro que eligió como el que había estado leyendo en el coche, o al menos era uno con una encuadernación parecida. Él tomó otro de la pila, pero lo mantuvo sobre las rodillas. Ella era un objeto de estudio mucho más interesante.

Llevaba de nuevo el vestido verde, y le sentaba bien, pero era tan sobrio en color como sus otras prendas. ¿Cómo se vería con algo más vivo? Con suerte, cuando llegaran el resto de sus cosas, tendría más para elegir.

No es que necesitara adornos, pensó, agradecido por tener el libro sobre el regazo. Vista así, concentrada en su lectura, no parecía especialmente llamativa, pero él sabía que su rostro podía llenarse de entusiasmo y alegría. Podía reír con él; probablemente también se reiría de él, y creía que no le importaría.

Llevaban casados cinco días. Solo faltaban otros veinticinco.

¿Solo?

Capítulo 22

Domingo 29 de junio

A Connie le resultaba extraño pasar un domingo sin asistir a la iglesia. Cuando preguntó, Warren le explicó que un vicario itinerante solo oficiaba servicio en Ashton St Andrew una vez al mes, más o menos, o cuando se requería para bodas, bautizos o funerales.

Will no mencionó nada al respecto durante el desayuno; en cambio, le preguntó si le gustaría salir otra vez en el coche.

—Podemos bajar hasta Ashmouth, si lo desea.

—Me encantaría, gracias. —La vista del mar desde el acantilado había sido maravillosa; ahora quería ver las olas de cerca. Hablar con Will sobre la iglesia podía esperar. En verdad, lo que más disfrutaba de asistir a misa eran los rituales familiares y poder salir de casa por un rato, con la oportunidad de conversar con Martha después.

Llevaron a Archer con ellos, en el asiento trasero del coche. Connie disfrutó del descenso por la colina, entre sombras salpicadas de luz, acompañados solo por el canto de los pájaros y el golpeteo de los cascos.

No había razón alguna para que Will *necesitara* su compañía; debía haberla invitado porque pensó que disfrutaría del paseo. O porque quería tenerla a su lado. Ella le lanzó una mirada furtiva justo cuando él se volvía hacia ella con una sonrisa. Algo en sus ojos le cortó la respiración y le hizo arder las mejillas; logró devolverle la sonrisa antes de volver la vista al camino.

El fondo del valle se ensanchó y el bosque dio paso a pequeñas casas de piedra a ambos lados del camino, el canto de los pájaros reemplazado por los lamentos melancólicos de las gaviotas. Al entrecerrar los ojos para protegerse del sol, que ya brillaba sobre la bahía, una oleada de alegría la recorrió al distinguir el reflejo del sol sobre el agua y los barcos pesqueros meciéndose anclados.

Los edificios frente al mar eran un poco más grandes que los del resto del pueblo. La posada aquí parecía más próspera que la de

Ashton St Andrew, con un letrero pintado con vivos colores que mostraba un delfín sonriente de dientes enormes. Un par de hombres apoyados contra la pared la miraron sin sonreír mientras Will detenía el coche al borde de la playa. Otros rascaban el fondo de un bote recostado sobre la arena o remendaban redes.

—No hay mucho que ver —dijo Will, con tono algo apenado.

—Está el mar —respondió Connie con una sonrisa.

Dejando a Archer a cargo de la yegua, caminaron hacia el agua. Las pequeñas olas hacían un sonido rítmico y suave al subir por la playa y retirarse de nuevo, y el aire salado se mezclaba con un leve olor a pescado podrido. Connie miraba encantada a las gaviotas que giraban en lo alto, peleando por las sobras que arrojaban desde una mesa frente a la posada, donde unas mujeres limpiaban pescado.

—¿Desea que caminemos? —ofreció Will, tendiéndole el brazo.

Bordearon la orilla del agua, sorteando pilas de nasas y enredos de cuerda vieja. Ella lo miró a los ojos, riendo con la dicha del momento, y se sintió de nuevo reconfortada por la sonrisa que él le devolvió.

—¡Mi lord!

Connie soltó el brazo de Will y ambos se giraron al ver a Archer correr hacia ellos.

—Será mejor que venga, mi lord. Es la señora Strickland.

—¿Qué sucede?

—Dice que se ha caído, mi lord.

Archer los guio hacia la posada. La señora Strickland estaba desplomada en una silla, en un rincón vacío de la sala común, encorvada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Connie ahogó un grito de horror cuando la mujer levantó la cabeza. Tenía un ojo tan hinchado que no podía abrirlo, sangre manchaba su barbilla desde un labio partido y otras manchas rojizas cubrían su rostro. Por la forma en que se sujetaba, le dolían las costillas, y probablemente muchas otras partes del cuerpo.

—Santo cielo. ¿Quién le hizo esto? —La voz cortante de Will dejaba claro que estaba tan horrorizado como Connie.

La señora Strickland negó con la cabeza.

—Nadie me lo hizo, mi lord. *Nadie*. —No levantaba la vista del suelo—. Me caí por unas escaleras.

Mentía. Nadie sufría lesiones así por una simple caída.

Connie podía ver por la expresión tensa en el rostro de Will que él tampoco creía la historia. Echó un vistazo alrededor del salón: los dos hombres que había notado antes estaban sentados en un rincón con jarras de cerveza. El más corpulento tenía la nariz torcida, quizá resultado de una pelea; el otro era anodino, aunque vestía mejor que la mayoría de los presentes. Ambos observaban con expresión imperturbable a un grupo de jugadores de cartas en otra mesa. Estos, por su parte, mantenían la vista fija en sus naipes.

Al menos algunas personas en la sala común deberían haber estado mirándolos. Es natural en el ser humano sentir curiosidad.

Algo está muy mal aquí.

—Será mejor que la llevemos de vuelta a Ashton Tracey —dijo Will—. El coche está afuera, ¿puede caminar?

—Sí, mi lord.

Archer dio un paso adelante y le ofreció el brazo. Connie podía ver que a la mujer le dolía moverse, pero la señora Strickland no dijo nada mientras avanzaba a trompicones hacia la salida. Subirla al coche le causó aún más dolor; a pesar de la antipatía que Connie sentía por la ama de llaves, no pudo evitar admirar su entereza.

—El asiento no es lo bastante ancho para tres —dijo Connie cuando Will le ofreció la mano—. Puedo subir la colina caminando con Archer.

—No, de ningún modo.

Sorprendida por la vehemencia en su tono, Connie miró de nuevo el coche.

—Puedo ir en el asiento trasero. Hay espacio para mí y para Archer.

Will respiró hondo.

—No. Archer, conduzca usted. Yo iré atrás con lady Wingrave.

—Como ordene, mi lord.

Connie soltó un pequeño jadeo cuando Will la levantó para sentarla en el asiento trasero. Resultaba extraño ir de espaldas, con las piernas colgando. El asiento no era tan ancho como el del interior

del coche, y cuando Will subió, su brazo y su hombro quedaron presionados contra los de ella. Connie sentía el calor de su cuerpo donde sus muslos se tocaban, y aún podía percibir el tacto de sus manos rodeándole la cintura. Su presencia sólida la reconfortaba, alguien había atacado a la señora Strickland, pero sabía que Will la protegería. Le lanzó una mirada de soslayo antes de volver a fijar la vista en el camino que se alejaba bajo sus pies. ¿Estaría él tan consciente de ella como ella lo estaba de él?

Afortunadamente no había compartido el asiento con Archer.

***

Warren bajó los escalones del pórtico para ayudar a la señora Strickland a salir del coche. Había preocupación en su rostro, pero Connie no detectó señales de sorpresa. Sabía algo, aunque no estuviera implicado directamente.

La prioridad era evaluar las heridas de la señora Strickland y llamar a un médico. Warren se ofreció a buscar a Barton para que ayudara a cargarla, pero ella se negó, apoyándose con fuerza en el brazo del mayordomo. Connie y Will los siguieron. La señora Curnow salió de la cocina cuando pasaron por delante de la puerta y dejó escapar un grito ahogado al ver el rostro magullado de la ama de llaves.

—Necesitamos agua, señora Curnow —dijo Connie—. Caliente y fría, por favor, y paños limpios. Luego puede preparar una infusión de corteza de sauce y cataplasmas de consuelda. Yo la llevaré a su cama.

—Con el debido respeto, mi lady, quizá sea mejor que yo la ayude a desvestirse. No hay mucho en el dispensario, pero puedo revisar después.

Connie comprendió que tenía razón: la señora Strickland se sentiría menos avergonzada si era la cocinera quien la asistía. Añadió a su lista mental la tarea de reabastecer el dispensario con medicinas.

—¿Puede usted encargarse de esto? —preguntó Will en voz baja.

—Sí.

—Bien, gracias. Connie, necesito hablar con usted después.

—De acuerdo. ¿Puede pedirle al jardinero que traiga hojas de consuelda, si tiene?

Will asintió y se fue con Archer. En la cocina, Connie puso a Mary a calentar agua y pidió a Sukey que trajera vendas del dispensario.

***

Will estaba sentado en su escritorio, en la biblioteca, jugueteando con una navaja. La señora Strickland había fallado de alguna manera a los contrabandistas, eso estaba claro. Nadie en su sano juicio la culparía porque Will quisiera inspeccionar las bodegas, pero ella había tenido varios días de aviso, por carta, de su llegada.

La banda podría haber sacado la mercancía antes de que Will llegara, en lugar de arriesgarse a que la encontraran.

Esas heridas también tenían varias horas de antigüedad; recordó cómo progresaban las suyas propias tras peleas a puñetazos en su juventud. Eso significaba que ella había estado sentada en la posada durante horas, curándose las heridas sin que nadie la ayudara.

¿Qué pensaría Connie de todo esto? Estaba seguro de que lo averiguaría pronto, si no lo había hecho ya. Se preguntaba qué les habría dicho la señora Strickland a sus superiores sobre Connie. ¿Podrían estar resentidos por su petición de inspeccionar *todas* las bodegas?

Connie entró en la biblioteca, interrumpiendo sus pensamientos. Su aspecto le llenó de preocupación: se veía cansada, con mechones de pelo pegados en rizos húmedos a la cara y el cuello, y el delantal mojado y manchado de sangre y tierra.

—Venga, siéntese —dijo él, acercándose a un par de sillas cerca de una ventana abierta—. ¿Vino? ¿O un refresco?

Ella habló antes de que pudiera tocar la campana.

—La señora Curnow sigue ocupada con la señora Strickland. Solo estoy cansada.

Se desabrochó el delantal, lo hizo un ovillo y lo dejó caer al suelo. Luego se sentó con los ojos cerrados, una mano masajeando la nuca.

Will abrió la puerta de par en par, dejando entrar una brisa fresca.

—¿Cómo está?

—Su cara, ya la vio. Moretones en los brazos y la espalda, y es posible que tenga costillas rotas. Un esguince en el tobillo, quizá incluso fracturado, pero eso escapa a mis conocimientos. También tiene moretones y la piel rota allí. —Tragó saliva y se frotó la frente —. Insiste en que no llamemos a un médico.

—Podemos ignorar sus deseos si cree que es lo mejor.

Connie miró hacia la puerta.

—Si la puerta está abierta, nadie puede escuchar detrás —explicó Will en voz baja.

Ella asintió.

—Will, esas heridas no son recientes.

—¿Por qué lo dice? —Quería escuchar su razonamiento.

—Toma tiempo que los ojos se hinchen así. Los cortes en la cara no sangraron otra vez cuando los lavamos. A veces ayudaba a Martha en el pueblo —añadió.

—¿Debería llamar entonces al médico? —Por lo que había dicho, su juicio médico era más fiable que el suyo.

—No lo sé. Tal vez, si no empieza a mejorar para mañana.

Respiró hondo y se enderezó en la silla.

—Esas heridas *no* fueron todas por una caída por las escaleras. Se negó a decir cuánto tiempo llevaba sentada allí, pero la señora Curnow dice que bajó al pueblo esta mañana, muy temprano.

—¿Por qué haría eso, y en domingo?

—La señora Curnow no lo sabe. Parece que hace un esfuerzo consciente por no observar nada ni hacer preguntas. Me darán ganas de gritar si vuelve a decir "Realmente no sabría decir, mi señora".

Will, que había tenido una conversación similar con Warren, la comprendía.

—Sukey lo sabe —continuó Connie—. Comenté en voz alta quién podría haber hecho algo así. Empezó a decir algo, pero se detuvo. Se asustó de lo que casi dijo. Creo que el resto del personal también lo sabe, pero son mejores disimulando. Y toda la gente en la posada… deben saber quién fue.

—Los contrabandistas —dijo Will.

—Sí, pero ¿por qué? No perdieron su mercancía. —Connie volvió a masajearse el cuello—. Supongo que tuvieron que mover las cosas de manera improvisada. Qué mujer tan tonta… si hubiera tenido algo de sentido, me habría mostrado las bodegas esa misma mañana y habría dicho que la última puerta estaba atascada. Solo fue su actitud la que me hizo sospechar.

Will sonrió; no pudo evitarlo.

—No veo qué tiene eso de gracioso —dijo ella con tono cortante.

—Mis disculpas. Es solo que llegó exactamente a las mismas conclusiones que yo.

Sin embargo, las torpezas de la señora Strickland no importaban ahora. Tenía que mantener a Connie a salvo, pero después de la discusión de esa mañana, no estaba seguro de que le agradara lo que estaba a punto de decir.

—Connie, ¿estaría de acuerdo en no recorrer la finca sola? Lleve a Archer con usted, al menos.

Sus ojos se abrieron.

—¿Cree que alguien podría atacarme?

—No, pero no vale la pena correr el riesgo. También sería prudente seguir fingiendo que no sabemos que las bodegas han sido utilizadas.

Ella suspiró.

—De acuerdo.

Sus hombros se relajaron. Quería su consentimiento voluntario; después de su queja de ayer sobre cómo se trataba a las mujeres como posesiones, ordenarle que obedeciera no habría salido bien.

—Gracias.

—¿Por cuánto tiempo? ¿No será para siempre?

—No si puedo evitarlo. Aún no sé qué hacer, pero ya se me ocurrirá algo.

—Muy bien —dijo, y dudó un instante—. Will, ayer en las bodegas le pidió a Warren que buscara un proveedor.

—Las bodegas necesitan reabastecerse.

—Sí, pero… Will, ¿le estaba pidiendo a Warren que te consiguiera mercancía de contrabando?

Él se encogió de hombros.

—La mayoría de la gente compra mercancía de contrabando. Sospecho que la mayoría de los habitantes de Ashmouth, y probablemente muchos de los pueblos de los alrededores, están involucrados, para complementar sus ingresos.

—Ya veo —dijo ella, mirándolo a los ojos, con el gesto de la boca caído, y luego se levantó—. Si me disculpa, necesito lavarme y cambiarme.

Salió de la habitación sin esperar respuesta.

Parecía que no aprobaba que él comprara productos de contrabando. Y tenía razón, después de lo que le habían hecho a la ama de llaves.

Sacudió la cabeza; pensaría en eso más tarde. Si los contrabandistas habían retirado mercancía de sus bodegas, ¿qué harían con ella? Si estaba destinada al interior, ¿por qué seguía tan cerca de la costa? Recordó la conversación en el Queen's Head de Exeter. Aranceles sobre las exportaciones… ¿podría la mercancía estar yendo a Francia? Conseguirían mejor precio por la lana en Francia, y aun así podrían venderla más barato que una exportación oficial. Si ese era el caso, querrían moverla pronto desde su almacén provisional.

Podía ignorar toda la situación, por supuesto, pero eso podía resultar en que la banda siguiera usando su casa. Connie no estaría a salvo. O podía informar a los del servicio de prevención, pero eran notoriamente ineficaces para lograr condenas. Lo último que quería era que la banda de contrabandistas siguiera libre *y* quisiera vengarse de él.

Recordó una ladera empinada sobre Ashmouth de sus días jugando en el bosque, y un claro con buena vista de la bahía. Si iba allí esa noche, tal vez vería si algo estaba ocurriendo. Cuanto más pudiera averiguar sobre los contrabandistas, mejor, siempre y cuando los sirvientes no supieran lo que hacía.

Suspirando, sacó las cuentas de la finca del cajón.

***

Connie se quitó el vestido y se lavó la cara y las manos, el agua fresca fue un alivio sobre su piel.

¿Acompañada en todo momento? Tenía sentido, lo sabía, aunque no le gustaba la idea. Estaba acostumbrada a caminar sola por los campos alrededor de Nether Minster. Pero luego negó con la cabeza: ahora estaba mejor que entonces. Aquí, no tendría que idear planes ni manipular a su padre para que le permitiera salir; que un mozo de cuadra la acompañara era un pequeño precio a pagar por esa libertad. Y Will se lo había pedido, no ordenado.

Sin embargo, su actitud hacia los contrabandistas le preocupaba. El ataque a la señora Strickland había sido brutal. Will podía permitirles seguir usando las bodegas, pero ¿confiarían en que él no los delatara? Tal vez, si les compraba suficientes bienes de contrabando, pero entonces él estaría aún más implicado. Y cualquier actividad criminal podía fácilmente terminar en amenazas o agresiones a posibles testigos.

Se frotó las sienes. Will no parecía ser el tipo de hombre controlador que era su padre, pero ¿cómo reaccionaría si ella le decía que no estaba de acuerdo con su aceptación tan despreocupada del contrabando? Aún no lo conocía lo suficiente.

El vestido sobre el respaldo de la silla llamó su atención, y agradeció poder pensar en otra cosa. El vestido necesitaba urgentemente un lavado, y el estampado estaba desvaído. Nunca le había importado mucho el aspecto de sus vestidos, pero ahora quería ponerse algo más alegre. Algo más atractivo.

Su único otro vestido ligero ya había pasado su mejor momento. Los vestidos que le quedaban eran todos de telas demasiado gruesas para este clima, y demasiado oscuros y apagados para su gusto.

En el vestidor, revisó los vestidos de su madre y sacó uno de brocado amarillo alegre, bordado con mariposas y aves exóticas. Estaba hecho para llevarse con miriñaque, no con el almohadón que usaba ella, pero podía arreglárselas. Mañana haría que abrieran el segundo salón pequeño y empezaría a hacerse un vestido nuevo.

***

Will maldijo en la oscuridad al esquivar una rama, otra vez. Levantó el farol antes de seguir adelante. Estaba cubierto por contraventanas para que solo iluminara el camino frente a él,

permitiéndole seguir los rastros tenues del sendero, pero no alumbraba las ramas sobre su cabeza.

No era la primera vez esa noche que se maravillaba de lo mucho más difícil que era escabullirse ahora que cuando él y Alfred eran niños y trataban de recrear las historias del tío Jack sobre combates en los bosques de la América británica. Entonces, el amable Warren les dejaba un farol detrás de un seto en el jardín formal, junto con una yesquera. Esta noche, Will había tenido que encontrar uno él solo, y sin que nadie lo supiera.

Mejor planificación, se dijo. Si iba a descubrir qué hacían los contrabandistas, necesitaba pensarlo todo bien antes.

Confiar en los recuerdos de su infancia había sido el segundo error. Los caminos cambian, los árboles caen, a veces hasta el terreno se desliza un poco. Debería buscar el sendero a la luz del día.

¿Seguía o regresaba?

Sacó su reloj y entrecerró los ojos a la luz temblorosa del farol. Las dos. El sol saldría en un par de horas, y tenía que estar de vuelta en su habitación antes del amanecer, sin dejar indicios de que había salido. Dio media vuelta con un suspiro, esperando no chocar con las mismas ramas de camino de regreso.

Capítulo 23

Lunes 30 de junio

Will esperaba la llegada del administrador en la biblioteca, tomándose una segunda cafetera mientras revisaba el mapa de la finca. Nancarrow se presentó a las once en punto. Unos veinte años mayor que Will, tenía el cuerpo echado a perder por la gordura, y sus botas y calzones mostraban señales de haber cabalgado por caminos polvorientos. Depositó un par de alforjas en el suelo antes de estrecharle la mano a Will.

—Bienvenido, señor Nancarrow —le indicó Will, señalándole un asiento en un extremo del escritorio—. ¿Ha venido desde muy lejos?

—De Ottery St Mary, mi lord. Un paseo bastante agradable, con este clima —sacó un pañuelo para secarse la frente—. Normalmente solo hago un informe anual, con mis recomendaciones y demás, pero las cuentas están actualizadas hasta el último trimestre. ¿Desea empezar por ahí?

—Por favor.

Nancarrow sacó un par de libros de contabilidad de sus alforjas.

—Estos deberían coincidir con los que tiene usted, mi lord. Primero, los sueldos del personal aquí en Ashton Tracey.

Nancarrow fue repasando las cifras. Will las comparó con su propio libro, notando una omisión.

—¿Dónde están registrados sus propios honorarios?

—¡Válgame, señor! Quiero decir… mi lord. No soy un administrador fijo —rio, haciendo temblar sus papadas—. Recibo una remuneración anual de Lord Marstone para pagar los sueldos, cobrar los alquileres, autorizar reparaciones esenciales y hacer cualquier otra recomendación que considere pertinente. Hago lo mismo para varias otras fincas locales.

Will sintió que se le encendía la cara; debería haberlo sabido.

—Le ruego me disculpe, señor.

Nancarrow volvió a reír.

—No hay problema. Hablando claro, mi lord, me alegra que tenga el suficiente interés como para recibirme. Desde la muerte de su estimada madre, mis recomendaciones para mejoras han sido sistemáticamente ignoradas. Espero que eso cambie: aquí hay buenas tierras, y podrían ser más productivas. Ahora apenas se mantienen por sí solas, pero con algo de inversión, debería recuperar lo invertido en unos pocos años.

—Tengo intención de hacer todo lo que pueda, sí —dijo Will, sintiendo simpatía por el hombre. Era, sin duda, distinto al administrador de Marstone Park—. Háble me de las granjas, por favor.

Desenrolló el mapa, sujetando las esquinas con libros. Durante su paseo con Connie, se había interesado más por sus reacciones que por el estado de los campos que atravesaron.

—He tomado algunas notas, mi lord —Nancarrow colocó un fajo de papeles doblados sobre el escritorio—. Lo mejor sería que fuera usted mismo a ver, pero puedo darle un resumen rápido.

—Por favor, adelante.

—Home Farm —señaló Nancarrow—. Allí está Abel Stevens. Hace buen trabajo, pero los graneros...

Estaba casi de camino a los acantilados; podría pasar por allí más tarde.

—…Dennison, en Quarry Farm. Suelo pobre, pero hace lo que puede…

Visitar las granjas lo mantendría ocupado durante varios días.

—…definitivamente visite Knap Hill Farm. La señora Goodman hace unos pasteles de pichón estupendos —Nancarrow se dio una palmada en el estómago—. Pero no beba más de un vasito de su sidra, o tendrán que llevarlo a casa.

Will rio. Le agradaba ese hombre, y sus comentarios parecían sensatos y directos. Prestó mucha atención mientras el administrador hablaba de los otros arrendatarios, y al final de la reunión Will tenía un conjunto detallado de apuntes propios.

Poner en orden la finca llevaría tiempo… y dinero. No estaba seguro de cuánto le alcanzaría con su asignación trimestral, así que tendría que priorizar las recomendaciones de Nancarrow. Primero,

hablaría con todos los granjeros él mismo, luego compararía lo que dijeran con las conclusiones de Nancarrow y los libros de cuentas. Después tendría que calcular los fondos disponibles, los ingresos esperados y cómo asignarlos mejor. Con el tiempo, debería darle una renta cómoda.

Se pasó una mano por el pelo. Un proceso largo, y demasiado centrado en revisar libros de cuentas. Suspiró y empezó a ordenar sus notas.

***

—Comió un pequeño desayuno —respondió la señora Curnow, cuando Connie le preguntó cómo estaba la señora Strickland.

—Avísame cómo sigue, por favor —le pidió Connie—. Es más probable que a ti te diga la verdad que a mí.

—Así lo haré, mi lady.

Connie pasó el resto de la mañana con trapo y cera de abejas en mano, ayudando a Sukey y a las demás doncellas a limpiar su nuevo saloncito mientras Barton sacaba la alfombra al exterior para sacudirla. Luego hizo que Barton y Warren trasladaran el escritorio y otra mesa desde una de las habitaciones. Sería un lugar encantador para sentarse a coser, mirando hacia el césped.

Envió a las dos doncellas a la cocina a tomar algo y a pedirle a la señora Curnow que les llevara refrigerios al salón. Will se le unió poco después.

—He visto a Nancarrow —empezó, sirviéndose una porción de pastel de pichón—. Necesito visitar las distintas granjas para comprobar sus recomendaciones. Parece que hay mucho por hacer. Reparaciones en los edificios, algo de terreno que necesita ser drenado...

Connie observó su rostro mientras hablaba. Parecía recitar las mejoras de memoria, con más entusiasmo del que habría esperado para una lista de tareas tan mundanas.

Finalmente interrumpió, algo avergonzado.

—Perdone que la aburra con los detalles.

—No me aburre —le aseguró, contenta de que compartiera eso con ella—. ¿Va a visitarlas hoy?

—Esa era mi intención, sí. ¿Le gustaría venir conmigo?

—Me encantaría.

Will tomó el carruaje, con Connie a su lado y Archer en el asiento trasero. Iba a necesitar a Archer como aliado, así que tendría que aprender a orientarse por la zona.

Fueron primero a Home Farm. Al acercarse, Will notó el techo del granero, remendado con lonas y cuerdas, en marcado contraste con la casa de campo, impecable, con los escalones y el sendero de entrada barridos y las ventanas limpias. La señora Stevens respondió a su llamado, y él se presentó.

—Stevens está en los campos del fondo, mi lord —dijo ella, cruzándose de brazos—. No volverá hasta la tarde, afortunadamente. ¿Viene por lo del granero, al fin? Si quiere concertar una cita, le diré que desea hablar con él.

—Gracias, señora Stevens —dijo él. Había planeado ir a Exeter de nuevo al día siguiente—. ¿Pasado mañana, si le viene bien?

Will le dedicó su sonrisa más encantadora, sin éxito; la señora Stevens le respondió con un seco asentimiento, y luego miró más allá de él, hacia donde Connie seguía sentada en el carruaje.

—¿Es esa Lady Wingrave, mi lord? Oí que había una nueva señora en la casa grande.

Connie debió haberla escuchado, o notado su mirada, porque se bajó de un salto y se unió a Will.

—Tiene una granja muy bonita y ordenada, señora Stevens —dijo, mirando desde las ventanas hasta el escalón—. Espero que no haya sido demasiado difícil estos últimos años, sin un administrador de verdad.

El rostro de la señora Stevens se suavizó un poco.

—Nos las arreglamos, mi lady.

—Lord Wingrave está muy interesado en que las propiedades prosperen —continuó Connie—. Pero veo que está ocupada. Quizás podría acompañar a Lord Wingrave cuando vuelva. El señor Stevens puede decirle lo que necesita hacerse en la tierra, y usted puede mostrarme cualquier problema con la casa.

—Eso estará bien, mi lady —respondió la señora Stevens, haciendo una reverencia pasable.

Will le hizo un gesto de asentimiento y le ofreció el brazo a Connie. No habló hasta que el carruaje avanzaba por el camino, fuera del alcance del oído de la granja.

—Gracias —dijo—. La ha ablandado con mucha gracia.

Ella soltó una risita.

—Hay maneras de dejar claro que el estado de su granero no es culpa tuya sin decirlo directamente. Eso, y la promesa de arreglarlo, deberían bastar con el señor Stevens, si es parecido a su esposa.

—¿No le molesta tener que volver?

Ella se volvió hacia él.

—No, en absoluto. No más de lo que a usted le molestará hablar con Stevens.

Tenía razón. Esperaba que hicieran un buen equipo.

—¿Cree que sería mejor enviar un mensaje a las otras granjas? —preguntó ella, con tono prudente—. Así podrían pensar en lo que quieren decir antes de que llegue. A algunos quizá no les sea fácil hablar con usted en lugar de con el señor Nancarrow.

—Buena idea. Aunque no creo que la señora Stevens sea tímida al respecto.

Ella rio.

—No, por lo que vi, no lo parece.

Se preguntó si se reía un poco de él. Si era así, no le importaba. Detuvo el carruaje.

—Si no vamos a visitar otras granjas ahora, ¿le apetecería dar un paseo? Podríamos ir a Lion Rocks y volver por los bosques sobre Ashmouth. Son unas tres millas.

—Sí, por favor. Me vendrá bien hacer algo de ejercicio.

—¿No será demasiado para usted?

—No. Estaba acostumbrada a caminar mucho en casa. Quiero decir, en Nether Minster.

Will mandó de regreso a Archer con el carruaje y le ofreció el brazo a Connie. Caminaron juntos por los campos y luego tomaron el sendero familiar que conducía a las rocas, hasta llegar a lo alto del acantilado, con el sonido de las olas bajo ellos.

—La próxima vez traeré el libro de aves —dijo Connie, sentándose sobre la hierba en lo alto del acantilado.

Ojalá lo hubiera traído esta vez, porque no logró identificar la mayoría de las aves que ella señalaba. Ella lo mantendría alerta con su sed de conocimiento; se sorprendió a sí mismo esperando con interés ese reto.

—Desde aquí a veces se ven focas —dijo él, intentando distraerla de su ignorancia—. Delfines y marsopas también, a veces.

—¿Realmente? —Los ojos de Connie brillaron mientras sonreía, y luego se giró hacia el mar para escudriñar las aguas. Mientras ella observaba, él examinaba el lugar con ojos de contrabandista.

¿Usaban ese lugar como puesto de vigilancia? Era posible: se tenía una vista despejada de la costa hacia el este, pero el mar más allá de la desembocadura del río Ash quedaba oculto, y un vigía tendría que caminar más de una milla para poder hacer señales al pueblo.

Quería encontrar el sendero que no había logrado seguir la noche anterior, por lo que cuando Connie finalmente se rindió con las focas, él tomó la delantera por la cima del acantilado. Al acercarse a Ashmouth, apareció un camino gastado entre la hierba rala, que acababa convirtiéndose en una vereda pedregosa que bajaba zigzagueando por la empinada ladera final.

Will se detuvo en lo alto.

—No quiero bajar del todo hasta el pueblo. Creo recordar un camino de vuelta a Ashton Tracey desde la mitad de la bajada, pero si me equivoco tendremos que volver a subir.

—Está bien para mí —dijo Connie, avanzando despacio por la pendiente, levantando la falda y mirando con cuidado dónde ponía los pies.

Bonitos tobillos, delgados.

Más o menos a mitad de camino, una pequeña zona llana cerca de una curva ofrecía una vista clara de la cala y de un tramo del camino. Ese era el lugar que él había recordado, unos quince metros por encima de la arena, con el sendero de regreso bifurcándose unos metros más abajo.

Un barco de pesca izaba las velas en la bahía. Lo observaron hasta que pasó el cabo lejano, y luego Will tomó el camino de vuelta, con Connie siguiéndole con facilidad por el terreno más llano.

Marcó mentalmente el lugar donde el sendero salía del bosque para poder encontrarlo en la oscuridad esa noche.

Cuando regresaron, Connie fue directamente a la biblioteca, se llevó el libro de aves a su salón y dejó a Will con sus libros de cuentas. Tendría que robarle el libro si quería mantenerse a su nivel.

***

Sukey hizo un trabajo más rápido y ordenado con el peinado de Connie esta vez, y luego dio un paso atrás para evaluar su obra.

—Espero que esté bien así. ¿Quiere ponerse ese vestido, mi lady?

Sukey señaló el vestido amarillo extendido sobre la cama. Connie lo había dejado allí para decidir cómo modificarlo.

—No. Era de mi madre, voy a arreglarlo para que me quede bien.

—Es una tela preciosa, mi señora —dijo Sukey, acariciando las faldas con una mano—. A mamá le gustaría... —Se mordió el labio y apartó la vista.

—¿Crees que a tu madre le gustaría un vestido así? —preguntó Connie, preguntándose por qué Sukey no había dicho que a ella le gustaría una prenda como esa.

—No, mi señora. Bueno, sí, le gustaría, pero me refería a que mamá solía coser antes de... le habría gustado trabajar con algo así —respondió Sukey, acariciando una vez más el brocado—. ¿Necesita algo más, mi señora?

—No, gracias.

Le pediría a Will permiso para contratar a alguien que la ayudara con la costura.

***

—Hoy hablé con Nancarrow sobre los gastos del hogar, además de lo de las granjas —dijo Will, pasándole un plato de verduras.

Connie lo miró con atención, pero luego soltó el aire. No era su padre, que sólo hablaba de gastos para quejarse.

—En general, hay dinero suficiente para contratar más personal —continuó Will.

—Ah, qué buena noticia —Eso significaba que tenía que tomar algunas decisiones—. Más jardineros, creo, si queremos que Yatton produzca lo suficiente para nuestro consumo.

—¿Y personal de dentro? Mrs Strickland sabría. —Se detuvo—. ¿Cómo está, por cierto?

—Aún necesita descansar. Creo que tiene el tobillo roto, así que pasará un tiempo antes de que pueda volver a moverse. —Sonrió—. Espero que tenga una convalecencia larga.

—Ja, sí. ¿Puede arreglárselas sin ella? Esta casa debe de ser más grande de lo que está acostumbrada.

—No es tan diferente —Las personas tenían la misma mezcla de defectos y virtudes sin importar el tamaño de la casa donde trabajaban—. Le preguntaré sobre el personal. —Siempre podía consultarlo con Mrs Curnow y Warren si la ama de llaves no estaba lo bastante bien… o no era lo bastante útil. También podría contratarse a Mrs Trasker, pero Connie sabía que tendría que tener en cuenta las necesidades de todos. Preparar el huerto para la siembra de otoño era más importante que sus vestidos.

—Un par de doncellas más vendrían bien —Eso no necesitaba consultarlo con Mrs Strickland—. Y también más personal en la cocina si está pensando en hacer reuniones.

—Por ahora no. Voy a escribirle a mi amigo Harry Tregarth, diciéndole que puede visitarnos cuando quiera, pero no necesitará ningún tratamiento especial —Will hizo una pausa, alzando una ceja —. A menos que usted quiera recibir visitas. Deberíamos tener algo de contacto con las familias cercanas.

—Preferiría instalarme bien antes —La idea de recibir a otras personas de rango la preocupaba más que gestionar a los sirvientes.

—Yo también. —Sonrió—. Cuando esté más familiarizado con la zona, tal vez pueda mantener una conversación educada con la nobleza local. Mañana tengo que ir a Exeter —añadió—. ¿Le gustaría acompañarme?

Le encantaría, pero también quería empezar a rehacer ese vestido.

—Gracias, pero no. Debería vigilar a Mrs Strickland y pensar en el nuevo personal. Pero ¿podría comprar algunas cosas? —Ya tenía permiso para contratar nuevos sirvientes, pero esto sería para la casa también—. Hace falta reabastecer la botica.

—Por supuesto. Haga una lista de lo que necesite; si es mucho para el carruaje, seguro que puedo contratar un transportista para que lo entregue.

No era su padre.

—¿Qué tiene de gracioso? —Will la miraba con curiosidad.

Debía de haber sonreído al pensarlo.

—Es tan refrescante poder comprar cosas sin tener que convencer a nadie durante horas.

Él sonrió.

—No debemos ser derrochadores, Connie, pero tampoco hace falta andar contando cada penique.

Quizá, cuando supiera cuánto tendría que gastar en los nuevos sueldos, podría pedirle permiso para comprar algunos vestidos nuevos.

Will miró su plato.

—Si ya ha terminado, ¿vamos a la biblioteca?

Connie intentó mantener la vista en su libro, incluso se acordó de pasar las páginas de vez en cuando para que pareciera que estaba leyendo. Will no había abierto el volumen que había elegido; cuando lo miró de reojo, su mirada seguía fija en ella. Había algo en sus ojos que la hizo sentirse incómoda. No, incómoda no: una ligera falta de aliento y una extraña sensación en el estómago que no era miedo.

Después de pasar unas cuantas páginas más, con los ojos recorriendo las palabras pero sin absorber su significado, al final se rindió. Cerró el libro y se levantó.

—Si me disculpa, necesito hacer una lista para mañana.

No había motivo para que él se opusiera, pero le alivió ver que sonreía al hablar.

—Vuelva luego, si quiere.

—Yo… tal vez. —Dejó *Tristram Shandy* sobre la mesa y se llevó en cambio el libro de recetas del hogar que le había prestado Martha. Debería pedirle a Will que le comprara una copia para quedarse con ella.

En la cocina, Mrs Curnow le dio papel y lápiz. Mientras escribía su lista de cosas esenciales, la tarea fue alejando esa extraña sensación. Algunos remedios podría hacerlos ella misma, con tiempo y la cooperación del jardinero, pero por ahora era mejor comprar ungüentos y tinturas, y suficientes hierbas secas para hacer cataplasmas e infusiones.

En la botica, Connie sólo pudo tachar unos pocos elementos de su lista. Hizo una copia nueva de las cosas que debía comprarse y, como añadido, apuntó los detalles del libro de recetas del hogar y el hilo y los alfileres que necesitaría para arreglar los vestidos de su madre.

***

Cansada, pero sin sueño, se sentó junto a una ventana abierta en su camisón, disfrutando del aire fresco sobre su piel y vaciando su mente de los acontecimientos del día, mientras el canto de los pájaros se apagaba con la luz del atardecer.

Los sonidos que venían de la puerta que conectaba los cuartos le indicaron que Will estaba en su habitación. Aquella mirada de antes… ¿quería unirse a ella esa noche? No podía saber, por los ruidos, en qué parte de la habitación estaba, si estaba de pie junto a la puerta, con la mano suspendida sobre el picaporte. ¿Llevaría puesto sólo un camisón? El pensamiento la hizo sentir un poco sin aliento, con esa extraña sensación de nuevo.

¿Le molestaría si entraba? Sabía que él sería amable con ella, de eso ya no tenía dudas.

¿Quería que entrara? Esa era la mejor pregunta.

Capítulo 24

Martes 1 de julio

—Lady Wingrave me pidió que le diera esto, mi lord.

Will tomó la lista de cosas que ella quería que comprara y la colocó junto a la carta que iba a enviar a Tregarth. ¿Por qué Connie no había bajado a dársela en persona? Tal vez debería haberle dicho que pensaba salir temprano. ¿Por qué le importaba? Solo iba a Exeter, pero no le gustaba la idea de que ella pudiera estar evitándolo. No se había reunido con él la noche anterior.

Solo llevas una semana casado, idiota. Dale tiempo.

Se sirvió otra taza de café. La excursión de la noche anterior, esta vez con Archer, había sido tan inútil como la primera. No había nada que ver en Ashmouth, y lo único que había conseguido era perder más horas de sueño. Tendría que considerar la idea de enviar a Archer solo algunas noches.

Una vez en camino, Will le preguntó a Archer si alguien lo había visto regresar de su incursión nocturna.

—Sí, mi lord. No intenté salir a escondidas; les dije que iba a ver a una chica del pueblo alto. Mi padre siempre decía: mejor soltar la mentira primero, para no tener que inventarla cuando te descubran.

—¿Tu padre?

—Ya está muerto, mi lord. Fue un ladrón de éxito en Londres, hasta que mi madre se casó con él y lo enderezó.

—Ay. ¿Alguna vez sentiste deseos de… eh… seguir sus pasos?

—No valía la pena arriesgarme a que me ahorcaran, mi lord. O que me mandaran a las Américas.

Hora de cambiar de tema.

—¿Has logrado oír algo interesante en el pueblo?

—No sé cuánto servirá, mi lord. Bajé anoche a tomar unas pintas. Nadie mencionó a la señora Strickland, pero sabían que fui yo quien la encontró.

—Hmm. Eso podría no significar nada. Alguien de Ashton Tracey podría haberles contado cómo está.

—Aunque fue curioso —continuó Archer—. Dije que no sabía por qué la vieja bruja…

Will contuvo una sonrisa.

—…había venido al pueblo cuando tenía sirvientes a los que podía mandar, y de pronto todos se callaron.

—¿Y?

—Si no lo supieran, ¿no habrían soltado alguna suposición? Ya estábamos bien metidos en la bebida, y hablaban sin tapujos de todo el mundo. A mí me pareció que todos sabían por qué había venido, y que tenían miedo de decir algo por si les pasaba lo mismo.

—¿Estás seguro de eso?

—No, mi lord. Solo fue una impresión.

—¿Algo más?

—Mucho chisme, pero no sé qué tanto sea útil. Podría decirle quién anda haciendo lo que no debe mientras el marido está en el mar, pero eso no le interesa. Joss Trelick casi destroza su bote el mes pasado por andar borracho.

—Entonces no es probable que esté al mando de nada.

—Ja, no, mi lord. Sorprende que pueda encontrar su propio trasero. Davy Nance parece tener un sexto sentido para encontrar los peces, pero…

Will le echó una mirada de reojo y notó que Archer entrecerraba los ojos.

—¿Qué sucede?

—La mayoría de la gente en Ashmouth se dedica a la pesca, salvo Coaker, el del mesón, y Bill Roberts, que es carpintero.

—Continúa.

—Hay un par, tres tal vez, que tienen bote, pero nadie los menciona cuando se habla de las capturas ni de los precios.

—Ajá. ¿Quizá otra fuente de ingresos?

—Puede ser, mi lord. Tom Kelly es un tipo bien grande. Sam Hall, Joss Sandow… no llaman mucho la atención. Tampoco hablan casi nada.

—¿Hay mucho dinero en el pueblo?

—No como para que se note.

Archer describió casas que necesitaban reparaciones, botes remendados, niños delgados… una impresión general de gente apenas sobreviviendo. Will se preguntó cuánto de sus ingresos provenía del contrabando. La necesidad de dinero, no simplemente el deseo de tener un poco más, sería un poderoso incentivo para arriesgar el cuello.

Era algo que debía tener en cuenta en sus planes para la finca. Si hubiera más trabajos remunerados en las tierras, ¿habría menos gente involucrada en el contrabando? Tal vez no; trabajar la tierra era más duro que cargar toneles unas cuantas veces al mes. Valdría la pena intentar averiguar cuánto dinero estaba en juego. Pendrick podría ayudarlo con eso.

Archer por fin terminó su relato. Will le dio las gracias y volvió su atención a las tareas del día. Un vistazo rápido a la lista de Connie le había mostrado que podía encargarle a Archer la mayoría de las compras mientras él veía a Kellet y luego a Pendrick. El libro de administración del hogar lo conseguiría él mismo. Había estado hojeando sus libros nuevamente la noche anterior, después de que ella se fue. Los títulos que había mandado Fancott eran en su mayoría obras de economía y geografía, en lugar de las novelas que él esperaba. Fancott era un hombre sensato, y no habría enviado cosas que no fueran de interés para ella.

Al tomar *La riqueza de las naciones* después de que ella se retiró, se había quedado inesperadamente absorto. Le trajo recuerdos de sus luchas con la filosofía en Oxford, cuando obtener un buen título tenía cierto propósito, aunque no pensara usar ese conocimiento para nada. Se preguntó qué pensaría Connie de las ideas del libro.

También había encontrado la nota de Fancott sobre los volúmenes restantes de *Tristram Shandy* y recordó que él mismo se había divertido con esa obra. Tal vez le comprara la colección; la idea de cortejar a su esposa con libros en lugar de joyas le sacó una sonrisa.

Para sorpresa de Will, Pendrick aceptó su invitación a tomar algo con él, y se sentaron con jarras de cerveza frente al almacén. El sol

brillaba sobre el río, y su banco era un rincón de calma entre los hombres que cargaban fardos, barriles y cajas en los barcos atracados.

—Estamos esperando al *Sally May* —dijo Pendrick, señalando río abajo—. Desde aquí puedo estar atento.

Le lanzó una mirada a Will.

—Supongo que esto no es una visita social.

Will negó con la cabeza.

—Quería agradecerle por recomendar a Kellet, pero también quería preguntarle si tiene idea de cuánto dinero pueden estar recibiendo los lugareños del contrabando.

Las cejas de Pendrick se fruncieron.

—¿Por qué?

—Una banda ha estado usando mi casa para almacenar mercancía. Me he enterado de que recurren rápidamente a la violencia para proteger sus intereses. No es de extrañar, pero me gustaría saber más antes de decidir qué hacer.

Will no quería admitir que aceptaba el libre comercio como una práctica local, ni el hecho de que había pedido a Warren que encontrara una fuente de mercancía de contrabando para él. Algo más en lo que pensar… más tarde.

—Podría informarlo a los agentes locales del fisco —sugirió Pendrick, sin mucho convencimiento—. La mayoría intenta hacer su trabajo, pero están demasiado dispersos y con poca financiación. Incluso si arrestan a alguien, los jurados locales rara vez dictan un veredicto de culpabilidad.

—¿Entonces por qué la necesidad de violencia? —preguntó Will, preguntándose si se le escapaba algo. Eso ya lo sabía.

—Más de la mitad del precio del té seco que se vende al público son impuestos, así que puede ver que las bandas de contrabandistas pueden vender más barato que los comerciantes legales y aun así obtener buenas ganancias. Incluso si están seguros de que no los condenarán, protegerán su mercancía, y sus ganancias, a toda costa.

¿Tanto impuesto? Will empezaba a sentirse como un colegial que no había prestado atención en clase.

—¿Entonces cuánto podrían estar ganando los de la banda de Ashmouth?

—Eso dependería de qué están vendiendo y en qué cantidades —respondió Pendrick, con una mirada inquisitiva—. Si realmente necesita saberlo, puedo darle una lista con estimaciones de precios de compra y venta, aunque estos últimos también dependen de cuánto diluyan los licores o adulteren el té.

—Gracias —respondió Will humildemente. Quizás pudiera estimar las cantidades si lograba observar una descarga.

Pendrick suspiró.

—En algunos lugares, el comercio libre es una actividad comunitaria. Todos ponen un poco de dinero para comprar la carga y todos se reparten las ganancias. Bien podría ser así en Ashmouth; y eso haría más difícil detenerlo, si decide intentarlo.

Conversaron un poco más antes de que Pendrick se despidiera. Will aún tenía tiempo antes de su cita con Kellet, así que se tomó otra jarra de cerveza. Las ganancias considerables que Pendrick había insinuado no coincidían con el informe de pobreza general que Archer le había dado sobre el pueblo. Aun así, llamar a los agentes del fisco y detener el contrabando empeoraría su situación.

Tenía mucho en qué pensar.

***

La señora Strickland seguía en cama, aunque sus moretones comenzaban a desvanecerse. Intentó incorporarse cuando Connie entró, soltando un quejido. Connie tenía la intención de preguntarle cuántas personas se necesitaban para manejar bien la casa, pero no parecía el momento para una conversación detallada.

—Siento molestarla, señora Strickland —dijo Connie—. Solo venía a asegurarme de que tiene todo lo que necesita. No dude en pedirle cualquier cosa a la señora Curnow.

La señora Strickland murmuró un agradecimiento.

Connie intercambió algunas palabras más con el ama de llaves y luego bajó a la cocina. La señora Curnow tendría que ser su consejera, así que le pidió a la cocinera que se uniera a ella para tomar una taza de té en la mesa de la cocina.

—Solo quiero preguntarle cómo solía manejarse la casa, señora Curnow —comenzó, notando la expresión algo cautelosa de la cocinera—. ¿Cómo era todo cuando Lady Marstone vivía aquí?

—Esta era una casa feliz cuando ella estaba viva, mi lady —respondió la señora Curnow, asintiendo con sus mejillas regordetas temblando—. Su señoría pasaba varios meses aquí cada verano, con los niños. Lord Marstone venía solo una o dos veces.

—No creo que tenga intención de cambiar eso —dijo Connie, esperando que fuera cierto—. ¿Cuántas doncellas y lacayos había?

—Ay, ahora sí que me lo pone difícil, mi lady. Veamos…

Su mirada se perdió en la distancia y sus labios se movieron, como si recordara al personal por su nombre.

—Niñera, doncella de los niños, institutriz…

Connie sintió que se sonrojaba al imaginar lo pronto que necesitaría una nodriza y una doncella para la guardería.

—…varias doncellas para los cuartos de arriba, esos muchachos siempre entraban a la casa llenos de barro…

La cocinera se interrumpió, con el rostro aún más encendido que de costumbre. Connie supuso que Will era uno de "esos muchachos" y reprimió una sonrisa.

—Los viejos libros de cuentas deberían decirlo, mi señora. Puede que estén en la oficina de la señora Strickland o en la biblioteca de su señoría.

¿Por qué no se le había ocurrido?

—Una idea excelente, señora Curnow. Naturalmente, necesitaremos más sirvientes ahora que Lord Wingrave y yo estamos viviendo aquí. Supongo que podremos contratar a mujeres del pueblo.

—Sí, mi señora, si están dispuestas.

Connie abrió la boca para preguntar por qué las mujeres locales podrían no querer un trabajo aquí, pero le volvieron las palabras de Will sobre el posible peligro. Si preguntaba demasiado, podía revelar que sabían que la casa estaba siendo usada. Tendría que hablar con Will otra vez; tal vez no fuera prudente traer más gente que pudiera estar relacionada con la banda de contrabandistas.

—La señora Strickland normalmente decide a quién contratar, mi señora.

—La señora Strickland me responde a mí, señora Curnow.

La cocinera la miró a los ojos y, para sorpresa de Connie, sonrió.

—Sí, mi señora. ¿Algo más?

—No, gracias.

Al dejar a la señora Curnow, Connie le pidió a Warren que le trajera los viejos libros de cuentas de la casa, y luego subió a su cuarto a buscar el vestido amarillo. Aún pensaba en la contratación de nuevo personal. Podrían buscar a alguien de más lejos, por supuesto, alguien que no tuviera lazos con la banda. Pero, quisieran o no, podrían ser reclutadas. Si a Will no le importaba tener solo algunas habitaciones en uso, podrían arreglárselas con el personal actual por el momento. Hablaría con él al respecto cuando regresara.

Tomada esa decisión, se instaló en su nuevo salón para pasar el resto de la mañana. Entre revisar las cuentas y ajustar el vestido amarillo, tenía suficiente para mantenerse ocupada.

***

—Lady Wingrave está cosiendo en el salón sur, mi señor —dijo Warren. Extendió la mano hacia el paquete que Will llevaba, pero este lo sostuvo.

—Indica a Archer dónde colocar los suministros para la despensa, ¿quiere? —Y siguió adelante hacia el salón, apreciando una vez más la luminosidad y el aire fresco de la estancia. Dejó el paquete sobre la mesa y cruzó hacia la puerta del cuarto más pequeño.

Esperaba ver a Connie con una labor de bordado trivial entre las manos; en su lugar, estaba sentada en el centro del sofá, con una enorme masa de tela amarillo pálido sobre el regazo. Estaba descosiendo una costura con unas pequeñas tijeras, aparentemente tan concentrada que no lo había oído acercarse.

—Buenas tardes.

—¡Oh! —Alzó la vista, sobresaltada, y luego le dedicó una amplia sonrisa—. ¿Tuvo un buen viaje? —Levantó el montón de tela, lo dejó a un lado sobre el sofá y se quitó unos hilos del frente del vestido.

—Sí, gracias. —Él examinó la tela más de cerca. Parecía un vestido—. ¿Por esto quería hilo? ¿No hay quien pueda arreglarlo por usted?

—No lo estoy arreglando, lo estoy ajustando para que me quede bien. Era uno de los vestidos de mi madre. También lo estoy haciendo más moderno; ahora las faldas no son tan amplias como cuando mamá lo usaba.

—¿No era que su padre iba a enviarle el resto de tu ropa?

Su rostro se tiñó de rojo.

—Traje todo lo que tenía conmigo, y un baúl con vestidos de mamá. No hubo tiempo de encargar vestidos nuevos, incluso si mi padre hubiese estado dispuesto a comprarlos.

Will recordó los dos pequeños baúles sobre el techo del coche.

—¿Esos baúles contenían toda su ropa? —La incredulidad, y una ira creciente, hicieron que su voz se alzara más de lo que pretendía, resonando en aquella habitación pequeña. Apretó los dientes al ver la reacción de Connie, que bajó la mirada al regazo.

Inspiró hondo.

—Perdone, estoy enfadado con su padre, no con usted.

—No tiene muchos ingresos. Solo una pequeña herencia de su madre.

—Aun así… —Will se interrumpió; en su posición, ¿quién era él para criticar a un segundo hijo que no quería trabajar? Se frotó la frente—. No necesita pasar su tiempo ajustando ropa vieja —dijo—. Venga conmigo a Exeter la próxima semana, puede encargar ropa nueva entonces.

Quizá algo de ropa de dormir con encajes…

—Me gusta hacerlo —respondió ella, acariciando la tela con la mano—. Me queda poco de mamá, solo esto y un par de acuarelas. Me gustaría rehacer al menos algunos de sus vestidos.

—Por supuesto, si eso quiere. Contrate a alguien que la ayude, si le parece.

—Justo estaba pensando en eso. Sukey dijo que su madre solía coser, podría preguntarle. Creo que a su familia le vendría bien un ingreso extra.

—Parece una buena idea.

—Aunque he reconsiderado lo de contratar más sirvientes —añadió.

Will asintió mientras Connie le explicaba; lo que decía tenía sentido.

—Siempre que pueda arreglárselas con los que ya tenemos.

—Creo que sí.

—Bien. Ahora, si puede dejar su costura unos minutos, le he traído un regalo.

Su rostro se iluminó con ese brillo en los ojos que a él tanto le gustaba ver. Sintió un repentino desasosiego: esperaba que ella no estuviera pensando en joyas.

—Está en la habitación de al lado —dijo, guiándola y señalando el paquete sobre la mesa.

Ella desató la cuerda y desplegó el papel.

—¡Oh, libros! —Los sacó uno a uno, leyendo los títulos, y su sonrisa se ensanchó—. ¿Todos para mí?

—En realidad, para los dos. Encontré la nota de Fancott sobre los otros tomos de *Tristram Shandy*, y me gustaría leerlo yo también cuando usted termine. —Tomó *La riqueza de las naciones*—. Anoche empecé su ejemplar de este. Espero que no le moleste.

Ella pareció sorprendida por un instante, luego volvió a sonreír.

—Por supuesto que no. Mientras no le moleste que yo lea ese tipo de cosas.

—¿Por qué habría de molestarme? Ah… su padre, supongo.

—«No corresponde a las mujeres fingir tener conocimientos propios de los hombres» —citó, con los labios fruncidos.

Will soltó una carcajada por su tono pomposo.

—Qué tontería. De hecho, esperaba oír qué opina cuando lo haya leído.

—¿Realmente?

—Sí, ¿por qué no?

—Yo… sí, me encantaría. Los Fancott solían hablar de esas cosas juntos. A veces conmigo también.

Miró el reloj.

—Tenemos un par de horas antes de que la señora Curnow tenga lista la cena. Quiero salir a cabalgar un rato, pero ¿le gustaría pasear

conmigo por los jardines antes?

Salieron al mirador, del brazo, y bajaron hacia los jardines formales. Setos bajos, dispuestos en patrones geométricos, delineaban parterres de flores, con tejos recortados en forma de pirámides y conos en las esquinas. Le recordó a Connie el jardín donde había esperado en Marstone Park, pero este tenía setos más bajos y parterres más grandes, llenos de un revoltijo de geranios, bocas de dragón y phlox. Disfrutaría mucho de quitarles las flores marchitas ella misma.

—Solíamos jugar al escondite aquí, cuando aún éramos lo bastante pequeños como para escondernos tras los setos —dijo Will, con la mirada perdida—. Seguro que fastidiábamos al jardinero pisoteando sus flores.

—Yo también jugaba así a veces con los hijos de los Fancott. Mi padre pensaba que Martha me estaba enseñando.

Al sonreír, se le marcó un hoyuelo junto a la boca. Ella no se lo había notado antes.

—¿Cuántos años tenía cuando murió tu madre? —preguntó él.

—Cinco o seis. No recuerdo detalles. —Desvió la mirada—. Fui feliz mientras ella vivía. Mi madre no lo era, por lo que me han dicho después, pero se aseguró de que yo no lo notara. —Pasó una mano por la parte superior de un seto—. Tenía un pequeño jardín como este, lleno de rosas. Ese es uno de mis recuerdos de ella: el aroma y las flores hermosas. Mi padre mandó arrancar todas sus rosas después de su muerte.

Connie se había preguntado a veces si aquella acción fue más bien un intento de no enfrentarse a sus propios errores, más que un acto inútil de venganza. No sintió la tristeza habitual al recordarlo. Ya no importaba; había quedado atrás, y él ya no tenía poder sobre ella.

Will se acercó, con los ojos fijos en su rostro.

—¿Por eso llevaba ese perfume de rosas el día de nuestra boda?

—Sí. Era un poco demasiado intenso, me temo.

—Sin duda. —Se inclinó hacia ella, aspirando—. Está usándolo ahora.

Se le cortó la respiración, la mirada fija en sus labios. ¿Cómo se sentiría si él la besara?

—¿Connie?

¿Qué había dicho él? Ah, el perfume.

—Sí, pero esta vez no llevo *tanto*. No fue idea mía; una mujer del pueblo que conocía a mamá lo envió. Un pequeño acto de venganza.

Él la sorprendió riendo a carcajadas, con una expresión de verdadero deleite. Siguieron caminando, y poco a poco ella recuperó el aliento.

—A mi madre le encantaban las flores —dijo Will después de unos pasos—. Esto no está mal, considerando lo poco que hay de personal, pero me gustaría restaurarlo cuando tengamos fondos disponibles. Podría plantar rosas entre los setos, si quiere. Convertir esto en un jardín de rosas. No sería como el de tu madre, claro.

—Sería precioso, gracias. No importa la forma, pero la vista y el aroma… —Cerró los ojos, el tenue perfume que llevaba le trajo recuerdos felices.

—Incluso podría invitar a su padre cuando esté terminado.

Sonrió, pero sabía que no lo haría. Si lograba ser feliz, esa sería suficiente venganza; eso, y *no* invitarlo a la casa del futuro conde de Marstone.

—¿Seguimos? Al huerto, tal vez, para buscar algo de sombra.

Dieron la vuelta, la mano de él cálida en la parte baja de su espalda, la presión suave reconfortante… y algo más. Cuando dejaron atrás los jardines formales y él le ofreció el brazo, sintió pena de que lo hiciera.

¿Un mes era demasiado tiempo para esperar?

Capítulo 25

Miércoles 2 de julio

Will chasqueó las riendas y el carruaje se alejó de la granja. Había sido una visita productiva, aunque más larga de lo que había anticipado.

—Stevens lo tuvo hablando un buen rato —dijo Connie—. ¿Hay muchos problemas?

—No realmente, principalmente el techo del granero. Me estuvo contando sus planes para mejorar los campos. Ahora sé mucho más sobre agricultura que esta mañana. —La explicación de Stevens había sido muy detallada y, por segunda vez en dos días, Will se había sentido como un colegial.

—Eso debe de ser algo bueno, ¿no? —Connie lo miró, con una sonrisa divertida curvando los labios—. ¿O simplemente no le gusta que le den lecciones?

Él rio.

—Creo que tiene razón. Espero que no le haya importado esperar tanto.

—En absoluto. Tuve una larga y agradable charla con la señora Stevens. Le alegrará saber que la casa está en buen estado. —Se dio una palmadita en el estómago—. También hace unas tartas de manzana excelentes.

—Hmm. Tendré que pasar por la granja la próxima vez que venga. Y deberíamos ir a Knap Hill en nuestra próxima visita. Nancarrow me dice que allí también hay tartas muy buenas.

—¿Vamos allí ahora, Will? Mandé a Sukey con un mensaje para pedirle a su madre que venga más tarde hoy.

—No. Es mejor que tome unas notas sobre lo que me dijo Stevens.

—Antes de que otro venga a darle una lección.

—En efecto.

Esa sonrisa divertida iluminó el rostro de Connie, y a él no le molestó en lo más mínimo que se burlara de él con tanta suavidad.

***

Sukey claramente había heredado su aspecto de su madre, pensó Connie mientras Warren hacía pasar a la señora Trasker al salón de costura. El mismo cabello negro rizado asomando por debajo de la cofia, la misma nariz ligeramente respingona y los mismos ojos grises. Por lo que Sukey había contado, era la mayor de la familia, así que eso situaba a la señora Trasker en al menos mediados de los treinta. Pero parecía mayor, con el rostro demacrado y ojeras oscuras bajo los ojos. Una niña pequeña se aferraba a sus faldas descoloridas.

—Mi lady, gracias por invitarme a venir —dijo. Bajó la mirada hacia la niña—. Espero que no le moleste que haya traído a Bessie, mi lady. No hay nadie más que pueda cuidarla.

Connie disimuló su sorpresa. En Nether Minster, las mujeres del pueblo solían ayudarse unas a otras.

—No hay problema, señora Trasker. Sukey, por favor, lleva a Bessie a la cocina y dile a la señora Curnow que ambas deben tomar leche y un trozo de pastel.

—Oh, gracias, mi lady.

Connie sonrió ante el entusiasmo de Sukey mientras la niña conducía a su hermanita fuera de la sala.

—Por favor, siéntese, señora Trasker.

La mujer vaciló, luego se sacudió el polvo imaginario de la falda antes de sentarse al borde de una silla.

—Sukey me ha dicho que ha hecho vestidos en el pasado —comentó Connie.

—Sí, mi lady. Trabajé un tiempo para la difunta lady Marstone los últimos veranos que estuvo aquí, y también hacía… solía hacer algo de costura en el pueblo. Puedo hacer otro tipo de trabajos también, si usted…

—Probablemente necesitemos más personal en la casa pronto, sí —dijo Connie, preguntándose por qué la señora Trasker era tan cautelosa. Al examinarla más de cerca, pensó que su vestido le quedaba flojo; ¿acaso la familia tenía tan pocos recursos que la madre se estaba privando de comida para alimentar a sus hijos? Se

levantó y tocó la campanilla—. Cuénteme sobre lady Marstone —añadió, queriendo hacer que la mujer se sintiera más cómoda.

—Era una dama encantadora. Trataba a los sirvientes con respeto, eso hacía. Ella…

La señora Trasker dejó de hablar en cuanto Warren apareció en la puerta.

—Warren, por favor, pida a la señora Curnow que sirva té, sándwiches y pastel. Para dos.

Él lanzó una breve mirada a la señora Trasker, alzando apenas una ceja.

—Sí, mi lady. —Hizo una reverencia y se retiró.

Connie exhaló un pequeño suspiro de alivio; estaba segura de que la señora Strickland habría cuestionado su pedido.

—Mi lady…

—Prefiero no comer sola —dijo Connie. Era una motivación plausible; suficiente, esperaba, para que la señora Trasker aceptara lo que quizás consideraría caridad—. Ahora dígame, por favor, qué trabajo hizo para lady Marstone.

Connie escuchó mientras la mujer describía vestidos ajustados para el embarazo y luego tomados de nuevo, confección de ropa de bebé y remiendos en pantalones y chaquetas por juegos demasiado entusiastas.

—¿Lord Wingrave? —preguntó Connie, intentando imaginarse a Will de niño.

—Era el hermano mayor en aquel entonces, mi lady. Pero sí, este Lord Wingrave y su hermano. Eran unos pequeños diablillos…

Se interrumpió de golpe, llevándose la mano a la boca en un gesto tan parecido al de Sukey que Connie no pudo evitar reír.

Warren trajo la merienda, y mientras la señora Trasker comía y bebía, Connie le explicó qué necesitaba. Cuando terminaron de comer, le mostró lo que había hecho con el vestido amarillo y luego subieron a su habitación para revisar el resto de su ropa.

***

Will salió de la casa a las once, procurando hacer el menor ruido posible. Aunque ya había pasado más de una hora desde la puesta del sol, el horizonte occidental aún mostraba una franja más clara

bajo las nubes amenazantes que se habían estado acumulando en el cielo durante toda la tarde. Archer lo esperaba junto a uno de los tejos recortados al pie de los escalones, y partieron juntos.

Aquella noche no era muy diferente de las veces anteriores que había salido a vigilar. El acantilado occidental se alzaba en una masa oscura más allá del pueblo, su cima apenas visible como una transición de negro a gris. El pueblo en sí no era más que unos pocos puntos de luz en las ventanas, no muchos ya que a esa hora la mayoría de la gente estaría ya en la cama. La brisa hacía bastante ruido entre los arbustos como para disimular cualquier sonido proveniente de abajo.

Dentro de un par de días habría luna nueva, lo que hacía más probable que se llevara a cabo una operación de contrabando. Seguramente algo sucedería pronto.

Durante las siguientes horas, Will luchó por mantenerse despierto, viendo apenas algún que otro destello de luz en el pueblo cuando se abría la puerta de una cabaña.

Finalmente, Archer le dio un codazo y señaló. La cima del acantilado enfrente ya no era una línea recta. Una figura en movimiento, ¿un hombre a caballo?

—¿Oficial de patrulla? —preguntó Archer.

—Podría ser.

La brisa se intensificó mientras perdían de vista al hombre en el acantilado opuesto. Grandes gotas de lluvia comenzaron a repiquetear sobre las hojas a su alrededor.

—Nos espera una tormenta, me parece —dijo Archer.

Debían faltar un par de horas para el amanecer. No pasaría nada esta noche.

—Es hora de volver —decidió Will.

La lluvia se convirtió en un aguacero mientras subían de nuevo por el bosque, y cuando llegaron a la casa, ambos estaban empapados hasta los huesos.

—Espero que haya valido la pena —dijo Will, mientras Archer se dirigía a los establos. Solo escuchó una risita como respuesta.

Will se quedó junto a la puerta principal, bajo el resguardo del porche, considerando sus opciones. Entrar por la ventana del

comedor después de esa lluvia significaría dejar huellas embarradas en el suelo. Quitarse las botas entre el parterre y el alféizar probablemente acabaría con él cayendo en los arbustos. Su abrigo dejaría charcos allá por donde pasara, de todos modos.

Se encogió de hombros. La puerta principal aún no estaba cerrada con cerrojo, y las baldosas del vestíbulo serían más fáciles de limpiar que el suelo encerado del comedor. No seguiría escabulléndose para esconderse de su servidumbre. Si la señora Strickland, o cualquier otro, no podían guardar silencio sobre sus movimientos, eran libres de buscar otro empleo.

***

Connie se despertó con el sonido de la lluvia y el aleteo de las cortinas que el viento hacía ondear junto a las ventanas abiertas. Arrojando la sábana a un lado, caminó con cuidado por la habitación a oscuras y cerró las ventanas lo suficiente para que no entrara el agua. Ya bien despierta, se sentó en el banco de la ventana. No había nada que ver afuera, pero siempre le había gustado escuchar la lluvia cuando estaba a cubierto y no le arruinaba los planes del día.

Al cabo de un rato, se preguntó si Will se habría despertado para cerrar sus propias ventanas. Se acercó a la puerta que conectaba ambas habitaciones y pegó el oído. Sí, ese era el sonido de las hojas correderas deslizándose… pero ¿por qué había tardado tanto? ¿Dormía tan profundamente?

Estaba a punto de volver a su cama cuando oyó un golpe sordo, y luego otro, que sonaban notablemente como botas siendo retiradas y dejadas en el suelo. Un cajón se abrió de golpe, acompañado de una maldición entre dientes.

¿Había estado fuera durante la noche?

La semana pasada, la noche en que los contrabandistas vaciaron sus bodegas, él había salido de la casa para ver qué ocurría. Pero desde entonces no había pasado nada… ¿o sí? Pensaba que él se lo habría contado si hubiera descubierto algo. Muchos hombres no lo harían, pero había llegado a creer que Will era diferente.

Eran hombres peligrosos. ¿Qué le ocurriría a ella si Will moría? Su padre no había mencionado ningún tipo de arreglo, ni Will tampoco,

y ella había estado demasiado ocupada con otros aspectos de su nueva vida como para preguntar.

No pienses en lo peor.

Podía haber otra explicación. Quizás Mercury se encontraba mal y él había ido a los establos.

¿Y si estaba viendo a otra mujer?

La señora Hepple y Fanny habían hablado de que se había batido en duelo por una mujer el día que vino el lacayo de Lord Marstone. Sabía que no era raro que los hombres de su clase tuvieran relaciones con otras mujeres. De hecho, casi se esperaba.

Connie volvió al banco de la ventana, sentándose en un extremo con los pies recogidos bajo la camisa. El placer que sentía al oír la lluvia se había desvanecido. Pensaba que las cosas entre ellos iban bien, pero si ya estaba viendo a otra, su sueño de tener un matrimonio como el de los Fancott no era más que eso: un sueño.

Respiró hondo. Podía haber otras explicaciones para lo que había oído, ella misma había pensado en dos. Al menos debería preguntarle antes de hacer suposiciones.

Fuera cual fuera la verdad, su situación seguía siendo mucho mejor de lo que había sido apenas un par de semanas atrás.

Capítulo 26

Jueves 3 de julio

Barton llamó a la puerta con el café de la mañana. Will se incorporó, captando la mirada del lacayo hacia la ropa mojada en el suelo mientras colocaba la bandeja sobre una mesa. Sin duda, para entonces alguien más ya habría notado cualquier rastro de barro que hubiera dejado en el vestíbulo.

—Barton. —Will esperó hasta tener la total atención del lacayo—. Darás instrucciones a Warren de que nadie debe salir de la casa hasta que haya hablado con todos ustedes más tarde esta mañana.

—Sí, mi lord.

—Puedes irte. Desayunaré con lady Wingrave a las diez.

Aunque no había pasado mucho tiempo en la cama, el aire más fresco tras la tormenta le había permitido dormir mejor. Lo suficiente, al menos, como para enfrentarse una hora más a los libros de cuentas del terreno y luego conversar durante el desayuno.

Will sonrió al entrar en el salón de desayuno. Connie ya estaba allí, sentada de espaldas a él, mirando por la ventana hacia las nubes blancas que cruzaban el cielo a toda prisa. La neblina de la última semana había desaparecido, lavada por la lluvia.

—Buenos días —dijo, tomando asiento en la mesa. Su buen humor se desvaneció al ver que ella lo miraba sin devolverle la sonrisa.

—Debió de mojarse bastante anoche —dijo ella, tomando un panecillo y partiéndolo por la mitad. Estaba untando mantequilla y mermelada como si no pasara nada. Pero la rigidez de sus labios y la tensión en su mandíbula contradecían esa aparente calma.

—Sí, he estado saliendo por la noche. ¿Por qué…?

Ah, claro. El motivo habitual para colarse dentro y fuera de una casa por la noche no era precisamente buscar contrabandistas. ¿Cómo podía pensar eso de él?

Fácil. Si había oído hablar de su vida en Londres, no era de extrañar que hubiera llegado a esa conclusión.

—Connie, tengo la intención de respetar mis votos matrimoniales, y lo *he* hecho. No es lo que está pensando. —Le sorprendió darse cuenta de cuánto deseaba que ella le creyera.

Ella dejó el cuchillo.

—Estaba intentando *no* hacer suposiciones.

—Quería ver si había más actividad de contrabando. La luna nueva es el momento habitual para esas operaciones. —Se dio cuenta, al hablar, de lo poco que había reflexionado sobre lo que estaba haciendo. Lo había tratado como una especie de aventura juvenil: espiar a los contrabandistas, moverse en secreto por la noche sin que nadie lo supiera.

Guardar secretos a mi esposa.

—Connie, lo siento. Debería haberle dicho lo que estaba haciendo.

Ella seguía sin estar contenta, aunque su expresión se relajó un poco.

—¿*Por qué* está vigilando, Will? ¿Va a denunciarlos a las autoridades?

—Yo… no, al menos no de inmediato. Quería saber más antes de decidir qué hacer. No pensaba intentar detenerlos yo solo.

Eso no pareció tranquilizarla.

—No me sucedió nada —añadió, arriesgando una sonrisa—. No tiene que preocuparte por mí.

Connie volvió a mirar hacia otro lado, preocupada por la manera en que él parecía tratar todo como un juego, e irritada por la sonrisa satisfecha en su rostro. ¿Le complacía que ella se preocupara? ¿Por *él*?

—No es eso —dijo, alejando el pensamiento de que sí se había preocupado—. Estoy preocupada por *mí*.

Bien. Eso le borró la sonrisa.

—¿Qué pasará conmigo si lo matan? Me devolverán con mi padre, lista para ser vendida a otro.

Él vaciló.

—Sería una viuda, independiente.

—Oh, sí. Libre para morirme de hambre. A menos que sepa qué provisión se hizo para mí en los acuerdos matrimoniales.

No lo sabía; eso quedaba claro por el rubor en su rostro.

—Supongo que firmó algún tipo de acuerdo —dijo ella, respirando hondo y calmando su voz—. Si alguien tiene la culpa aquí, son nuestros padres, no usted. ¿Cree que mi padre, o el suyo, habrían considerado qué pasaría conmigo si usted muriera?

—No, supongo que no lo harían. O no lo hicieron. A menos que ya… hubiéramos tenido un hijo.

—Pero entonces su padre sería el tutor legal de nuestros hijos, con derecho a decidir cómo se crían y educan, y con derecho a prohibirme verlos si así lo desea.

Ella estaba furiosa, y con razón. Cuando aceptó este matrimonio, Will se había prometido a sí mismo no convertirse en su padre, y sin embargo, no había pensado ni un momento en cómo sus acciones podían afectar a Connie.

Averiguar más sobre los contrabandistas estaba justificado, pero debió considerar todas las implicaciones. No recordaba haber firmado un acuerdo, no se transferiría ninguna propiedad y, como ella había dicho, a ninguno de sus padres les habría importado su futuro. De hecho, era típico de Marstone *no* haber hecho ninguna provisión para su viudez; ella y cualquier hijo quedarían completamente en su poder.

¿Qué podía hacer? No tenía dinero propio; los ingresos de Ashton Tracey volverían a manos de su padre mientras Marstone fuera el dueño del lugar.

Tutor. Se aferró a ese pensamiento. El tío Jack, tal vez, pero ¿de qué servía un tutor en la India?

El tintineo de una taza contra el platillo lo sacó de sus pensamientos. Echó hacia atrás la silla y se puso de pie.

—Tiene toda la razón, Connie. Le pido disculpas por mi falta de consideración —respiró hondo—. Yo… nosotros… necesitamos hablar, pero ahora mismo estoy demasiado enfadado como para pensar con claridad. Conmigo mismo, no con usted.

Su expresión se suavizó, pero él habló antes de que pudiera responder. No quería que ella le pidiera disculpas a él.

—Voy a ver a Mercury. Hablaremos cuando regrese, si le parece bien.

Ella asintió y le sonrió. No fue una sonrisa completa, pero *fue* una sonrisa al fin.

Al menos Mercury se alegró de verlo esa mañana, relinchando suavemente antes de volver a su heno.

Ver al animal no era más que una excusa. Will se apoyó en el borde del establo, reprochándose mentalmente su falta de reflexión. Y decirle a Connie adónde había ido durante la noche habría evitado el disgusto de esa mañana, así que ¿por qué no lo había hecho?

Sabías que no le gustaría.

Era posible que Connie estuviera de acuerdo con su deseo de saber más antes de decidir cómo actuar, pero al mantener sus actividades en secreto, se había evitado tener que convencerla de que su decisión era la correcta.

Ya era hora de madurar. Las cosas entre ellos iban tan bien, y él podría haber arruinado todo lo que habían logrado.

—¿Mi lord?

Will se giró.

—Archer.

—Disculpe, mi lord, pero ¿cuánto tiempo van a…? Quiero decir, la señora Curnow quiere que alguien baje al pueblo por pescado.

Maldición...lo había olvidado por completo.

—Diles a todos que estén en el vestíbulo en una hora, Archer. Necesito hablar con lady Wingrave, luego les explicaré la situación.

Había pensado decir que cualquiera que compartiera información quedaría sin empleo, pero necesitaba empezar a pensar las cosas con calma antes de actuar precipitadamente.

—Archer… pase lo que pase ahí dentro, nuestro acuerdo sobre las cartas de la señora Strickland sigue en pie.

—Entendido, mi lord. Le diré al señor Warren que es dentro de una hora.

Archer se fue.

Total honestidad. Era la única forma. Llevaría a Connie a dar un paseo por los jardines, o por el huerto, donde nadie pudiera oírlos. Decidirían, juntos, qué era lo mejor que podían hacer.

Connie lo recibió con una sonrisa tímida, y pasearon por los jardines formales, como habían hecho un par de días atrás.

Will empezó con el tema más fácil.

—Esta mañana di la orden a Warren de no dejar que nadie saliera de Ashton Tracey hasta que yo hablara con ellos. Alguien ya debe saber que he estado saliendo por las noches, y no quiero que esa información llegue a mi padre ni al pueblo. —Al pensar en qué decirle a Connie, descubrió que él mismo empezaba a ver las cosas con más claridad—. Pero creo que he llegado a la conclusión de que no debo decir nada.

—Oh.

—Su idea de que Archer intercepte las cartas resuelve el problema de la gente que informa a mi padre. Quería averiguar si alguien más lo hacía, pero o bien le informan a la señora Strickland, o escriben sus propias cartas.

—En cualquiera de los dos casos, Archer las interceptará.

—Exacto. —¿Y cómo habría descubierto si había alguien más espiándolo? Difícilmente lo admitiría—. El otro problema es averiguar si la señora Strickland es la única aliada de los contrabandistas. Sin embargo, aunque el personal me sea leal, no sería justo esperar que no pasaran información si los amenazan con una paliza.

—¿Va a seguir vigilando?

—No puedo permitir que alguien lastime y amenace a mi gente sin intentar hacer algo al respecto.

Esta vez ella no discutió, pero él notó una arruga de preocupación en su frente. ¿Seguía preocupada por su seguridad?

—Prometo observar, no involucrarme. Anoche llevé a Archer conmigo. ¿Eso le parece bien?

Ella se mordió el labio, pero asintió.

—Archer ha dejado que Stubbs piense… —Maldición. No debería haber mencionado la excusa de Archer para haber estado fuera, no después de lo de esta mañana.

—Que tiene una chica en el pueblo —sugirió ella.

—Esa fue su excusa, sí.

—Es la excusa más obvia —dijo, aclarándose la garganta—. Siento haber pensado eso de usted, pero si sirve de algo, Archer podría correr el rumor de que… —Hizo un gesto vago con la mano, claramente incómoda al hablar de esos temas.

—No podría permitir que la gente pensara…

—Sé que no es verdad, y nadie va a decírmelo directamente.

Entonces sí confiaba en él. Al menos en eso.

—Gracias. Me aseguraré de que solo lo haga si surge algún comentario.

Todavía quedaba el tema de sus temores sobre un posible futuro sin él.

—Voy a pensar en lo del tutor —prometió—. Pero mientras tanto, me he dejado en la posición de tener que dirigirme al personal sin tener nada que decirles.

Su risa le levantó el ánimo.

—¿No quiere decir que ha cambiado de opinión?

Él negó con la cabeza.

—Podría decir que quería informarles oficialmente que vivirá aquí por el futuro previsible, y que quizá contrate a más personal. Y que ahora es *usted* quien les paga, no su padre.

Era un excelente plan.

—Sí. Y que usted estará actuando como ama de llaves mientras la señora Strickland esté indispuesta. ¿Quiere escuchar mi no-anuncio?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Capítulo 27

La señora Trasker llegó poco después de que Will saliera para su siguiente visita a una granja, y Connie pasó un par de horas con ella, trabajando en el vestido amarillo.

Warren las interrumpió.

—Una tal lady Elberton ha venido a visitarla, mi lady.

—¿Quién es lady Elberton? ¿Una de nuestras vecinas?

—No había oído ese nombre antes, mi lady. Preguntó por lord Wingrave.

—Será mejor que la reciba, supongo. ¿Puede continuar usted, señora Trasker?

—Sí, mi lady.

Connie salió al vestíbulo, cerrando la puerta tras de sí. Miró su vestido. Su vieja muselina, cómoda pero gastada, no era precisamente la prenda más impresionante.

—Infórmale a lady Elberton que estaré con ella en veinte minutos. Pídale a la señora Curnow que sirva algo de refresco.

—Sí, mi lady. La he llevado al salón formal —dijo Warren, carraspeando, con los ojos fijos en algún punto más allá de su hombro.

—¿Sí, Warren?

—Yo… eh… Lady Elberton no pareció… complacida cuando le dije que iba a consultar si la señora de la casa estaba disponible para recibir visitas.

Connie lo miró, tratando de descifrar a qué se refería. ¿Por qué no querría una visitante ver a…?

¿Una de las amantes de Will? ¿*Antiguas* amantes?

Will le había prometido esa misma mañana que cumpliría sus votos matrimoniales, y ella le creía. No podría, no habría podido, decir algo así si hubiese invitado a una de sus antiguas amantes. No, lady Elberton había venido por su propia voluntad.

Tenía que cambiarse, era una lástima que el vestido amarillo aún no estuviera terminado. Connie subió a toda prisa a su tocador, ya

quitándose los alfileres del corpiño. El vestido de muselina quedó hecho un montón en el suelo mientras se ataba rápidamente la sobrefalda del mejor vestido que tenía. Se metió en las mangas y se prendió la parte delantera. ¿Un pañuelo? ¿Dónde estaba el pañuelo? Si esa mujer era una antigua amante de Will, entonces ella iba a presentarse como una dama respetable.

El cabello… todo lo que podía hacer era recogérselo en un moño suelto. No había tiempo para peinados altos y a la moda, aunque supiera cómo hacerlo.

Tuvo la satisfacción de ver que los ojos del mayordomo se agrandaban al verla bajar las escaleras.

—Puede anunciarme, Warren.

Lady Elberton estaba sentada en el salón, con una taza de té llena sobre la mesa a su lado, con sus delicadas manos blancas entrelazadas en el regazo. Connie se alegró de haberse cambiado, aunque seguía sintiéndose deslucida junto al vestido de seda con encajes y el peinado elaborado y empolvado de lady Elberton. Aun así, aparecer con el viejo vestido de muselina habría sido mucho peor.

Los labios de la mujer, seguramente más rojos de lo que la naturaleza permitía, pasaron de una línea dura a un mohín al ver entrar a Connie, y sus ojos azules la escanearon de pies a cabeza.

No era una visita social normal, entonces. Su suposición podía ser correcta.

—Buenas tardes, lady Elberton —dijo Connie, manteniendo la voz serena. Esta era su casa, después de todo. Se sentó y se sirvió una taza de té, aunque no tenía ninguna intención de beber—. ¿A qué debo el placer de su visita?

—He venido a ver a lord Wingrave.

Sin intento de cortesía, eso lo hacía todo más fácil.

—Qué pena que lo haya perdido. Tal vez yo pueda ayudarla. ¿Ha venido desde lejos?

—Desde Londres —dijo lady Elberton, con la vista fija en la cintura de Connie—. Su matrimonio fue muy repentino. No recuerdo haber visto un anuncio previo.

Connie esbozó una sonrisa.

—El anuncio del compromiso solo se hizo a sus amigos —le alegró ver que los labios de lady Elberton se torcían de rabia—. ¿Quiere que le deje algún mensaje?

—Tengo entendido que regresará esta tarde. Puedo esperar aquí y hablar con él yo misma.

—Oh, me temo que no —respondió Connie con firmeza. Ninguna persona razonable esperaría que ella atendiera a una antigua amante de su esposo.

Lady Elberton bajó la mirada a sus manos, aún apretadas en el regazo, y luego volvió a mirar a Connie. Ahora sus ojos azules estaban llenos de lágrimas, una cayendo y resbalando por su mejilla. Sus manos temblaban, lo que demostraba que realmente estaba preocupada, pero el cambio de altanería a patetismo fue demasiado repentino como para parecer auténtico.

—Debo verlo, lady Wingrave. Es de suma importancia. Por favor, por favor, no me obligue a marcharme antes de que regrese —dijo, con un delicado sollozo, y se secó los ojos con un pañuelo de encaje.

—Oh, querida lady, ¿qué ocurre? Seguramente su esposo…

—Mi esposo se está divorciando de mí.

Connie alzó la taza y tomó un sorbo de té.

—No veo qué relación tiene eso con su visita aquí.

—Lord Wingrave…

—¿Lo han nombrado corresponsal? ¿Hay un hijo que su esposo se niega a reconocer? —Fue el turno de Connie de mirar la cintura de lady Elberton, tratando de mantener el rostro sereno mientras un peso se le instalaba en el estómago. Un hijo ilegítimo sería un escándalo que dañaría aún más la relación de Will con su padre.

—Yo… no.

Connie soltó el aire con alivio.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Yo… Wingrave… —Lady Elberton volvió a bajar la mirada, sorbiendo con delicadeza y llevándose de nuevo el pañuelo a la nariz. Enfrentaba el rechazo social y probablemente la pobreza, si su esposo o sus parientes no la apoyaban. Connie habría sentido cierta compasión de no haber sido por la rápida y calculadora mirada que la mujer le lanzó.

—Continúe —dijo Connie, dando otro sorbo de té que no deseaba.

—¡Él se batió en duelo por mí, ¿sabe?!

Así que el rumor era cierto. Pero lo que él hubiese hecho antes del matrimonio no tenía importancia ahora.

—Y, sin embargo, no mató a su esposo. Pensé que era mejor tirador —o al menos eso había deducido de los chismes de Fanny.

Lady Elberton apartó la mirada.

—¿Lord Elberton resultó gravemente herido? —preguntó Connie.

—No —respondió lady Elberton, mirándola de nuevo—. No resultó herido en absoluto.

—Me alegra oírlo —dijo Connie, asintiendo como si su preocupación fuera por lord Elberton—. ¿Qué es exactamente lo que desea de mi esposo, lady Elberton? No puede esperar que se divorcie de mí para casarse con usted… alguien que ya ha demostrado no poder respetar sus votos matrimoniales.

Lady Elberton desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior con sus delicados dientes.

—Yo… necesitaré… quiero decir, mi esposo solo me dará una pequeña asignación. Una miseria.

Connie esperó. Lady Elberton estaba a punto de pedir dinero.

—Lord Wingrave querrá ayudarme, estoy segura.

Connie hizo un esfuerzo por mantener una expresión neutral cuando la mano de lady Elberton subió hasta el escote de su vestido, jugueteando con el encaje. Parecía que estaba proponiendo convertirse en la amante de Will a cambio de apoyo económico. ¿Y se lo proponía a su esposa?

Contuvo su furia.

—Ha venido desde muy lejos, lady Elberton. ¿Todos sus amantes anteriores se han negado a ayudarla?

El rubor que subió por el rostro de lady Elberton le confirmó a Connie que había dado en el blanco. Se puso de pie y tocó la campanilla.

—¿Mi señora?

—Warren, lady Elberton se retira.

Lady Elberton no hizo ademán de levantarse de la silla.

—Warren, si lady Elberton no se va por su cuenta, llama a Barton, y a uno de los mozos si es necesario, para que te asistan.

Connie le dio la espalda a su indeseada visitante y salió de la sala, refugiándose en su salón. La señora Trasker la miró una sola vez y volvió a concentrarse en sus puntadas.

Connie se situó junto a la ventana sur, respirando profundamente. Todavía no salía de su asombro ante el descaro de lady Elberton. O su estupidez: ¿qué amante potencial pensaba que confesarle sus intenciones a la esposa del hombre era buena idea?

La carroza que aguardaba se alejó por la avenida. Connie volvió a la sala y retomó su costura, incapaz de sacarse la entrevista de la cabeza.

El duelo… eso era extraño. Que ella supiera, Will no había salido herido. Y por lo que decían, Will era un tirador excelente, así que ¿por qué no había resultado herido lord Elberton? Will debió fallar el tiro a propósito, pero no lograba entender por qué haría algo así.

Tendría que preguntárselo.

Will llevó a Mercury directamente a las caballerizas antes de entrar a la casa por la cocina. Warren lo esperaba en el vestíbulo.

—Vino una tal lady Elberton —dijo el mayordomo mientras tomaba el sombrero de Will.

Will maldijo entre dientes.

—La despediste, por supuesto —dijo, con más esperanza que convicción.

—Le informé que no estaba en casa, mi lord, pero lady Wingrave la recibió.

Maldición.

—¿Dónde está ahora lady Wingrave?

—En su salón de costura, creo, mi lord.

Will se apresuró hacia el salón de Connie. Hetty podría haberle dicho todo tipo de mentiras.

Empujó la puerta. Connie estaba de pie sobre un taburete en el centro de la sala, de espaldas a él, vestida con el brocado amarillo que la había visto cosiendo el día anterior. Su vestido verde colgaba

del respaldo de una silla y la señora Trasker estaba arrodillada a sus pies, con la boca llena de alfileres.

—¿Qué sucede, Warren? —preguntó Connie sin girarse.

La señora Trasker se apresuró a sacar los alfileres de la boca.

—Mi señora…

—¡Connie, no debe creer lo que esa mujer le haya dicho!

Connie se irguió un poco, luego volvió la cabeza.

—Oh, Will. ¿Le fue bien en su visita?

Will se quedó boquiabierto un instante. Fuera lo que fuera que esperaba que dijera, no era eso.

—Yo… eh… sí. Me fue bien.

Ella sonrió, pero no era su sonrisa habitual, abierta y cálida. No le llegaba a los ojos. ¿Qué le había dicho Hetty?

—¿Tomaría el té conmigo, mi señora? —¿Qué otra cosa podía decir, con la señora Trasker todavía arrodillada en el suelo y mirándolo con interés? Por supuesto, toda la casa estaría especulando sobre la visita.

—Sería agradable. En media hora. Continúe, por favor, señora Trasker —dijo Connie, bajando la mirada y señalando—. ¿No cree que el dobladillo está un poco desigual justo ahí?

Lo había despedido.

Will se quedó un momento mirando la espalda de Connie, pero ella tenía la atención fija en la costurera y sus alfileres, así que se fue a su cuarto. Estaba cubierto de polvo de los caminos y, además de ser cortés, le convenía cambiarse.

Mientras se lavaba y se anudaba una corbata limpia, tenía la incómoda sensación de que la merienda en el salón no iba a ser el momento agradable al que se había acostumbrado últimamente.

Will entró en el salón y encontró a Connie sirviendo el té.

—Connie, no sabía que lady Elberton iba a visitarnos, se lo juro. ¿Qué le dijo?

Ella alzó una ceja.

—Fue una visita interesante. Tome un poco de pastel, Will.

Will ignoró el plato que le ofrecía. Su saludo anterior había sido tenso, pero ahora actuaba como si no hubiera sucedido nada. Algo

iba mal. Se estaban llevando tan bien últimamente… ¿iba todo a desmoronarse?

—¿Qué quería?

—Quizás era una visita social —dijo Connie, como si recibir a una antigua amante de su esposo fuera lo más normal del mundo.

—No puede haberlo sido.

Connie tomó un sorbo de té y dejó la taza en el platillo.

—Creo que quería retomar su papel como su amante.

—¿Ella…? —*¿Qué?* ¿Hetty le había dicho eso a Connie?

—A cambio de apoyo económico, por supuesto —continuó Connie con calma—. Este bizcocho está delicioso, pruebe un poco.

Llevaba de nuevo esa sonrisa extraña, la que no le llegaba a los ojos.

—¡No quiero pastel! —Empujó la silla hacia atrás y se acercó a grandes zancadas a la ventana, con una sensación nauseabunda instalándose en su estómago. Se volvió hacia ella—. Connie, no pensará que fui yo quien la invitó, ¿verdad?

Su expresión se suavizó.

—Venga y siéntese, Will.

—Connie, siento que tuviera que lidiar con ella. No tenía idea de que vendría.

Ella lo miró a los ojos, ahora con gesto serio.

—Sé que no lo sabía. Siento haberlo provocado, Will, pero yo… —respiró hondo—. Me dio la impresión de que creía que iba a creerle a ella antes que confiar en ti.

¿Lo había hecho? Lo pensó un momento… sí, probablemente había dado esa impresión.

—Dijo que cumpliría tus votos matrimoniales, Will. Yo *sí* confío en usted.

Parte de su tensión se disipó.

—Gracias. Lo dije seriamente, Connie.

Ella volvió a sonreír, esta vez de verdad, una sonrisa que le alivió el corazón.

—¿Quién es ella, Will?

La verdad. Nada menos serviría.

—Su esposo nos encontró juntos, y eso llevó a un duelo y al ultimátum de mi padre —que no hubieran llegado a la cama no era un factor atenuante: lo habrían hecho si Elberton no hubiese regresado en ese momento—. Connie, ¿qué le dijo?

Estaba dispuesto a admitir sus propios errores, pero no las mentiras de Hetty.

—Dijo que su esposo se estaba divorciando de ella, y me habló del duelo —respondió ella tras una pausa, jugueteando con la taza de té—. Le pregunté si… si había un hijo, pero dijo que no.

Al menos Hetty no intentaba mentir con eso.

—Sí hubo un duelo, Connie, pero no exactamente por la razón que ella cree. Me convenció de que su esposo la descuidaba y que no le importaba lo que hiciera. Cuando nos sorprendió, quedó claro que ella había mentido. Acepté el desafío porque fui lo bastante estúpido para creerle.

—Eso no hace que plantarse en un campo y dispararse con pistolas sea más sensato —suspiró—. Supongo que es una de esas nociones masculinas sobre el honor.

—Sí —Y si él hubiera muerto, Elberton habría enfrentado una acusación de asesinato y seguiría atrapado con una esposa infiel—. Como dice, si uno lo piensa racionalmente, no tiene el menor sentido.

—Y dicen que las mujeres no pueden pensar lógicamente — levantó una ceja.

—Touché, mi lady —Algunas mujeres no podían, pero no iba a señalarlo.

Ella sonrió, una sonrisa auténtica esta vez, de esas que le calentaban el pecho. La sensación de alivio lo dejó agotado.

—Dígame, Will, ¿hay alguna otra amante del pasado que pudiera venir a visitarnos?

Amantes, sí, pero todas con esposos complacientes y otros amantes además.

—No, Connie, no vendrá nadie más.

Aunque debería contarle lo del niño. No ahora, pero pronto.

Capítulo 28

Viernes 4 de julio

Connie examinó con satisfacción el vestido amarillo terminado, girando para ver su espalda en el espejo del probador. Era una mejora notable respecto a todo lo que tenía hasta entonces, esperaba que Will pensara lo mismo cuando regresara de sus visitas a las granjas.

Ayer, había sentido una punzada de dolor por la suposición de que ella no confiaría en él, y no había podido resistirse a hacerlo retorcerse un poco. Él no se lo había reprochado, reflexionó, mientras empezaba a desabrocharse el corsé. Habían hablado sobre sus planes para algunas de las granjas durante la cena, y luego pasaron una velada tranquila leyendo juntos en la biblioteca.

—¿Desea que arregle otro vestido, mi lady? —preguntó la señora Trasker, sacando a Connie de su ensimismamiento.

—Sí, claro. Hay al menos media docena más.
Aunque la señora Trasker necesitaba el trabajo más de lo que Connie necesitaba los vestidos.

—Ese de ahí —señaló un vestido colocado sobre el respaldo de una silla: muselina clara, color crema, estampada con un delicado diseño de hojas. Empezó a quitarse el vestido amarillo. Por hermoso que fuera, era demasiado fino para el uso diario.

—Ese será precioso, mi…

—¡Mamá! —Sukey irrumpió en la habitación, con el rostro arrugado y los ojos rojos de tanto llorar—. Mamá, ven rápido. Es Danny.

La señora Trasker lanzó una rápida mirada de disculpa a Connie y salió corriendo tras su hija.

Connie, medio vestida, se quitó el vestido amarillo lo más rápido que pudo, se puso la muselina que había llevado antes y bajó a toda prisa.

En la cocina, la señora Trasker, la señora Curnow y Warren estaban reunidos alrededor de un niño sentado a la mesa. Al otro

lado de la habitación, Sukey abrazaba a su hermanita, ambas con lágrimas corriendo por las mejillas.

Desde atrás, Danny tenía el mismo cabello negro que el resto de la familia, pero Connie contuvo el aliento cuando el chico giró la cabeza. Un lado de su rostro estaba hinchado y cubierto de sangre y lágrimas, con el ojo completamente cerrado. También le sangraba la nariz, y en los antebrazos que eran visibles bajo las mangas arremangadas, ya se formaban moretones.

—¿Quién hizo esto?

Los rostros alrededor de la mesa mostraban la misma expresión cerrada que cuando atacaron a la señora Strickland.

—Mamá tiene que volver al pueblo —dijo Danny, murmurando como si hablar le doliera. Solo la miró un instante—. Tiene que volver.

El rostro de la señora Trasker era tan aterrador como las heridas de Danny: pálido, con los ojos muy abiertos. La expresión de alguien que está a punto de ser ejecutado.

—¿Cuántos años tienes, Danny? —preguntó Connie. Con todo el daño en su rostro, no podía decirlo.

—Doce —respondió la señora Trasker—. Sale en los botes desde que se ahogó mi marido, pero sigue siendo un niño.

Connie respiró hondo. Todos esperaban que ella tomara la iniciativa. Lo primero era intentar que Danny estuviera más cómodo.

—Señora Curnow, usted me ayudó con las cataplasmas para la señora Strickland, por favor prepare lo mismo para Danny —lanzó una mirada hacia el otro lado de la habitación—. Sukey y Bessie pueden ayudarte.

—Sí, mi lady —la cocinera se apresuró a salir, aliviada por tener una excusa para irse.

—Warren, trae agua y paños limpios, luego espera afuera. Asegúrate de que nadie más entre.

—Sí, mi lady.

—Mary, Katie, Barton —las otras dos doncellas y el lacayo aún miraban fijamente a Danny—. Estoy segura de que todos tienen algo que hacer en otro lugar.

Murmuraron algo y se fueron arrastrando los pies. Warren regresó con el agua, y Connie se hizo a un lado mientras la señora Trasker le daba a su hijo un paño mojado en agua fría para que se lo pusiera en el ojo, le limpiaba los otros cortes y revisaba el resto del cuerpo en busca de más heridas.

—¿No hay nada roto? —preguntó al fin. Danny murmuró un "no".

La señora Trasker no preguntó quién lo había hecho. Lo sabía.

La señora Curnow regresó con las cataplasmas, y Connie ayudó a la señora Trasker a colocarlas sobre los peores moretones de Danny.

—¿Dónde hay una cama cerca?

—Mi habitación está justo por allí —la señora Curnow señaló una puerta a un lado.

—Llévenlo a descansar allí. ¿Podrías quedarte con él? Te llamaré si te necesito.

—Sí, mi lady.

Danny se apartó cuando la señora Curnow extendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Mamá… dijo que haría lo mismo con Bessie si tú no lo hacías con él —las lágrimas volvieron a correr por el rostro de Danny—. Luego dijo que Sukey ya tenía edad para reemplazarte.

La señora Trasker se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Connie miró a la señora Curnow, sintiendo que una náusea le revolvía el estómago al comprender las implicaciones de las últimas palabras de Danny. La cocinera parecía tan horrorizada como ella.

—Llévelo a descansar, señora Curnow. Luego busque a alguien que encuentre a Archer y mándelo aquí.

Archer llegó unos minutos después, pero no sabía en qué granjas estaba Lord Wingrave.

—Dijo que quizá no volvería hasta las seis, mi lady.

Faltaban horas. Tendría que encargarse ella misma.

—¿Quién hizo esto, señora Trasker? No podemos ayudar si no sabemos cuál es la amenaza —aunque ya se hacía una muy buena idea.

—No puedo decírselo —dijo la señora Trasker—. No volverá a pasar si le doy lo que quiere.

—Tom Kelly —dijo Archer—. O quizá Joss Sandow, o Sam Hall.

El rostro de la señora Trasker perdió lo poco de color que le quedaba. Connie temió que la mujer se desmayara.

—¿Quién le dijo eso? —susurró la señora Trasker.

Archer miró a Connie, quien asintió.

—Nadie me lo dijo —respondió Archer—. Fue una suposición. He estado bebiendo en el pueblo, y he visto cómo actúa la gente cuando ellos están cerca.

—Sandow. Él es el que dirige el contrabando. Me persigue desde que murió Bobby —dijo la señora Trasker, secándose las lágrimas de las mejillas—. Ya sé que no tengo el mismo aspecto de antes, pero no es por eso que me quiere. Le gusta el poder, mi lady. No quiero acostarme con él, y con eso basta para que le haya hecho eso a mi Danny.

—¿Por qué ahora? —preguntó Connie, aunque sospechaba que ya sabía la respuesta.

—Se aseguró de que nadie en el pueblo me ayudara —explicó la señora Trasker—. Me vendían comida, pero no me daban trabajo. Danny llevaba cosas a vender a otros sitios cuando no salía en los botes, pero ya no queda nada. Estaba a punto de rendirme, hasta que Sukey dijo que podía trabajar aquí.

Ahora que la señora Trasker tenía una fuente de ingresos, ese hombre había recurrido a otros medios. Connie sintió náuseas. Tenía que hacer algo.

—Archer, ¿cuánto tardarías en encontrar a lord Wingrave?

—Todavía no me ubico bien, mi lady. Puede que él vuelva antes de que yo lo encuentre siquiera.

—¿A dónde podría haber ido? —Hablaba más consigo misma que con él. No conocía a nadie de la zona, salvo al mayordomo.

—Llama a Warren —ordenó—. Él debe estar en contacto con Nancarrow para lo de los sueldos del personal, así que sabrá dónde vive. No, mejor dile que busque papel y pluma y luego localice la dirección del señor Nancarrow.

Dinero. Tendría que buscar en el escritorio de Will. ¿Habría llevado Will el coche?

—Está en ello, mi lady —dijo Archer cuando regresó—. El mensaje tardará un poco... Ah, ¿va a enviar a los Trasker con él?

Connie asintió.

—A menos que se te ocurra una mejor idea.

Archer negó con la cabeza.

—¿La chaise es el único carruaje que tenemos? ¿Está aquí?

—Sí, mi lady. Lord Wingrave se llevó a Mercury. Estará apretado en la chaise, pero cabremos.

—Escribiré una carta para que la lleves. Warren puede darte las indicaciones, y enviaré a lord Wingrave tras ustedes en cuanto regrese.

—Sí, mi lady.

Ahora solo tenía que convencer a la señora Trasker de que dejara atrás cualquier pertenencia que aún tuviera en su casa de Ashmouth.

***

Will observó hasta que la chaise desapareció de su vista, y entonces hizo girar a Mercury de vuelta hacia Ashton Tracey. La explicación de Archer había sido apresurada, pero sumada al estado en que estaba el rostro del niño, bastaba para demostrarle que Connie acababa de frustrar a un hombre violento y vengativo. Había actuado con rapidez, y agradecía que tuviera la confianza suficiente para tomar el asunto en sus propias manos. Pero en cuanto Sandow se diera cuenta de que sus víctimas ya no estaban a su alcance, probablemente pondría a Connie como objetivo de su venganza.

No podía permitir que le pasara nada.

En el patio de las caballerizas, se sintió aliviado al encontrar a Stubbs limpiando un establo. Al menos había un miembro del personal que no estaba contando chismes en Ashmouth.

Tanto Warren como Connie lo esperaban en el vestíbulo.

—Me encontré con Archer en el camino —les dijo al entrar—. Warren, sería mejor que se supiera que la señora Trasker se fue de aquí en cuanto llegó Danny a buscarla. No podremos mantener en secreto las acciones de Connie por mucho tiempo, pero no hay por qué facilitarle las cosas a Sandow.

Warren no lo miró a los ojos.

—No sé a qué se refiere, mi lord.

—¿Realmente? —Will hizo un esfuerzo por mantener la voz calmada—. Entonces déjame explicártelo. Sandow...

Los ojos de Warren se encontraron con los suyos por un momento, y luego se desviaron.

—Ya veo que *sí* sabes a qué me refiero. Ese tal Sandow no estará contento de que todo el personal de esta casa haya ayudado a la señora Trasker a escapar.

Warren tragó saliva.

—No, mi lord. Pero yo... ellos...

—No importa quién ayudó o quién no —interrumpió Will—. Solo importa que, si se corre la voz, dejaré claro que todos ayudaron.

Will dio un paso al frente, acercando el rostro al del mayordomo.

—Tú, y el resto del personal, saben lo del contrabando, y los métodos que usa Sandow. No es su responsabilidad detenerlo, pero sí lo es impedir que el personal lo ayude activamente.

—Sí, mi lord.

—Si no, yo...

—¿Mi lord? —Connie le puso una mano en el brazo y luego se volvió hacia el mayordomo—. Warren, estoy segura de que entiende lo que quiere decir lord Wingrave.

Will sintió cómo se le tensaba la mano en el brazo, y se contuvo de decir lo que estaba a punto de soltar.

—Puede informar al resto del personal —dijo simplemente.

—Ahora, Warren, si no le importa —añadió Connie, sin apartar la vista del mayordomo hasta que este hizo una reverencia y se dirigió a la cocina. Entonces soltó el brazo de Will y entró al salón.

Will la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—Will, siento haber interrumpido —dijo ella.

Él se quitó la peluca y la lanzó sobre una silla antes de pasarse una mano por el cabello.

—¿*Por qué* me detuvo?

—Pensé que iba a amenazarlo con despedirlo.

—Iba a hacerlo. Mi personal no debería...

Se detuvo, tomando aire.

—Él ya sabe que su trabajo depende de tu voluntad —explicó Connie—. No sabemos qué... quiero decir, ese Sandow puede haber...

—Podría haber amenazado a cualquiera del personal —completó Will—. Tiene razón, claro.

Connie se sentó, y él vio cómo parte de la tensión se le iba del rostro.

—¿No le molesta que los haya enviado con Archer? —preguntó.

—No. Yo habría hecho lo mismo —o al menos eso creía.

—¿El señor Nancarrow los ayudará? Le mandé una carta con Archer, pero no me conoce.

—Archer me enseñó la carta. Le añadí mi firma también.

—Gracias.

Will tomó la silla frente a la de ella, inclinándose hacia adelante para reforzar su argumento.

—Connie, ese hombre *acabará* enterándose de que ayudó a los Trasker. Bastante pronto, si alguien en Ashton St Andrew vio pasar a Archer con la chaise.

—¿Podrá encontrarlos?

—Eso no era... —suspiró. Claro que Connie no pensaría en ella misma primero—. No, espero que no. Añadí en la nota que Nancarrow debía enviarlos lo más lejos posible y no decirle a nadie a dónde van. Le autoricé a cargar cualquier gasto necesario a la finca.

Tenía que confiar en que Nancarrow no estuviera aliado con los contrabandistas; esperaba que, como mucho, hubiera comprado alguna cuba de licor de vez en cuando. Iría a verlo mañana.

—No estaba pensando en los Trasker, Connie. Cuando Sandow descubra lo que hizo, podría querer vengarse de usted. O de mí, supongo.

—Oh.

—¿No se le ocurrió eso?

—No en ese momento, no. No es que hubiera hecho algo distinto —dijo, alzando el mentón.

—Sin embargo, eso significa que está confinada a la casa, a menos que esté conmigo o con Archer. Preferiblemente con los dos.

No tenía idea de cuántos hombres podría convocar Sandow para hacer algo tan drástico como hacerle daño a Connie, pero tenía que asumir que la amenaza era mayor que un solo hombre. Archer volvería más tarde esa noche; tendría que preguntarle qué más había averiguado.

Después de la cena, Will se retiró a la biblioteca. Necesitaba planear qué hacer con respecto a Sandow, y la imagen del rostro golpeado de Danny Trasker seguía apareciendo en su mente, junto con el miedo en los ojos de la señora Trasker. La señora Strickland había fallado al hombre que le pagaba, aunque incluso esa retorcida lógica no justificaba el castigo que le habían impuesto. Lo que Sandow estaba haciendo con los Trasker, sin embargo, iba mucho más allá de proteger un negocio lucrativo.

Sandow inevitablemente descubriría que Connie había ayudado a sacar a los Trasker de su alcance, y estaba seguro de que ella *sería* un objetivo en algún momento. Un magistrado no haría nada: todavía no había una amenaza directa contra él o contra Connie.

Cualesquiera que fueran las dudas que había tenido antes sobre intervenir en el contrabando del pueblo, habían desaparecido. Había que detener a Sandow.

Capítulo 29

Sábado 5 de julio

Will bajó apresuradamente las escaleras y entró en el salón, aliviado al ver que no había perdido el desayuno con Connie.

—¿Otra noche infructuosa? —preguntó ella, recibiéndolo con una sonrisa.

—Me temo que sí —respondió él, sirviéndose una taza de café.

Warren entró.

—Archer preguntó si podía hablar con usted, mi lord.

—Estaré en las caballerizas en cualquier mo…

Warren carraspeó.

—Está esperándolo en el vestíbulo, mi lord.

—Entonces hazlo pasar —dijo Will. Debía de ser importante si Archer había insistido.

—He estado en el pueblo, mi lord —dijo Archer al entrar en la sala—. Hay una carta para usted.

Will la tomó; estaba dirigida a su padre.

—Gracias, Archer. Te daré una respuesta en una hora. Ten preparado a Mercury para entonces, por favor.

—Como ordene, mi lord.

Consciente de que Warren estaba en el vestíbulo, Connie no preguntó a Will de quién era la carta. Pero él se la tendió para que pudiera leer la dirección.

—Archer lo ha manejado bien —dijo ella en voz baja.

Will asintió, abrió la carta y leyó las líneas rápidamente. Leyó un lado del papel y luego lo volteó. Sus labios se apretaron y una de sus manos se cerró en un puño.

—¿Qué sucede?

Respiró hondo.

—Connie, dijimos que usted sería quien reescribiera las cartas de esa mujer para mi padre.

—Sí. ¿Qué ocurre con eso?

Le pasó la carta.

Connie hojeó las descripciones que hacía la señora Strickland sobre sus propias actividades, contadas con tedioso detalle, aunque notó la ausencia de cualquier mención sobre las bodegas. Los viajes de Will a Exeter y a sus propiedades se resumían brevemente, y luego la letra apretada mencionaba que su señoría salía de casa por las noches, con una disculpa por no saber más al respecto.

Connie levantó la vista.

—No dice adónde cree que ha ido por las noches —no entendía por qué él estaba tan molesto.

—Mire el otro lado.

Siguió leyendo. La señora Strickland describía la visita de Lady Elberton, y luego se disculpaba de nuevo, esta vez por no poder tranquilizar a su señoría sobre "el otro asunto", ya que estaba incapacitada y no confiaba en las doncellas para inspeccionar la habitación de Lady Wingrave.

El calor le subió al rostro al comprender las implicaciones.

—Está informando sobre si usted… nosotros…

—Se va —dijo Will, alzando la voz—. *No* voy a…

—¡Will! —susurró Connie con urgencia—. Warren.

—Connie, lo siento…

—No —lo interrumpió—. Usted no es su padre, no es responsable de esto —agitó la carta—. En todo caso, todavía no *han* espiado nada de lo que hacemos.

Él asintió, relajando el puño.

—Desafortunadamente esa mujer tiene que quedarse por ahora. Si la despido, irá directamente con mi padre.

Tenía sentido.

—¿Cree que le informará a Sandow sobre lo que pasó con la señora Trasker?

Will negó con la cabeza.

—Lo dudo. Podría culparla por permitirle enviarlos lejos.

—Oh, claro —Connie levantó la carta—. ¿Quiere que la reescriba? ¿Qué quiere que cambie?

—Agregue al principio que es la señora Curnow, escribiendo al dictado de la señora Strickland porque tuvo una caída. Omita lo de

Lady Elberton. Solo puedo esperar que no haga saber que ha estado aquí.

Connie soltó una risita.

—Ser despedida por su nueva esposa no es precisamente una historia halagadora.

—Ja, no. También omita la parte de que salgo de noche y el final.

—Podría decir que el otro asunto está en orden —sugirió Connie sin mirarlo.

La mano de Will se tensó sobre la mesa.

—Sí —respondió tras una breve pausa.

—Lo haré ahora, así puede dárselo a Archer —se levantó para tomar papel y pluma del escritorio.

—Connie —dijo él, sin añadir nada más hasta que ella se giró para mirarlo—. Connie, yo cumplo mi palabra cuando la doy.

Por supuesto que lo hacía, pero ¿por qué sentía la necesidad de decírselo justo ahora?

—Si *cambia* de opinión, ¿me lo hará saber?

Ah, su promesa de darle un mes. El rubor de antes no era nada comparado con el de ahora. Se *había* estado preguntando si había sido razonable pedir tanto tiempo, pero no le parecía adecuado hablar de eso en la mesa del desayuno. Murmuró algo ininteligible y se sentó al escritorio, obligándose a concentrarse en escribir con una letra y ortografía consistentes, que pudieran parecer de la cocinera.

Cuando él se marchó a ver a Nancarrow, ella revivió aquella última petición. Había habido intensidad en sus ojos azules, un tono extraño en su voz.

Llevaban casi dos semanas casados, y ya no tenía la excusa de no conocerlo. ¿De verdad quería esperar otra quincena?

***

Will instó a Mercury a trotar al dejar atrás Ottery St Mary. Nancarrow lo había tranquilizado, asegurándole que los Trasker estaban seguros en una cabaña en una finca más allá de Honiton, y le dijo que también estaba haciendo averiguaciones para alquilar habitaciones en Taunton, por si fuera necesario. Todo eso estaba bien, pero los Trasker no podían vivir así para siempre.

Y eso lo llevó otra vez a pensar en los contrabandistas. Había llevado la carta reescrita por Connie a Ashton St Andrew de camino, y allí lo esperaba una carta de Pendrick con detalles sobre los precios estimados de compra de mercancías de contrabando. Will se había preguntado cuántos toneles de licor o fardos de seda podrían cargar los botes pesqueros del pueblo, aunque probablemente usaban una embarcación más grande que las que él había visto. También era posible que estuvieran sacando lana del país.

Había preguntado a Nancarrow qué sabía, pero el mayordomo solo había podido confirmar el precio que pagaba por los licores rebajados. Tampoco se había sorprendido de la pregunta: el contrabando era realmente parte de la vida cotidiana en esa zona del país, de un modo que Will no había comprendido del todo cuando vivía en Londres.

Era un día precioso para montar a caballo, con una brisa suficiente para mantenerlo fresco, y los pensamientos de Will regresaron a la conversación de esa mañana. Connie se había mostrado más avergonzada por su comentario sobre cambiar de opinión que por la idea de que la señora Strickland espiara sus actividades en el dormitorio. ¿Significaba eso que lo había estado pensando?

Eso esperaba; cada vez le resultaba más difícil mantenerse alejado de la puerta que conectaba sus habitaciones por las noches. Su confusión le resultaba atractiva por sí misma, todo lo contrario a las miradas descaradas que habían iniciado sus otros encuentros amorosos. ¿Se sonrojaría así cuando él desabrochara su vestido? ¿Su corsé? ¿Y cuándo...?

—¡Eh!

Mercury resopló y se desvió de lado ante el brusco tirón de las riendas, y Will vislumbró el carro detrás de él.

—¡Llevo siguiéndolo casi una milla! —gritó el carretero, azuzando a su caballo para adelantarlo—. Ya es el colmo cuando Dolly puede ir más rápido que ese caballo fino suyo.

Maldita sea; había dejado que Mercury redujera casi a paso mientras su mente vagaba por otros temas.

Empezó a contar: trece días desde que se casaron, diecisiete días por delante.

No importa.

Quería que ella deseara hacer el amor con él, no que simplemente se lo permitiera. Si eso tomaba más tiempo que el mes prometido, que así fuera.

Concéntrate en qué hacer con Sandow, y en asegurarte de que Connie esté protegida.

***

—He estado pensando en la cuestión de un posible tutor —dijo Will, una vez instalados en la biblioteca después de la cena—. Alguien que también la ayude si… si pasa algo antes de que tengamos hijos.

Su mirada descendió de su rostro al escote de su vestido, imaginando cómo serían esos hijos...

¡Concéntrate!

Connie dejó el libro a un lado.

—¿A quién ha escogido? Supongo que al señor Nancarrow o a su abogado.

—No. Si se trata de enfrentarse a mi padre, debe ser alguien con más influencia. Solo hay dos hombres en los que puedo pensar. Uno es mi tío Jack, pero no lo he visto desde niño, y está en la India.

—Podrían pasar meses, incluso un año, para intercambiar cartas.

—Exacto. —Y si el tío Jack hubiera *estado* en Inglaterra, quizá Will no estaría ahora casado con Connie, y eso sí que sería una lástima—. El otro es mi amigo, Harry Tregarth —continuó, esforzándose por centrarse en el asunto.

—¿Él es…? —La voz de Connie se apagó, y apretó los labios.

—¿Es como yo?

Ella asintió.

Will no sabía si sentirse ofendido por la duda en su rostro.

—Harry es más sensato, Connie, de verdad. Y yo *estoy* intentando pensar más las cosas en vez de lanzarme sin más.

Un rubor le subió a las mejillas.

—Lo siento, no quería decir… *está* ocupándose de todo.

No tanto como debería.

—Tiene todo el derecho a cuestionarme. Al fin y al cabo, es su futuro.

—Futuro posible. Preferiría no tener que poner a prueba sus habilidades como tutor.

¿Porque no quería perderlo, o porque se sentiría menos protegida? Esperaba que fuera lo primero.

—Es un buen hombre, Connie —prosiguió Will, obligándose a centrarse de nuevo—. Y sir John, el padre de Harry, está en el gobierno, así que tiene algo de influencia y puede darle buenos consejos.

Ella se mordió el labio, como si quisiera hacer una pregunta, pero él respondió de todos modos.

—A veces Harry hasta los escucha.

Ella rio.

—¿Puedo conocer al señor Tregarth?

—Por supuesto. Ya lo he invitado a visitarnos, pero mañana volveré a escribirle sobre esta idea de quue sea tutor.

También escribiría a sus hermanas, para contarles cómo iban las cosas, aunque tendría que redactar las cartas con cuidado, su padre casi seguro las leería primero.

—Si el tiempo sigue bueno mañana, Connie, ¿le gustaría dar otra vuelta en coche conmigo? Podemos ir al mar, si le apetece.

—¿No a Ashmouth?

—No, no después de lo que pasó con la señora Strickland. Iremos en dirección contraria, llevaremos algo de comida.

Tendrían privacidad para su última confesión. Una que, esperaba, no la disgustaría.

—Me encantaría, gracias. —Ella sonrió y tomó su libro de nuevo.

Will notó que había abandonado *Tristram Shandy*. ¿*La riqueza de las naciones*? Aún no había avanzado mucho, así que esperaría un poco antes de preguntarle qué opinaba de los argumentos del doctor Smith.

Un mes atrás, se habría reído ante la idea de disfrutar simplemente de estar sentado en la misma habitación que una mujer hermosa mientras leía un libro. Había otras cosas que disfrutaría más, desde luego, pero esto bastaba por ahora.

Primero debía quitarse de encima la confesión de mañana.

Capítulo 30

Domingo 6 de julio

Will conducía el cochecito, prescindiendo de los servicios de Archer por la tarde. Tomaron rumbo al este, serpenteando por caminos estrechos hasta que el sendero descendió suavemente hacia un pequeño pueblo pesquero. Connie miró a su alrededor, con una amplia sonrisa y los ojos brillantes al contemplar las olas más allá de la playa de guijarros.

—¿Esto servirá? —preguntó Will, deteniendo el coche.

—Perfectamente, gracias. —Ella tomó su mano al bajar del cochecito, y él le entregó una manta.

—¿Quiere que cuide de su yegua, señor?

Un muchacho sucio y despeinado estaba junto a la cabeza de la yegua, acariciándole el hocico. Por su tamaño, debía tener la misma edad que Danny Trasker.

—Muy bien. ¿Puedes aflojarle el arnés y darle un poco de agua? Habrá algunas monedas para ti si la mantienes cómoda.

La boca del chico se ensanchó en una sonrisa de felicidad y asintió con entusiasmo antes de volverse de nuevo hacia la yegua.

Will apretó los labios con determinación. Así era como deberían verse chicos como Danny Trasker, no golpeados ni al borde del colapso. El número de personas por las que se sentía responsable parecía aumentar cada día.

Connie había extendido la manta sobre una zona de hierba y había cruzado la playa de guijarros hasta la orilla. Will dejó la cesta de picnic y luego se dejó caer sobre la manta. Connie jugaba el juego ancestral de esquivar las olas, riendo al casi mojarse los pies, y luego avanzando otra vez para seguir el agua que retrocedía por la pendiente.

Se había subido las faldas, dejando ver tobillos finos y pantorrillas bien formadas. Él intentó mantener su imaginación a raya, que no subiera más allá de sus piernas, la había traído allí por una razón.

Connie respiró los aromas de sal y algas, los gritos de las gaviotas casi ahogando el rumor de las olas sobre los guijarros. Solo habían caminado unos minutos junto al mar la vez que fueron a Ashmouth, antes de que Archer los llamara por la ama de llaves herida. Esto era mucho mejor. Había tan poca gente cerca, que quizás no fuera demasiado impropio más tarde quitarse los zapatos y las medias para chapotear en el agua.

Vio que Will estaba desempacando la cesta y volvió a sentarse a su lado.

—Gracias por esto, Will. Es precioso.

Will le devolvió la sonrisa, pero solo por un instante.

—¿Pasa algo?

—Hay algo más que quiero contarle —dijo él—. No quiero que haya secretos entre nosotros.

¿Amantes anteriores?

—No se trata de otra mujer, Connie. Al menos, no exactamente. —Se pasó una mano por el cabello.

—Dígamelo, Will. —Fuera lo que fuera, le preocupaba cómo iba a reaccionar ella.

—Tengo un hijo.

No se lo había esperado. Aunque, en realidad, no era tan sorprendente, él no había sido un santo durante su vida en Londres.

—¿Un hijo ilegítimo? —Tenía que serlo.

—Sí. Tenía quince años, fue poco después de que muriera mi madre. Sally era la hija del herrero, en Over Minster.

¿Quince? Ella miró hacia el mar mientras una ráfaga de pensamientos giraba en su cabeza. Eso le parecía muy joven, pero sabía poco sobre los hombres a esa edad. Debía de hacer ya diez años de aquello; estaba bien en el pasado.

Entonces le volvió a la mente la última parte de lo que él había dicho. *Over Minster,* la parroquia vecina a *Nether Minster*, donde los Fancott ayudaban a cualquiera que estuviera en apuros.

Se volvió hacia él y encontró sus ojos escudriñando su rostro, su expresión ansiosa.

—¿Es por eso que conoce al señor Fancott? —preguntó.

—Sí. Mi padre pensaba que era un estúpido por intentar ayudarla. Yo no sabía qué hacer.

¿Y cómo iba a saberlo, con quince años?

—Nuestro propio vicario pensaba igual que mi padre —dijo—. Decía que fue culpa de la chica, así que fui a ver al vicario de la parroquia vecina. Fancott la envió aquí, sin que mi padre lo supiera, hasta que nació el niño. Usé toda mi asignación durante varios años para darle una pequeña dote. Según Fancott, ahora está felizmente casada y tiene media docena de hijos más. Él le escribe de vez en cuando.

Así que Will no había visto a la mujer en diez años, y nada en su actitud indicaba que quisiera hacerlo. Sus actos mostraban otra faceta de su carácter, y una que a ella le gustaba. Había sido imprudente, sí, pero a los quince años eso casi se daba por hecho. Más importante aún, había hecho lo posible para que la chica no sufriera por ello al final. Según lo que había dicho Martha, muchos hombres de su clase ni siquiera se habrían detenido a pensar en las consecuencias de dejar embarazada a una chica del pueblo.

—¿Y su hijo? ¿El nuevo marido de ella lo aceptó...?

—Según Fancott, sabía del niño, pero pensó que tendría una vida mejor con alguien que realmente lo quisiera. Encontró una pareja en Exeter, los Westbrook, que estuvieron encantados de acogerlo y criarlo como propio.

Eso tenía sentido. Las hermanastras de Connie nunca se habían quejado del trato de su madre, pero no todos los padrastros eran tan justos.

—¿Es por eso que viene aquí? ¿Para verlo?

—Lo veo de vez en cuando —dijo—. Aunque la mayoría de las noticias me llegan de forma indirecta, por medio de Pendrick, en Exeter. La señora Westbrook es hermana de Pendrick. Westbrook es abogado, así que el chico está recibiendo una educación respetable. Los Westbrook nunca han ocultado que no son sus padres biológicos, pero para él, Westbrook es su verdadero padre, no yo.

—Eso está bien, ¿no? Al menos es lo mejor para él. ¿Le molesta?

Había cogido una margarita y le arrancaba los pétalos uno por uno. A Connie le pareció que sí le dolía, pero había hecho lo mejor

para el niño. Desvió la mirada, tragando con dificultad. Sería un buen padre algún día, para sus *propios* hijos.

—Yo... creo que sería egoísta de mi parte entrometerme, Connie. Tal vez cuando sea mayor esté bien. —Lanzó los restos de la margarita a un lado—. Es muy querido allí. Puede imaginarse la clase de vida que habría tenido un hijo ilegítimo si hubiese crecido cerca de mi padre.

—Gracias por contármelo, Will. Ya es pasado; no puede cambiar lo que ocurrió, pero hizo lo correcto después. Sigue haciendo lo correcto.

La repentina relajación de sus facciones reveló cuán tenso había estado.

—¿No hay más secretos? —Tal vez debería confiar en él y no preguntar, pero quería oírlo decir que no—. Yo le conté todos los míos… sobre mi madre y mi verdadero padre.

Él le tomó la mano.

—No hay más secretos, Connie, se lo juro.

Parecía tan sincero que el corazón le dio un vuelco.

—Le creo.

—Gracias. —Le besó la mano, sus labios cálidos sobre su piel. El calor se extendió al resto de su cuerpo, pero él le soltó la mano y se volvió hacia la cesta del picnic.

—¿Vemos qué nos ha preparado la señora Curnow? —Will abrió la cesta y sacó un pastel de jengibre y limonada.

Connie volvió a mirar al mar mientras comía, todavía sintiendo la huella de sus labios en la mano, pero su mente estaba en las revelaciones de él. Will había amado a su madre, eso era evidente por todo lo que había dicho. ¿Cómo habría sido para un chico joven perderla, viviendo con un padre como el suyo? Ella había tenido a los Fancott para consolarla… ¿había tenido Will a alguien?

Le echó un vistazo de reojo; él también miraba las olas. Al notarla, se volvió hacia ella y le sonrió, con ese hoyuelo de nuevo. La expresión en sus ojos hizo que su corazón latiera más rápido.

Ahora era un hombre, ya no ese niño solitario, pero los hombres también necesitaban amor. Podría llegar a amarlo con facilidad... sospechaba que ya iba por la mitad del camino.

—¿Le enseño a hacer rebotar piedras en el agua? —La voz de Will la devolvió al presente.

¿Piedras?

Will buscaba entre los guijarros cerca de la hierba, seleccionando los más planos y finos.

—Sí, así. —Se puso de pie y caminó hasta la orilla, esperando un momento en que el agua estuviera más tranquila entre las olas, y luego lanzó la piedra inclinando el cuerpo hacia un lado. La piedra rebotó una, dos, tres veces antes de hundirse en el cuarto salto.

—Debo de estar perdiendo práctica —dijo, mirándola con una sonrisa—. Mi récord eran siete cuando era chaval.

Le tendió una piedra.

—¿Quiere probar?

¿Por qué no?

Will le mostró cómo sostener la piedra, con un dedo enganchado alrededor del borde.

—Cuando la lance, tienes que girar la muñeca.

La observaba a la cara mientras tomaba la piedra, no a las manos. Le había revelado más de sí mismo ese día que nunca antes, y no había sido fácil contarlo, tanto por sus propios remordimientos como por el miedo a la reacción de ella. Necesitaba moverse, hacer algo, y por eso estaban lanzando piedras.

Parecía que ella lo había tomado bien, aunque su rostro ya no tenía el brillo alegre de cuando habían llegado. Pero se la veía pensativa, no triste, y esbozó una sonrisa resignada cuando su primera piedra se hundió sin hacer ni un solo rebote.

—Hay que practicar. —Le ofreció otra, pero tuvo el mismo destino que la primera—. Siga intentando... así. —Se puso detrás de ella y le colocó la mano sobre la piedra, asegurándose de que los dedos estuvieran bien posicionados. La piel de ella se sentía suave en su palma, sedosa.

—Gire la muñeca, así. —Movió su mano para mostrarle el gesto necesario, tan cerca de ella que sus brazos se movían al unísono. Ya no olía el aire salado, solo el perfume de su piel; la brisa se había convertido en mechones de su pelo que le rozaban la cara.

Respiró hondo.

—Flexione un poco las rodillas —añadió, alejándose de golpe, esperando que su pulso se calmara. Tenía que mantener la distancia si quería cumplir su palabra.

Connie sintió la ausencia de Will cuando se alejó. No fue el fresco de la brisa lo que le rozó la espalda, sino la pérdida de algo dentro de sí misma. ¿Qué habría sentido si, en vez de alejarse, él se hubiera acercado, presionando su cuerpo contra el de ella y rodeándola con los brazos? Si la hubiese hecho girar para mirarla y...

—¿Connie?

Ah, sí. Lanza la piedra.

Se hundió, como las dos primeras.

Las piedrecillas crujieron cuando él se movió, pero le ofreció la siguiente piedra con el brazo casi extendido, sus dedos en un extremo.

Esta vez sí rebotó. Solo una vez, pero ella se volvió hacia él con una sonrisa feliz.

—¡Otra!

Había deseado, en parte, que él se acercara otra vez, que la rodeara con los brazos para mostrarle cómo hacerlo mejor, pero él solo sonrió, un poco tenso.

—Voy a buscarle más piedras.

Lanzó una docena, logrando varios rebotes con la mayoría. Sin su presencia tan cerca detrás de ella, podía concentrarse en lanzarlas como él le había enseñado.

Will se sentó en un extremo de la manta, con las rodillas recogidas, y la cesta ahora firmemente plantada en el medio. Connie dudó antes de sentarse en el otro extremo. ¿Sucedía algo?

Él miraba el mar. Le había besado la mano antes... ¿cómo se sentirían sus labios sobre los de ella? ¿Cómo se sentirían esos hombros anchos bajo sus manos? Ese calor en su interior tenía poco que ver con el sol. Quizá esta noche…

—Connie, voy a salir de nuevo esta noche a vigilar por si hay contrabandistas.

Entonces no esta noche.

Un balde de agua fría habría sido menos desalentador. Ella lo esperaría despierta, pero quizá no regresara hasta la madrugada.

—Solo estaré observando, Connie, como prometí. Anoche no ocurrió nada, y tendrán que mover esa mercancía pronto.

Asintió cuando sus ojos se encontraron con los de ella, pero él volvió la vista a la cesta, sacando dos pequeños recipientes de tarta.

—Pastel de pichón —dijo, pasándole un plato y un tenedor.

Connie no tenía hambre, pero era algo que hacer con las manos mientras trataba de decidir si debía decirle que estaba cambiando de opinión respecto a esperar. Él no la miraba, y había colocado la cesta entre ambos. Algo no estaba bien, no sabía qué. ¿Se sentía arrepentido por el hijo al que apenas veía?

No podía hablar de consumar su matrimonio ahora. No ahí, en la playa, con el viaje de vuelta por delante y sin un lugar donde refugiarse si hacía el ridículo por completo.

Hundió el tenedor en la tarta, mirando con duda el relleno.

—El pichón es una paloma joven, ¿no?

¿De verdad estaba balbuceando sobre comida?

—En esta parte del país, los pasteles de pichón son de cordero con manzana —respondió él, llevándose un bocado a la boca, la vista fija en su plato.

Pues que así fuera. Hablar de la cocina de la señora Curnow podría distraerla un rato.

***

—No más, gracias —dijo Connie cuando Will le ofreció un plato de fruta. Sonrió, pero su rostro se sentía rígido. Había querido preguntarle más sobre su vida después de la muerte de su madre, por alguna razón necesitaba saber que había habido alguien para él, aunque fuera solo una vieja niñera o institutriz. Pero durante la cena Will se había limitado a hablar de la finca, las granjas, los libros que habían leído, todo parecía elegido para mantener la conversación en temas impersonales. En cualquier otro momento, Connie lo habría disfrutado, pero no esa noche.

—Si me disculpa, tengo unas cartas urgentes que escribir.

Se levantó mientras hablaba, con una sonrisa que parecía forzada.

¿Cartas? No había mencionado nada urgente antes. Aunque no lo dijo, también estaba claro que no quería que ella lo acompañara a la biblioteca, como lo había hecho casi todas las noches hasta ahora.

¿Me está evitando deliberadamente?

Jugó con su copa de vino cuando la puerta se cerró tras él, recordando el viaje de regreso en la calesa aquella tarde. Hasta ese día, no se había dado cuenta de cuán a menudo sus cuerpos se tocaban cuando viajaban juntos, hombros, codos o caderas. Ese día, esas ausencias se notaban más que nunca.

Con un suspiro, tocó la campanilla para que Barton recogiera la mesa, y se retiró a su salón con un libro. Tal vez pudiera reunir el valor para hablar con él esa noche, cuando volviera de vigilar, o quizá por la mañana.

***

Will cruzaba los campos con la penumbra cayendo, sintiéndose un miserable. Estar detrás de Connie en la playa casi lo había vencido; alejarse de ella no había hecho mucho para reducir la conciencia de su cuerpo, ese deseo.

Había dado su palabra, y no intentaría seducirla para que cambiara de opinión.

Mantener la conversación en temas impersonales había ayudado un poco, pero el dolor en sus ojos cuando la dejó después de la cena le demostró que ella sabía que su excusa era una mentira. Pero sabía que, si quería mantener su palabra, tendría que mantenerse alejado de ella.

Ella lo conocía mucho mejor ahora, después de lo que había revelado. Esa había sido su razón para querer esperar. Quizá debería preguntárselo directamente, quizá no fuera fácil para una mujer criada como ella sacar el tema, especialmente si él se mostraba distante. No podía evitarla así por el resto del mes que había prometido.

—Han estado hablando en el pueblo, mi lord —la voz de Archer interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué más sabes?

Eso, al menos, sí requería su atención.

—Bastante, después de que hablé con la señora Trasker de camino a Ottery —Archer se detuvo—. Mi lord, Nancarrow los *protegerá*, ¿verdad? Ya era bastante malo antes, pero después de lo que ella me contó, Sandow será aún peor.

—Haré todo lo posible para asegurarme de que estén a salvo, Archer.

No le gustaba imaginar lo que Sandow podría hacer.

—Eso está bien, mi lord.

Reanudaron la marcha, arriesgándose a abrir brevemente la lámpara al adentrarse en el bosque. Una brisa agitaba las hojas sobre sus cabezas, pero Will apenas la sentía a nivel del suelo.

—Ese Sandow y sus compinches organizan el contrabando —continuó Archer en voz baja—. Sandow recoge dinero de todos los aldeanos para pagar la carga, y luego se los devuelve con una pequeña ganancia.

—He oído hablar de eso, sí.

—La cosa es, mi lord, que no les dan opción de contribuir. Si no pagan, les pasa lo que a la señora Strickland, o a sus hijos, como al joven Danny. Si pagan, les devuelven el dinero y un poco más. No es mucho extra, por lo que dicen, pero ese no es el punto, para mí.

—Eso asegura que no quieran testificar si alguien es....

Un ruido. ¿Qué era?

Volvió a sonar: un tintineo metálico, apenas audible sobre los otros sonidos de la noche. Abajo, entre los árboles.

—¿Alguien en el camino? —murmuró Archer.

Esperaron un poco más, pero no oyeron nada más.

—Vamos —susurró Will, y encabezó el camino hacia el pequeño claro, cerrando la linterna antes de salir de entre los árboles.

No había luz de luna, pero el cielo estaba despejado y las estrellas brillaban. La tierra más abajo era negra contra el tenue resplandor del cielo, pero había suficiente luz para reflejarse en la espuma donde las olas alcanzaban la playa, haciendo que los botes pesqueros se recortaran como formas aún más oscuras contra las líneas pálidas.

Pasó un buen rato sin que ocurriera nada, hasta que Will vio un destello desde el mar. Alguien en el pueblo debía de estar vigilando, porque se abrieron puertas y la luz se derramó sobre las calles. Más manchas de luz avanzando hacia la playa debían de ser lámparas cubiertas.

Una forma oscura se acercó, abriéndose paso hasta la bahía, hasta quedar casi encallada. Will oyó el traqueteo de una cadena de ancla.

El estruendo de un disparo resonó entre las laderas del valle. Gritos y el golpeteo de cascos llegaron desde abajo, seguidos de más disparos. Con el ruido de un pequeño ejército, una media docena de jinetes apareció en la playa. Alguien de la recaudación había logrado traer un destacamento de dragones.

El instinto de Will fue correr hacia el pueblo, pero recordó su promesa a Connie de no involucrarse. Se dio cuenta de que no podía hacer nada, incluso si decidía romper esa promesa. Los dragones asumirían que era un contrabandista; los contrabandistas pensarían que estaba del lado de la ley. Sería blanco de ambos bandos.

La escena en la playa era una confusa masa de sombras, gritos y disparos. En medio de todo, bajaban un bote desde el barco, los remos hacían salpicaduras pálidas mientras la tripulación luchaba por arrastrar la embarcación de vuelta al mar.

—Esos dragones son valientes… o unos malditos idiotas —murmuró Archer, al ver cómo los jinetes se retiraban hacia el camino.

—Malditos idiotas, diría yo —respondió Will, observando cómo los dragones se agrupaban rodeados por aldeanos y luego empezaban a avanzar lentamente tierra adentro—. No trajeron suficientes hombres para enfrentarse a un pueblo entero lleno de contrabandistas. Lo único que lograron fue ponerlos en alerta.

Un par de jinetes se desplomaron sobre el cuello de sus caballos; los demás apuntaban con sus mosquetes a los aldeanos.

—¿Crees que podemos interceptarlos? —preguntó Will. Tal vez los soldados pudieran darle algo de información sobre el contrabando, aunque no hubieran logrado nada esa noche.

—Podemos intentarlo.

Tal vez hubiese un sendero a través del bosque que los sacara a la carretera por encima del pueblo, pero Will no lo conocía. Lo mejor sería ir primero a la casa, y luego salir al camino desde allí. Apresuraron el paso de regreso por donde habían venido, moviéndose lo más rápido que podían en la oscuridad. Will rezaba por no retrasarse tropezando con una raíz o metiendo el pie en una madriguera de conejo.

No había hecho falta correr, cuando llegaron a la vista de la casa, Will oyó cascos sobre la grava. Los agentes de recaudación habían venido a pedir ayuda.

Capítulo 31

Connie se despertó con golpes en la puerta. No en la suya… ¿en la de Will? Hubo un minuto de silencio, y luego los golpes se reanudaron, claramente audibles a través de la puerta entreabierta que conectaba sus habitaciones. Debía haberse quedado dormida mientras lo esperaba, por eso seguía con la bata puesta sobre la camisola.

Salió al rellano, con un nudo de angustia formándose en el estómago. Algo iba mal, si Will estuviera en su habitación, ya habría abierto la puerta.

—Son soldados, mi señora —dijo Warren con tono urgente—. Lord Wingrave debe presentarse.

—Irá en seguida —respondió Connie. Al menos eso esperaba; él había prometido que solo observaría. Le tocaba a ella averiguar qué querían los soldados—. Estaré allí en un momento.

Se puso su vestido de muselina y se abrochó el frente apresuradamente con unos alfileres.

Dos hombres yacían en el vestíbulo, ambos con las chaquetas escarlata de los dragones. Un oficial y un hombre vestido de civil se arrodillaban junto a ellos; otros dos soldados esperaban detrás. El oficial se puso de pie al ver que Connie se acercaba.

—Capitán Burke, mi señora —se presentó—. Nos dijeron que Lord Wingrave estaba en la casa. Esperaba que pudiera ayudarnos con mis hombres.

—¿Qué…?

—Uno recibió un disparo en la pierna, mi señora, y al otro le han cortado un brazo.

—Por supuesto. Warren, despierta a la señora Curnow y a las criadas —ordenó Connie, y se volvió hacia el oficial—. ¿Han enviado a buscar un médico, capitán?

—Sí, pero puede tardar.

Una herida de bala. No sabía cómo tratar algo así; lo único que podía hacer era detener la hemorragia y procurar que el hombre estuviera lo más cómodo posible.

—Ah, con que ustedes fueron la causa de los disparos que oímos. Salí a ver qué estaba pasando.

Esa era la voz de Will, menos mal. Connie se volvió y soltó un suspiro de alivio al verlo en la puerta principal, aparentemente ileso.

—¿Lord Wingrave? —el capitán Burke hizo una reverencia—. Capitán Burke. Este es el señor Sullivan, del Servicio de Rentas. Le pido disculpas por irrumpir así en su casa, pero estos hombres necesitan ayuda urgente.

Connie se acercó, intentando ver con más claridad las heridas de los hombres.

El oficial se colocó a su lado.

—Creo que el brazo de Dennison solo necesita un vendaje, lo suficiente para llevarlo a casa. Vance… —Negó con la cabeza.

—Llévenlo a una cama —dijo Will—. Warren, ¿cuál es el lugar más cercano?

—Mi habitación, mi lord.

—Gracias. Ocúpate de eso, por favor. Los hombres de Burke te ayudarán.

Connie se hizo a un lado, observando cómo dos soldados levantaban a Vance y lo llevaban por la puerta del servicio, seguidos por Warren y el capitán.

—¿Puede ayudarlo a quitarse el abrigo? —preguntó, volviendo su atención al soldado que seguía tendido en el suelo.

Entre los dos, Sullivan y Will ayudaron a Dennison a sacar su brazo herido del abrigo, lo que provocó un gemido ahogado. La manga de su camisa estaba teñida de rojo, pero la herida solo rezumaba un poco. Connie le puso la mano en la frente; aunque estaba pálido, no tenía el tacto húmedo y frío de alguien gravemente enfermo.

—Yo me encargo, mi lady —dijo la señora Curnow, entrando apresurada con un barreño y un paño.

—Gracias, señora Curnow —respondió Connie—. Tengo que revisar al otro hombre.

Will la acompañó a la habitación de Warren, donde la cama ya había sido despojada hasta la sábana inferior. Vance yacía en ella, con el rostro grisáceo. Una pierna de sus calzones estaba empapada en sangre bajo un vendaje completamente empapado.

—Hay que quitar ese vendaje… y también los calzones —dijo Connie, respirando hondo—. Lo mejor será cortarlos. Warren, más agua, hervida si es posible, y paños por favor.

Se quitó el anillo de bodas y lo guardó en el bolsillo bajo sus faldas; solo estorbaría.

El capitán sacó un cuchillo y cortó el vendaje, luego los calzones alrededor de la pierna herida.

—Gírenlo, Burke —dijo Will desde atrás—. Puede que tenga suerte.

¿Suerte?

Entendió a qué se refería Will cuando giraron al hombre de lado. Había otra herida en la parte trasera del muslo, que aún sangraba un poco, aunque eso tal vez era solo por haber arrancado el vendaje adherido.

—La bala lo atravesó —dijo Will—, y no tocó las arterias.

—Podemos lavar la herida —dijo Connie, observándola con duda. Nunca había tratado una lesión tan profunda, pero los principios debían ser los mismos que para los cortes más superficiales.

—Si pudiera hacerlo, mi lady —dijo el capitán Burke—. Esperemos que no haya quedado ningún trozo de calzón dentro, pero el médico podrá revisarlo.

Connie tragó saliva. Haría eso también si era necesario, pero la idea de hurgar dentro de la pierna de un hombre escapaba bastante a su experiencia. Sintió una mano en su hombro, que apretó con suavidad.

—Uno de nosotros puede hacerlo si lo prefieres —dijo Will.

Ella negó con la cabeza, el contacto le daba fuerzas.

—Dicen que lavar con vino o licor también ayuda —dijo—. Capitán, quizá necesite sujetarlo.

Warren regresó con agua humeante, solo para ser enviado nuevamente por vino. Vance apenas se movió cuando le lavó la herida con agua, y solo se agitó un poco y gimió cuando vertió el

vino. Eso en sí mismo era preocupante, pensó mientras aplicaba un vendaje limpio.

—¿Deberíamos darle un poco de láudano? —preguntó Will.

—No… no estoy segura. Por ahora no parece necesitarlo. Si despierta, entonces sí.

—De acuerdo. Warren, quédate con él. Capitán, por favor busque a Sullivan y encuéntreme en la biblioteca. Quiero hablar con usted.

El capitán asintió y se fue.

—Usted también, Connie —dijo Will. Una vez fuera de la habitación, pasó un brazo por sus hombros.

—Lo hizo muy bien —susurró, su aliento le hizo cosquillas en la oreja—. Y gracias.

—No hay de qué —respondió ella. Ya no parecía estar alejándose de ella, y algo de la tensión dentro de Connie se disipó.

En la biblioteca, Will ofreció una copa de vino a todos. Sullivan y el capitán aceptaron con gratitud, pero Connie la rechazó. Quería mantener la mente despejada.

—Estaba observando desde arriba del pueblo —empezó Will, con la mirada puesta en ella.

Connie respondió con una sonrisa. Él *había* cumplido su palabra.

—Son hombres decididos, Sullivan, para enfrentarse así a dragones montados —continuó Will.

Sullivan frunció el ceño y dio un largo trago a su copa.

—Como lo son la mayoría de estos criminales por aquí, mi lord. Debemos estar agradecidos de que ninguno de nosotros haya muerto, aunque no ha sido por la bondad de sus corazones —negó con la cabeza—. Podría reunir más hombres si estuviéramos hablando de asesinato.

—¿Cómo supieron que habría una operación esta noche? —preguntó Will.

Sullivan apretó los labios, echando un vistazo a Connie al hacerlo.

—Le aseguro, señor Sullivan, que nada de lo que diga aquí saldrá de esta sala —dijo Connie, molesta por su reticencia a hablar delante de ella.

Sullivan se encogió de hombros.

—Un barco de vigilancia detectó una embarcación esperando en alta mar hace unos días. Anoche, un vigía vio una luz señalando desde Ashmouth. No estábamos seguros, pero parecía probable. Espero poder contar con usted, mi lord, para que nos transmita cualquier información que pueda encontrar sobre estos criminales.

—Por supuesto, señor Sullivan. Capitán Burke, alguien se quedará con Vance hasta que llegue el médico. Puede dejar al otro, Dennison, ¿no?, aquí esta noche si lo desea. Warren o la señora Curnow le mostrarán dónde dormir.

Ambos hombres hicieron una reverencia y se retiraron. Connie bostezó, volviendo a sentir sueño ahora que todo había pasado.

—Puede volver a la cama, Connie. Yo me encargaré de cerrar todo y asegurarme de que alguien esté vigilando.

Estaba preocupado por los hombres heridos y por los acontecimientos de la noche, y ella se sentía cansada después de la... emoción no era la palabra adecuada. No era el momento de decirle que había cambiado de opinión.

—Voy a llevar una bebida caliente arriba —dijo.

Will acompañó a Connie hasta la cocina. No había nadie allí... seguramente no harían falta tanto Warren como la señora Curnow para encontrarle una cama a Dennison, ¿verdad? Entonces se dio cuenta de que la puerta del sótano estaba entreabierta.

—¿Qué podrían necesitar del sótano? —preguntó en voz baja—. ¿Sus nuevas medicinas?

Ella lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Quédese aquí —susurró él, empujando con cautela la puerta para abrirla un poco más. El pasillo al otro lado estaba débilmente iluminado por la luz de una lámpara proveniente de uno de los almacenes. Lo único que se oía era el murmullo de unas voces.

Entró al pasillo. El aire fresco tenía un olor a tierra, natural, no el aroma rancio que había sentido la última vez que había estado allí.

—La puerta secreta debe de estar abierta —susurró Connie detrás de él.

Maldición. Debería haber sabido que ella lo seguiría. Volvió la cabeza, se llevó un dedo a los labios, y vio cómo ella asentía en la

penumbra.

La luz se apagó por un momento, bloqueada por alguien que se paró en la puerta del almacén. Dos hombres salieron y se alejaron de ellos, recortados contra el resplandor de la lámpara que llevaban. Se dirigían a la sala del fondo, donde estaba la salida oculta.

—Espere —murmuró Will. Notaba la presencia silenciosa de Connie detrás de él, con su calor apenas tocándola, aunque no estuvieran en contacto.

Concéntrate en los hombres.

La luz de la lámpara desapareció cuando los hombres entraron en la sala del fondo y cerraron la puerta tras ellos. La única luz ahora era la del almacén más cercano.

Will avanzó en silencio. No sabía qué esperaba ver, pero desde luego no era lo que encontró al llegar a la puerta. Warren y la señora Curnow estaban inclinados sobre un hombre tendido sobre una manta en el suelo. No era un aldeano; la tela de su traje era más costosa que las prendas de lana burda de los aldeanos. Tenía un lado de la cara cubierto de sangre, que empapaba su pañuelo y el cuello del abrigo. Era difícil distinguir algo más con la escasa luz de la lámpara.

—Otro visitante —dijo. Warren y la señora Curnow se giraron hacia él, con los ojos desorbitados por el miedo.

Connie lo apartó y se arrodilló junto al hombre. Le tocó la frente, luego el costado del cuello.

—Necesita un médico.

—¡No!

La negativa vino de ambos, el mayordomo y la cocinera. Connie se echó hacia atrás, mirándolos a los dos.

—Puede morir si no recibe la atención adecuada —afirmó con firmeza.

Will había visto a hombres inconscientes antes, incluso a él lo habían noqueado una o dos veces en prácticas de box, y siempre había vuelto en sí con poco más que un fuerte dolor de cabeza y algo de mareo. Pero confiaba en que Connie supiera lo suficiente como para dar ese diagnóstico.

Warren se humedeció los labios y lanzó una mirada al hombre en el suelo.

—Es... es uno de los aldeanos, mi lord.

—Un médico lo denunciaría —añadió la señora Curnow—. Podrían arrestarlo.

Y los han amenazado con algo grave si lo descubren... o si muere.

Connie se puso de pie, sacudiéndose el polvo del vestido.

—Debería estar en una cama de verdad, no tirado en el suelo frío.

Estaba esperando que él tomara una decisión.

No había mucho que ganar entregando al hombre al capitán Burke o a Sullivan ahora, y quizá sí podrían obtener más información si no lo hacían. Al menos podrían ganarse algo de buena voluntad entre los aldeanos.

—Debe de haber camas libres en los cuartos del servicio —dijo Will—. Traigan una, o un jergón. Pidan ayuda a Archer; lo mejor es que la menor cantidad de personas posible se entere de esto.

Miró a los dos.

—De hecho, sería mejor que nadie más supiera de mi implicación ni de la de Lady Wingrave. Especialmente Sandow.

Warren y la señora Curnow asintieron, con el rostro aún tenso de preocupación.

Will se pasó una mano por el cabello; ahora tenían a dos hombres gravemente enfermos que cuidar, y no demasiadas personas para hacerlo.

—Señora Curnow, quédese con este hombre mientras Warren se encarga de la cama.

—Sí, mi lord.

Connie lo acompañó de vuelta por la cocina.

—Voy a ver cómo está el soldado —dijo. Solo tardó un minuto en unirse a él en la biblioteca.

—Ese hombre no es un aldeano —dijo en cuanto se cerró la puerta tras ella.

—No.

—¿Va a decírselo al capitán, o a Sullivan, cuando regresen mañana? ¿Y a contarles quién maneja el contrabando por aquí?

—Debería hacerlo, lo sé.

Ella asintió, sin parecer sorprendida.

—Pero necesitarían pruebas para arrestar a Sandow, y luego gente dispuesta a testificar en un juicio. Yo solo tengo rumores, nada directo. En cuanto al invitado extra… hay algo más aquí que contrabando, Connie. Ese hombre podría ser el organizador, o alguien con un cargamento especial que supervisar. Me gustaría tener la oportunidad de interrogarlo antes de entregarlo.

—Podría dejar todo eso en manos de las autoridades —sugirió ella, alzando una ceja.

—Podría —admitió él.

—Pero entonces probablemente no *descubriría* qué está pasando. —Había frustración en su voz—. Y entregar al herido significaría perder también a nuestra cocinera y al mayordomo.

—¿Cree que huirían?

Lo miró fijamente durante un momento.

—No, me refiero a que tendrías que encontrarles otro puesto lo bastante lejos como para que Sandow no pudiera vengarse.

Ah. Claro.

Ella cruzó hasta la puerta.

—Esperaré en la cocina hasta que llegue el médico.

—No hace falta que se quede despierta —dijo él, mientras ella apoyaba la mano en el picaporte.

Ella le dirigió otra de esas miradas.

—Iba a averiguar cómo tratar a nuestro segundo invitado, sin que sospeche por qué estoy preguntando por heridas en la cabeza.

—Ah, buena idea. Solo pensaba que estaría cansada.

Su expresión se suavizó, y él la acompañó de vuelta a la cocina.

***

El soldado que había sido enviado a buscar ayuda regresó dos horas más tarde… sin médico. Había tenido que llegar hasta Ottery St Mary, y aun así solo consiguió encontrar a un boticario dispuesto a salir en plena noche. El sueño de Connie desapareció en cuanto volvió a tener algo que hacer.

Middleton era un joven nervioso, de la misma edad que Connie, y ni siquiera era el boticario, sino su aprendiz principal. Connie lo ayudó a retirar con cuidado el vendaje del muslo del soldado.

—Bien limpio —dijo Middleton, con una sonrisa tímida que aumentó la confianza de Connie. Ella observó con atención mientras examinaba ambas heridas, luego esparcía un polvo sobre ellas y aplicaba un vendaje nuevo.

—Lo único que pueden hacer es mantenerlo abrigado —añadió—. Denle algo de beber, agua no vino, si lo pide.

—¿Láudano?

—Unas gotas en agua, si lo necesita.

Sosteniendo la lámpara cerca, Connie comprobó que el rostro del hombre no mostraba gran cambio, el tono grisáceo seguía allí.

—Debe quedarse hasta el amanecer, al menos, señor Middleton —dijo Connie. A esa altura del año, no faltaba mucho. —Tome una taza de té, o algo más fuerte si lo prefiere, y luego encontraremos un sitio para que se acueste. Puede revisarlo otra vez antes de irse.

La señora Curnow preparó té mientras Connie charlaba con Middleton, contándole sobre heridas que había ayudado a tratar en el pasado. Al pobre hombre se le empezaban a nublar los ojos por el aburrimiento, pero ella lo mantuvo atento a fuerza de preguntas sobre los tratamientos que había usado. Finalmente, llegó al momento en que el imaginario Jacky Smith se había caído de un tejado y se golpeó la cabeza, pero el único consejo que obtuvo fue mantener al paciente en cama, abrigado pero no demasiado, y darle algo de beber si se despertaba lo suficiente como para tragar. No era gran ayuda.

Will y Connie dejaron a la señora Curnow a cargo de la comodidad de Middleton y salieron al pasillo.

—Vaya a la cama, Connie —dijo Will, rodeándola con el brazo como antes. Ella se recostó contra él, disfrutando la firmeza de su cuerpo y la reconfortante presión de su mano en su brazo. —Mañana habrá mucho que hacer —añadió—. Voy a informar a Archer sobre nuestro hombre en el sótano, y luego yo también me voy a la cama.

—Muy bien —dijo ella. Tendría que estar alerta si no quería dejar escapar ninguna pista sobre su segundo paciente cuando volviera el capitán—. Buenas noches.

Capítulo 32

Lunes 7 de julio

Will llamó a la puerta de la habitación de Connie, esperando que estuviera despierta. No quería molestarla, pero necesitaba explicarle por qué la dejaba sola en la casa esa mañana.

—Adelante.

Empujó la puerta. No solo estaba despierta, sino también vestida y sentada en el banco de la ventana, con los pies recogidos.

Ella alzó la vista al verlo entrar.

—¿Sucede algo?

—No. No más de lo que pasaba anoche, al menos. ¿Está bien?

Se la veía bien. No, preciosa, con una sonrisa tímida en los labios y el cabello cayéndole por la espalda. Era más largo de lo que él había pensado, con una suave ondulación. Debía sentirse sedoso...

Se obligó a volver al tema que lo había llevado allí.

—Eh… vine a decirle que voy a ver a Nancarrow. Necesitamos algunos hombres más por aquí.

Ella asintió.

—¿Y mejor aún si no son reclutados localmente?

—Exacto. ¿Estará bien aquí? Le he dicho a Archer que esté muy atento a todo.

—¿Confía en él?

—Sí, confío.

—Estaré bien, Will. No saldré de la casa a menos que vaya con Archer.

—Y no más allá del jardín, ni siquiera con Archer.

—No.

—Volveré lo antes que pueda.

Era tentador, tan tentador, inclinarse y besarla. Pero no creía poder detenerse solo en un beso, y tenía que conseguir más protección para ella.

Connie se quedó un rato más en el asiento junto a la ventana después de que Will se fue. Él había vuelto a mostrarse distante,

evitando tocarla. La noche anterior le había pasado el brazo por encima, le había tocado el hombro… fue reconfortante, pero también la hizo sentir cálida. Quería más de eso, más de la cercanía que había sentido cuando enfrentaban los problemas juntos.

Se bajó del asiento con un ligero impulso. Hora de terminar de vestirse; tenía hombres heridos que atender.

—¿Para quién es eso? —preguntó Connie.

La bandeja de jamón, huevos y té que preparaba la señora Curnow parecía demasiado abundante para cualquiera de sus pacientes.

—Para la señora Strickland, que todavía quiere que la atiendan —la cocinera puso los ojos en blanco y levantó la bandeja.

La ama de llaves ya debería poder moverse por sí sola, pensó Connie, aunque necesitara un bastón. Pero no le molestaba evitar confrontarse con la actitud altanera de la mujer.

—¿Y los soldados?

—Al de la herida en el brazo lo mandé a dormir sobre las caballerizas anoche. Ya vino a desayunar, y me pareció que estaba bien. Un poco pálido, tal vez. No he ido a ver a los otros —le hizo un leve gesto a Connie y salió con la bandeja.

A ojos inexpertos de Connie, el soldado herido en la habitación de Warren parecía estar mejorando. Seguía pálido y apenas podía levantar la cabeza de la almohada, pero accedió a intentar comer un poco de papilla si alguien lo ayudaba a incorporarse.

Warren podía encargarse de eso, y también de ayudarlo a usar la bacinilla si lo necesitaba.

Encontró al mayordomo sentado junto al contrabandista herido y lo envió a ocuparse del otro, diciéndole que ella se quedaría un rato con el paciente. Warren le había quitado la ropa hasta dejarlo en camisa, y el hombre yacía sobre un jergón cubierto con una manta. Estaba inquieto, con las manos hurgando en las sábanas y la boca moviéndose como si intentara hablar. Una bandeja con una jarra de agua y un vaso estaba lista cerca de su cabeza; su ropa exterior yacía doblada con esmero junto a ella, junto con una cartera de cuero.

—¿Agua? —preguntó Connie.

Él movió los labios, como si respondiera. Ella se arrodilló, inclinándose más cerca, y repitió la pregunta.

—Mes lettres.

¿Sus cartas? ¿Era francés?

Se echó hacia atrás sobre los talones. No debería sorprenderle: los contrabandistas tendrían muchos tratos con franceses. ¿Qué serían esas cartas? ¿Órdenes para el próximo cargamento, tal vez, o detalles de pago?

—Estoy segura de que tus cartas están a salvo —dijo, tratando de sonar tranquilizadora. Debía entender inglés, sin duda, si estaba aquí.

—Laissez-moi les voir.

Laissez... ¿déjame...? ¿Déjame verlas?

—¿Dónde están?

—Manteau.

Connie se volvió hacia el montón de ropa; el abrigo estaba encima. Palpó los bolsillos, encontró monedas, un pañuelo, un tarjetero y una hoja de papel doblada.

—Aquí están —dijo, tendiéndole el papel. El hombre giró la cabeza hacia ella y luego volvió a apartarla.

—Non. Mes lettres.

¿Había entendido mal manteau? Tomó la cartera y la abrió, pero sólo contenía una camisa limpia, medias y un par de pañuelos para el cuello.

—¡Mes lettres! —murmuró otra vez—. Manteau.

Suspirando, volvió a tomar el abrigo, esta vez vaciando por completo los bolsillos en el suelo. Ya había revisado los bolsillos interiores. ¿Un compartimento oculto?

No veía señales de uno, pero la luz del farol era tenue. Al palpar el abrigo y sus costuras, encontró una parte en el frente, bajo los botones, que se sentía más rígida que el resto.

Ah, había una pequeña abertura en el forro, justo lo suficientemente ancha para meter dos dedos. Lo que había dentro era un paquete largo y delgado, con la textura de seda engrasada, no de papel.

—¿Esto es lo que quería?

Él levantó una mano para tocarlo.

—Oui. Personne ne doit savoir…

¿Nadie debe saber?

—Está bien —dijo Connie. Dejó el paquete en el suelo—. Nadie lo sabrá aquí abajo.

Aquellas "cartas" seguramente no eran simples detalles de operaciones de contrabando. Podía entender la necesidad de mantener algo seco para que sobreviviera a un viaje por el Canal en una lancha pequeña, pero ¿por qué esconderlo dentro de un abrigo?

Curiosa, se giró un poco para que él no pudiera ver lo que hacía y desplegó el papel que le había mostrado antes. A la luz de la lámpara, distinguió una carta de un abogado en Cornualles, presentando al señor Jonathan Devizes como su representante comercial. El tarjetero tenía tarjetas con ese mismo nombre.

Volvió a mirar al hombre acostado en el jergón. Era posible que alguien cuya lengua materna fuera el francés tuviera un nombre inglés, pero no parecía probable. Si no era un contrabandista, ¿qué hacía allí?

—¿Elles sont cachées?

Le mostró el abrigo, palmeando el escondite.

—Bien escondidas —dijo—. Ahora tiene que dormir.

El paquete había estado muy bien oculto, ni siquiera los contrabandistas sabrían de su existencia. Entonces era importante. Esperó a que él cerrara los ojos y se deslizó el paquete dentro de la manga. Debería mostrárselo a Will. ¿O abrirlo ella misma?

Se oyeron pasos, y Warren entró.

—¿Cómo está, mi lady?

—Habló un poco —dijo Connie. ¿Por qué no le había pedido a Warren sus cartas?

—Ya lo había hecho antes, pero no logré entender qué quería.

Eso lo explicaba. No tenía por qué preocuparse de que el hombre volviera a preguntarle a Warren. Al menos no hasta que se recuperara lo suficiente para saber que tenía que hablar en inglés.

—El capitán ha llegado, mi lady, con el doctor. Va a llevarse al del brazo herido, pero quiere dejar al otro aquí.

El capitán Burke… debería mostrarle el paquete, pero sabía que Will querría verlo. Entregárselo era una idea tentadora; contarle al capitán lo que sabían de Sandow pondría fin a la implicación de Will en el asunto. Pero también destruiría toda la confianza que sentía que había crecido entre ellos.

—Iré a verlo —dijo Connie, poniéndose de pie y alisándose la falda, moviendo las manos con cautela para evitar que el pequeño paquete se deslizara de su manga—. Volveré a bajar en un par de horas. Avísame si hay algún cambio en su estado.

—Sí, mi lady.

Connie empujó el paquete más arriba en su manga mientras subía al vestíbulo. Tenía que recordar mantener ese brazo doblado.

—Buenos días, capitán.

—Mi lady —respondió él con una inclinación de cabeza—. El doctor Harris dice que Vance mejorará si no se le mueve durante un par de días. ¿Sería posible que permaneciera aquí?

—Por supuesto, capitán. —Se sentiría más segura con un soldado en la casa, incluso uno herido; quizá eso ayudara a disuadir a los contrabandistas de venir a comprobar el estado de su compañero.

Se volvió hacia el otro hombre.

—Doctor Harris, ¿podría darme algo de tranquilidad? Nuestro jardinero se cayó de una escalera la semana pasada y se golpeó la cabeza. Lo hice descansar, pero no estaba segura de qué más debía hacer. Parece haberse recuperado, pero ¿hay algo más que debería haber hecho?

—Es difícil saberlo sin ver al hombre en persona —respondió Harris—. Pero el principio general es mantener al paciente tranquilo y en reposo, permitirle un poco de bebida y alimentos fáciles de digerir si los solicita. El sangrado, también, puede ayudar a reducir la presión en el cerebro.

—Gracias, doctor.

—Recomiendo, mi lady, que siempre llame a un médico. Estaré encantado de atenderla si requiere mis servicios en el futuro.

Connie inclinó la cabeza con gracia.

—Gracias, señor, lo tendré en cuenta.

Esperó en el vestíbulo hasta verlos alejarse por el camino. El hombre del sótano tendría que arreglárselas sin sangrías. *No* estaba dispuesta a intentar algo así.

En su pequeño salón, Connie se sentó fuera de la vista de la puerta abierta y extendió el vestido de muselina estampada que había elegido como el siguiente para rehacer. Luego sacó el paquete de su manga. Podría oír si alguien se acercaba con tiempo suficiente para esconder el paquete bajo la tela del vestido.

El envoltorio de seda aceitada estaba cerrado con una línea de puntadas. Connie lo inspeccionó con cuidado, decidiendo que podría volver a coserlo sin que nadie notara que había sido abierto. Vaciló antes de alcanzar sus tijeras. ¿Y si Will decidía llevar el paquete directamente a las autoridades? ¿Importaría que estuviera abierto?

Alcanzó sus pequeñas tijeras de bordado. Por supuesto que Will querría saber qué contenía.

Las hojas de papel en el interior eran delgadas, la escritura muy pequeña. No eran cartas, sino listas. Una era un conjunto de nombres y cantidades de dinero, parecía una nómina. Otra tenía lo que parecían ser fechas, junto a números y grupos de iniciales. Una tercera era solo fila tras fila de números, ¿podría ser un código?

Podrían ser detalles de pagos por mercancías compradas o vendidas, o sobornos a los agentes de aduanas, pero no terminaba de creerlo. Un mensajero francés usando un nombre falso, con los papeles escondidos. Esto era algo más. Había hecho bien en llevárselos a Will.

Dobló los papeles con cuidado y los colocó en el fondo de su caja de costura, luego repuso las bobinas de hilo. Pero volvió a sacarlos. El hombre podría no estar conforme con haber visto el paquete una vez, estando medio inconsciente. Si pedía los papeles de nuevo antes de que Will regresara, y lograba que Warren lo entendiera, no sería buena idea que no encontrara nada.

Podía copiarlos y mostrarle las copias a Will, pero copiar listas de números correctamente requería cuidado. No podría hacerlo deprisa.

El hombre del sótano no había mostrado intención de abrir el paquete. Dobló un par de hojas de su propio papel de escribir hasta

que tuvieran el mismo grosor, y envolvió la seda aceitada alrededor de ellas, cosiendo con cuidado la costura, usando los agujeros de aguja que ya había en la tela. Al examinarlo al terminar, pensó que pasaría desapercibido en la tenue luz del sótano, y probablemente también a la luz del día.

Warren podría sospechar si volvía demasiado pronto, pero podía aprovechar para decirle que Vance se quedaría unos días y encontrar una excusa para sacarlo de la habitación mientras volvía a colocar el paquete.

Capítulo 33

La mente de Will estaba ocupada mientras cabalgaba de regreso desde Ottery. Nancarrow había prometido enviar personal para trabajar al aire libre lo antes posible, dentro de la semana si podía, y había confirmado que los Trasker seguían a salvo. También le había proporcionado una lista de los precios que se pagaban localmente por mercancía de contrabando. Will tendría que compararla con las estimaciones de Pendrick sobre el costo de esas mercancías en Francia, pero por los detalles que recordaba, debía de haber un beneficio enorme. Habría otros gastos, claro, pero si usaban los barcos pesqueros que ya poseían...

No, necesitaba sentarse con papel y pluma para hacer una lista de todos los factores. El beneficio obtenido era irrelevante; el verdadero problema era la forma en que Sandow dirigía la operación. Había que deshacerse de ese hombre, lo sabía. Pero con Sandow fuera del camino, alguien más tomaría el control, el beneficio que ofrecía el contrabando era demasiado grande como para que abandonaran si su líder era asesinado o encarcelado.

Hizo entrar a Mercury por el camino de entrada, reduciendo el paso a una caminata para darle tiempo al caballo de enfriarse. El reemplazo de Sandow podría ser igual de malo, y en ese caso, la única forma de resolver el problema sería detener el contrabando por completo. Archer había dicho que algunos aldeanos estaban obligados a contribuir con fondos, pero eso no significaba que todos lo estuvieran. Y sí parecía que obtenían algo de ganancia, aunque no mucha. Tratar de cerrar toda la operación provocaría la enemistad de los aldeanos, no era una buena forma de comenzar su vida en la zona.

Esos pensamientos se desvanecieron al salir del bosque y ver a Connie esperándolo en la terraza, con una mano sobre los ojos para protegerse del sol. Un cálido resplandor le nació en el pecho.

Su alegría se apagó un poco al acercarse y desmontar. La expresión de ella era tensa, y su sonrisa de saludo al bajar los

escalones hacia él fue apenas un leve movimiento de labios.

—Necesito hablar con usted —dijo ella en voz baja. Al mirar hacia arriba, Will vio a Warren aparecer tras ella en la puerta.

—Acompáñeme a las caballerizas —le ofreció el brazo mientras conducía a Mercury alrededor de la casa—. ¿Qué ocurre?

—Tengo algo que mostrarle —respondió ella, apenas audible—. Pero nadie más debe saberlo, ni verlo.

Will alzó las cejas, pero en ese momento se les acercó Stubbs para hacerse cargo del caballo, así que no pudo preguntarle nada más.

—¿Le apetece algo de beber después del paseo, mi lord? —continuó Connie con voz más alta—. Tal vez quiera acompañarme en el salón cuando esté listo.

La curiosidad de Will creció mientras esperaban que Barton terminara de servir el té en una pequeña mesa del salón de Connie. Finalmente, el lacayo los dejó solos.

Connie abrió su caja de costura y le entregó varias hojas delgadas de papel.

—Nuestro contrabandista herido las llevaba consigo —dijo—. En un bolsillo oculto, cosidas en una funda de seda aceitada.

Le explicó cómo las había encontrado mientras Will desplegaba las hojas.

Un hombre que al parecer usaba una identidad falsa, con documentos ocultos escritos en código. Podía tratarse de una empresa criminal más compleja que el simple comercio ilegal. O quizá era algo aún más serio.

—Podría ser un espía, Connie.

—¿Un espía? Pero ¿por qué iba a estar espiando un francés a Gran Bretaña? —preguntó ella—. No estamos en guerra con ellos.

Will se encogió de hombros.

—Lo hemos estado antes, y sin duda lo estaremos de nuevo. Estamos en guerra con las colonias, y los franceses simpatizan con ellas. Es posiblemente más fácil llevar información desde Francia a América que enviarla directamente desde Inglaterra.

—¿Esto va hacia Francia, o pudo haber venido de allí?

Buena pregunta, ¿por qué había estado tan seguro de que el espía se iba del país?

—El barco de anoche… los dragones atacaron antes de que desembarcaran a nadie, ni nada. Nuestro espía debía de estar esperando para encontrarse con el barco. Lo llevarían de vuelta a Francia una vez descargada la mercancía.

—¿Cree que Sandow también está espiando?

Buena pregunta.

—Vive aquí—Archer no mencionó que se ausentara de la zona, así que ¿qué podría estar espiando?

—¿Entonces la banda de Sandow solo cobra por transportar las cartas?

—Sí… quiero decir… —Will se detuvo. Había una diferencia entre transportar las cartas y transportar al mensajero—. No. Si Sandow cobrara por transportar las cartas, no habría tenido que traer al espía aquí para que lo cuidaran. Podría haber enviado las cartas directamente a Francia.

—Entonces Sandow *no* sabe nada de las cartas —dijo Connie—. Tal vez ni siquiera sepa que el hombre es un espía.

—Probablemente lo sospeche, no es ningún tonto. Pero a un hombre como él no le importa qué información se transporta, mientras le paguen.

—¿Entonces qué vamos a hacer, Will?

Will arrojó su peluca sobre una silla y se pasó una mano por el cabello.

—Puede que no sea un espía, pero creo que tenemos que suponer que lo es. ¿Y si solo es un mensajero? Arrestarlo detendría *esta* información, pero fácilmente podrían encontrar a otro que la lleve.

Si tenían razón, la decisión sobre qué hacer con el espía no correspondería a los magistrados locales. ¿Quién podría aconsejarle?

—Sería mejor llevarlo a Londres —dijo—. Es posible que esta información venga de allí.

Sir John Tregarth, el padre de Harry, quizá pudiera ayudarle a encontrar la persona adecuada a quien entregarlo.

—No creo que deba hacer eso.

Will levantó la vista, sorprendido.

—¿Por qué no? Oh, ¿está demasiado enfermo? No convendría que muriera antes de poder interrogarlo.

Connie negó con la cabeza.

—No. Quiero decir, sí está demasiado enfermo por ahora, pero estaba pensando en lo que haría Sandow si su… su cargamento desaparece.

—Ah, claro-- Algún tipo de venganza, naturalmente, y dirigida contra él y Connie. Will *no* iba a permitir que nada le ocurriera a Connie.

—Me encantaría matar a ese bastardo.

—¡No puede hacer eso!

Will pensó que sí, que podía hacerlo con mucha facilidad.

—¿Después de lo que amenazó con hacerle a Sukey? Y lo que, sin duda, ha hecho a muchos otros.

Connie apartó la mirada y luego bajó los ojos hacia sus manos.

—Matar está mal, lo sé, pero en este caso… —Alzó la vista hacia él, con el rostro lleno de preocupación—. En este caso, no puedo evitar pensar que el mundo estaría mejor sin él. Estaba pensando en su padre. Si lo arrestan por asesinato…

—No dejaría que me ahorcaran —no antes de que Will hubiera engendrado un heredero, al menos.

—Está aquí porque arriesgó su vida en un duelo. ¿No venderá este lugar?

—Maldita sea. —Claro que lo haría, y con ello se iría la independencia de Will.

—No podemos simplemente dejar que el espía se marche cuando esté recuperado, ¿verdad? —preguntó Connie.

—No. —Eso sería traicionar a su país. Trató de descifrar la expresión de Connie; sus palabras sonaban vacilantes, como si supiera que sería una salida fácil, pero no la correcta.

¿Y si se llevaba las cartas? Tal vez pudieran dar alguna pista sobre la fuente de la información. Trató de recordar a qué hora salía la diligencia de Exeter; alguna hora maldita antes del amanecer, pensó, lo que significaba que no llegaría a Londres hasta pasado mañana. Luego otro día entero para volver, al menos, más el tiempo

que necesitara en Londres para encontrar a la persona adecuada a quien contarle la historia.

—Connie, podría llevar las cartas a Londres, pero estaría fuera al menos tres días, probablemente más. Tal vez pueda regresar con alguien que pueda arrestar a Sandow y al espía, y proteger a la gente aquí hasta que se resuelva lo de Sandow. Sullivan tal vez tenga alguna prueba contra él que podamos añadir a lo que logremos que el espía confiese.

—¿Tres días…? ¿Puede mandar a Archer con las cartas? Confía en él.

Se pasó los dedos por el cabello.

—Pensaba que el padre de Tregarth podría saber a quién debería mostrárselas. Pero si no está, Archer no sabría a quién más recurrir.

—Y probablemente no conseguiría audiencia con nadie, de todas formas —suspiró Connie—. Entonces debe ir usted, pero el espía debe seguir aquí cuando regrese. Supongo que Sandow no querrá que el hombre muera camino a Francia, así que puedo insistirle a Warren y a la señora Curnow en lo enfermo que está, y en lo peligroso que sería moverlo.

Eso podría funcionar.

—¿Le creerán?

—Si es realmente necesario, puedo darle láudano para retenerlo aquí. No me gusta hacerlo, pero lo haré si tengo que hacerlo.

—Bien, en ese caso, cuanto antes me vaya, mejor. —Podía cabalgar hasta encontrar un lugar donde alquilar un coche de postas... o un caballo de montar, si era necesario. Cualquiera de esas opciones sería más rápida que la diligencia. Podría estar en Londres mañana por la noche.

—Podrían llevárselo de todos modos —dijo Connie—. ¿Y entonces?

—¿Dijo que aún tiene un paquete, pero con hojas en blanco?

—Sí. ¿Debería copiar las cartas y luego devolver los originales?

Buena pregunta.

—Eso significaría permitir posiblemente que la información saliera del país antes de saber qué daño podría causar.

Ella se mordió el labio.

—Él… el espía… no quería abrir el paquete, solo quería verlo. Si no lo abre, nadie lo descubrirá hasta que esté en Francia.

—Entonces con el papel en blanco que ya tiene bastará, pero de todos modos sería mejor que logre mantenerlo aquí hasta que yo vuelva. —Se levantó y fue a la puerta, gritando por Warren.

—¿Mi lord?

—Warren, Nancarrow traía una carta urgente de mi padre. Tengo que ir a Marstone Park de inmediato. Iré a caballo, pero prepara un par de camisas limpias y mi neceser de afeitar.

Cerrando la puerta tras el mayordomo, Will se colocó frente a su esposa.

—Connie, le diré a Archer que esté atento. —También le daría sus pistolas a Archer—. Si hay alguna posibilidad de que Sandow, o cualquier otro, pueda representar un peligro para usted, Archer la llevará con Nancarrow. Él organizará un lugar seguro donde pueda quedarse hasta que yo regrese.

Los hombres adicionales que había pedido a Nancarrow no llegarían hasta dentro de unos días, y en cualquier caso, él no estaría para darles instrucciones.

Ella parpadeó y luego asintió, con los ojos muy abiertos.

—De hecho, si ese soldado sigue demasiado enfermo para ser trasladado, podría decirle al capitán Burke que le preocupa que algunos aldeanos intenten vengarse. Podría enviar a un par de hombres para que hagan guardia.

—Buena idea. —Le puso una mano en el brazo—. Will, por favor, coma algo antes de irse. Media hora más no hará diferencia.

—Cuídese, Will —dijo Connie en voz baja, mientras esperaban en la terraza a que Archer trajera a Mercury. Estaría al mando durante días, una tarea intimidante, pero lo lograría.

Will la miró a los ojos, con las manos en sus hombros.

—Connie, lo hizo bien hoy. Muy bien.

Sus palabras la reconfortaron, fortalecieron su confianza. Lo habían resuelto juntos.

Luego la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí.

—*Cuídese* —le susurró al oído, dándole un rápido apretón antes de apartarse.

Connie lo observó montar y alejarse por el camino, aun sintiendo su cercanía y su calor. Sus palabras no habían ocultado el placer que sentía por tener algo activo que hacer. Podía entender la renuencia de su padre a permitir que su heredero se uniera al ejército, pero Will habría disfrutado esa vida.

¿Se *cuidaría*? Si realmente pensaba llegar a Londres mañana por la noche, no tendría tiempo para descansar en el camino. Una caída de un caballo estando cansado...

No. Tenía más sentido que eso. Debería enfocar sus preocupaciones en el espía.

Se sentó con un libro, pero terminó dejándolo después de que sus ojos pasaran por la misma página varias veces sin recordar nada de lo que había leído. En lugar de eso, siguió trabajando en su vestido nuevo, tratando de concentrarse en las puntadas y no en imaginar cuánto habría avanzado Will, o si Sandow vendría a ver a su pasajero.

La señora Curnow informó que el soldado herido había tomado más papilla durante la tarde y que ahora parecía dormir de forma natural. El espía, en cambio, seguía inquieto, murmurando en sueños. Warren había traído otro jergón y propuso dormir allí él mismo.

—Si puedo, con él murmurando toda la noche —dijo el mayordomo—. Aun así, no logro entender ni una palabra de lo que dice.

—Probablemente está soñando —dijo Connie—. Lo revisaré a primera hora, y si el espía muestra señales de hablar con coherencia en inglés, tal vez tenga que recurrir al láudano.

Martes 8 de julio

El sol ya calentaba su espalda cuando Will divisó la aguja de la catedral de Salisbury elevándose por encima de los árboles. Le dolía la parte trasera de tanto montar durante la noche, y aún le

quedaban al menos doce horas de viaje, quizás más si tenía problemas para cambiar de caballo.

Era momento de hacer una pausa. Lo conocían en el Rose and Crown, así que se detuvo allí para pedir un desayuno rápido y un caballo fresco.

Mientras comía, revisó las monedas en su bolsillo, tratando de calcular si le alcanzarían para alquilar una diligencia para parte del trayecto. Normalmente se habría provisto de más efectivo antes de viajar, pero tenía poco dinero en casa.

Creía que alcanzaría para una diligencia, pero solo si podía conseguir más dinero en Londres. Si Tregarth no estaba en la ciudad, no estaba seguro de a quién más podría recurrir, no sin arriesgarse a que alguien hablara de más y su padre se enterara de que ya había roto los términos de su acuerdo.

No hacía ni tres semanas desde la última vez que había estado allí, pensó mientras salía de la ciudad media hora después. Entonces, aún resentía su matrimonio forzado; ahora, no podía imaginar querer estar sin Connie.

¿Estaría ella cambiando de opinión? No se había apartado de su contacto ni de su cercanía cuando estaban lanzando piedras, ni tampoco cuando se despidieron el día anterior.

¿Seguiría a salvo? Esa era una pregunta más importante. Sacudió la cabeza: pensar en eso ahora era inútil. Que el Cielo quisiera que ella hiciera lo que él le había dicho y fuera a Nancarrow si había la más mínima señal de peligro. A largo plazo, todo volvía al mismo punto: librarse de Sandow.

¿Y si él mismo se hiciera cargo del contrabando?

El caballo alquilado dio un respingo cuando tiró bruscamente de las riendas, y Will le acarició el cuello en señal de disculpa. Su conteo de monedas debía de haberle inspirado esa idea, pero merecía ser considerada. Y algo en qué pensar durante las millas que aún le quedaban.

***

Connie revisó primero al soldado herido. La señora Curnow informó que había comido un plato de huevos pasados por agua antes de volver a dormirse.

—Creo que ese capitán puede llevárselo si viene hoy —dijo la señora Curnow.

Eso no era precisamente lo que Connie quería oír, no estando Will ausente. Tendría que hablar con el capitán en privado sobre el peligro de que las heridas se reabrieran en un carruaje que se sacudiera demasiado.

En la bodega, el espía seguía igual.

—Sigo sin entender una palabra —dijo Warren—. ¿Cree que es francés?

—Podría ser —respondió Connie—. Al fin y al cabo, los contrabandistas compran en Francia.

A diferencia de Warren, ella podía distinguir algunas palabras. Papiers, urgent, important—palabras que solo se diferenciaban del inglés en la pronunciación. Era hora de empezar a administrarle láudano.

—Para mí tampoco tienen mucho sentido —mintió—. Espero que no esté empeorando. No sería conveniente que muriera aquí, pero si intentan moverlo, lo más probable es que lo haga.

—No, mi señora —respondió Warren, con los ojos muy abiertos, mostrando mucho más que la preocupación esperable por un desconocido—. ¿Qué haremos si empeora?

—No soy médico, Warren, no lo sé. Mi… mi madre solía preparar una infusión que me ayudaba a dormir. Podríamos intentar con eso, supongo.

Warren asintió con entusiasmo.

En la sala de preparados, Connie hizo un té con valeriana y luego añadió unas gotas de láudano. No estaba segura de la dosis, y no debía darle demasiado, pero vería qué tal funcionaba esa cantidad primero. Añadió un poco de azúcar para disimular el sabor y llevó la taza al cuarto de la bodega.

—Ayúdame a incorporarlo, Warren.

Warren levantó al hombre por los hombros y Connie lo convenció para que tomara el líquido caliente. Como antes, pareció reaccionar a las palabras en inglés, y bebió obedientemente hasta que la mitad de la taza se hubo vaciado.

—Me quedaré con él un rato, Warren.

—Gracias, mi señora.

—Warren, si alguien viene a ver cómo está, no conviene que me encuentre aquí.

Vio en su expresión que no se le había ocurrido esa posibilidad.

—La entrada exterior del cuarto del fondo debe bloquearse o cerrarse desde dentro —añadió—. Si necesita dar una explicación, puedes decir que Lord Wingrave recordó haberla usado en su juventud y ordenó cerrarla.

Con suerte, eso no dejaría claro a nadie más—especialmente a Sandow—que ella y Will sabían que se había usado la bodega.

—Me encargaré de ello, mi señora.

—Y, Warren, si no puede impedir que alguien venga a por él, asegúrese de darme tiempo suficiente para salir antes.

Warren tragó con dificultad.

—Sí, mi señora.

Connie se pasó una mano por la cara cuando él se fue. Llevar la cuenta de quién sabía qué, o quién creían los demás que *sabía* qué, se estaba volviendo demasiado complicado. Había pasado demasiado tiempo engañando a su padre; no pensó que tendría que seguir haciéndolo en su nueva vida.

Los ojos del enfermo se habían cerrado en cuanto se recostó, y su respiración pronto se volvió lenta y regular. No estaba segura de si el láudano había profundizado su sueño o simplemente ayudado a calmar su ansiedad. No es que eso importara demasiado; lo principal era que ya no murmuraba..

Capítulo 34

Miércoles 9 de julio

Un sereno anunció las dos en punto cuando Harry Tregarth golpeó la puerta de la casa de su padre en Wimpole Street. Will se apoyaba en la reja, agotado hasta los huesos. Necesitaba dormir desesperadamente y le dolían las piernas por haber pasado tanto tiempo a caballo. La caminata desde la posada donde había dejado el último caballo alquilado apenas había aliviado sus músculos entumecidos.

Un lacayo les abrió la puerta y fue a despertar a sir John. Will se dejó caer en una silla.

—¿Qué sucede, Harry? —Sir John bajó al vestíbulo envuelto en una bata, con un gorro de dormir en la cabeza y un candelabro en una mano—. Ya es pasada la medianoche. Afortunadamente tu madre está con Sarah, ayudándola en el parto, o la habrías asustado despertando la casa así. Más te vale que sea importante.

—Lo es, papá. Will…

—¿Wingrave? —el ceño de sir John se frunció aún más—. Ya me imaginaba que estabas metido en esto. Pensé que Marstone te había desterrado al campo.

Will se sonrojó.

—Lamento molestarle a estas horas, señor, pero le aseguro que se trata de algo de suma importancia.

Sir John lo fulminó con la mirada por un instante, pero luego cedió.

—Muy bien. Iremos a la biblioteca —y se volvió hacia el lacayo que los había recibido—. Jenkins, puedes retirarte.

En la biblioteca, sir John encendió más candelas. Will contó su historia otra vez, esta vez con más detalles que los que le había dado a Harry. Al terminar su relato, sir John extendió la mano y Will le entregó las listas.

Las cejas de sir John se alzaron mientras las examinaba. Cuando volvió a mirar a Will, su expresión parecía más pensativa que crítica.

—Hiciste bien en venir a mí, Wingrave. No sé exactamente qué es esto, aunque tengo mis sospechas.

—¿Sabe a quién debo entregárselas, sir John?

—Tengo una muy buena idea. Sin embargo, las entregaré yo. Tú te quedarás aquí lo que queda de la noche.

—Sir John, debo...

—Wingrave, es muy probable que la persona a quien voy a llevarle esto quiera hablar contigo, pero no necesariamente de inmediato. Tu… contribución a la conversación será mucho más valiosa si has dormido un poco.

Tenía razón, por supuesto.

—Harry, será mejor que tú también te quedes. Te dejo a ti que arregles dónde dormirán los dos —Sir John se marchó sin esperar respuesta.

***

Jenkins los despertó a las nueve de la mañana siguiente, golpeando la puerta hasta que Tregarth le gritó que se fuera. En vez de eso, entró con dos jarras de agua humeante y las dejó sobre la palangana.

—El desayuno se servirá en media hora, lord Wingrave, señor Tregarth. Lord Wingrave, me han pedido informarle que recibirá una visita poco después.

Will gimió y bajó las piernas al suelo.

—Estaremos allí.

Jenkins se retiró con una reverencia. Will notó sus alforjas apoyadas junto a una silla. Las que había dejado en la casa de Tregarth.

—¿Cómo...?

—Dickson —Tregarth señaló un conjunto de ropa sobre los pies de la segunda cama—. También me trajo un cambio a mí. Un ayuda de cámara de lo más eficiente.

—Lo tentaría para que viniera conmigo si tuviera el dinero —dijo Will. Si hubiera tenido a alguien tan confiable como Dickson, en vez del rastrero de Ferris, no estaría en esta situación. Pero entonces tampoco tendría a Connie.

Se echó agua en la cara y se lavó el sudor y la suciedad de más de veinticuatro horas de viaje. Un baño habría sido mejor, pero afeitarse ayudó, al igual que una camisa limpia y un nuevo pañuelo al cuello. Sin embargo, poco podía hacer contra el polvo del camino que parecía haberse incrustado en su chaqueta y sus calzones.

Sir John ya estaba en el comedor y los saludó con un leve gesto. Will se lanzó sobre el desayuno con entusiasmo, devorando una generosa porción de jamón, huevos y salchichas, acompañada de varias tazas de café.

—El señor Talbot —anunció el mayordomo, presentando al invitado antes de retirarse.

Talbot era un hombre delgado, media cabeza más bajo que Will, con una mirada incómodamente penetrante. Will reparó en su abrigo ricamente bordado, la peluca empolvada y el broche con piedras preciosas que llevaba en el cuello. Estaba vestido para un compromiso social, no para una discusión sobre seguridad nacional, pero Will tenía que confiar en que sir John sabía lo que hacía.

—Puedes retirarte, Harry —dijo sir John.

Tregarth miró de su padre a Will y luego se encogió de hombros.

—Padre. Señor Talbot —saludó con una leve inclinación antes de salir de la sala.

Talbot arrastró una silla y se sentó frente a Will, sirviéndose una taza de café.

—¿Su historia, Wingrave?

Escucharon con atención mientras Will relataba una vez más lo sucedido. El rostro de Talbot permanecía impasible, con sus ojos fijos en la cara de Will. Le pidió que describiera sus otros encuentros con los contrabandistas. Will contó sus esfuerzos por vigilarlos y lo que había observado la noche en que los dragones intentaron arrestarlos.

—Entiendo que en su momento deseó unirse al ejército —dijo Talbot cuando Will terminó su relato.

—Mi padre me lo prohibió. —Talbot ya lo sabía, estaba seguro de ello. Sir John, sin duda también.

—Así que en su lugar apostó, fornicó y pasó los años batiéndose en duelo.

—Yo… sí. —Era la verdad, después de todo—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Tales actividades, si continúa con ellas, podrían dejarlo expuesto al chantaje —dijo Talbot, recostándose en la silla y mirando por encima de su nariz.

—¿Qué está insinuando? —Will miró a sir John, pero su expresión no revelaba nada—. ¿Está diciendo que soy…?

—No estoy diciendo nada en absoluto —respondió Talbot—. Solo expongo un hecho. ¿Se arrepiente de dejar atrás ese estilo de vida ahora que está casado?

—Eso no es asunto suyo —logró responder Will con voz calmada, a pesar del enojo que crecía en su interior.

—Hmm. —Talbot tamborileó los dedos sobre la mesa. Finalmente, se puso de pie—. Más tarde le informaré lo que se ha decidido.

Will también se levantó. No esperaba una recompensa, pero una palabra de agradecimiento no habría estado mal.

—Su padre está en la ciudad —añadió Talbot—. Le conviene quedarse aquí y dormir un poco. Buen día.

—Puedes quedarte, Wingrave —dijo sir John—. Pide lo que necesites. —Siguió a Talbot fuera de la sala.

Tregarth volvió a entrar justo cuando su padre se marchaba.

—¿Y bien? ¿Qué dijeron?

—No mucho —respondió Will con amargura. No lograba entender por qué Talbot le había preguntado sobre su estilo de vida, pero estaba demasiado cansado para pensar en ello ahora—. ¿Te apetece una partida de cartas?

***

—El sargento Potter, mi señora.

Connie alzó la vista de su costura cuando Warren hizo pasar al visitante al salón. El sargento se quedó de pie junto a la puerta, el sombrero bajo el brazo, su uniforme rojo impecable.

Hizo una reverencia.

—El capitán Burke me envía para recoger a Vance, mi señora, y a agradecerle que lo haya cuidado.

El corazón de Connie se hundió. Si el capitán hubiera venido, quizá habría podido convencerlo de que se sentía nerviosa mientras lord Wingrave estaba ausente, y que le preocupaba su seguridad en caso de que los contrabandistas les guardaran rencor por haber ayudado a los soldados heridos. El sargento Potter no tendría autoridad para dejar a uno o dos hombres allí. ¿Debería escribir al capitán? No, no lograría expresar sus preocupaciones de forma convincente en una carta, especialmente cuando no había señales de peligro hasta el momento.

—Muy bien. Dígale al capitán Burke que fue un placer poder ayudar.

Potter hizo otra reverencia y Warren lo acompañó hasta la puerta.

Pensó en pedirle a Archer que estuviera más alerta, ahora que no había una razón evidente para que los contrabandistas se mantuvieran alejados, pero el mozo era inteligente. Comprendería rápidamente las implicaciones de la partida de Vance.

Volvió a tomar el vestido de muselina e intentó concentrarse en las puntadas, ignorando las preguntas que le daban vueltas en la cabeza: ¿habría encontrado Will a alguien con quien hablar?, ¿le habrían creído?, ¿cuándo regresaría?

***

—¿Y bien? ¿Cómo va eso del matrimonio? —preguntó Tregarth mientras repartía las cartas.

—Bastante bien —respondió Will, sin intención de admitir nada sobre esa promesa de un mes.

—Vamos, Wingrave. Odiabas la idea y ahora solo dices "bastante bien". ¿Tiene cara de vinagre? ¿Se ríe como boba? ¿Es una sabihonda...?

—Ay, Tregarth. La he dejado posiblemente a merced de un criminal despiadado, y tú...

—Lo siento, viejo. Pero en serio... si estás tan preocupado, al menos debe gustarte, ¿no?

—Sí, me gusta. —Más que gustarme—. A propósito de lo que te escribí... —Se interrumpió y se frotó la frente. ¿Qué día era hoy? Miércoles. Solo habían pasado dos días desde que envió la carta a

Tregarth sobre el tema del tutor. Probablemente no había llegado aún.

—Tregarth, ¿cómo te sentirías si te nombrara tutor de cualquier hijo que pudiera tener?

—No hace falta... ¿Hablas en serio?

—Sí. —Le explicó las preocupaciones de Connie... y las suyas propias.

Tregarth asintió cuando Will terminó su explicación.

—Por supuesto que lo haré, si así lo deseas. ¿Necesito firmar algo?

—No lo sé —admitió Will—. Pediré a mi hombre en Exeter que prepare los documentos.

—Solo procura no matarte antes de eso —bromeó Tregarth, tomando sus cartas y ordenándolas en la mano—. Tu turno de barajar.

Will cerró los ojos. Aún no importaba el tema del tutor, ni su testamento... no tenía nada suyo que dejarle.

—Harry, si me *pasa* algo, ¿te asegurarás de que ella esté bien? Su padre es tan malo como el mío. Cualquiera de los dos la usaría para sus propios fines.

Tregarth dejó sus cartas sobre la mesa.

—¿No crees que vaya a suceder nada, verdad?

—No, no si puedo evitarlo. Pero quiero saber que estará a salvo, que alguien velará por sus intereses.

—Tienes mi palabra —dijo Tregarth.

Will soltó un suspiro de alivio. Sabía que podía confiar en su amigo, pero aun así le reconfortaba oírlo.

—Gracias —dijo, tomando de nuevo sus cartas.

—Me debes tres guineas —anunció Tregarth una hora después, barajando de nuevo los naipes—. Ya veo por qué decidiste no aumentar tus fondos con el juego.

—Estoy distraído.

La capacidad habitual de Will para concentrarse en las probabilidades parecía haberlo abandonado; imágenes del rostro maltratado de la señora Strickland y de los moretones de Danny

Trasker no dejaban de colarse en su mente. Decidir dejar a Connie atrás podía ser lo más irresponsable que había hecho, pero ya era demasiado tarde para cambiarlo.

—Además, no tengo dinero para apostar, y si lo tuviera, hay cosas mejores en las que gastarlo.

—Por el amor a la bondad, Will, el matrimonio te *ha* cambiado.

—¿Jugamos o no? —Will no quería volver a empezar esa conversación, aunque sabía que su amigo solo intentaba picarlo.

—No —dijo Tregarth, consultando su reloj—. Quedé con Jolyon en su club. Nos vemos luego.

Una vez solo, Will hojeó los libros de la biblioteca de Sir John, pero nada le llamó la atención. Su comentario sobre la falta de dinero le trajo a la mente sus reflexiones durante el viaje sobre la posibilidad de tomar el control del contrabando. Si lo hacía, también podría asegurarse de que no siguiera el transporte de espías.

Encontró papel y pluma, y se sentó en el escritorio de Sir John. Los ingresos serían útiles, muy útiles, pero asumir el control no sería tarea sencilla. Hizo una lista de los problemas: Connie, los aldeanos, aprender el negocio.

Añadió a Marstone como ocurrencia tardía: su padre vendería Ashton Tracey si alguna vez se descubriese que Will se había involucrado en el contrabando. Pero tendría que mantener su participación lo más secreta posible de todos modos; cualquier escándalo afectaría a Connie y a sus hijos.

Connie… a ella no le gustaría la idea, pero tal vez pudiera convencerla de que era la única forma de impedir que alguien más, con métodos como los de Sandow, tomara el control.

Se recostó en la silla. Lograr que los aldeanos accedieran también requeriría persuasión, y estaría ligado a aprender el negocio. Solo necesitaba deshacerse de Sandow y sus lugartenientes; debía de haber otros que supieran lo suficiente como para continuar con la actividad.

Frotándose la cara, se rindió y guardó el papel en un bolsillo. Necesitaba pensar más en el asunto, pero no cuando estaba tan cansado.

¿Qué estaría haciendo Connie? ¿Tendría problemas con los hombres heridos en la casa?

Preocuparse no lo ayudaría en nada. Hizo sonar la campana y pidió a Jenkins que le buscara algo de comer. Necesitaba mantener las fuerzas para el viaje de regreso.

A media tarde, sin noticias de Talbot ni de Sir John, Will ya estaba en el punto de andar de un lado a otro por la biblioteca. Media hora más, se dijo, echando otra mirada al reloj sobre la repisa de la chimenea. Si para entonces no habían vuelto para decirle qué debía hacer, partiría hacia casa.

Se detuvo al oír voces en el vestíbulo.

Entró Sir John.

—¿Estabas a punto de irte? —preguntó, mirando las alforjas que Will había dejado listas sobre una silla.

—Pronto, si no recibía noticias. He dejado a mi esposa en una situación peligrosa, y no voy a quedarme de brazos cruzados mucho más tiempo.

—Espera un par de horas más, Wingrave. Me dicen que tus instrucciones llegarán a las siete.

¿Un par de horas más?

—A esas alturas ya podría estar bien encaminado, maldita sea.

—¿A caballo?

Will asintió, reacio a admitir que no tenía suficiente dinero en efectivo para pagar una diligencia. No podía pedir...

Sí, sí podía. Era por la seguridad de Connie.

—Solo tengo dinero en efectivo para alquilar caballos —confesó —. ¿Podría pedirle, si Tregarth no regresa, que me preste lo suficiente...?

—Puedes tener una diligencia con cuatro caballos, si esperas a que Talbot envíe noticias —replicó Sir John—. Cálmate, Wingrave. Para cuando consiga el dinero y tú logres encontrar un carruaje disponible en tan poco tiempo, que no es fácil, te lo aseguro, el vehículo de Talbot ya estará aquí.

Will respiró hondo; no lo había pensado.

—Muy bien.

—Bien. —Sir John sacó unos papeles de un armario junto a la ventana—. Solo regresé para recoger esto, pero volveré con tus instrucciones. —Miró a Will fijamente—. ¿Vas a esperar, verdad?

—Le doy mi palabra, señor.

Prefería estar *haciendo* algo, pero la sugerencia de Sir John tenía sentido. Y habría sido un viaje perdido si se iba antes de que Talbot decidiera qué hacer.

Sir John regresó poco después de las seis, trayendo consigo un paquete de papeles doblados.

—Debes sustituir los documentos en blanco con estos —dijo, entregándole el paquete a Will—. Envía al hombre en cuanto estés convencido de que sobrevivirá al viaje.

—¿No va a mandar a alguien a arrestarlo? ¿Y a Sandow, el líder de...?

—Parece que no —interrumpió Sir John, aun tendiéndole los papeles—. Tendrás que encargarte tú mismo de los criminales locales.

Will fulminó a Sir John con la mirada, pero este solo alzó una ceja. Luego suspiró; había pasado años sintiéndose amargado porque su padre no le permitía asumir responsabilidades, así que no debía molestarse ahora por que se le confiara una.

Tomó los papeles y, tras recibir una inclinación de cabeza de Sir John, los desplegó. A simple vista, parecían los mismos de antes. Letra menuda, listas de números y nombres.

—¿Por qué está enviando…?

—No necesitas saberlo, Wingrave —respondió Sir John.

El ceño de Will se frunció.

—¿Debo confiar en que estos documentos no están revelando información vital?

—Sí. Si te sirve de consuelo, no tengo idea de si son los mismos papeles o no. Confío en que Talbot actúa como un patriota.

Will respiró hondo. Había confiado en Sir John al revelarle lo que sabía; ahora debía confiar también en su criterio respecto a Talbot.

—La diligencia ya está esperando —añadió Sir John.

Capítulo 35

Jueves 10 de julio

Connie seguía preparando té de valeriana para el espía cada pocas horas, añadiendo suficiente láudano como para mantenerlo adormilado. Necesitaba evitar que Warren se diera cuenta de que el hombre era algo más que un simple contrabandista, pero también asegurarse de que el espía no supiera quién era ella. No debía sospechar que alguien sabía del paquete que llevaba.

Anhelaba hablar con Will al respecto.

No, en realidad lo que más deseaba era sentir la reconfortante presión de sus brazos sobre sus hombros, y el alivio de compartir la responsabilidad. Pero él no estaba allí, y ella era perfectamente capaz de arreglárselas sola.

Entre visita y visita al espía, intentaba concentrarse en su costura.

¿Cuánto tiempo estaría fuera? Al menos tres días, le había dicho él, así que no podía esperarlo de vuelta hasta esa noche, como muy pronto. Y podría tardar más, si había tenido problemas para cambiar de caballos.

Finalmente, tiró la tela a un lado. Ejercicio. No había hecho ningún tipo de ejercicio en los últimos días. Al menos podía caminar por la casa, aunque Archer no estuviera disponible para acompañarla más lejos. O podía ir a las caballerizas a ver si había una silla de montar para dama, por si quería aprender a montar una vez que todo esto acabara. Seguramente las caballerizas estaban lo bastante cerca como para ser seguras.

Cualquier cosa antes que quedarse sentada esperando.

Connie saludó a la yegua que Will usaba para la diligencia, acariciándole el hocico.

—Se llama Dolly, mi señora —dijo Archer detrás de ella—. Quería hablar con usted, pero no quería que Warren metiera las narices.

—¿Sucede algo, Archer?

Archer miró por encima del hombro. Stubbs estaba ocupado con un arnés al otro lado del patio, lo bastante lejos como para no oír nada.

—Es Danny Trasker, mi señora. Está aquí.

—¿Aquí? —Connie se aclaró la garganta—. Quiero decir, ¿cómo llegó?

—Vino caminando desde Honiton. Lo encontré escondido en el bosque, dijo que estaba vigilando por si aparecía Sandow. Usted ayudó a su madre, quería asegurarse de que no le pasara nada.

—Pero solo tiene doce años, ¿qué…?

Bueno, incluso los maridos de veinticinco no siempre pensaban antes de actuar, pero mejor no decir eso.

—Hay que admirarle el valor, aunque no el sentido común —dijo Archer.

Sí, sin duda.

—Sandow no debe enterarse de que está aquí. Podría sacarle información sobre el paradero de la familia.

Archer negó con la cabeza.

—No, mi señora. Dijo que alguien ha estado preguntando por la familia en Honiton, y el señor Nancarrow los hizo marcharse.

Bien, Nancarrow estaba haciendo lo posible por protegerlos.

—Danny no sabe adónde fueron —añadió Archer.

—Sandow podría intentarlo igual. —No quería imaginar lo que le haría al chico; Danny ya lo había desafiado una vez—. Él también corre peligro. ¿No puedes convencerlo de que vuelva?

—Lo intenté, mi señora. Pero podría ser útil. Parece conforme con quedarse en el bosque. Le di una lona para la lluvia y algo de comida. Estará pendiente de si alguien se acerca a la casa por la parte de atrás.

—Gracias, Archer. —Cuantos más aliados, mejor, aunque el más reciente fuera apenas un niño.

Le preguntó por una silla de montar para dama, y esperó mientras Stubbs y Archer buscaban en la guarnicionería hasta que finalmente encontraron una. Eso le ocupó media hora. Iría a ver al espía de nuevo y luego intentaría leer un rato.

Viernes 11 de julio

Will desmontó en el patio de las caballerizas con alivio. Por fin estaba en casa, aunque fueran las primeras horas de la mañana y todos se hubieran acostado hacía rato. Había dejado el coche de postas en la posada donde Mercury había estado alojado los últimos días, ya que de todas formas tenía que devolver a su montura a Ashton Tracey. Sir John había tenido razón al hacerle esperar: el viaje había sido un par de horas más rápido. Había conseguido dormitar un poco en el trayecto, pero aún se sentía mortalmente cansado.

Archer apareció justo cuando Will conducía a Mercury hacia un establo, completamente vestido y aparentemente bien despierto.

—¿De guardia, Archer? ¿Todo bien?

—Sí, mi lord —bajó la voz—. El soldado se ha ido, el espía sigue ahí, dormido. Mi señora parece preocupada, pero está a salvo.

—Buen trabajo.

—Yo me encargo de Mercury, mi lord.

Will le dio las gracias, recogió las alforjas y se dirigió a la parte trasera de la casa. Golpeó la puerta de la cocina, complacido al comprobar que estaba cerrada con llave. Pasaron varios minutos antes de obtener respuesta.

—¿Quién es? —parecía la voz de la señora Curnow.

—Wingrave.

Se corrieron los cerrojos y la puerta se abrió. Will se deslizó adentro y la atrancó tras de sí.

—Bienvenido de vuelta, mi lord. ¿Quiere algo de comer? —La señora Curnow iba envuelta en una bata voluminosa.

—Un poco de cerveza, por favor, y después puede volver a acostarse.

Mejor no sorprender a nadie que esté con el espía. Encendió una vela, tomó la jarra de cerveza y atravesó la puerta del servicio hasta el vestíbulo, percibiendo más que viendo un destello de movimiento en la escalera.

¿Connie?

Lo único que pudo distinguir en la penumbra fue la silueta pálida de su bata, esperando en el rellano. Su pulso se aceleró al

acercarse, viendo su cabello cayéndole por la espalda, su ropa de dormir y su sonrisa de bienvenida.

No le des demasiada importancia.

—Perdón por despertarla —dijo, conteniendo el impulso de dejar la vela y la cerveza para abrazarla.

—Ya estaba despierta. Me alegra que haya regresado sano y salvo, Will.

Contuvo el aliento cuando la mano de ella se alzó para tocarle la mejilla, sintiendo una punzada de vacío cuando la retiró.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

—Dame unos minutos para cambiarme y se lo diré.

Ella asintió y se dirigió a su habitación. Will siguió con la mirada el vaivén de sus caderas hasta que cerró la puerta, luego negó con la cabeza bruscamente.

Solo quiere saber qué ha pasado.

Bebió un trago de cerveza antes de quitarse el abrigo, el pañuelo del cuello y las botas, y se echó un poco de agua en la cara. Al pasarse la mano por la mandíbula notó la barba de más de un día, pero no podía hacer nada al respecto ahora. Se arreglaría por la mañana.

La puerta de comunicación ya estaba abierta, revelando a Connie sentada en su alféizar, con las piernas recogidas bajo la bata. Una lámpara daba al cuarto un resplandor cálido.

Will arrastró una silla y se dejó caer en ella. Debería estar cansado, pero la visión de su esposa en ropa de dormir estaba apartando el cansancio de su mente.

—¿Cómo está nuestro espía? —preguntó.

Escuchó con atención mientras Connie le contaba lo sucedido en los últimos días.

—Lo hizo bien. *Muy bien*. Sabía que podría con ello —sus preocupaciones mientras había estado fuera tenían que ver con una amenaza externa, no con la capacidad de ella para cuidar a los heridos ni a los sirvientes.

—Gracias —respondió Connie. Mirándolo en retrospectiva, no le parecía haber hecho gran cosa, pero su aprecio la reconfortaba. Él

también lo había hecho bien: cabalgar todo ese camino en tan poco tiempo. Debía de estar agotado.

—Conté mi historia —dijo Will—. Me dieron esto para que el espía lo lleve —sacó unos papeles doblados.

Ella los abrió y los inclinó hacia la luz de la lámpara.

—¿Son los mismos?

—No quisieron decírmelo —dijo con una mueca.

—Supongo que no necesitamos saberlo —contestó, volviendo a concentrarse en los papeles—. Me tomará un par de horas reemplazarlos —añadió, pensando en voz alta—. Tendré que sacar el paquete y luego devolverlo. Debo dejar pasar algo de tiempo entre una cosa y otra, por si Warren sospecha.

—¿Va a dejar el láudano? Tenemos que deshacernos de él cuanto antes.

—Cuando haya devuelto los papeles, creo —respondió—. ¿Tenemos que dejar que sea Warren quien avise a los contrabandistas que está listo para ser trasladado?

—Lo pensaré por la mañana —dijo él, enderezándose en la silla y girando los hombros.

Connie se levantó, cruzó hasta el baúl y colocó los papeles entre las páginas de uno de sus libros. Sentía su mirada siguiéndola; incluso en esa luz tenue le provocó un delicioso escalofrío.

Se apoyó en el baúl un momento, contemplando sus largas piernas estiradas, sus hombros anchos, la sombra en la abertura de su camisa… pero también las líneas de fatiga en su rostro. Ella misma había estado cansada antes de que él regresara, pero el placer de verlo, la anticipación de lo que podía suceder entre ellos, lo había disipado.

¿Sería igual para él?

¿Qué estaba pensando? La luz no era muy fuerte, pero aun así Will había visto cómo sus ojos se habían desplazado de su rostro a su cuerpo y de vuelta. Su cansancio empezó a desvanecerse.

—Parece que debería estar en la cama —dijo Connie—. Debe de estar agotado.

La desilusión lo atravesó como un dardo. Había esperado que ella se alegrara tanto de verlo como él de verla.

Se levantó de la silla. Tenía razón, por supuesto. Necesitaba descansar, y ahora no era el momento de preguntar si había cambiado de opinión.

—La veré por la mañana.

—En esta cama, si lo desea.

Estaba a mitad de camino por la puerta de conexión cuando sus palabras, pronunciadas suavemente, por fin calaron en él. Se giró en redondo, casi perdiendo el equilibrio.

—¿Connie?

Ella estaba entre él y la lámpara, cuya luz atravesaba la tela fina de su camisón, revelando la silueta de su cuerpo, la curva de sus caderas.

¿Camisón? Había estado usando una bata encima.

Su cuerpo se tensó al instante, las últimas huellas de cansancio desapareciendo por completo.

—¿Connie? —repitió, dando un paso hacia ella—. ¿Qué dijo?

—Yo…

Escuchó cómo contenía el aliento mientras se abrazaba a sí misma.

—Lo siento —susurró—. Debe de estar cansado.

Ay. Ya no.

Dio otro paso y apoyó una mano en su hombro.

—No estoy cansado, Connie. Dígame qué quiere.

La luz de la lámpara ya no la convertía en una silueta. Él se obligó a mantener los ojos en su rostro, y no en lo que sus respiraciones profundas hacían visible bajo el camisón.

—Un mes es mucho tiempo —dijo ella.

—¿Ha cambiado de opinión? —La esperanza luchaba contra la cautela; la deseaba, por supuesto, pero solo si ella también lo deseaba, si su unión era algo que ambos *querían*.

—Sí. Quiero decir… sí, pero… —Negó con la cabeza—. Lo siento, no me estoy explicando bien.

No pudo evitarlo: llevó una mano a su cabello, acariciándolo con suavidad. La sensación sedosa lo hizo contener el aliento. Ella cerró

los ojos y él sintió cómo la tensión empezaba a desvanecerse.

—¿Solo un beso, si así lo desea? —Le costaría mucho controlarse, pero no debía asustarla, no cuando había tenido el valor de acercarse a él.

Ella permaneció quieta un instante, luego dio un pequeño paso hacia él, colocando las manos sobre sus hombros y alzando el rostro. Él se inclinó y rozó sus labios con los suyos, luego pasó la lengua por su labio inferior.

—¿Abre? —pidió, en un susurro apenas audible.

El roce de sus labios era tan leve que casi le hacía cosquillas; su aliento, al hablar, cálido sobre su rostro. Connie dejó que sus labios se entreabrieran.

El contacto de su lengua la hizo tensarse de sorpresa, aunque al mismo tiempo una oleada de calor le recorrió el cuerpo hasta el vientre. Él se apartó al instante.

No, quería más de esa sensación, más de ese calor que se expandía en su interior. Movió una mano de su hombro a la nuca de él, luego la otra, atrayéndolo hacia sí hasta que sus cuerpos se tocaron.

Esta vez el beso fue más profundo, más largo, dejándola sin aliento y aferrada a él cuando sintió que las piernas le fallaban. Él alzó la cabeza, la soltó y dio un paso atrás.

—Connie, si solo quiere un beso, tenemos que parar ahora —sus ojos brillaban con la luz de la lámpara, los párpados entrecerrados. Su voz sonaba ronca, su respiración tan agitada como la de ella.

—No quiero parar —dijo ella, extendiendo la mano y apoyándola en su mejilla, notando el leve raspón de su barba incipiente. Su garganta se movió al tragar, y ella deslizó la mano por su cuello, hasta el hombro bajo la camisa, sintiendo el calor de su piel, el movimiento de su pecho al inhalar.

Él llevó una mano al escote amplio de su camisón; la deslizó por debajo, acariciando la parte superior de su hombro y empujando la prenda hacia abajo, por uno de sus brazos.

—¿Hora de ir a la cama? —susurró.

Capítulo 36

Will despertó con un rayo de sol colándose por una rendija entre las cortinas. A su lado, Connie dormía acurrucada, de espaldas contra su brazo. La noche anterior había puesto a prueba su autocontrol, reprimiendo su deseo, esperando hasta que ella estuviera lista. Quería asegurarse de que ella lo disfrutara tanto como él.

Había sido una dicha ser quien la iniciara en los placeres del lecho conyugal. Insegura al principio, pronto se había relajado y respondido a sus caricias, explorándolo y acariciándolo a su vez. Observar sus reacciones mientras descubrían juntos las diferencias entre sus cuerpos, y las muchas formas de darse placer mutuamente, había sido más excitante que cualquier aventura que él hubiera tenido en el pasado.

El cielo ya clareaba cuando por fin se quedaron dormidos. No debía haber pasado mucho tiempo desde entonces, pues el sol aún estaba bajo en el cielo.

Connie no tendría que ver al hombre del sótano hasta dentro de una hora más o menos, pensó Will, deleitándose con la forma en que la luz del sol se deslizaba sobre su piel, resaltando hilos dorados en su cabello. Se giró de lado, se incorporó apoyado en un codo y observó lo que podía ver de su rostro, acariciándole la espalda con suavidad. Ella se removió, se estiró y luego volvió a quedar quieta; cuando giró el rostro hacia él, su sonrisa fue lo más hermoso que Will había visto jamás.

Sabía que pagaría el precio más adelante, pero podía pensar en mejores cosas que hacer durante la próxima hora que dormir.

Connie dejó a Will en la cama, aún medio dormido, y se deslizó hasta su vestidor. Aunque su cuerpo estaba saciado y relajado, su mente había comenzado a inquietarse por las tareas del día, y no le quedaba más remedio que levantarse y hacer su habitual visita matutina al espía.

Se detuvo al ver el vestido amarillo y tragó con dificultad.

—¿Pensaste en lo que pasaría antes de acostarte con mi padre? —susurró, acariciando la tela del vestido de su madre. Si no hubiese sido por los Fancott, ella podría haber sido repudiada por completo, y hasta ahora Connie no había entendido por qué su madre se arriesgó tanto—. Si lo amabas, entiendo por qué lo hiciste.

Parpadeando para ahuyentar unas lágrimas repentinas, se puso el vestido de muselina y se lo sujetó con alfileres. Tenía cosas que hacer.

En el sótano, Warren le dijo que no había habido cambios en el estado del hombre, y ella envió al mayordomo a buscar su desayuno. Las ropas exteriores del espía seguían apiladas en un rincón y, una vez que se aseguró de que dormía, Connie extrajo con rapidez el paquete falso y se lo guardó en la manga. Luego añadió unas gotas extra de láudano a su té antes de despertarlo para que lo bebiera. Quería que siguiera profundamente dormido cuando devolviera los papeles.

—Parece un poco más inquieto —le dijo a Warren cuando regresó —. Volveré en una hora para ver cómo sigue.

Warren asintió y se acomodó en la silla.

En su salón, Connie ya había cosido los nuevos documentos en su cubierta cuando oyó a Barton disponiendo el desayuno en la habitación contigua. Escondió el paquete bajo la bandeja de su caja de costura, y estaba guardando las agujas e hilos cuando escuchó la voz de Will en la otra habitación diciéndole a Barton que ya no lo necesitaba.

—Buenos días, mi lady —dijo Will al entrar ella, con una sonrisa que le calentó el pecho. Le acercó una silla y le sirvió café y panecillos.

Connie se sonrojó al tomar la taza. Sus dedos no se habían tocado, pero incluso su presencia a la mesa del desayuno le traía a la mente algunas de las cosas que él había hecho durante la noche. Y las cosas que ella había hecho.

—¿Ha ido a ver a nuestro espía? —preguntó Will en voz baja.

—Sí —respondió Connie, respirando hondo para centrarse de nuevo en los problemas que aún enfrentaban.

—Podríamos deshacernos de él hoy, con algo de suerte —dijo Will—. Le diré a Warren que ha estado aquí el tiempo suficiente. Podría ordenarle que barra y limpie todas las habitaciones del sótano, para que yo las inspeccione mañana. Diga que estoy pensando en reponer la bodega.

—Así tendrá una excusa para sacar al espía.

—Exacto. No sé quién enviará el mensaje, pero como todos en el personal lo oirán, seguro que alguien lo hará. Espero que Sandow no sepa que yo sé que el espía está aquí. Con suerte, se lo llevarán a Francia esta noche.

Connie repasó el plan en su mente. Era tan bueno como cualquier otro que pudiera imaginar.

—¿Podremos salir a caminar después? Llevo tres días en la casa. Si no está demasiado cansado, claro.

—Yo… —Se interrumpió y negó con la cabeza—. Me encantaría, pero no creo que sea prudente.

—¿Por Sandow?

—Me temo que sí.

Qué lástima; resultaba frustrante tener que quedarse dentro con tan buen tiempo.

—Podríamos pasear por los jardines, si quiere —ofreció Will—. O poner una mesa y sillas bajo los árboles del huerto y leer.

—Me encantaría, gracias.

—Connie, esta noche quiero volver a vigilar, para ver si hay señales de que se llevan al espía. Esperaba tenerla para mí toda la noche —su sonrisa dejaba claro en qué estaba pensando—. Pero también quiero asegurarme con mis propios ojos de que se lo han llevado.

—Es mejor saberlo con certeza —coincidió ella—. No estará fuera toda la noche, ¿verdad? —Algo en su interior la hizo pasar la lengua por los labios, y él clavó en ella una mirada intensa.

—Tentadora —murmuró—. No, definitivamente *no* estaré fuera toda la noche.

Bien.

Terminó su café y dejó la taza en el platillo.

—Connie, necesito ver a Archer, y me temo que aún tengo que revisar los libros de la finca. Cada granja toma una eternidad, hay demasiados años acumulados —se levantó y rodeó la mesa, apoyando una mano en su hombro—. Todo esto acabará pronto. No se preocupe.

Le dejó un beso breve en la frente y salió de la habitación.

Un beso de verdad habría estado mejor. Probablemente era lo mejor que no lo hubiera hecho; no sería prudente volver a la cama tan pronto.

Will encontró a Mercury masticando heno, sin parecer afectado por la larga cabalgata de la noche anterior. Archer apareció mientras él acariciaba el cuello del animal.

—Archer, ven a echarle un vistazo a este menudillo.

—Parecía estar bien anoche, mi lord —respondió Archer mientras se acercaba a toda prisa. Un ceño preocupado acentuó las sombras bajo sus ojos.

—Lo está —dijo Will, bajando la voz—. Quería hablar contigo.

—Ah.

Will le explicó brevemente lo que iban a hacer con las cartas y el espía.

—¿Cómo sabremos cuándo se hayan llevado al hombre? —preguntó.

Archer pensó durante un momento, pasándose una mano por la cara mientras reprimía un bostezo.

—Danny Trasker ha vuelto. Quiere ayudar.

—¿Un niño de esa edad puede ser de ayuda?

—Podría ser útil para vigilar, mi lord. Hablaré con él... desde donde se esconde, verá a cualquiera que se acerque a la casa.

—Buena idea. ¿Has oído algún otro rumor en el pueblo?

—Solo he ido una vez a la taberna, mi lord —dijo Archer—. He estado vigilando por aquí, casi todo el tiempo.

—Gracias, Archer. No lo olvidaré.

—He oído algo más sobre Sandow —continuó Archer—. Es un tipo realmente desagradable. No conviene subestimarlo. Los otros dos que suelen ir con él, Kelly y Hall... bueno, todos con los que

hablé coinciden en que Sandow es el cerebro del grupo. No hay mucha gente que lo quiera, pero ganan algo extra con el contrabando y les da miedo enfrentarse a él.

—¿Te hablaron con tanta libertad?

—Uno o dos, cuando ya estaban medio bebidos, digamos... ya están acostumbrados a verme por allí.

—Averigua qué mercancías suelen llevar en una ruta de contrabando típica, y en qué cantidad. Luego te daré más dinero para beber. Danny… quizás él también pueda contarte más sobre los aldeanos, y posiblemente sobre el contrabando.

—Se lo preguntaré, mi señor. La última carga, la repartieron toda esa misma noche, después de que se fueran los casacas rojas, pero Sandow estaba hecho una furia.

—¿Por la interrupción?

Archer negó con la cabeza.

—No sabían por qué. Ya han tenido encontronazos con los agentes de aduanas antes, es parte del negocio. A Sandow no le importa mientras la mercancía llegue.

—¿Entonces crees que nadie más sabe sobre nuestro espía? Aparte de Sandow, claro.

—Probablemente uno o dos lo sepan, o lo sospechen, pero no es de dominio público.

—Bien hecho, Archer.

—Mi señor, ¿cree que se llevarán al espía esta noche?

—Si tienen algo de sentido común. Si la parte del espionaje en la operación de Sandow es un secreto, no querrán a un extranjero rondando por la aldea demasiado tiempo. Además, llega tarde. Deberíamos ir a vigilar, para comprobar. —Will notó el leve gesto de cansancio que cruzó el rostro de Archer—. Vete a la cama, hombre, te hace falta.

Archer asintió, dándole una última caricia a Mercury antes de marcharse.

Will volvió a acariciar el cuello de Mercury, luego encontró un cepillo y empezó a acicalarlo, aunque Archer ya lo había hecho bien la noche anterior. El movimiento rítmico lo ayudaba a pensar.

Para hacerse con el contrabando, tenía que convencer a los aldeanos de que lo ayudaran a deshacerse de Sandow, y luego lograr que se pusieran de su parte. Mostrarles cuánto beneficio obtenía Sandow en comparación con la miseria que les dejaba podía ayudar. Datos: necesitaba saber cuánto producía cada ruta, y cuánto ganaban los aldeanos. Haría que Archer averiguara las cantidades, y entonces usaría la información que tenía de Pendrick y Nancarrow para calcular los beneficios.

***

Warren ya estaba acostumbrado a que Connie lo enviara a descansar cuando visitaba al espía, así que el cambio de cartas se hizo sin problemas. Se quedó con el hombre durante media hora, y cuando Warren regresó, ella le dio la orden de vaciar las bodegas.

Pasó las siguientes horas trabajando en su vestido de verano. El progreso era lento; sus dedos se detenían con frecuencia cuando los recuerdos de la noche anterior volvían a colarse. Will la encontró allí a primera hora de la tarde, y ella dejó la costura con entusiasmo.

—¿Viene al jardín? —le preguntó.

Una mesa había sido colocada bajo uno de los manzanos más grandes, su frondoso follaje les daba sombra fresca. Una jarra de limonada, platos con sándwiches y pastelillos los esperaban.

—Qué bonito está todo. Gracias, Will. —Se sentó en la silla que él le acercó, sintiendo una ligereza inmensa por poder compartir la belleza del día con su esposo. El hombre al que amaba.

Will le ofreció los sándwiches, y ella llenó su plato.

—¿Podemos hacer esto más seguido?

—Por supuesto —dijo Will, con una sonrisa en los ojos que la hizo sonrojarse—. Si esta noche se llevan al espía a Francia, mañana quiero ir a Exeter, a ver a Kellet para redactar mi testamento. ¿Le gustaría venir conmigo?

—Sí, por favor, me encantaría. Pasar el día con usted y salir de la casa… ¿qué podría ser mejor?

—Pensé en tomar una habitación en una posada por un par de noches —continuó—. Podremos recorrer Exeter sin preocuparnos por Sandow. Si quiere, puede asistir a misa en la catedral el domingo. Hay tiendas de ropa, librerías…

—Oh, Will, sería maravilloso. —Cosas nuevas por descubrir juntos. Lejos de Ashton Tracey, quizás pudiera olvidar el contrabando por un tiempo.

—Pero no diga nada a los sirvientes. Haga solo una maleta mañana por la mañana. Así nadie podrá avisar a Sandow de que estaremos en camino.

Podría olvidarse de todo una vez que se alejaran de allí, si él no volvía a hablar del tema.

Will alargó la mano sobre la mesa y tomó la de ella, dibujando círculos con el pulgar en su palma.

—Lo siento, Connie. Estoy haciendo todo lo que puedo para mantenerla a salvo.

—Lo sé.

—Pensaba que, si voy a salir esta noche, lo mejor sería echarme una siesta ahora. Dormir un poco. —Sonrió, con esa curva traviesa en los labios y las arruguitas junto a los ojos que tanto le gustaban —. ¿Usted también necesita acostarse un rato?

Sintió que se le encendía la cara.

—Tal vez sí.

***

Will yacía con la cabeza de Connie apoyada en su hombro, con su brazo extendido sobre su pecho. Una brisa suave entraba por la ventana abierta, enfriando su piel aún caliente mientras su respiración se calmaba y su cuerpo se sumía en una serena satisfacción.

Después de un rato, sus pensamientos regresaron al presente. Al volver a la casa, Archer se le había acercado para informarle. Había visto a dos personas entrar por el frente mientras Will estaba en el huerto con Connie, y luego a tres salir. Will giró la cabeza para mirar por la ventana. El cielo se teñía de tonos púrpura, pero aún quedaban un par de horas antes del anochecer y de la posible partida del espía.

De pronto, se le ocurrió a Will que un bote pequeño sin carga visible no sería requisado por contrabando, incluso si lo detenía una patrullera. Con ese argumento, no había nada que impidiera que salieran de día. Quizá ya lo habían hecho y él se lo había perdido.

Tenía que ir ahora. *Maldita sea*.

—Connie, tengo que salir —dijo.

—¿Mmm? —Abrió los ojos—. ¿A vigilar?

—Sí, me temo que sí.

Ella suspiró, luego se incorporó sobre un codo y se inclinó para besarle los labios con suavidad.

—Vaya con cuidado.

***

Will se detuvo en seco al llegar al borde del bosque, y Archer casi tropezó con él por detrás. Había algo distinto en su punto de observación… ya había alguien allí. Mientras observaba, la silueta se desvaneció entre las sombras.

—Es solo Danny, mi señor —dijo Archer, bajando la voz—. Pensé que tal vez se llevarían al hombre enseguida, así que lo envié.

Alzó un poco más la voz.

—Danny, somos nosotros.

Will oyó un leve crujido, y Danny apareció en el sendero frente a ellos.

—No ha salido nada, señor Archer, mi señor.

—Bien hecho, chico —dijo Archer—. Ahora nos quedamos nosotros. Dejé más comida en el sitio de siempre.

Danny asintió y se internó trotando en el bosque.

—Gracias, Archer. Yo mismo debería haberlo pensado. —Había estado demasiado ocupado cortejando a su esposa. Negó con la cabeza, pasándose una mano por el rostro. Este asunto del espía no era un juego, tenía que mantener la mente en lo importante.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo, sentado allí al anochecer. La luna creciente convertía las rompientes de abajo en líneas gris claro sobre un mar oscuro.

Debería llevar a Connie a Lion Rocks una noche de luna llena. A ella le gustaría ver la luna sobre el agua, y él disfrutaría de...

Archer lo empujó con el codo, señalando hacia la bahía. Al principio, Will no distinguió lo que Archer había visto, pero al final una sombra oscureció una línea de rompientes, luego la siguiente.

Era un bote pequeño, lo bastante ágil como para alejarse de la costa con ese viento. La silueta se alejó, perdiéndose pronto contra

el negro del mar.

—Volvamos —dijo Will, y los dos hombres se pusieron de pie.

***

Will entró en su dormitorio, dejando el abrigo y las botas junto a la puerta y desatándose el pañuelo del cuello. Se movía en silencio, sin querer despertar a Connie, y colocó la vela sobre la mesita junto a la cama.

La habitación se iluminó más y él se giró. La puerta que conectaba con la habitación de Connie estaba ahora abierta, y ella era solo una silueta recortada contra la luz de la lámpara de su cuarto.

—Vimos salir un bote —dijo él. Debía de seguir preocupada si había esperado despierta para saberlo—. No sabemos con certeza si el espía se ha ido, pero es lo más probable.

—Entonces una parte de esto ha terminado. —Había alivio en su voz.

—Sí. —Ella no se movía—. Debe de tener sueño —añadió—, si se quedó esperándome. *Di* que no…

—No estoy demasiado cansada —respondió, entrando en su habitación.

Capítulo 37

Sábado 12 de julio

—¿Esto es suficiente? —preguntó Will, esperando que a Connie le gustara. La mejor habitación del Ship Inn tenía una cama doble grande y espacio de sobra para su modesto equipaje. Un pequeño salón contiguo contaba con una mesa donde podrían comer y sillones junto al fuego.

—Muy bonita —dijo ella, con una sonrisa traviesa al mirar la cama de reojo.

—¿Te apetece algo de beber?

—Solo si tú quieres, Will. ¿Podemos pasear un poco por las calles? Hasta ver tantas tiendas es algo nuevo para mí.

—Por supuesto.

Abajo, él envió una nota a Kellet pidiendo una cita para el lunes por la mañana, y luego salieron a caminar. La alejó de Cathedral Green.

—Tendrás tiempo de sobra para ver eso mañana, cuando las tiendas estén cerradas.

En su lugar, pasearon por High Street, deteniéndose a mirar escaparates o explorando callejuelas laterales si veían algo interesante. Will sonrió al verla pasar de largo una tienda de sombreros y dos de vestidos, pero pedir entrar en la primera librería que encontraron.

—Por supuesto. Podemos comprar vestidos nuevos otro día.

—¿Otro día? Tenemos toda la tarde, ¿no?

Él se rio ante su desconcierto.

—Sí, pero sospecho que no será fácil sacarte de una librería una vez dentro.

Ella sonrió, apretándole el brazo.

—Puede que tengas razón. ¿Qué sugieres?

La llevó de regreso a una de las tiendas de ropa y habló en voz baja con la dependienta sobre ropa de dormir ya confeccionada. Connie se sonrojó encantadoramente al ver las telas

semitransparentes y los adornos de encaje, y él notó cómo acariciaba una de las telas delicadas.

—No necesito cosas así, Will, no cuando tienes que ocuparte de la finca y...

—Hay suficiente para algunos caprichos, Connie, créeme. —Hablaría de los ingresos de la finca cuando regresaran a casa; podrían decidir juntos cómo gastar el dinero. Después de que ella comprara algo de ropa nueva.

—Prefiero comprar libros.

Will se aseguró de que la dependienta no pudiera oírlos y se inclinó para murmurarle al oído:

—Estas son un regalo para mí, Connie, no para ti.

Su expresión de duda se transformó enseguida en otro rubor, y sin protestar más eligió dos de las prendas más ligeras.

Aprovechando que tenía la ventaja, la convenció de escoger también dos sombreros nuevos y eligió él mismo un chal antes de insistir en que tenía hambre, aunque ella no lo estuviera, y la llevó a una posada para un almuerzo tardío.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —preguntó Will cuando Connie rechazó más bocadillos y pastel.

Ir de compras, y que además le permitieran comprar lo que quisiera, era toda una novedad, pero la ropa que él ya le había comprado le parecía más que suficiente.

—¿Podemos pasear por los muelles?

—Si prometes ponerte uno de tus camisones nuevos más tarde. —Su sonrisa traviesa la hizo sentir un calor inmediato.

—¿Quieres volver ya…?

Él negó con la cabeza.

—No, Connie. Disfruta de la ciudad. —Extendió una mano para apartarle un mechón de cabello de la cara—. También está el placer de la anticipación.

Se puso de pie y sostuvo la silla mientras ella se levantaba.

—Vamos, vamos a inventar cargamentos extravagantes para los barcos del muelle.

Lunes 14 de julio

Connie contemplaba con deleite los estantes que la rodeaban. ¡Tantos libros! La biblioteca de Ashton Tracey estaba bastante bien surtida, pero demasiados de sus volúmenes eran áridos diarios agrícolas o informes de procedimientos parlamentarios. Esto, en cambio, era un verdadero tesoro, lleno de conocimiento y novelas. Y como Will había ido a ver a Kellet, no tenía que preocuparse por aburrirlo mientras ella curioseaba.

Libros de naturaleza, pensó. Le encantaban las flores silvestres de los prados alrededor de Ashton Tracey, pero nunca había tenido la oportunidad de aprender todos sus nombres correctos. Quizás también un librito sobre aves, para poder llevarlo en el bolsillo cuando salieran a caminar.

El día anterior había sido tranquilo. Después de asistir al servicio matutino en la catedral, Will había arreglado para que uno de los verger, sacristanes, le diera una visita guiada. Él los había acompañado, prestando suficiente atención como para hacer algunas preguntas pertinentes y guiándola con pequeños toques a lo largo del recorrido. Ese contacto físico solo remarcaba cuánto habían cambiado las cosas desde aquel día en que se había reunido con ella en la catedral de Salisbury.

—¿Puedo ayudarla, mi lady? —preguntó un hombre mayor, asomándose por encima de unas gafas que le colgaban de la punta de la nariz.

—¿Tiene libros sobre arquitectura eclesiástica? ¿Y sobre monumentos y estructuras antiguas?

Will empujó la puerta de la librería, haciendo sonar la campanilla.

—Solo estoy mirando —dijo, cuando el dueño se acercó apresuradamente. Connie debía de estar aquí en alguna parte.

La tienda era un laberinto de pequeñas habitaciones interconectadas, atestadas de estanterías. A él mismo le encantaría perderse hojeando libros, pero era consciente de que Connie llevaba ya una hora allí mientras él estaba con Kellet. Fue recorriendo la tienda, asomándose a cada sala abarrotada a su paso.

La reunión había durado más de lo esperado, pero había valido la pena esperar mientras Kellet redactaba el documento que necesitaba. Su última voluntad y testamento, firmado y con testigos, ya estaba en poder de Kellet, junto con instrucciones para contactar a los Tregarth si le sucedía algo. Deshacerse de Sandow seguía siendo su prioridad, pero al menos ahora el futuro de Connie estaría más seguro si algo salía mal.

La encontró en la quinta habitación que revisó, sonriendo al verla con la nariz metida en un libro. No se inmutó cuando él se acercó.

—Ah, aquí estás —dijo él.

Ella soltó un jadeo, casi dejando caer el libro.

—Perdón, estaba leyendo.

—¿Realmente? —replicó él, mirando la pequeña pila de libros en el suelo junto a sus pies—. ¿Eso es todo lo que has escogido?

—Servirá por hoy —respondió ella con una sonrisa, aunque levantando una ceja.

Bien, pensó él, ya no se disculpaba por gastar dinero.

—He terminado mis asuntos con Kellet —dijo—. Me queda una cita más, cuando termines aquí. —Se agachó mientras hablaba y recogió los libros del suelo.

Ella miró con duda el libro que aún sostenía, así que él se lo quitó y lo añadió a la pila.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, cuando él le ofreció el brazo y echaron a andar por la calle.

—Aquí. —Se detuvo frente a la tienda donde él le había comprado aquellas camisas el sábado. Abrió la puerta y la hizo pasar.

—Ya tengo suficientes vestidos —dijo ella, aunque no pudo evitar mirar con anhelo los colores intensos y los delicados estampados de las telas expuestas—. Aunque supongo que ya están pasados de moda.

—Solo estoy comprando lo que tu padre debió darte antes de casarnos —dijo Will.

—¿No necesitas el dinero para la finca? —bajó la voz, consciente de que el dependiente estaba cerca.

—Si sigues discutiendo, repasaré contigo las cuentas de la finca con todo detalle cuando lleguemos a casa —susurró él.

—Gracias, lo disfrutaré —respondió ella, mordiéndose los labios al ver la sorpresa en su rostro, y su risa.

—Te lo recordaré —dijo él—. Ahora, he arreglado para que te tomen medidas y elijas algunas telas y estilos. La señora Walker hará una parte de los vestidos y los llevará a Ashton Tracey para probártelos.

Ella cedió, sería maravilloso tener ropa nueva.

—Gracias.

—Esto te quedaría bien —dijo Will, acariciando un satén rosa con ramilletes de diminutas rosas bordadas. Pasó luego a unos rollos de kerseymere en tonos más oscuros, tocando un azul intenso—. Este para un vestido de montar.

Connie se imaginó galopando por los acantilados, con las faldas azul oscuro ondeando al viento, y Will cabalgando a su lado.

—Y al menos dos vestidos más, Connie —continuó Will—. Me quedaré para asegurarme de que no te limites a las telas más baratas.

Connie, que ya tenía la boca abierta para protestar, la cerró de nuevo. Todos los años de apretarse el cinturón en casa de su padre estaban más arraigados de lo que había creído.

Una hora después, habían encargado un traje de montar, una *robe à la française* de seda rosada, un *redingote* verde oscuro, y tres vestidos abiertos de algodón estampado, con sus correspondientes enaguas. Connie nunca había tenido tantas prendas, y mucho menos seis nuevas de una vez.

—Me temo que deberíamos regresar ya —dijo Will alzando la vista. Las tenues nubes de antes se habían espesado hasta formar láminas de gris claro.

—Me lo he pasado muy bien, Will. Gracias.

Él le dio unas palmaditas en la mano que reposaba sobre su brazo.

—Un placer, mi señora.

Connie observaba el rostro de Will mientras conducía, fijándose en su concentración al adelantar un carro lento en un tramo angosto del camino, recordando la sensación de sus labios sobre su cuerpo.

No eran los libros guardados en la caja tras ellos, ni la promesa de nuevos vestidos, lo que alimentaba su felicidad. Era el tiempo que había pasado con Will. Su intimidad formaba parte, sí, pero también lo era la forma en que hablaban, reían juntos. Todo había sido tan… tan normal. Como lo que harían las parejas felizmente casadas. Las parejas que se amaban. Ella lo amaba; esperaba que él comenzara a amarla.

—Will, ¿podemos hacer esto otra vez algún día?

La sonrisa con la que él la miró le calentó el corazón.

—Creo que la próxima vez deberíamos ir a Salisbury. Puedes ver Stonehenge.

—¡Sí, por favor! —Sintió un cálido resplandor de felicidad al saber que él lo había recordado.

Will notó a un hombre cavando en los jardines formales mientras se acercaban a la casa. Se incorporó cuando la calesa se acercó, pareciendo inspeccionarlos tanto a él como a Connie, antes de tocarse el sombrero y volver a su trabajo.

Will ayudó a Connie a bajar junto a la puerta principal y siguió con la calesa hasta los establos. Archer, que lo esperaba, empezó a retroceder la calesa hacia la cochera.

—Los hombres que mandó el señor Nancarrow vinieron el sábado —dijo—. Tanner y Neilson.

—Vi a uno de ellos en el jardín delantero —respondió Will.

—Ese sería Tanner. El señor Nancarrow les explicó para qué se les necesitaba.

—¿Te parecen de fiar?

—¿A mí, mi señor? —Archer alzó las cejas—. Yo… eh… hasta donde puedo decir, sí. No hablan mucho.

—¿Les dijiste que no hablaran sobre por qué están aquí?

—Sí, mi señor, como usted dijo. Pero, ¿no quiere que disuadan a Sandow y a su gente de…? —Se interrumpió, con las manos aún en el arnés.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Will, curioso por ver si el mozo había llegado a la misma conclusión que él.

—Contratar guardias le hace pensar a la gente que hay algo que ocultar.

—Continúa —dijo Will.

—La gente del pueblo podría preguntarse por qué los trajimos, y Sandow podría suponer que sabemos más de lo que cree.

—Eso mismo pensaba yo, sí. Así que seguiremos dejando que todos piensen que son solo jardineros adicionales —Will tomó las riendas mientras Archer se encargaba del resto del arnés—. Probablemente andaré por las granjas de nuevo en los próximos días, pero sin Lady Wingrave. Asegúrate de que sepan que deben reportarse contigo en mi ausencia. Manda aviso si cuestionan tus órdenes.

—Yo… Sí, mi señor.

Will esperaba no estar dándole demasiada responsabilidad a Archer, pero hasta ahora había demostrado ser digno de confianza e inteligente.

Por desgracia, Connie tendría que limitarse a la casa y los jardines durante los próximos días. Dudaba que Sandow intentara matarlo directamente en represalia por haber enviado a los Trasker lejos. Matar a un miembro de la aristocracia llamaría más la atención sobre sus actividades que la pelea con los agentes del fisco. Era más probable que intentara dar algún tipo de advertencia, y él estaría lo bastante seguro si Sandow lo enfrentaba. Montado en Mercury, podía dejar atrás a cualquier atacante, y llevaría sus pistolas con él.

No tenía por qué pasar todo el tiempo en las granjas. Le daría a Connie las cuentas de la finca y dejaría que ella las revisara a su manera, no necesitaría su ayuda. También sería agradable pasar un tiempo sin hacer nada realmente productivo.

Capítulo 38

Miércoles 16 de julio

Connie se puso el vestido y se abrochó el frente, luego se colocó frente al espejo y giró de un lado a otro. Nada mal para un día de trabajo, pensó, alisando las faldas. La señora Trasker podría haber cosido el dobladillo con un poco más de precisión, quizá, pero dudaba que alguien notara unas cuantas imperfecciones. Era solo un vestido de verano para estar en casa, y serviría hasta que estuvieran listos los nuevos.

—Muy bonito —dijo la voz de Will a su espalda, haciéndola dar un respingo.

Ella giró sobre sí misma, dejándole apreciar el resultado.

—Te queda muy bien —añadió él—, aunque te prefiero sin él.

Respondió al brillo en sus ojos con una sonrisa.

—Más tarde. ¿Cómo te fue en Knap Farm?

—Te lo cuento con el té.

En el salón, Connie tomó un sorbo de té y comió un pedazo del pastel de manzana de la señora Curnow, escuchando el relato de Will sobre su visita matutina. Después de haber pasado buena parte del día anterior en dos de las granjas más alejadas, y las visitas de hoy, su recorrido por la finca debía de estar casi terminado.

—…en buen estado, no hay mucho que hacer allí. La señora Knap preguntó si te llevaría la próxima vez, aunque eso tendrá que esperar hasta que…

Connie oyó cascos y el crujido de ruedas sobre la grava justo cuando las palabras de Will se desvanecían. Se acercaron a la ventana y vieron un coche de posta con cuatro caballos deteniéndose al pie de la escalinata. Dos hombres bajaron y se quedaron mirando hacia la casa.

—¡Tregarth! —Will dejó su taza y salió apresuradamente al vestíbulo.

Connie observó cómo Barton ayudaba al criado que viajaba en la parte trasera del carruaje a descargar un par de valijas. Luego se

arregló el cabello frente al espejo sobre la chimenea, alisó su vestido y salió a saludar al amigo de Will.

—Tregarth. Sir John —dijo Will, mirándola y animándola a acercarse con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza—. Señores, les presento a Lady Wingrave. Connie, mi buen amigo Harry Tregarth, y su padre, Sir John.

Ella hizo una pequeña reverencia y extendió una mano, observándolos con interés. Si algo le ocurría a Will, estos hombres tendrían su futuro en sus manos.

—Mi señora —Harry Tregarth se inclinó sobre su mano—. Es un placer conocerla. —Su sonrisa era cordial.

—Lady Wingrave —dijo Sir John, con una mirada más evaluadora que la de su hijo—. Mis disculpas por no haber avisado de nuestra visita.

—Es usted bienvenido, Sir John. —Era demasiado pronto para juzgar, pero sus primeras impresiones de ambos eran prometedoras.

—¿Se quedarán? —preguntó Will.

—Al menos esta noche, si no les importa —respondió Sir John.

—Están en su casa, por el tiempo que deseen —dijo Will—. Warren, refrescos en la biblioteca, por favor.

—Me encargaré de todo —dijo Connie, consciente de que le correspondía organizar los dormitorios y asegurar que la cena fuera adecuada para sus invitados, su primera prueba como anfitriona.

—Únete a nosotros cuando puedas, mi señora —añadió Will, y el calor en sus ojos suavizó el tono formal de sus palabras.

Will condujo a sus invitados por el pasillo, y Connie fue a consultar con la señora Curnow.

La cocinera, tras murmurar algunas maldiciones sobre hombres sin consideración por quienes debían preparar comida extra con apenas un par de horas de aviso, se puso manos a la obra con determinación. Connie tomó a una de las doncellas para ayudarla a preparar dos de las habitaciones de invitados.

Will despidió a Warren después de que sirviera las bebidas.

—¿Qué lo trae por aquí, Sir John? No mencionó que vendría cuando nos vimos por última vez.

—Mi visita era una posibilidad entonces, no una certeza.

—Yo pensaba venir de todos modos —dijo Harry Tregarth—. Entre otras cosas, ya era hora de conocer a tu nueva esposa. Parece que has hecho una buena elección.

—Eso creo —Tregarth podía estar bromeando, pero Will decidió tomar sus palabras al pie de la letra—. ¿Tuvieron buen viaje?

—No estuvo mal, pasamos un par de noches en el camino. Anoche paramos en el Golden Lion, en Shaftesbury. ¿Has estado ahí?

Will negó con la cabeza.

—El George and Dragon es mejor. Buena cerveza.

—No, no…

Will vio a Sir John poner los ojos en blanco y levantarse para mirar los estantes de libros, mientras Tregarth se lanzaba a comparar las posadas que había frecuentado últimamente. Sir John debía de haber venido por el asunto del espía, pero no era el momento para hablar de eso, así que Will dejó que su amigo siguiera hablando.

Interrumpieron la conversación cuando se abrió la puerta, y los tres se pusieron de pie al ver entrar a Connie.

—Sir John, señor Tregarth, sus habitaciones están listas si desean instalase. La cena estará servida a las cinco.

—Gracias, mi señora, por recibirnos con tanta disposición.

Will sonrió mientras sus invitados salían de la habitación.

—Fue un trabajo rápido, gracias. ¿Se ha calmado la señora Curnow?

Ella soltó una risita.

—Creo que sí. Me temo que la cena no será muy elaborada.

Will se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Tregarth se conforma con lo que le pongan delante, y Sir John… bueno, si quería una cena formal, debería habernos avisado. —Respiró hondo—. Connie, la visita de Sir John debe tener que ver con el espía.

—Lo supuse —dijo ella—. Quien es tu amigo cercano es el señor Tregarth, no su padre. —Se alisó la falda, y Will notó restos de polvo

—. Si me disculpas, voy a cambiarme de vestido. Las habitaciones de invitados no estaban tan libres de polvo como deberían.

Con la esperanza de haber hecho lo correcto, Connie le había pedido a Barton que colocara cuatro puestos en un extremo de la larga mesa del comedor formal. Se sintió aliviada al ver que Will asentía con aprobación cuando la vio. Le sostuvo la silla antes de sentarse frente a ella.

A pesar de los refunfuños de la señora Curnow, la cocinera había logrado preparar platos dulces y salados, y Warren había seleccionado lo que Connie esperaba fuera una buena elección de vinos, dentro de lo limitado de su bodega.

—¿Le gusta la casa, Lady Wingrave? —preguntó Tregarth, sentado a su lado, con una sonrisa amable.

—Mucho, señor Tregarth.

—Es bastante más pequeño que Marstone Park.

Connie se preguntó si aquello era una crítica, pero Tregarth tenía un brillo travieso en los ojos.

—Siempre preferí este lugar cuando me invitaban a pasar las vacaciones de verano con Will —continuó Tregarth—. Él no era Wingrave entonces, claro.

—Debe visitarnos siempre que quiera, señor Tregarth. —Will disfrutaría de su compañía, y ella sospechaba que también lo haría.

—Sí, hazlo —insistió Will desde el otro lado de la mesa—. Aquí no nos preocupamos por las formalidades. —Miró hacia Warren, que esperaba junto a la puerta—. Warren, por favor, saca el oporto en la alacena y déjanos.

Connie oyó el tintineo de botellas y cristalería a su espalda, y luego el sonido de la puerta cerrándose tras el mayordomo.

—Entonces, sir John, ¿qué lo trae a Devonshire? —preguntó Will.

No era la manera más sutil de abordar el tema, pensó Connie, pero ella también sentía curiosidad por la misión de sir John.

Sir John miró a Connie y luego tomó un sorbo de su copa de vino.

—Es una región preciosa, Wingrave. Harry quería venir a ver cómo estabas.

—Sir John. —La voz de Will era tranquila, pero Connie pudo ver la molestia en la rigidez de su mandíbula. Su propia irritación también aumentó: parecía que sir John no confiaba en ella.

—Expliqué cómo llegué a tener en mi poder los documentos —dijo Will—. ¿No cree que la persona que los descubrió y los devolvió…?

Los labios de sir John se curvaron en una sonrisa irónica mientras las palabras de Will se apagaban.

—Muy bien, Wingrave, si así lo deseas. Imagino que de todos modos le contarías todo a tu esposa más tarde.

Connie esperaba que así fuera, y el leve asentimiento de Will lo confirmó. Su mirada se desvió hacia Harry Tregarth, sentado junto a ella. Seguramente ya estaba al tanto de los secretos de su padre.

—Talbot… ¿Le han hablado de Talbot, lady Wingrave?

—Sí.

—Bien. Hasta donde entiendo, Talbot siempre recurre a las mejores personas que puede encontrar. Note la palabra "personas", no "hombres".

Connie se relajó. No tenía idea de qué papel podría desempeñar en los asuntos de sir John o de Talbot, pero le resultaba satisfactorio estar incluida en la conversación.

—Primero, me han autorizado a decirles —a ambos— que el mensaje que encontraron era muy valioso. El departamento de Talbot no sabía que información de ese tipo estaba siendo enviada a nuestros enemigos. Les envía su agradecimiento. Yo solo soy un mensajero, entiéndanlo. Estos asuntos están fuera de mi responsabilidad dentro del gobierno, ni deseo involucrarme más. Sin embargo, como ya habían hablado conmigo y como Harry es conocido como amigo suyo, Talbot decidió que sería mejor enviarme a mí que presentarse él mismo o convocarlos de nuevo a Londres.

Los ojos de Will se encontraron con los de Connie, levantando una ceja. Hablar de "convocar" implicaba que podían hacer que Will obedeciera.

—El asunto, Wingrave —continuó sir John—, es que Talbot tiene una idea de quién podría ser el responsable, pero no cuenta con suficiente información para actuar contra él, ni sabe si es el único.

Esa es una de las razones por las que los documentos fueron devueltos para que siguieran su camino. Sin duda, habrá otros, y ustedes están en una posición única para interceptarlos.

—Encontré esos documentos puramente por casualidad, sir John —dijo Connie, resistiendo la tentación de añadir más, preguntándose si había hecho mal en interrumpir.

—Lo sé. —Sir John asintió hacia ella, sin mostrar ofensa alguna —. Pero Talbot opina que si permiten a los contrabandistas usar sus bodegas, alguno de sus hombres podría interceptar otros mensajes.

—¿Cómo podríamos…? Quiero decir, no podemos contar con que el siguiente hombre sea disparado —dijo Will.

—Hay maneras, Wingrave, pero hablaremos de eso más adelante, si aceptan la propuesta de Talbot.

Eso sonaba como si implicara más que simplemente dejar usar las bodegas.

—Continúe, sir John —dijo Will, jugueteando con su copa de vino, su interés evidente y la comida en su plato había sido olvidada.

—Al principio, interceptarían los mensajes, los copiarían y los enviarían en su camino.

¿Al principio?

—Entonces, ¿no se trata solo de identificar al traidor? —preguntó Connie.

—Talbot podría permitirle continuar, mi lady, pero controlando la información que recibe.

—O enviándole información falsa —sugirió Will.

—Posiblemente, sí. Sin embargo, ustedes no se encargarían del contenido de las comunicaciones.

Y mejor así. Ya era bastante complicado recordar quién sabía qué sobre los contrabandistas locales; le desagradaría tener que manejar algo que pudiera afectar los asuntos nacionales. Decidir si quería involucrarse o no sería algo que pensaría después.

—La información falsa acabaría descubriéndose, ¿no? —preguntó Will.

—Sin duda. Sin embargo, Talbot podría querer aprovechar para enviar a sus propios hombres al continente.

—¿Por qué aquí, señor? —preguntó Tregarth—. ¿Por qué no enviar sus mensajes desde la costa de Kent o Sussex? Está mucho más cerca de Londres.

Sir John pinchó un trozo de pastel con su tenedor.

—No sabemos quién es, Harry. ¿Cómo podríamos conocer sus razones?

—Entonces, ¿por qué Talbot querría usar Ashmouth para sus propios espías una vez que se haya tratado con el traidor? —insistió Will.

—Dímelo tú, Wingrave —respondió sir John—. Excelente pastel, lady Wingrave. Felicite a su cocinera de mi parte.

Connie no pudo evitar sonreír ante la irritación en el rostro de Will. Sin embargo, era una buena pregunta. Will había tardado más de un día y una noche en llegar a Londres, sin detenerse. Normalmente, el viaje tomaría al menos dos días, y más en invierno.

—¿Cuánto tarda un barco en navegar de Devonshire a Kent?

—Depende del viento, lady Wingrave —dijo Tregarth—. Con viento del oeste, podría tardarse más o menos lo mismo que en cabalgar desde aquí hasta Londres.

—He oído que puede tardarse una semana o más si el viento sopla en la dirección equivocada —añadió Will—. Si los espías han zarpado de Brest, o de algún lugar más al sur, desembarcarlos aquí en lugar de en la costa de Kent podría acortar algunos viajes.

Usar Ashmouth tenía sentido, entonces. No todos los espías viajarían hacia o desde París, especialmente si la suposición de Will era correcta y la información estaba destinada a las colonias.

—Talbot razonó algo parecido —explicó sir John—. Aunque también es posible que nuestro traidor viva en algún lugar cercano y simplemente utilice a los contrabandistas a quienes ya compraba brandy. Y antes de que preguntes, Wingrave, no sé de quién sospecha Talbot.

Y probablemente no se lo diría aunque lo supiera.

—De acuerdo, ¿qué opinas, Wingrave?

Estaba segura de que Will querría aceptar. Había visto frustrado su deseo de unirse al ejército; esto le permitiría hacer algo por su país.

—Le daré nuestra respuesta por la mañana, sir John —dijo Will.

Se encontró con la mirada de Connie, alzando una ceja, y ella sonrió, complacida de que hubiera decidido consultarla.

—¿Más vino, sir John?

Capítulo 39

Will colocó el oporto y los vasos sobre la mesa.

—Si nos disculpan, sir John, Tregarth, los dejaremos ahora. Pueden usar la biblioteca si lo desean.

Las sombras se alargaban bajo el sol del atardecer, pero aún quedaba tiempo para pasear por los jardines con Connie. Le ofreció el brazo y salieron a la terraza, hasta uno de los bancos que daba al parque. Se sentaron, dejando suficiente espacio entre ellos para poder girarse un poco y mirarse de frente.

—Quieres hacerlo, ¿verdad? —La expresión de Connie era difícil de interpretar; al menos no era una desaprobación abierta.

—Es útil, Connie. —Era casi un deber, ahora que le habían ofrecido la tarea. También era un desafío mayor que dedicarse a la agricultura. Disfrutaba organizando la finca, pero habría poco que hacer una vez que estuviera funcionando de manera eficiente.

—Will, yo... me alegró que sir John confiara en mí, y sí siento que es correcto ayudar, si podemos. Pero ¿qué tan seguro será?

Will le tomó la mano.

—Connie, cuando esto se limite solo a transportar a los hombres de Talbot, no será ni difícil ni peligroso para nosotros. En cuanto a la primera parte, interceptar mensajes, el peligro no vendrá de los espías.

—¿Sandow?

—Sí. —Se pasó una mano por el cabello—. La única forma de saber con seguridad cuándo se transporta un mensajero es que yo mismo, o alguien en quien confíe, dirija el contrabando. He estado informándome sobre cómo funciona todo, y Sandow está engañando a los aldeanos. Podría hacerme cargo.

Ella entornó los ojos.

—¿Ya habías estado pensando en hacer eso?

—Sandow debe ser eliminado, Connie, estuviste de acuerdo con eso.

—Eso no significa que tengas que dirigirlo tú. —Suspiró—. Supongo que lo que sir John te está pidiendo es una buena razón.

—Si me deshago de Sandow, otro ocupará su lugar, y podría ser igual de malo que él. Si me hago cargo, podría intentar manejarlo sin violencia.

—¿*Intentar* manejarlo sin violencia? Eso no me basta, Will.

—Connie, no usaré los métodos de Sandow. Aún no estoy seguro de cómo hacerlo exactamente, pero estoy trabajando en ello.

Connie sostuvo su mirada durante un largo momento.

—Muy bien.

—Puede que implique algunos sobornos —añadió—. No puedo explicarles a los preventivos como Sullivan lo que estamos haciendo. Mejor eso que otra batalla en la que podrían morir hombres.

Le costaba admitirlo incluso ante sí mismo, pero esta propuesta le daba una excusa legítima para algo que ya había estado considerando.

Ella asintió en silencio, la mirada fija en el sol que descendía. Era mucho que asimilar en una sola noche; debía darle algo de tiempo.

—Connie, ¿quieres que te deje sola para que lo pienses? Dijimos que daríamos a sir John nuestra respuesta por la mañana.

—Sí, me gustaría tener algo de tiempo para considerarlo. Pero Will, si yo dijera que no, ¿realmente abandonarías la idea?

—Intentaría convencerte de que cambiaras de opinión —admitió —. Pero este es nuestro hogar; no lo haré si no estás de acuerdo.

Se puso de pie.

—Me reuniré con los demás.

Sola en la terraza, Connie observó la puesta de sol, viendo cómo el cielo pasaba del azul apagado al rosa y luego al púrpura. Le recordaba las noches de verano en el jardín de la vicaría, robadas cuando su padre estaba fuera. Siempre había deseado tener una familia amorosa, como los Fancott, pero ahora se daba cuenta de que había pensado poco más allá de ese simple deseo. El señor y la señora Fancott tenían cada uno sus propios objetivos además de criar a sus hijos, y ahora de mimar a sus nietos. En su caso, era cuidar de sus feligreses.

Will tenía ahora un propósito: mejorar las granjas, y, esperaba, ayudarla a criar a sus futuros hijos. Pero una vez realizadas las mejoras, no habría suficiente trabajo para mantenerlo ocupado. Para un hombre con gusto por la aventura, administrar la finca y criar una familia no sería suficiente. Necesitaría algo más; algo como la oferta de Talbot.

Su reacción inicial había sido negarse: era demasiado arriesgado. Pero el verdadero peligro actual venía de Sandow. Los mensajeros que iban y venían, tratando de pasar desapercibidos... ¿realmente traerían más peligro?

Esta nueva vida aún le resultaba un poco extraña, pero cuando se asentara por completo en ella, también necesitaría un propósito propio, además de la familia. Nunca habría elegido formar parte de un proyecto de espionaje, pero Will lo necesitaba, además de quererlo. Su papel podía ser asegurarse de que él considerara el bienestar de todos los involucrados: los aldeanos, y los sirvientes de Ashton Tracey. Sería el proyecto de *Will*, pero ella lo apoyaría, lo ayudaría cuando pudiera, y aceptaría que era parte de lo que él era, de lo que *ambos* eran.

Martha había dicho que todo saldría bien. Connie sonrió al volver al interior. Su amiga nunca habría imaginado algo así.

***

Connie apartó suavemente el brazo de Will de su cintura y se levantó de la cama. Moviéndose en silencio, se puso una camisola y una bata, y se sentó en el banco de la ventana, escuchando los sonidos de la noche.

Hacer el amor había sido tan bueno como antes... mejor, en realidad, ahora que parte de su timidez se había desvanecido. Se había perdido en las sensaciones, en la alegría de dar placer tanto como de recibirlo. Pero ahora envidiaba la capacidad de Will para dormir. Su mente no encontraba descanso, dándole vueltas a las implicaciones de la propuesta de sir John.

No sería, no podría ser, un secreto solo entre ellos dos. A los aldeanos no les resultaría cómodo tratar directamente con Will, así que eso significaba que otra persona tendría que involucrarse directamente. Probablemente Archer.

Todos los aldeanos lo sabrían. Al menos acerca de Archer, y por inferencia, que Will estaba involucrado de alguna manera. Y si los aldeanos lo sabían, entonces también lo sabría todo el personal de Ashton Tracey.

—¿Connie? —Will se incorporó en la cama, poco más que una silueta pálida a la luz de la luna.

—No podía dormir —dijo, apretándose la bata contra el cuerpo.

Él apartó la sábana y se acercó, poniendo los brazos en las mangas de su bata. Connie se movió hacia un extremo del banco, y Will se sentó junto a ella.

—¿Estás pensando en la propuesta de sir John?

—Sí.

Todavía no le había dado su respuesta, y ahora tenía más preguntas.

—Will, ellos quieren que tú... que nosotros... hagamos esto durante mucho tiempo. ¿Confías en tu padre para que no cambie de opinión y venda la propiedad?

—No, no confío.

—Se enterará, al menos del contrabando.

—No, si somos cuidadosos.

Connie negó con la cabeza.

—Puedes deshacerte de la señora Strickland, pero ella iría directamente con tu padre. Si la conservas, tarde o temprano Archer perderá alguna carta suya o ella se la entregará a otra persona para que la lleve al correo. Tampoco sabemos si alguien más aquí recibe dinero de tu padre. ¿Consideraría él que el contrabando rompe tu acuerdo?

—Sin duda.

Era algo que Will había tenido en mente desde la conversación en la cena. Confiaba en Connie para que también pensara en eso.

Alargó la mano para acariciarle el cabello.

—Formaremos un buen equipo, Connie.

No podía ver su expresión en la penumbra, pero la oyó suspirar.

—Will, acepto que quieras... que necesites... hacer esto, pero no quiero que pierdas Ashton Tracey por ello. Eso acabaría con tu

utilidad para Talbot. Y solo te casaste conmigo porque tu padre amenazó con vender la propiedad...

—Connie, basta.

Se acercó más y le tomó la mano.

—Eso fue parte de la razón, sí. Pero me di cuenta de que ya era hora de sentar cabeza. También lo hice, en cierto modo, por mis hermanas.

—¿Tus hermanas?

Maldita sea esta luz de luna; no podía ver qué estaba pensando ella.

—Mi padre arreglará sus matrimonios como hizo con el mío. No pienso permitir que las casen con alguien que no quieran, y puedo hacerlo mejor contigo a mi lado, ayudándome a guiarlas en la sociedad.

—No sé nada de la sociedad.

Sus palabras salieron lentas, dudosas.

—No te preocupes por eso ahora, Connie. El punto que intento dar es que Ashton Tracey no fue la única razón. Y todas esas razones ya no importan ahora que te conozco a ti.

Puso un brazo alrededor de sus hombros, sintiendo la tensión en su cuerpo.

—No desharía este matrimonio, Connie.

Ella se relajó un poco.

—Ven a la cama —susurró en su oído.

—No intentes distraerme, Will.

Se apartó de él.

Tú me distraes a mí, mujer.

Reprimió el impulso de decirlo en voz alta.

—No intento distraerte, Connie. También había pensado en eso. Tengo una idea, pero necesito reflexionarla primero —volvió a extender la mano—. Ven a la cama. Solo para dormir, si eso es lo que quieres, pero me gusta sentirte a mi lado.

Ella permaneció quieta un momento, pero luego puso su mano en la de él y se dejó levantar.

Capítulo 40

Jueves 17 de julio

Will y Connie se reunieron con Sir John en la biblioteca antes del desayuno.

—Entiendo que su señor Talbot no ofrece un pago por mis servicios —dijo Will, yendo directo al grano.

Sir John inclinó la cabeza.

—Correcto. Se asume que la satisfacción de servir a nuestro país es suficiente para hombres, y mujeres, de nuestra posición.

—¿Está al tanto, creo, de que Ashton Tracey pertenece a mi padre y no a mí?

—Lo estoy, sí.

—¿Y de que mi padre ha amenazado con venderlo si incumplo ciertas condiciones?

—Sí. Talbot hizo algunas averiguaciones antes de decidirse por esta propuesta —respondió Sir John—. Razonable, dadas las circunstancias, creo.

Will tuvo que admitir que lo era.

—El punto es que mi residencia aquí podría terminarse con muy poco aviso. A menos, claro, que usted o Talbot estén dispuestos a prestarme el dinero suficiente para comprar el lugar.

—Continúe —lo animó Sir John.

—Requeriría de cierta artimaña —continuó Will—, pero eso no debería ser un impedimento, dado el tipo de negocio para el que nos está reclutando.

—De acuerdo.

—Mi idea es que usted o Talbot acuerden venderme Ashton Tracey si llega a estar en su posesión. Uno de nosotros podría hacer que llegue a oídos de mi padre que he roto sus condiciones, momento en el cual probablemente estará encantado de vender la propiedad a un precio de ganga a quien muestre interés.

—Podría funcionar, supongo —Sir John parecía estar sopesando la sugerencia—. Y el préstamo que necesita sería por esa suma

acordada. ¿Cómo piensa devolverlo?

Ese era el punto débil del plan de Will.

—Naturalmente sería un préstamo en términos muy favorables —respondió—. Bajo interés, a largo plazo. Los ingresos de la finca serán suficientes para comenzar los pagos en unos pocos años, pero también debería poder obtener algo de beneficio del contrabando que su propuesta requiere.

Sir John sostuvo su mirada.

—Tengo suficiente autoridad para aceptar eso. ¿Acepta entonces la propuesta de Talbot?

Will miró a Connie, preguntándose qué pensaba ella ahora de la idea. Ella volvió la cabeza hacia la ventana.

—Lo hablaré con Lady Wingrave —dijo Will—. ¿Nos disculpa?

Una vez solos en la terraza, Connie se volvió hacia él.

—Will, si Talbot tiene la hipoteca de este lugar, podría ejecutarla en cualquier momento y te verías obligado a vender. ¿En qué se diferencia eso de estar bajo el pulgar de tu padre?

—Debo asumir que Talbot solo tomaría una decisión así después de una reflexión racional, no en un arrebato de ira porque imagine que he desafiado alguna orden arbitraria suya.

Ella asintió, con ese pliegue pensativo en la frente nuevamente.

—Y supongo que saber parte de sus asuntos te da cierto control sobre él, si las cosas se tuercen.

—No estoy tan seguro de eso, Connie, dado el tipo de negocios en los que está Talbot. No creo que amenazar con revelar sus secretos sea una buena idea, ni para nosotros ni para el país. No lo conozco, pero Sir John sí, así que debo confiar en su juicio.

—No te pedirá hacer algo más, ¿verdad? Quiero decir, ¿podría pedirte que te conviertas tú mismo en espía?

Will sonrió, casi se rio.

—No estaba tratando de ser graciosa —su voz fue cortante.

—Lo siento, Connie, pero es la idea de mí mismo siendo lo suficientemente frío como para hacer algo así —tomó una profunda inspiración—. Te doy mi palabra de que no aceptaré, si alguna vez lo pide. ¿Te basta con eso?

Su rostro se suavizó y sonrió.

—Muy bien.

—Gracias. Sería prudente dejar algo por escrito, al menos sobre la hipoteca, pero podemos ir a Exeter esta mañana. ¿Ahora desayunamos y le damos a Sir John nuestra respuesta?

Connie decidió no acompañar a Will y a los Tregarth a Exeter. La brisa fresca y las nubes que se espesaban reforzaron su decisión: pasar varias horas en el carruaje no sería agradable si llovía.

Empezó revisando los menús para la semana entrante con la señora Curnow, antes de decidir que necesitaba enfrentar a la ama de llaves. Aunque al principio había agradecido su ausencia, era hora de que reanudara sus deberes… y los cumpliera adecuadamente.

Connie llamó a la puerta del despacho de la señora Strickland.

—¡Adelante, Mary!

Connie empujó la puerta. La señora Strickland estaba sentada al escritorio a un lado de la habitación, con una pluma en la mano.

—¿Qué te ha tomado tanto tiempo, niña? Mandé llamar a… —cerró la boca de golpe al ver a Connie y se apresuró a voltear la hoja de papel en la que estaba escribiendo.

¿Otra carta al conde?

Connie esperó, manteniendo su mirada fija en la ama de llaves. Confundir a quien tocaba era comprensible; no disculparse por el error, insolente.

—Yo… lo siento, mi señora. Le pedí a esa muchacha que viniera…

—No tiene importancia, señora Strickland —Connie notó el bastón apoyado contra la pared junto a la puerta—. Me alegra ver que ya puede moverse sin su bastón. Creo que es hora de que reanude sus deberes.

—Yo… eh, sí, si así lo desea, mi señora.

—Bien. Quiero que ayude a las doncellas a limpiar las dos habitaciones de invitados que se usaron anoche. Puede que Sir John y su hijo no lo hayan notado, pero había demasiado polvo, y las ventanas no se han limpiado en mucho tiempo. Incluso las habitaciones cubiertas con lonas necesitan algo de atención.

Los labios de la ama de llaves se tensaron.

—Me aseguraré de que hagan un trabajo adecuado, mi señora. Si yo hubiera estado…

—Está malinterpretando, señora Strickland. Tenemos poco personal, usted las *ayudará*.

Finalmente, la mujer se puso de pie, como debería haber hecho en cuanto Connie entró.

—Soy ama de llaves, mi señora, no...

—Y yo soy Lady Wingrave, y su empleadora. Ayer *yo* tuve que ayudar a las doncellas a preparar los cuartos de invitados.

Un rubor rojo apareció en el rostro de la señora Strickland, pero no dijo nada más, limitándose a hacer un breve asentimiento.

Connie se giró para marcharse, y casi chocó con la pequeña ayudante de cocina que entró corriendo en la habitación.

—¡Oh, perdón, mi lady! —Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par, su boca formó una 'o' de sorpresa.

—No tiene importancia, Mary. Sigue con lo tuyo.

Connie se retiró al salón, no completamente satisfecha con la confrontación, pero sintiendo que, al menos, había salido victoriosa. Era algo mezquino, tal vez, pero si ella estaba dispuesta a ayudar, no había razón para que la ama de llaves se negara. Incluso Warren se encargaba de la ropa de Will.

Will... pasarían varias horas antes de que regresara de Exeter, incluso si su abogado podía recibirlo de inmediato. Escribiría de nuevo a Martha y luego revisaría las cuentas de la casa. Una vez que Will resolviera el asunto con Sandow, podrían contratar a más personal, y ella debía empezar a planificarlo.

***

Will observó cómo las cejas de Kellet se alzaban mientras le explicaba el documento que deseaba que redactara.

—Muy inusual —dijo Kellet, cuando Will terminó—. Para resumir: desea que prepare un contrato hipotecario por una suma no especificada, con un tal señor Talbot, usando como garantía una propiedad que no posee. ¿Es correcto?

—Sí. Para facilitar la venta de Ashton Tracey a mí mismo, en caso de que pase a manos de Talbot. Naturalmente, el documento no se utilizará mientras la finca siga perteneciendo a mi padre.

—Muy bien. ¿Puede volver en media hora?

—¿Algo de beber mientras esperamos, caballeros? —preguntó Will, una vez fuera de la oficina de Kellet. Los Tregarth aceptaron.

—Este asunto de conseguir que mi padre venda Ashton Tracey… —comenzó Will, mientras se sentaban con jarras de cerveza y platos de carne en lonchas y verduras guisadas delante de ellos—. Me gustaría resolverlo cuanto antes.

—¿Sabías que Elberton se está divorciando de su esposa? —preguntó Harry—. Podríamos iniciar un rumor de que ella te ha visitado.

—Sí, lo sabía —dijo Will—. Ya ha venido.

—¿Y qué dijo tu esposa al respecto, Wingrave? —preguntó Sir John, con un tenedor lleno de carne detenido en el aire.

¿Y a ti qué te importa?

—No mucho. Vino cuando yo no estaba. Connie la despachó rápidamente.

Harry soltó una risotada.

—Me hubiera gustado verlo.

Sir John ignoró el comentario de su hijo.

—Wingrave, si tienes algún otro secreto, será mejor que se lo cuentes a tu esposa cuanto antes.

—¿Un hombre con secretos es susceptible al chantaje? ¿Es eso lo que quiere decir? —preguntó Will—. Talbot dijo lo mismo. —Y él ya le había contado todos sus secretos a Connie.

—Y sigue siendo verdad —dijo Sir John—. Pero en este caso es un consejo de un hombre casado. Contarlo antes de que lo descubran por sí mismas siempre es lo más sensato. Suponiendo que te importe lo que piense tu esposa, claro.

—¿Qué quiere decir con...?

—Nada en absoluto, Wingrave. Algunos hombres se preocupan, otros no —Sir John apuntó a Will con el tenedor—. Y algunos son demasiado rápidos en ver críticas donde no las hay.

Will apretó los labios, el gesto divertido de Tregarth no aligeró su humor. Sir John no había dicho nada que no fuera cierto. Inspiró hondo.

—Gracias por su consejo, Sir John. Procuraré seguirlo.

Sir John lo observó con los ojos entornados un momento, luego sonrió.

—Cuando madures, Wingrave, podrías ser un activo para el gobierno. Necesitamos más personas interesadas en el bien del país, no hombres dedicados a llenar sus propios bolsillos. Ahora, sírvete más carne, está excelente.

Will se sirvió más, sin estar seguro de si acababa de recibir un cumplido o un insulto.

***

Ante un ruido proveniente de la habitación contigua, Connie levantó la vista de la costura que estaba descosiendo. Un paso. No era el andar medido de Warren... ¿Will ya había regresado? No había oído cascos en el camino.

Se puso de pie de un salto cuando un hombre apareció en el umbral, sus ojos penetrantes fijos en ella. Lo había visto antes, ¿quizá en Ashmouth? No era alto ni corpulento, pero la manera en que cerró la puerta con calma y se acercó a ella destilaba amenaza.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —Su voz se elevó de tono y retrocedió.

¿Sandow?

Inspiró hondo para gritar pidiendo ayuda, pero él acortó la distancia entre ellos, sujetándola contra la pared con una mano sobre su boca. Connie se estremeció, el corazón desbocado, intentando girar la cabeza, pero los dedos de él le apretaban las mejillas con fuerza.

Un destello metálico pasó ante sus ojos. Un cuchillo.

—Haz un sonido y usaré esto —amenazó él, con voz aún tranquila.

Ella asintió como pudo, y la presión de su mano se relajó un poco. Su rostro se acercó más.

—Quiero que ese esposo enclenque tuyo mantenga la nariz fuera de mis asuntos —su voz tranquila era más aterradora de lo que habría sido un grito—. Hizo que Jenny Trasker se fuera. Si vuelve a meterse en mi camino, en *cualquier cosa*, te tendré a ti en su lugar, le guste o no.

La soltó de repente, y sus rodillas casi cedieron. Un tirón brusco en el cuero cabelludo, un destello del cuchillo, y él sostenía un mechón de su cabello en una mano.

—Esta es la única advertencia que tendrá. La próxima vez será tu nariz... o tu garganta.

Connie apenas se atrevió a respirar mientras él cruzaba la habitación hacia una ventana; luego, se dejó resbalar por la pared, abrazándose las rodillas, temblando.

Capítulo 41

Will entregó a Mercury a Stubbs en el patio de las caballerizas, complacido de haber llegado a casa antes de que empezara a llover. Warren le tomó el sombrero y el abrigo en el vestíbulo.

—¿Lady Wingrave? —preguntó Will.

—Estaba en el salón hace un momento, mi lord.

Connie no estaba en el salón principal, así que cruzó hacia la puerta de su sala de costura. Al abrirla, una ráfaga de aire frío lo golpeó; una de las ventanas estaba completamente abierta, y las cortinas se agitaban con la brisa. Will cruzó la habitación a grandes zancadas y cerró la ventana de un golpe.

—¿Will?

Se volvió, viendo el rostro pálido de Connie asomando por detrás de una silla, los ojos muy abiertos.

—¡Oh, Will!

Dejó caer su bolso de documentos y corrió hacia ella justo cuando Connie se movía en su dirección y se refugiaba entre sus brazos.

—Connie, ¿qué sucede? —la atrajo contra él, sintiendo sus respiraciones rápidas.

—Él vino. Aquí. —Su voz era apenas un murmullo contra su chaleco.

—¿Quién vino, Connie?

—Él... no dijo su nombre, pero d...debió de ser S... Sandow.

—¿Sandow, aquí? Connie, ¿estás herida? —La apartó un poco para poder verla—. ¿Le puso un dedo encima? Ay, ¿con qué podría haberse encontrado al regresar? ¿Una paliza... o algo peor?

Ella cerró los ojos, su pecho subiendo al tomar una profunda bocanada de aire.

—No estoy herida. Solo asustada.

—Menos mal. —La envolvió de nuevo entre sus brazos, sintiendo cómo poco a poco la tensión en ella comenzaba a ceder—. No

debería haberte dejado sola aquí, Connie —dijo, enterrando el rostro en su cabello—. Lo siento tanto.

Era su deber, su responsabilidad, protegerla, y había fallado.

—Connie, ¿qué fue exactamente lo que pasó? ¿*Cuándo* sucedió?

—Hace solo unos minutos. Salió por la ventana.

Maldita sea... si hubiera llegado un poco antes podría haber atrapado al desgraciado.

—Él... —Ella tragó saliva, y cuando volvió a hablar, su voz sonó más firme—. Dijo que si no dejas de meterte en sus asuntos, la próxima vez usará el cuchillo en mi cara.

—¿La próxima vez? —Aflojó su abrazo, poniendo una mano bajo su barbilla para que lo mirara a los ojos—. ¿Te hizo daño?

—Me cortó un mechón de cabello.

—Maldito sea. —Will cruzó la habitación de nuevo hacia la ventana, levantó el marco y se asomó al exterior para escudriñar el parque. Sandow, por supuesto, ya se habría ido.

Espera, había alguien moviéndose cerca de los árboles. Will ya tenía una pierna fuera del alféizar cuando sintió que alguien tiraba de su brazo.

—Will, ¿qué estás haciendo?

—Hay alguien ahí afuera. Déjame ir, Connie, voy a atrapar a ese bastardo...

—Y él te clavará el cuchillo. —Connie no soltó su brazo mientras se colocaba a su lado—. No es él. Es demasiado pequeño, y viene hacia aquí. Parece Danny.

Tenía razón, por supuesto. Ojalá Danny hubiera recobrado el juicio antes de encontrarse con Sandow, pero lanzarse a ciegas solo acabaría con él herido o muerto.

—¿Cómo logró entrar, con los nuevos jardineros vigilando? Warren también debería haber estado atento, y Archer. No podían estar todos en complicidad con Sandow.

Hablaba más para sí mismo que para ella, pero Connie respondió:

—No lo sé, pero necesitamos hacer algunas preguntas.

—Deberías ir a tu habitación, Connie, descansar. Has pasado por un gran susto.

Ella negó con la cabeza.

—No, Will. Necesito hacer algo, no quedarme allí sola reviviéndolo.

Connie se sentó a la mesa de la cocina, con la sensación de debilidad en las piernas disminuyendo poco a poco. Will envió a Barton a llamar a los jardineros y mozos de cuadra a las cocinas, y a Warren a buscar al personal de servicio del interior. Luego se sentó a su lado, pasándole un brazo reconfortante por los hombros y atrayéndola hacia él. La señora Curnow tomó asiento, y pronto Barton, la señora Strickland y las dos doncellas se unieron a ellos.

Por orden de Will, Warren colocó un pequeño vaso de brandy frente a Connie, pero ella apenas tomó un sorbo, tosiendo cuando el alcohol le quemó la garganta. La visita de Sandow había sido lo suficientemente aterradora, pero, una vez que se marchó, su mayor temor fue que Will hiciera algo imprudente y terminara gravemente herido, o incluso muerto. Afortunadamente, ese peligro parecía haber pasado.

—¡Mi lord! —Danny irrumpió en la habitación, jadeando, con la mirada saltando de Will a Connie.

—Danny, estamos todos a salvo —dijo Connie.

—Lo vi. A Sandow, quiero decir. Lo siento, no pude venir a advertirles, él estaba... —El chico tragó saliva, al borde de las lágrimas—. Tenía demasiado miedo para...

—Danny, tú no podrías haberlo detenido —dijo Will, poniéndose de pie y apoyando una mano en el hombro del muchacho. Danny lo miró, luego asintió. Al observar a los sirvientes, Connie vio desconcierto en todos los rostros. Excepto, tal vez, en el de la señora Strickland.

¿Habría sido su enfrentamiento con la ama de llaves aquella mañana el motivo de la visita de Sandow esa tarde?

Los pasos pesados anunciaron la llegada de Stubbs, Archer, Yatton y los dos nuevos jardineros: los hombres que se suponía debían estar vigilando.

¿Por qué no habían visto a Sandow?

Will se volvió hacia Connie.

—¿Puedes explicar lo que pasó?

Connie miró al personal que los observaba. La mayoría parecía aún confundido, pero Archer, Warren y la señora Strickland escuchaban atentamente.

—Ha habido un hombre en la casa. Un desconocido. Me amenazó con un cuchillo y dijo que lord Wingrave debía dejar de entrometerse en sus asuntos.

Mientras Connie hablaba, Will miró a su alrededor, observando los rostros de los sirvientes. Mostraban diferentes grados de horror y sorpresa, pero, hasta donde pudo ver, ninguno parecía culpable.

—Parece demasiada coincidencia que esto haya sucedido justo cuando yo regresaba a casa —dijo—. Danny, ¿qué fue lo que viste?

Danny sorbió por la nariz y se limpió con la manga.

—Yo estaba entre los árboles y vi a Sandow. Se escondía entre los setos y cosas así, frente a la casa.

Maldita sea. Uno de los nuevos debía estar vigilando el frente de la casa en todo momento. Will estudió a los jardineros uno por uno.

—Mi lord —dijo Tanner, retorciendo nerviosamente la gorra en sus manos—, yo estaba recortando los setos del frente, pero ella salió y me dijo que lady Wingrave quería que primero cavara el jardín de atrás —dijo, señalando a la señora Strickland.

—Eso es mentira —declaró la ama de llaves—. Yo no doy órdenes sobre...

—¡Basta! —levantó la voz Will, cortándola de inmediato.

La señora Strickland lo miró, con los labios apretados y las manos tensas.

Eso parece tanto miedo como rabia.

—¿Cuándo fue esto, Danny? —Mejor obtener el resto de la historia primero—. ¿Cuánto antes de que yo regresara?

—No sé exactamente. Un rato. Yo habría ido a decirle a alguien, pero él me habría visto.

Eso era razonable: Danny ya había sufrido bastante a manos de Sandow.

—¿Y después qué pasó?

—Oí un silbido. Vino de cerca del camino, creo. Cuando volví a mirar, Sandow ya no estaba. Empecé a acercarme a la casa, y entonces lo vi saliendo por una ventana —el muchacho volvió a sorber por la nariz y se frotó la cara—. Me tumbé en el suelo para que no me viera.

Will volvió a apoyarle una mano en el hombro.

—Gracias, Danny. No hiciste nada malo.

El bastardo no solo había amenazado a Connie, sino que había ostentado su poder haciéndolo justo cuando Will estaba a punto de llegar.

—Warren, ¿cómo es posible que este hombre haya entrado en la casa sin que nadie lo viera?

—Las ventanas del salón estaban cerradas, mi lord. Debió forzarlas o entrar por la puerta principal.

—Archer, ve a revisar las ventanas.

Archer salió corriendo, y Will respiró hondo, esforzándose por mantener la calma.

—Warren, no te estoy preguntando por dónde entró, sino por qué nadie lo vio.

—La señora Strickland estaba consultándome sobre la ropa de cama y la vajilla, mi lord. Fue una conversación larga —Warren entornó los ojos, mirando a la ama de llaves.

—Yo estaba puliendo la platería —intervino Barton.

—Las doncellas estaban en la cocina conmigo, mi lord —añadió la señora Curnow, levantando el mentón como desafiándolo a culparla.

—Que es donde debían estar, señora Curnow —confirmó Will, y ella relajó la postura.

La señora Strickland había estado con Warren. Will miró a la ama de llaves, y ella apartó la mirada.

Por supuesto, *era* la sospechosa más probable. Las declaraciones de Tanner y Warren la incriminaban. Will respiró hondo, conteniendo su rabia. Ella había ayudado a Sandow a amenazar a Connie con un cuchillo.

—Barton, Warren, escolten a la señora Strickland fuera de la propiedad. Tiene diez minutos para...

La mano de Connie en su brazo lo detuvo.

—Creo que sería mejor encerrarla en su habitación, mi lord.

¿Por qué? Se obligó a respirar hondo. Connie debía tener una razón.

—Enciérrenla.

La señora Strickland, con la boca tensa, se puso de pie y salió marchando, seguida de Barton y Warren.

Archer regresó de su inspección.

—No hay señales de que se haya forzado ninguna ventana, mi lord.

Entonces fue por la puerta principal. De algún modo, eso lo hacía aún peor.

Sintió un toque en el brazo y Connie habló:

—Mi lord, ¿qué haría su padre si este hombre le hiciera daño? —giró la cabeza, mirando a los sirvientes reunidos. Ah, *ellos* eran el público al que se dirigía.

—Saben lo vengativo que es mi padre. Yo soy su heredero, y buscaría venganza. La persona, o personas, responsables serían juzgadas y ahorcadas. Y cualquiera que él sospechara que ayudó... con suerte, solo sería deportado.

Los ojos cada vez más abiertos sugerían que su mensaje estaba calando.

—No tendría reparo en sobornar a magistrados y jueces, o en pagar a gente para que diera falso testimonio —añadió Will. No estaba seguro de lo último, pero no pondría eso más allá de Marstone—. Por mucho dinero que Sandow haya ganado estafando a los aldeanos, mi padre puede superarlo. Marstone tiene influencia en las altas esferas, y al final ganará.

No sabía cuánto ayudaría su pequeño discurso, pero quizá lograra que uno o dos aldeanos se contuvieran de apoyar a Sandow. Connie asintió cuando la miró. Recorriendo con la mirada a los sirvientes, Will se preguntó cuál de ellos sería el primero en hablar en el pueblo.

—Espero que todos estén atentos a partir de ahora. Si ven algo sospechoso, me lo dicen. Si yo no estoy, se lo dicen a Lady Wingrave o a Archer. ¿Está claro?

Asintieron todos, indicando que su mensaje había sido comprendido.

—Muy bien. Archer, Danny, vengan conmigo, por favor —ofreció su brazo a Connie y condujo al pequeño grupo hacia la biblioteca. Un murmullo de conversación comenzó mientras la puerta de la cocina se cerraba tras ellos.

Connie se dejó caer en una silla y tomó un sorbo del brandy que aún tenía en la mano.

Will se sentó en su escritorio y sacó unos papeles de un cajón. Asintió a los dos que habían entrado con ellos.

—Tomen asiento.

Así lo hicieron, con Archer luciendo incómodo y Danny con expresión curiosa.

—¿Por qué cree que Sandow vino ahora, mi lord? —preguntó Archer.

—Tuve una discusión con la señora Strickland esta mañana —intervino Connie—. Apenas acaba de volver a circular por la casa. —Y si hubiera obedecido las órdenes de Connie, habría pasado parte de la mañana con las doncellas en los cuartos de invitados, tiempo suficiente para averiguar cualquier cosa de lo sucedido en la última semana.

—Esa Mary se veía asustada cuando hablaba, mi lord —dijo Archer, perdiendo parte de su incomodidad al involucrarse en la conversación.

Mary, la muchacha de cocina que había estado al servicio de la ama de llaves. Podría haber sido enviada al pueblo con cualquier información que la señora Strickland hubiese descubierto. Si eso era cierto, el resto del personal probablemente no era culpable de más que de guardar silencio sobre lo que veían.

Will levantó la vista de las notas que consultaba.

—Archer, cuéntame todo lo nuevo que hayas averiguado sobre los aldeanos.

Connie apoyó la cabeza en el respaldo de la silla, observando a través de los párpados entrecerrados mientras Archer hablaba y Danny aportaba sus propias opiniones.

—¿Por qué nadie se ha unido para luchar contra él? —preguntó Connie cuando terminaron de hablar.

Archer se encogió de hombros.

—Le da dinero a los soplones —afirmó Danny.

—Informantes, imagino —dijo Will—. Entonces, ¿nadie confía en nadie?

—No lo suficiente para enfrentarse a él. Además, trae el dinero del contrabando —añadió Danny, frunciendo el ceño—. Mi lord, mencionó algo sobre trampas, ¿a qué se refería?

Will reunió sus listas y comenzó a explicarlo. Connie se sorprendió de la cantidad de investigación que había hecho. Danny y Archer parecían algo confundidos mientras Will les explicaba los cálculos, pero parecían satisfechos de confiar en sus conclusiones. Los ojos de Danny se agrandaron ante la estimación de Will sobre las ganancias de Sandow en una sola operación.

—Lo que no sé —concluyó Will— es cuánto aporta cada aldeano y qué reciben a cambio.

—No funciona así, mi lord —dijo Danny—. Pero Sandow, él puede hablar con los franceses para comprar las mercancías.

—Je parle français, aussi —dijo Will.

Connie sonrió al ver a Danny rascándose la cabeza.

—Sospecho que la gente con la que negocia habla suficiente inglés para hacer negocios —añadió Will—. Ellos también deben sacar una buena ganancia.

Danny asintió, mirando de Connie a Will.

—Mi lord, ¿por qué me *cuenta* todo esto?

Will se recostó en su silla, juntando las yemas de los dedos frente a su rostro.

—Danny, tú eres la única persona en el pueblo de quien *sé* que no irá con cuentos a Sandow. No voy a permitir que amenace a Lady Wingrave, ni a mí, ni a tu familia. ¿Me ayudarás?

Connie observó cómo el muchacho se enderezaba en su silla, cuadrando los hombros. No le gustaba la idea de involucrar a alguien tan joven en todo esto, pero Danny ya estaba implicado.

—¿Qué tengo que hacer, mi lord?

—Tú y Archer traten de hablar con algunos aldeanos, sin que Sandow se entere. Una vez que nos deshagamos de Sandow, me haré cargo del contrabando, pero se gestionará de manera justa.

Danny ladeó la cabeza.

—¿Y si alguien no quiere contribuir?

—Entonces no tiene por qué hacerlo.

—Chismearán.

—Probablemente pueda arreglármelas para que los agentes de aduanas no les presten atención —Will lo miró a los ojos—. Lo que *no* voy a hacer es permitir que se golpee a nadie.

Danny miró a Archer, la duda evidente en su rostro.

—No nos van a hacer caso —dijo.

Eso era cierto, pensó Connie. Pero parecía que Will ya *había* pensado en ello.

—Ustedes dos pueden averiguar si algunos hombres podrían apoyarme. Elegiremos un momento en que Sandow esté fuera, y yo iré a hablar con ellos. Una vez que tengamos a unos pocos de nuestro lado, será más fácil reclutar a otros para deshacernos de Sandow.

—Quizá podríamos empezar con Bill Roberts —dijo Danny, mirando a Archer—. Siempre pensé que le gustaba mi madre, así que no le cae bien Sandow.

—Muy bien. Archer, llévalo de vuelta a la cocina y haz que la señora Curnow le dé de comer. Dejaré en tus manos decidir cómo acercarse a la gente adecuada.

—Claro que sí, mi lord. Vamos, Danny.

Connie observó a Will mientras él ordenaba sus papeles y los guardaba. Debía de haber algo más en su plan, Sandow no permitiría que alguien tomara el control sin pelear. Y Will asumiría esa tarea; no haría que otro luchara por él.

Solo podía esperar que tuviera cuidado.

Will empujó el cajón del escritorio hasta cerrarlo. Connie seguía sentada en su silla, mirándolo. ¿En qué estaría pensando?

—Will, no lo subestimes. No es grande, no mucho más alto que yo, pero... —Se interrumpió, abrazándose a sí misma—. Sus ojos…

—Tendré cuidado, te lo prometo —dijo él, acercándose a su silla y arrodillándose frente a ella para tomarle la mano—. Connie, me gustaría que fueras a Exeter por una o dos semanas, hasta que resolvamos todo este asunto.

—¿Por qué? —preguntó ella, retirando la mano.

—No tengo suficientes hombres para protegerte aquí, ni siquiera con los dos nuevos. O podrías ir con sir John a Londres, si quieres estar segura de estar fuera de su alcance.

—No, Will. Me volvería loca de preocupación por ti todo el tiempo.

Él soltó un suspiro, sorprendido del placer que le causaban sus palabras. Intentaría convencerla de nuevo, pero mañana sería suficiente.

—¿Por qué no quisiste que echara a la señora Strickland? —preguntó, cambiando de tema.

—Debe de saber algo sobre Sandow y sobre lo que pasa en el pueblo. Pensé que deberíamos interrogarla antes de decidir qué hacer.

Por supuesto. Debería haberlo pensado él mismo.

—Eso es un asunto para mañana —dijo—. Vamos, veamos qué puede ofrecernos la señora Curnow para cenar.

***

—He comprobado que todo esté cerrado —dijo Will, de pie en la puerta que comunicaba sus habitaciones. Caminó hasta donde Connie se sentaba frente a su tocador, cepillándose el cabello.

Ella le sostuvo la mirada a través del espejo.

—¿Crees que podría volver?

Lo había dicho para tranquilizarla, no para preocuparla.

—No.

Al menos no tan pronto.

Tomó el cepillo de su mano, deslizándolo lentamente por la longitud de su cabello. Ella inclinó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, en lo que él esperaba fuera un gesto de disfrute, aunque aún persistía una pequeña arruga de preocupación en su frente.

—¿Vienes a la cama?

—Si quieres.

No sonaba muy entusiasmada. Dejó el cepillo a un lado y se apoyó en el tocador, quedando frente a ella.

—Connie, soy un hombre. *Siempre* quiero.

Bien, eso consiguió arrancarle una pequeña sonrisa.

—Pero no quiero que jamás sientas que debes aceptar si no lo deseas.

Ella apartó la mirada.

—Solo estoy… —Apretó los labios—. Will, ese hombre logró entrar en la casa y nadie lo vio, salvo Danny. Estuvo acechando afuera...

—Ya se ha ido, y yo estoy aquí. Te protegeré, Connie. Nadie volverá a amenazarte.

—¿Puedes simplemente abrazarme?

—Sí.

La llevó a su propia cama, para que ella pudiera marcharse en medio de la noche si lo deseaba. El cielo aún no estaba completamente oscuro, y la luz que se filtraba entre las cortinas era suficiente para que él pudiera ver. Se metió en la cama y dio una palmadita en el espacio a su lado.

Ella se acurrucó contra él, con la cabeza sobre su hombro y un brazo cruzándole el pecho. La tensión que sentía en la espalda de Connie fue desapareciendo poco a poco, y una sensación de calma se extendió por su propio cuerpo. Aún quedaban problemas por resolver, pero podían esperar. La deseaba, sí, pero eso también podía esperar. Por ahora, era suficiente tenerla entre sus brazos.

Capítulo 42

Viernes 18 de julio

—¿Qué vamos a hacer con la señora Strickland? —preguntó Connie mientras se sentaban a desayunar. Era una pregunta a la que Will había estado dándole vueltas desde que se despertó.

—¿Qué sugieres? —Se sirvió una taza de café.

—No conseguirá otro empleo sin una carta de recomendación, así que si tú le ofreces una, puede que te cuente…

—Nos cuente.

La leve curva en los labios de ella le indicó que le agradaba estar incluida.

—Nos cuente lo que sabe —concluyó.

—Buena idea. El lugar más cercano donde podría buscar trabajo es Exeter.

—Que está perfectamente al alcance de Sandow.

—Exacto... así que el pasaje en diligencia a Londres podría ser un incentivo adicional.

Ella sonrió y tomó otra rebanada de pan tostado. Le alegró verla con mejor apetito que la noche anterior.

Después del desayuno, Will pidió a Warren que llevara a la señora Strickland a la biblioteca. Se sentó tras su escritorio, Connie en una silla a su lado, con papel y pluma listos sobre el secante.

—¿Mi lord? —La señora Strickland estaba de pie con las manos cruzadas al frente. Sorprendentemente tranquila, dadas las circunstancias.

—A partir de hoy, señora Strickland, deja de estar a mi servicio, y sin una carta de recomendación —empujó unas monedas sobre el escritorio—. Dos libras, y eso es generoso.

La señora Strickland miró las monedas, apretando los labios, y luego fijó la mirada en el rostro de Will.

—He servido bien en esta casa, lord Wingrave. No puede simplemente…

—Oh, sí puedo. Además, también tiene su paga de parte de Sandow, ¿no es cierto?

—Él… quiero decir…

Will sonrió sin humor.

—Al menos no está intentando negar su implicación.

La señora Strickland bajó la vista al suelo.

—Bien —continuó Will—. La llevaré hasta Ashmouth. Estoy seguro de que allí encontrará a alguien que la ayude a llegar a Exeter, o adonde quiera ir. —¿Llegar a Ashmouth en el coche sería suficiente para que Sandow sospeche que la ama de llaves le ha dado información a Will?

Ella parecía pensarlo así, porque su rostro palideció y los nudillos se le pusieron blancos.

—O Lady Wingrave puede escribirle una carta de recomendación, y alguien la llevará a Exeter.

—Eso… eso sería preferible, mi lord.

—Seguro que sí —replicó Will—. Pero tiene un precio. Nos contará todo lo que ha hecho para Sandow, y todo lo que sepa sobre sus asuntos. Si su información vale algo, incluso pagaré su pasaje en diligencia hasta Londres.

La señora Strickland cerró los ojos por un momento.

—Sí, mi lord.

—Excelente. Lady Wingrave, ¿quiere empezar?

La interrogaron durante media hora. Will fue quien más habló, mientras Connie tomaba notas e intercalaba preguntas de vez en cuando. Al final, no tenían nada concreto contra Sandow, pero sí bastante información general sobre personas y relaciones en el pueblo. Luego se lo pasaría a Archer.

Will incluso se preguntó si la ama de llaves se alegraba de salir de su situación actual, pero cualquier simpatía que hubiera sentido desapareció pronto, al quedar claro que ella había aceptado el dinero de Sandow de buena gana, y había intimidado a cualquier otro empleado que se le interpusiera. Al menos había confirmado que Warren y los demás no habían hecho más que mirar hacia otro lado y guardar silencio.

—Haré que Stubbs la lleve a Exeter en el coche mañana —dijo, una vez que Warren se la hubo llevado de nuevo.

—¿Crees que irá con tu padre? —preguntó Connie, reuniendo sus notas en un ordenado montón.

—¿Por qué haría eso? Ah, para informar sobre mis actividades con la esperanza de alguna recompensa, ¿no?

—Eso pensé, sí.

—Puede que lo haga, pero ya no importa. Para cuando llegue, Sir John, o alguien del grupo de Talbot, ya le habrá contado algo. —Sonrió sin humor—. Si cree que Marstone le pagará por información que ya no necesita, va camino a una decepción.

—No es la mejor forma de mantener contentos a los empleados —comentó ella, empujando su silla hacia atrás—. ¿Hay algo más que debamos hacer hoy?

—Los libros de la finca, todavía, me temo.

—Y las cuentas domésticas para mí —dijo Connie, mirando por la ventana—. Podríamos sentarnos un rato en el huerto esta tarde, si mejora el tiempo.

—Me encantaría.

Disfrutó el vaivén de sus caderas al salir, antes de volver a concentrarse en los libros de cuentas.

Martes 22 de julio

Mientras se afeitaba, Will se miró en el espejo y se preguntó si el buen tiempo continuaría hoy. Estaba empezando a impacientarse por cerrar el asunto con Sandow.

Sus segundas visitas a las granjas en los últimos días habían sido útiles, pero había echado de menos a Connie. Se detuvo, con la navaja suspendida a medio camino entre la mandíbula y el cuenco. Las visitas de hoy podían esperar: pasaría el día con su esposa. Una vez que se encargaran de Sandow, ella podría acompañarlo a conocer a los granjeros y a sus esposas. Connie se sentiría cómoda con ellas de un modo en que él no, y sabría sacarles información que él no podría obtener. Y además tendría el placer de su compañía.

Se quitó los últimos restos de barba y se enjuagó el rostro. Si ella iba a acompañarlo, sería útil que supiera más sobre cada granja. Podrían pasar la mañana repasando lo que él había averiguado hasta ahora.

Mientras se ponía la camisa, volvió a pensar en Sandow. Archer había identificado a un puñado de hombres que tal vez estarían dispuestos a enfrentarse a él... si alguien los impulsaba a actuar.

* * *

Era casi mediodía cuando Archer interrumpió su discusión en la biblioteca.

—Mi lord, ¿puede bajar al pueblo esta tarde?

Connie puso el dedo sobre las cuentas para no perderse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Will.

—Bill Roberts está dispuesto a hablar, y han visto a Sandow salir cabalgando del pueblo.

El pecho de Connie se tensó. Will iría al pueblo, pero ¿qué pasaría si Sandow regresaba?

—Dame diez minutos para cambiarme —le dijo Will a Archer—. Te veré afuera.

Archer asintió y se marchó, cerrando la puerta de la biblioteca tras de sí.

—Quédate dentro de la casa, Connie —dijo Will—. Enciérrate en tu habitación si lo ves necesario. Es poco probable que Sandow venga aquí, pero, estando Archer y yo en el pueblo, más vale prevenir que lamentar.

Connie puso una mano en su brazo.

—Will, no lo subestimes.

Él se inclinó y le besó la frente.

—Tendré cuidado, lo prometo. Recuerda que hice testamento. Si algo me pasa, Harry Tregarth y Sir John te cuidarán; no tendrás que tratar con tu padre ni con el mío.

—Entonces está bien —replicó ella. Martha había dicho que los hombres a menudo no veían lo que tenían frente a sus narices, pero ¿realmente Will no se daba cuenta de que ella lo quería?

—¿Connie?

—Ten cuidado, Will. Por favor.

Él vaciló.

—Tengo que irme, Connie.

Cuando se fue, Connie se frotó la cara, preguntándose si debía ir tras él y disculparse. Lo amaba, no podía dejarlo marchar con una despedida tan fría.

El estruendo de unas botas bajando las escaleras la sacó de sus pensamientos, y corrió hacia el vestíbulo.

—¡Will!

Él se volvió en el umbral.

—Vuelve sano y salvo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que le fue directo al corazón, luego agitó una mano y bajó corriendo los escalones hasta donde Archer lo esperaba.

Ella permaneció en la puerta hasta que los dos hombres desaparecieron de su vista, contenta de que se hubieran despedido en buenos términos. Tenía que confiar en que él no correría riesgos innecesarios y volvería sano y salvo.

Aunque eso no aliviaba el peso en su pecho ante la idea de que pudiera salir herido. Will no había visto la amenaza en los ojos de Sandow.

***

—¿Mi lord? —dijo Archer detrás de Will mientras cabalgaban por el bosque.

—¿Qué sucede, Archer? ¿Te arrepentiste?

—No, mi lord. ¿Pero si esto termina en una pelea...?

Will se detuvo y se volvió para mirar al mozo.

—¿Crees que pasará?

—Sandow no es estúpido, mi lord. Se fue por el camino, pero no hay garantía de que realmente se haya ido o de que no haya sospechado algo. Seguro sabe que Danny y yo hemos estado hablando con la gente, aunque aún no nos haya atrapado.

—Eso es cierto.

—Usted también lo cree, mi lord, si no, ¿para qué llevar pistolas y un cuchillo?

Will se palmeó el bolsillo; el bulto de las pistolas era evidente.

—¿Tu punto, Archer?

—Él no va a pelear limpio, mi lord. Usted tampoco debería hacerlo.

—No estoy viendo esto como un ejercicio de pugilismo, Archer, pero gracias por la advertencia.

—Péguele en los cojones si puede, señor. Se lo merece.

Will reanudó el paso, encogiéndose al imaginar recibir un golpe así. Hacerlo en el calor de una pelea era una cosa; planear tácticas sucias de antemano le parecía diferente, incorrecto.

Recordó aquella mañana en Tothill Fields que había iniciado todo esto. Permitir que Lord Elberton disparara un segundo tiro había sido una estupidez, el maldito honor. Pensaba que no tenía a nadie que dependiera de él, pero sus hermanas habrían quedado devastadas y sin protección contra lo que su padre pudiera hacerles en el futuro.

Ahora había aún más en juego, sobre todo Connie. Y por fin tenía la oportunidad de hacer algo que serviría a su país.

Archer tenía razón: esto no era un asunto de honor. Sandow era un hombre sin honor.

Will agachó la cabeza para pasar por la baja puerta de la cabaña. Dentro, las pequeñas ventanas hacían que la luz fuera tenue, a pesar del sol de afuera. Había siete hombres reunidos, uno sentado en la pequeña mesa y los demás de pie contra las paredes con los brazos cruzados. El mobiliario era básico, solo un par de sillas y un armario bajo, pero el suelo de losas de piedra estaba limpio. Unos trozos de madera apoyados en un rincón, probablemente garrotes improvisados, pensó Will.

—Danny, vigila —ordenó Will. El muchacho asintió y se alejó calle arriba. Archer se colocó junto a la puerta que daba a la diminuta despensa, diciéndole algo en voz baja al hombre más cercano.

—Soy Bill Roberts, mi lord —dijo el hombre sentado, poniéndose de pie al hablar. Solo hizo un breve gesto hacia la otra silla disponible como muestra de cortesía. Tenía el rostro menos curtido por el tiempo que los demás, Archer había dicho que era carpintero.

—Gracias por permitirme hablar con todos ustedes —dijo Will, sentándose y dejando su sombrero sobre la mesa—. ¿Solo siete?

—Solo siete que no tienen familia, mi lord.

Era una medida sensata, tenía que admitirlo, aunque un poco más de apoyo habría sido útil.

—Permítanme empezar mostrándoles cuán rentable es su comercio libre.

—¿Y por qué está metiéndose en esto? —preguntó un hombre corpulento de cabello rubio sucio—. Hasta ahora nunca se había quedado más de unos días, y de repente mete las narices en nuestros asuntos.

Dispuesto a hablar, había dicho Archer. Will miró a su mozo, que solo se encogió de hombros. Pero era una pregunta válida.

—Sandow amenazó a mi esposa. Golpea a muchachos y mujeres. Probablemente hace lo mismo con otras familias, o las amenaza. —Escaneó con la mirada a su audiencia; nadie lo contradijo.

—Siga, entonces —dijo finalmente el rubio. Nada de "mi lord", notó Will. Su título no iba a influir en nadie en esa sala, y así debía ser. Los hombres convencidos por razones y por sus propios intereses serían mucho más fiables.

—Esta es una estimación de las ganancias de una sola operación —Will desplegó sus papeles sobre la mesa y repitió la explicación que ya le había dado a Archer y a Danny unos días antes. Hubo algunos que se rascaron la cabeza, pero Roberts y un anciano con barba se acercaron a una de las hojas y empezaron a hablar en voz baja.

Un ruido proveniente de la posición de Archer hizo que Will se girara. Alcanzó a ver a su mozo saliendo de la habitación, seguido por dos de los aldeanos. Resistió el impulso de seguirlos, Archer pediría ayuda si la necesitaba.

—Mi lord —Roberts empujó hacia él la hoja con los cálculos de Will, con algunas cifras corregidas—. Estas se parecen más a las cantidades reales de mercancía. Hay más beneficio del que pensaba.

El rubio miró por encima del hombro de Roberts.

—Eso lo hace peor. Sandow se queda con aún más de lo que dijiste. —Giró la cabeza—. Jimmy, ven a ver esto.

Will se apartó para dejar espacio a los demás aldeanos alrededor de la mesa. Por los fragmentos de conversación que alcanzó a oír, estaban evaluando los riesgos de enfrentarse a Sandow contra los

beneficios económicos de que todos tuvieran una mayor parte de las ganancias. Por supuesto, existía la posibilidad de que decidieran encargarse ellos mismos del contrabando, pero el hecho de que hubieran dejado a Sandow actuar sin oposición durante tanto tiempo demostraba una falta de iniciativa.

Se acercó a la puerta trasera, curioso por saber qué había sido de Archer. Un grito apagado y un golpe metálico lo hicieron llevar la mano al cuchillo dentro de su bota derecha para asegurarse de que estuviera suelto en la vaina. Si se desataba una pelea ahí dentro, no debía usar las pistolas; era demasiado probable que hiriera a la persona equivocada. La charla en la mesa cesó.

Un forcejeo, otro golpe metálico, y luego un ruido sordo. La puerta se abrió y Archer se deslizó dentro, con la ropa desordenada y una marca roja en un lado del rostro.

—Eran dos, mi lord. Ya están atados. Danny dice que Sandow viene en camino con uno más.

—¿Alguien avisó? —Roberts fulminó con la mirada a los otros aldeanos.

—Pueden preocuparse por eso después, Roberts —dijo Will. Los dos aldeanos que habían ayudado a Archer regresaron a la habitación, y el hombre más cercano a los garrotes empezó a repartirlos. Si Sandow entraba sin comprobar qué había pasado con los dos hombres que había enviado a la puerta trasera, nueve hombres podían ser demasiados en un espacio tan reducido.

El silencio se volvió tenso, los aldeanos aferraban sus garrotes y se giraban hacia la puerta ante cualquier ruido. Incluso Will se sobresaltó cuando la puerta trasera se abrió, pero solo era Danny que se deslizaba al interior.

—Ya viene. Trae a Kelly con él.

Si todos los relatos sobre el comportamiento de Sandow eran ciertos, Will haría un favor al mundo disparándole en cuanto entrara, pero, incluso con la advertencia de Archer sobre que ese hombre no peleaba limpio, no podía hacerlo.

La puerta principal se abrió y todos se volvieron en esa dirección, los nudillos de los aldeanos palidecieron al apretar sus garrotes.

Capítulo 43

Connie colocó los frascos de conserva en fila sobre la mesa del cuarto de preparados y comprobó su número con una lista antigua. Tenía que mantenerse ocupada mientras Will estaba fuera, para no dejar que su mente se quedara atrapada en sus miedos. Miedos sin fundamento, esperaba.

—Hay más en otro armario —dijo la señora Curnow al entrar en la habitación.

—Yo… gracias. —Hablar, eso era lo que necesitaba: hablar con alguien. No sobre Will, sino de cualquier otra cosa—. ¿Cuánta azúcar se necesita para hacer mermelada?

—Él estará bien, ya verá —respondió la señora Curnow—. Lo que dijo sobre su señoría, lord Marstone quiero decir, me aseguré de que Mary se lo contara a su madre en el pueblo. Stubbs también lo sabe. Sandow es un mal bicho, claro que sí, pero no es tonto.

Connie esperaba que tuviera razón.

***

Tal como había dicho Connie, Sandow no tenía nada especial en su aspecto, pero la expresión en sus ojos hizo que un escalofrío de anticipación recorriera la espalda de Will. Sandow avanzó hacia el interior de la habitación, seguido por un hombre mucho más corpulento. Los aldeanos más cercanos dieron un paso atrás.

—Mira quién es, el pequeño lord —se burló Sandow, deteniéndose frente a Will.

Ese era el bastardo que había asustado a Connie. Will hizo un esfuerzo por controlar su respiración. *No pienses en eso ahora. Fingir que es un duelo de esgrima. No, una pelea de taberna: no hace falta pelear limpio.*

Alzó una ceja y recorrió a Sandow de arriba abajo con la mejor imitación de su padre que pudo lograr.

—¿Sandow, supongo? Creo que conociste a mi esposa hace unos días.

Sandow dio un paso adelante, acercando el rostro al de Will.

—Buena pieza, sí señor. Un poco demasiado grandota para mi gusto, pero me daré el gusto con ella si no dejas de meterte en mis asuntos.

Ignora la amenaza.

Will retrocedió un pie, apoyándolo con firmeza en el suelo.

—Lo dudo mucho.

Esperó a que Sandow abriera la boca para hablar de nuevo, agachó la cabeza y se lanzó hacia adelante, golpeando la nariz de Sandow con la parte superior de su cabeza.

Sandow retrocedió tambaleándose, soltando una retahíla de maldiciones ahogadas por la mano que se llevó a la cara. Los aldeanos lo miraban boquiabiertos mientras la sangre se le escurría entre los dedos y le bajaba por la barbilla.

Kelly salió de detrás de Sandow justo cuando recuperaba el equilibrio. Will alzó un brazo para bloquear un puñetazo dirigido a su rostro. Su golpe de respuesta impactó en la oreja del otro hombre mientras esquivaba, pero entonces se quedó paralizado. Una hoja brillante centelleaba a menos de quince centímetros de sus ojos. La mueca en el rostro de Kelly dejaba claro que estaba más que dispuesto a usarla.

—¡Mi señor! —Era Archer.

Will giró para apartarse del cuchillo y trastabilló hacia un lado al sentir un impacto en la sien que le hizo zumbar los oídos.

Sandow.

Se agachó, y los dedos en forma de garra de Sandow le rasguñaron la cabeza en vez de arrancarle los ojos. Lanzó un puñetazo, pero no dio en el blanco.

¿Qué demonios están haciendo los demás?

—¡Vamos, cabrones! —La voz de Archer resonó de nuevo. La mirada de Will, fija en Sandow, percibió movimiento en el borde de su visión.

Sandow también tenía un cuchillo. Espacio, necesitaba más espacio. La parte trasera de sus muslos chocó contra la mesa. En vez de retroceder, tuvo que dar un paso lateral para esquivar la hoja de Sandow.

Llevaba un cuchillo en la bota. Solo necesitaba un segundo para distraer a Sandow y darle tiempo de alcanzarlo.

Su sombrero, sobre la mesa.

Lo tomó y lo agitó hacia el rostro de Sandow justo cuando el hombre se lanzaba hacia él. En vez de tomar su propio cuchillo, Will atrapó la muñeca del otro, apartando la hoja de sus ojos. El impulso con el que venía lo empujó hacia atrás hasta que quedó tendido de espaldas sobre la mesa, con Sandow como un peso muerto encima de él.

—¡No! —Era la voz de un chico, casi un grito.

La cabeza de Sandow cayó hacia la suya, chocando con fuerza contra su nariz. Will empujó, y para su sorpresa, rodó fuera de la mesa, cayendo al suelo con un quejido.

Danny Trasker estaba de pie junto al cuerpo tendido, con un garrote en la mano. Alzó los ojos, enormes, hacia el rostro de Will.

—¿Lo maté?

Will se inclinó para mirar. El pecho de Sandow subía y bajaba.

—No, chico.

Los párpados de Sandow temblaron. El puño de Will chocó con la mandíbula del hombre justo cuando abría los ojos. Su cabeza giró bruscamente.

No fue suficiente. Sandow estaba herido, pero aún medio consciente.

Will se colocó a horcajadas sobre él y agarró el frente de su abrigo con ambas manos, levantándolo mientras el hombre se debatía débilmente. Si recobraba el sentido del todo, alguien más saldría herido.

Sujetándolo con una mano, Will lo golpeó de nuevo con toda la fuerza que pudo reunir. Esta vez Sandow cayó al suelo, su cabeza golpeó una esquina de la chimenea con un crujido espantoso.

Uno de los aldeanos se abrió paso y se inclinó sobre el cuerpo. Roberts.

Habían tardado bastante en intervenir, pensó Will, acariciándose la mano dolorida. Pero la pelea había sido rápida, y con tantos hombres en un espacio tan pequeño apenas había lugar para moverse.

Archer y dos aldeanos habían reducido al secuaz de Sandow. El mozo de cuadra tenía un pie sobre la espalda de Kelly mientras los otros dos lo ataban.

Will fue consciente de que su nariz latía con fuerza, y sentía calor escurriéndosele por la barbilla. Buscó en un bolsillo su pañuelo, lo presionó contra la nariz y se inclinó para ver por qué Sandow no se movía. Roberts tenía los dedos en el cuello del hombre.

Levantó la vista hacia Will.

—Está muerto.

Will se pasó la mano libre por el pelo. *¿Muerto?*

Nunca había matado a un hombre antes.

Los aldeanos se quedaron quietos, mirando el cuerpo. Finalmente, Danny habló.

—¿Está de verdad muerto?

Roberts puso una mano sobre el hombro del chico.

—Sí. Esto se acabó, y lo hiciste bien, muchacho. Me atrevería a decir que le salvaste la vida al lord Wingrave.

Los ojos de Danny volvieron a posarse en la figura inmóvil de Sandow en el suelo.

—Danny, ¿puedes llevar un mensaje a la casa grande por mí? —preguntó Will, con la voz amortiguada por el pañuelo.

El chico asintió, pasándose una manga por la cara.

—Dile a lady Wingrave que Archer y yo estamos bien. Regresaré en una o dos horas.

Danny asintió de nuevo.

Roberts miró a su alrededor.

—Moore, Porter, vayan con él.

Uno de los hombres rodeó con un brazo los hombros de Danny mientras lo acompañaban afuera. Roberts levantó una silla caída y le hizo señas a Will para que se sentara. Will se quitó el pañuelo con cuidado, pero la nariz seguía sangrando.

Ahora solo tenía un cadáver y tres prisioneros de los que encargarse.

—Podríamos tirar a los tres al mar —sugirió uno de los aldeanos, entre murmullos de aprobación.

Era tentador, pero entonces alguno de ellos podría sentirse justificado a hacer lo mismo en el futuro.

—No. —Will pronunció la palabra con tal firmeza que todos se giraron a mirarlo.

—Sandow me atacó, y lo maté defendiéndome. —Eso tenía la ventaja de ser verdad—. El magistrado aceptará esa versión.

Roberts frunció los labios.

—De acuerdo.

—Los otros tres serán entregados para ser juzgados por el mismo cargo de agresión. —¿Habría otros miembros de la banda que pudieran testificar a su favor? —. El magistrado creerá mi palabra —continuó—. Si es necesario, puedo arreglar para que sean juzgados más lejos, fuera de Exeter.

Por los murmullos y las miradas intercambiadas, no todos los hombres estaban conformes. Ya se encargaría de eso más adelante: su principal objetivo de la noche estaba cumplido.

—Archer, lleva el cuerpo y los prisioneros a Ashton Tracey.

—Como ordene, mi señor.

—Roberts, podemos hablar del comercio libre mañana. Puedo ofrecer varias ventajas en cuanto a crédito y otras cosas. Pero si quieres que me involucre, no habrá más violencia. Avísame cuando el resto de los aldeanos estén listos.

—Sí, lo haré, mi lord.

Bien. Ahora lo único que tenía que hacer esa noche era enfrentarse a Connie con la cara magullada y la nariz sangrando.

***

Para cuando Will llevaba fuera dos horas, Connie y la señora Curnow habían pasado a beber té y comer pastel mientras la cocinera rememoraba los días en que Lady Marstone venía aquí todos los veranos.

—Ella no solía recibir visitas, pero cocinar para esos muchachos me tenía bien ocupada, eso sí. Claro que entonces teníamos mucho más personal...

Connie volvió la cabeza al oír un ruido en la despensa y se puso de pie de un salto justo cuando la puerta se abría de golpe y Danny Trasker irrumpía en la sala.

¿Will...?

—Su señoría me mandó a decir que está a salvo —jadeó el muchacho—. El señor Archer también.

Connie se dejó caer de nuevo en la silla, débil de alivio, mientras la señora Curnow se acercaba a la puerta abierta. Connie contuvo la respiración al ver a dos hombres de pie allí, con los sombreros en la mano.

—Nos mandaron con el chico, señora, para asegurarnos de que llegara bien.

La señora Curnow los miró un momento, luego asintió con rapidez.

—¿Quieren algo de comer?

—No, gracias, mejor volvemos.

Desaparecieron, y la señora Curnow se puso en movimiento, puso a hervir el agua y cortó una gran porción de pastel.

—Siéntate, Danny. Querrás algo de comer.

—¿No estás herido, verdad, Danny? —preguntó Connie mientras el chico arrimaba su silla a la mesa. Las marcas en la suciedad de su cara parecían rastros de lágrimas.

—No, mi lady.

Connie resistió el impulso de preguntarle qué había pasado mientras comía. Will estaba a salvo, que era lo único importante, y ella obtendría un relato más coherente cuando él regresara.

Danny no parecía saber qué hacer consigo mismo al terminar de comer, así que Connie le sugirió que hiciera guardia al frente de la casa.

Pasó casi una hora antes de que regresara corriendo, diciendo que venía mucha gente y un carro por el camino.

La puerta principal se abrió, derramando luz en lo alto de los escalones, justo cuando Will subía por el sendero.

—Llévenlos a los establos —dijo, y Archer condujo el caballo y el carro hacia un lado de la casa.

A pesar del dolor de la nariz golpeada y el rostro amoratado, Will sintió una oleada de energía al ver la silueta de Connie en el umbral. Ahora estaba a salvo; incluso si Sandow tenía más simpatizantes en

Ashmouth, el resto de los aldeanos ya tendría la confianza para enfrentarlos sin su intervención.

—Estás herido —exclamó Connie al ver su rostro iluminado.

—Un poco magullado, nada más —sus ojos se desviaron hacia la sangre en su cuello y camisa—. Solo me sangra la nariz, Connie, de verdad.

—¿Qué pasó? No, come algo primero. ¿Necesitas vendas o…? Eso parece...

Will la tomó por los hombros y la atrajo hacia él.

—Connie, estoy bien, pero me vendría bien algo para beber.

Ella lo miró a los ojos.

—Voy a buscar algo. Ve a sentarte.

Cinco minutos después estaban sentados en la biblioteca, Will con una jarra de cerveza en la mano.

—¿Qué llevaban en el carro? —preguntó Connie.

—Tres prisioneros, y a Sandow.

—¿Sandow...? —Sus ojos se agrandaron con alarma.

—Ya no nos molestará más.

—¿Está muerto? ¿Cómo...? —Respiró hondo—. No ahora. Cuéntamelo mañana. ¿Pero ya no habrá más amenazas para nadie?

—No. A los otros tres los juzgarán por asalto —se frotó la nuca, ahora rígida y dolorida.

—¿Tienes que hacer algo más esta noche?

—No esta noche. Mañana tengo que buscar al magistrado local y arreglar todo este lío legalmente.

—¿Fingir que eres un ciudadano respetable y cumplidor de la ley? —Su boca se curvó apenas.

—Ja, sí. —Irónico, para un futuro contrabandista, pero no había necesidad de romper más leyes de las necesarias. Miró su abrigo—. Voy a asearme, y luego, a descansar.

***

Will miraba el dosel de la cama, escuchando la respiración lenta de Connie. Ella se había dormido poco después de acurrucarse juntos, pero su mente seguía girando con los acontecimientos del día. La muerte de Sandow había sido lo mejor: muerto, no podía escapar de la cárcel ni intimidar a un jurado para que lo declarara

inocente. Era lógico, pero volvía a oír el sonido repugnante cuando la cabeza de Sandow golpeó el hogar.

¿Podría haber hecho algo distinto? No estaba seguro: demasiado había dependido de las acciones que Roberts y los demás hombres de Ashmouth decidieran tomar.

Archer lo había hecho muy bien. Sería un buen intermediario para el enlace entre Will y la operación de contrabando. Danny también podría ser útil cuando fuera mayor, pero lo primero que debía hacer por él era traer de vuelta a su familia.

La respiración de Connie cambió; se movió un poco y se acurrucó más cerca de él.

Con ella en sus brazos, estaba en paz.

Capítulo 44

Miércoles 23 de julio

—Esto ha llegado para Lord Wingrave, mi señora —dijo Warren al entrar y dejar una carta en la esquina del escritorio—. Stubbs la trajo desde Ashton St Andrew cuando regresó de Ottery. El señor Nancarrow dijo que enviaría a los Trasker de vuelta a casa en cuanto pudiera.

—Gracias, Warren.

Will y Archer habían salido temprano para llevar a los tres prisioneros y el cuerpo de Sandow a Exeter. Tal vez no regresaría en varias horas. Connie tomó la carta; no había nada de malo en ver quién la enviaba.

El franqueo era un garabato, pero el nombre parecía decir Tregarth. ¿Podría ser que su plan para conseguir que Marstone vendiera Ashton Tracey ya hubiera funcionado? Sería algo bueno, sin duda. Will podría concentrarse en su negocio con Talbot y en mejorar las granjas de los arrendatarios. Quizá tendría que hacerlo sin más dinero de su padre: la asignación que Marstone le había otorgado sin duda se suspendería. Un hombre como el conde de Marstone tendría gran influencia, y seguramente podría complicarles la vida de muchas otras maneras, si así lo decidía.

Un escalofrío de inquietud le recorrió el cuerpo al recordar cuando le contó a Will la verdad sobre su linaje. A Will quizá no le importaba, pero a su padre sin duda sí. Esperaba que Will no sintiera la necesidad de provocar a su padre con esa información.

El sol se filtraba oblicuamente por las ventanas cuando Will regresó, todavía cubierto de polvo del camino, y se unió a Connie en su salón.

—Todo resuelto —dijo—. Tendrá que hacerse una investigación por la muerte de Sandow, y tendré que estar en las audiencias cuando juzguen a los otros tres, pero el magistrado no prevé ninguna complicación.

—Eso es una buena noticia.

Su sonrisa lo reconfortó mientras él tomaba la carta que ella le tendía.

—¿Sir John? —Rompió el sello y desplegó la hoja, con una sonrisa extendiéndose por su rostro mientras leía—. Marstone vendió Ashton Tracey a uno de los colegas de Sir John, y este me lo ha cedido, tal como acordamos. Sir John dice que los documentos están siendo enviados a Kellet, en Exeter. No dijo cómo convenció a Marstone de hacerlo… pero le sacaré toda la historia la próxima vez que lo vea.

—¿Importa? —preguntó Connie, con la voz algo apagada.

—Me divertiría saberlo. Connie, esto son buenas noticias: ahora esta es nuestra casa, de forma oficial. Mi padre no puede quitárnosla. —Por fin podría vivir su vida como quería. Mientras lograra mantener los pagos de la hipoteca, claro, pero entre el aumento de los alquileres y algo de ingreso del contrabando, podría arreglárselas—. Sir John dice que Marstone se ofreció para venir y asegurarse de que el lugar estuviera listo para su nuevo dueño.

—Eso no suena a… Oh. ¿Quiere venir a desalojarte él mismo?

—Sin duda. Y a leerme la cartilla y escoltarme, escoltarnos, de regreso a Marstone Park. —Su padre lo había vigilado y dictado su vida durante años; ahora las tornas estarían, por fin, cambiadas—. Tengo que decir que es la primera vez que realmente tengo ganas de verlo.

Connie no parecía contenta.

—¿Y tú, Connie? ¿No quieres que tu padre sepa que no sacará beneficio alguno de venderte?

—No, Will. Solo quiero olvidarme de él. Por favor, no lo invites aquí por mí.

Él se levantó, cruzó hasta su silla y le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes. No lo haré si tú no quieres. ¿Hora de dormir?

Viernes 25 de julio

Marstone llegó dos días después. Will había estado en el pueblo hablando sobre las posibilidades para el contrabando, y vio el

carruaje de su padre al entrar al patio de las caballerizas.

—¿Cuándo llegó? —preguntó, mientras Archer tomaba a Mercury.

—Hace un par de horas, tal vez, mi señor.

Maldición. ¿Connie había tenido que entretenerlo todo ese tiempo? Se apresuró a rodear la casa hacia el frente; no quería que su padre la molestara.

Warren lo esperaba.

—Su señoría está en el gran salón, mi señor.

—¿Lady Wingrave?

—Eh… Lady Wingrave estaba en los jardines de la cocina cuando llegó Lord Marstone. Dijo que no estaba en casa para recibir visitas.

La ansiedad de Will disminuyó.

—¿No está con él?

—No, mi señor. Tengo entendido que sigue en los jardines. A su señoría no le agradó.

Seguramente no. Will recordó cómo su padre había descrito a Connie como obediente y consciente de su lugar, y no pudo evitar sonreír.

—Llegó al extremo de ordenarme que la fuera a buscar, mi señor.

El ceño de Will se frunció. Eso ya era demasiado.

Warren carraspeó.

—Me temo que recurrí a una mentira, mi señor, y aseguré no saber dónde se encontraba.

—Bien hecho. —Will sorprendió a Warren dándole una palmada en el hombro.

Se debatió entre si enfurecería más a su padre tomándose el tiempo para cambiarse, o si presentarse tal como estaba, cubierto de tierra, sería aún peor.

Ve ahora. Cuanto antes Marstone se marchara, antes sentiría Connie que podía volver a entrar en la casa.

En el salón, su padre estaba sentado junto a la chimenea, con el rostro marcado por sus habituales líneas de desaprobación.

—Bonito momento para aparecerte, Wingrave. Llevo horas esperando. ¡Horas!

—Difícilmente sea culpa mía. No sabía que ibas a venir —respondió Will, sentándose en el brazo de la silla frente a él,

balanceando una pierna.

—He estado solo todo este tiempo. Tu esposa no tuvo la cortesía de...

—Tú no tuviste la cortesía de avisarnos de tu visita —replicó Will, respirando hondo. Perder los estribos solo le daría a su padre la satisfacción de sentirse vencedor.

—Deberías haberlo esperado —la expresión del conde se suavizó, sus labios curvándose en una sonrisa fría—. Después de lo que me enteré sobre tus actividades.

—¿Qué te enteraste?

—Que has vuelto a entretenerte con esa ramera. Te dije que no...

—¿Eso se dice en el pueblo? —Esperaba que no, por el bien de Connie. Faltaban algunos años para que tuvieran que estar allí para apoyar a Theresa y Lizzie, pero no quería que nadie pensara en Connie como una mujer lo bastante desafortunada como para tener un marido infiel.

—Me lo dijo tu ama de llaves —dijo el conde—. También Sir John Tregarth; al parecer la vio en Exeter. Te advertí, Wingrave, con los términos más claros. Te dije que si desobedecías mis condiciones, vendería este lugar para saldar tus deudas, y ya lo he hecho. Volverás conmigo a Marstone Park. Además de corregir tu comportamiento, tu esposa necesita claramente más instrucción sobre los modales que se esperan de una dama bien nacida.

El conde se recostó en su asiento, con la boca ahora expresando una satisfacción maliciosa.

Will sonrió, la verdadera ascendencia de Connie borraría esa mueca del rostro de Marstone. Su padre se pondría furioso. Él...

¿Qué haría?

Su sonrisa se desvaneció. ¿Una anulación? Will no lo permitiría, pero eso no detendría a Marstone de intentar que ocurriera. Aunque Charters había engañado a Marstone sobre el verdadero origen de Connie, la Iglesia no consideraría eso motivo suficiente, ni siquiera si Will solicitaba la anulación él mismo. Pero su padre sembraría rumores, escándalo. A él no le importaba por sí mismo, pero sería muy desagradable para Connie.

—¿Y bien, muchacho? ¿No tienes nada que decir?

Will miró a su padre, viendo cómo la mueca del conde empezaba a desvanecerse. Podría decirle que Ashton Tracey ahora era suyo y disfrutar la derrota del conde.

—¿Qué quieres que diga?

Quizá el desconcierto de su padre ya era venganza suficiente, aunque solo había hablado para ganar tiempo. ¿Qué era lo que había dicho Fancott… no, lo que había citado? Algo así como que la mejor venganza era no parecerse a tu enemigo.

Había ganado, aunque su padre aún no lo supiera. Marstone lo descubriría a su debido tiempo, pero bastaba la satisfacción de estar libre de él, con un trabajo útil y una esposa a la que amaba. Y podría ayudar mejor a sus hermanas, cuando llegara el momento, si no se regodeaba ahora.

—Una disculpa por tu desobediencia, al menos. Volverás…

—Desocuparé la casa en cuanto el nuevo dueño me lo pida en persona —dijo Will, ahora sin necesitar esfuerzo para mantener la voz serena—. ¿Deseas algún refrigerio antes de partir?

Marstone pareció quedarse sin palabras. Will hizo sonar la campana y pidió a Warren que se asegurara de que el carruaje del conde estuviera listo para la partida.

—No puedes echarme de mi propia…

—La vendiste —le recordó Will—. No quiero que mi esposa se altere con enfrentamientos, así que creo que lo mejor es que te vayas ahora.

—Disparates. Me acompañarás…

—No. No voy a desbaratar esta casa de un momento a otro. *Ni nunca, no por tus órdenes.*

Volvió a hacer sonar la campana, ignorando el torrente de protestas de su padre.

—Lord Marstone se marcha ahora —dijo Will cuando Warren reapareció—. Padre, te deseo buen viaje.

Encontró a Connie en un rincón del huerto, más allá de las hileras de zanahorias que Stubbs estaba escardando. El trabajo en el jardín avanzaba mucho más rápido ahora que los dos hombres

adicionales ya no tenían que vigilar por intrusos. Alguien le había llevado una silla y una pequeña mesa, y ella estaba sentada a la sombra de un peral, concentrada en lo que tenía entre las manos.

Bordado, vio él al acercarse, sintiendo cómo se le aligeraba el corazón al verla con la cabeza inclinada bajo la luz moteada, y por la sonrisa pronta con la que lo saludó.

¿Cómo había podido siquiera contemplar la idea de echarle en cara a su padre el linaje de ella? No haría nada que pudiera dañarla, y todo lo necesario para protegerla.

Su sonrisa se apagó enseguida, transformándose en preocupación.

—Ya se va —informó Will.

—¿No estás enfadado porque no…?

—¡Ay, no! Me preocupaba que te hubiera molestado.

Ella negó con la cabeza, pero la sonrisa feliz no volvió.

—¿Qué crees que hará ahora?

—Connie, todo irá bien, te lo prometo. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

Asintió, clavando la aguja en la tela y guardando los hilos en una cajita a sus pies.

—Pensé que podríamos ir a Lion Rocks —dijo él—. Necesito recoger algo en mi habitación primero.

Cuando Will volvió a salir, Connie lo esperaba con una cesta que contenía limonada embotellada, cerveza y un pedazo de pastel. Will la tomó, metiendo algo suyo bajo el paño antes de ofrecerle el brazo.

Ella lo tomó, preguntándose qué le habría dicho al conde. Su rostro tenía ahora una expresión pensativa, no preocupada como antes en el jardín. Había esperado triunfo o enfado, dependiendo de cómo hubiese ido el encuentro.

—Finalmente no le dije mucho a mi padre —comentó Will, antes de que ella preguntara—. Solo le dije que no nos mudaríamos hasta que el nuevo dueño nos lo pidiera. —La miró, con una sonrisa suave —. No es lo que esperabas, lo sé. Te lo explicaré cuando lleguemos.

Siguieron caminando, y el corazón de Connie se sintió más liviano. Podía suceder que aún hubiese problemas con el conde, pero

Will no los había empeorado provocándolo. Afrontarían cualquier cosa juntos.

Una vez pasaron la franja de árboles, las olas rompiendo contra las rocas sonaban más fuertes, y los gritos de las gaviotas, más ásperos. Connie se sentó sobre una roca, todavía maravillada por el brillo del sol sobre el mar.

Will destapó la cesta, pero en lugar de sacar la comida, tomó una pequeña caja. La abrió y hurgó en su interior, dejando caer varios anillos en su regazo.

—¿Los anillos de tu madre? —Una burbuja de felicidad se le formó en el pecho. Aquello era un regalo. Los vestidos y demás que él le había comprado en Exeter eran, según él, necesidades, cuando ella intentó agradecérselos.

—Sí. Ella quería que mi esposa tuviera algunas de sus joyas. Mis hermanas ya eligieron algunas piezas. Estos anillos… me gustaría que eligieras uno, además de lo que quieras de lo demás. Lo he dejado en la casa. —Se inclinó para esparcir los anillos sobre su falda—. ¿Cuál es tu favorito?

Eran anillos finos, delicados, sin las ostentosas piedras de su propio anillo de bodas. El más bonito, pensó, era una sencilla alianza con pequeños zafiros incrustados.

—Este —dijo, girándolo entre los dedos para que las gemas captaran la luz del sol—. El color me recuerda al mar en días como hoy. —Lo miró directamente—. También hacen juego con tus ojos.

Esperaba, deseaba incluso, que eso lo invitara a una caricia o un beso, pero él solo sonrió brevemente antes de volver a ponerse serio.

—A mí también me gusta ese. —Recogió los demás anillos y los guardó en la caja, dejando solo el que ella había elegido. En lugar de devolvérselo, lo sostuvo en la palma de la mano.

—Connie, antes… cuando nos casamos, yo estaba aburrido, frustrado por no tener nada que hacer. Me resentía de cómo mi padre intentaba controlar, de hecho *controlaba,* mi vida. Cuando me obligó a casarme, quise vengarme de él.

Connie asintió; ella ya lo sabía.

—Me has hecho darme cuenta de lo inútil que era todo eso. Hoy no le conté lo de tus padres por miedo al escándalo que podría causar. Sé que no soy ajeno a los escándalos, pero sería horrible para ti. La idea de vengarme de él dejó de parecerme importante. Como dijiste de tu propio padre: ya no puede molestarnos. Ni siquiera sabe todavía que Ashton Tracey será nuestro.

—Me alegro, Will. —Por ella misma, sí, pero también por él, por haber tomado esa decisión.

—Pase lo que pase en el futuro, Connie, hablaremos las cosas y decidiremos juntos.

Se interrumpió, desviando la mirada un momento. Cuando volvió a mirarla, tenía una expresión entre apenada y torpe.

—Estoy arruinando esto, Connie. Lo que quiero decir es que, más allá de las razones por las que mi padre nos obligó a casarnos, me alegro de que lo hiciera. Me has ayudado a ver las cosas con más claridad, estás convirtiéndome en un hombre mejor.

Ella no podía atribuirse ese mérito, pero fue precioso que él lo dijera.

—Will, eso lo hiciste tú solo.

Él no le respondió a eso. En cambio, le tomó la mano izquierda y le quitó con cuidado el pesado anillo de bodas de los Marstone. Connie contuvo el aliento cuando él recogió el anillo de zafiros que ella había elegido.

—Connie, te amo. ¿Aceptarías este anillo como promesa de nuestra vida juntos, y de mi amor por ti?

Se le llenaron los ojos de lágrimas al oír esas palabras, al ver la incertidumbre en su rostro. Había esperado escuchar algo así algún día, pero en el fondo nunca creyó que sucediera.

—Sí —logró decir, a pesar del nudo en la garganta—. Como promesa de *nuestro* amor mutuo.

Le deslizó el anillo en el dedo y la ayudó a levantarse con suavidad.

—¿Socios, Connie? —susurró.

—Y amantes.

Ese beso sería uno que recordaría para siempre, con el sonido de las olas y las gaviotas desvaneciéndose, mientras su mundo se

reducía a la dicha de estar en sus brazos.

Todo iría bien.

FIN

Nota Final

Gracias por leer *Si es Bueno para Ti es Bueno Para Mí*; espero que lo hayas disfrutado. Si tienes unos minutos, ¿podrías dejar una reseña donde compraste o pediste prestado el libro, o en Goodreads? Solo necesitas escribir unas pocas palabras.

Sobre la Autora

Quería ser escritora cuando era adolescente, enganchada a Jane Austen y Georgette Heyer (y a muchos otros autores). La vida real se interpuso, y tuve varias carreras, incluida la de autora de no ficción bajo otro nombre. Esa no era *exactamente* la carrera de escritora que tenía en mente, pero finalmente estoy escribiendo romance histórico.

www.jaynedavisromance.co.uk